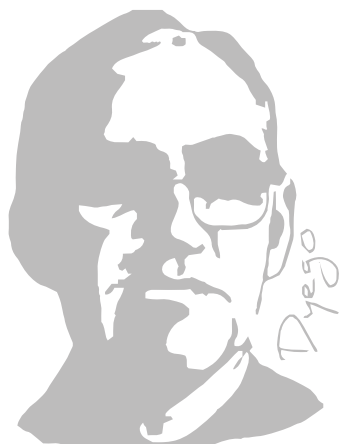


SAN ROMERO DE AMÉRICA



MARTIRIO-ESPERANZA-LIBERACIÓN

Donizete José Xavier y Emerson Sbardelotti – Organizadores



**SÃO ROMERO DA AMERICA
ROGAI
POR
NÓS**

Dyego Marques (São Bernardo – Maranhão, Brasil)

Primera edición, abril 2022.
ISBN: 978-9915-9342-2-8

Consejo editorial:

Socorro Martínez
Rosario Hermano
Pablo Bonavía
Óscar Elizalde Prada
Manoel Godoy
Carmen Margarita Fagot
Juan Manuel Hurtado

Dirección editorial:

Pilar Torres Silva

Edición académica:

Donizete José Xavier
Emerson Sbardelotti

Diseño y diagramación:

Milton Ruiz

Portada:

Milton Ruiz

© 2022, Fundación Amerindia
Oficina Ejecutiva
Cerrito 327 / 001 (11000)
Montevideo – Uruguay.
Telefax: (598) 2916 7308
E-mail: amerindia@adinet.com.uy
Web: www.amerindiaenlared.org

Amerindia Continental agradece a las agencias de cooperación que han colaborado para hacer posible esta publicación:

CAFOD (Inglaterra)
CCFD (Francia)
DESARROLLO Y PAZ (Canadá)
DKA (Austria)
EMW (Alemania)
MISEREOR (Alemania)

Derechos reservados para todas las ediciones. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, por cualquier medio, sin el permiso previo, por escrito, de la Fundación Amerindia.

Índice

Presentación

Donizete José Xavier, Emerson Sbardelotti..... 7

Prefacio - Don Óscar Romero, vida donada al pueblo

D. Angélico Sândalo Bernardino..... 11

PARTE I DESDE AMÉRICA LATINA

Monseñor Romero: modelo de una respuesta exigente

Diego Pereira Ríos..... 17

Dos profetas: monseñor Romero y el padre Arrupe

Jon Sobrino..... 26

San Romero y el valor humano y divino de su conversión que le condujo hasta dar la vida por los pobres

Juan Hernández Pico..... 39

Óscar Arnulfo Romero: profeta y mártir

Pablo Richard..... 53

PARTE II DESDE EUROPA

Óscar Romero: la vista de los que no quieren ver

José Ignacio González Faus..... 67

Monseñor Romero y la construcción de la cultura de paz

Juan José Tamayo..... 82

PARTE III

DESDE BRASIL

Romero y la perspectiva eclesiológica de Francisco <i>Antonio Manzatto</i>	101
Romero inspira el profetismo femenino en América Latina <i>Celia Soares de Sousa</i>	119
Un fenómeno llamado Romero <i>Donizete José Xavier</i>	131
San Romero de América, ¡pastor y mártir nuestro! <i>Emerson Sbardelotti</i>	153
Esperanza en el abrazo de Don Óscar Romero <i>Francisca Cirlena Suzuki</i>	183
El corazón del Evangelio en la margen del mundo <i>Luiz Carlos Susin</i>	195
San Óscar Romero – Mística, profecía y santidad <i>Maria José Caldeira do Amaral</i>	205
La herencia de Óscar Romero: una Iglesia encarnada y comprometida con los más vulnerables <i>Pamela Santos</i>	214
Mística y enraizamiento <i>Rosemary Fernandes da Costa</i>	226

ANEXOS

San Romero de América, pastor y mártir nuestro <i>D. Pedro Casaldáliga</i>	239
Óscar Romero proclamado santo <i>Frei Betto</i>	241



Presentación

El objetivo general de esta obra es reunir una contribución de teólogas y teólogos, religiosas, religiosos, legas y legos sobre la importancia de san Óscar Romero en los últimos 40 años de caminata latinoamericana y caribeña, sobre la necesidad de que la profecía se mantenga viva, de defender la vida a cualquier costo, aun perdiendo la propia. Es buscar comprender el legado de Óscar Romero, 40 años después de su pascua, a partir de las temáticas que lo guiaron en su vida y que apuntalan caminos e intuiciones para los días actuales. Es, sin duda, festejar la vida, donada en favor del pueblo crucificado. Así, esta obra será de gran valor para la reflexión teológica.

Don Óscar Arnulfo Romero Galdamez fue el cuarto arzobispo metropolitano de San Salvador, capital de El Salvador. Nació en Ciudad Barrios, distrito de San Miguel, el 15 de agosto de 1917, en una familia pobre. En 1930 entró en el Seminario de San Miguel. Sus superiores le mandaron a Roma para estudiar y doctorarse en la Pontificia Universidad Gregoriana siendo ordenado sacerdote el 4 de abril de 1942. El 25 de abril de 1970 fue nombrado obispo auxiliar de San Salvador y el 15 de octubre de 1974, obispo de Santiago de María. El 3 de febrero de 1977 fue nombrado arzobispo de San Salvador por su aparente actitud conservadora. Sin embargo, una vez nombrado se adhirió a los ideales de la “no violencia”, posición que lo llevó a ser comparado con Mahatma Gandhi y Martin Luther King. Con la muerte de su amigo, el padre jesuita Rutilio Grande, el 12 de marzo de 1977, Don Óscar Romero pasó a denunciar en sus homilias dominicales las numerosas violaciones a los derechos humanos en El Salvador y a manifestar públicamente su solidaridad con las víctimas de la violencia política en el contexto de la Guerra Civil. Defendía la opción por los pobres.



Don Óscar Romero fue convertido a los pobres, a la causa de la justicia y de la verdad, sin duda, debido al martirio del padre Rutilio Grande quien, habiendo hecho innumerables denuncias contra la situación de pobreza del pueblo, la insensibilidad de las élites y la violencia del gobierno, el día en que se dirigía a su tierra natal, en compañía de otros cristianos para preparar una fiesta religiosa, fue asesinado por militares quienes lanzaron sobre él una ráfaga de ametralladora. Don Óscar Romero mismo afirmó que el ejemplo del P. Rutilio Grande y su muerte fue lo que le convenció a colocarse firmemente del lado de los pobres, de los olvidados, de los perseguidos, de todos los que sufrían injusticia en El Salvador. Después de la muerte de su compañero, D. Óscar Romero pasó a acusar abiertamente a los ricos capitalistas, a los gobernantes y a los militares, responsabilizándolos de todos los males que estaban aconteciendo en el país.

D. Óscar Romero era la única voz profética pública en el país. Sus homilías transmitidas por la radio arquidiocesana eran escuchadas en los poblados más alejados. Por todo eso, por estar de lado de los pobres, pasó a ser perseguido, calumniado y rechazado inclusive por personas de la Iglesia que estaban del lado de los ricos (algo semejante a lo que sufrió D. Helder Camara en el Brasil, cuando era arzobispo de la Arquidiócesis de Olinda y Recife durante la dictadura militar). La radio varias veces fue bombardeada, los sacerdotes perseguidos, torturados, asesinados y los líderes de las comunidades desaparecidos. El episcopado salvadoreño, en su mayoría, era aliado de los militares y para no perder sus privilegios estaban en su contra. A las 18 horas del día 24 de marzo de 1980 el arzobispo de San Salvador celebraba misa en la capilla del Hospital de la Divina Providencia -Hospitalito-, hospital de religiosas que cuidaban de enfermos de cáncer. En el momento de la consagración un tiro disparado por un francotirador escondido detrás de la puerta trasera de la capilla acertó en el corazón del pastor y lo mató sellando su testimonio con sangre, como Jesús y todos los mártires cristianos. Pero su muerte no puede ser separada de su vida pues fue el sello coherente de esta. Así se acallaba la voz que defendía a los pobres en el régimen cruel y sanguinario que dominaba El Salvador. Y D. Óscar Romero pasaría a estar vivo a partir de entonces en el corazón de su pueblo, en el que profetizó que resucitaría si lo mataban. Así fue y así es.

No existe un solo salvadoreño en los días de hoy que no hable con cariño y devoción de D. Óscar Romero y que no reconozca en él un padre y un protector. Y no debe haber un cristiano que no conozca la



vida y la trayectoria de este gran obispo, que es ejemplo para todos aquellos y aquellas que hoy se disponen a seguir a Jesús de Nazaret.

Debido a la pandemia de covid-19, este libro no pudo publicarse en 2020, año en que el martirio de Óscar Romero cumplió 40 años.

Agradecemos a todos los autores por los hermosos textos. A través de ellos, esperamos que muchas personas conozcan un poco la vida y obra de san Óscar Romero. Este libro es un homenaje a Don Pedro Casaldáliga, que ahora vive con Dios. Los que quedamos seguimos adelante con sus luchas y sus causas. Que san Romero de América nos bendiga.

*Donizete José Xavier
Emerson Shardelotti
Pascua, 2021*



Prefacio

D. Angélico Sândalo Bernardino'

Don Óscar Romero, vida donada al pueblo

Sinceras felicitaciones a los ilustres Donizete José Xavier y Emerson Sbardelotti por la feliz iniciativa de la organización y publicación de *San Romero de América - Martirio, esperanza, liberación*. Estamos delante de una colección de trabajos de valiosos autores, invitados para que el testimonio de vida y martirio de Don Óscar Romero sea mejor conocido y profundizado en nuestros seminarios, escuelas de teología, formación de laicos y laicas, formación permanente de obispos, presbíteros y diáconos.

Este libro, en buena hora, muestra un vivo testimonio de D. Óscar Romero quien es un verdadero modelo de sacerdote santo, de profunda vida de oración, de pastor totalmente comprometido con la vida del pueblo, con una clara y evangélica opción por los pobres y oprimidos; un profeta vigoroso del Reino de Dios, hecho de verdad, justicia, amor y paz. Percibimos también que el obispo Óscar Romero, no siempre fue el profeta esperado por el pueblo sufrido. Solo hasta cuando fue arzobispo de San Salvador, delante de la creciente miseria y opresión sufridas por su pueblo y del martirio del P. Rutilio Grande, gran defensor de la población oprimida por la dictadura militar que apoyaba a

1 Obispo emérito de la Diócesis de Blumenau.



los grandes latifundistas e industriales, que D. Óscar Romero cambió de actitud conociendo como Pablo de Tarso su camino de Damasco en la acción pastoral. Frente a los abusos de la dictadura militar, de la dominación del capitalismo liberal, de la escandalosa injusticia social, de la privación de la libertad, de los millones de desempleados, sin casa, sin educación y sin salud, el arzobispo de San Salvador levantó sin tregua su voz y su clamor profético. Calumniado y perseguido, una bala asesina, al servicio del poder civil-militar reinante, alcanzó su corazón en el momento en que celebraba el Sacrificio de Jesús en su entrega al Padre a favor de la vida en plenitud para todos. ¡Mezcló así su sangre a la de Jesús! Conoció lo que Jesús anunció a sus discípulos en el Sermón de la Montaña: “Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados son, cuando los injurien y persigan y, mintiendo, digan todo mal contra ustedes por mi causa. Alégrese y regocijense, porque será grande su recompensa en los cielos...” (Mt. 5, 10-12).

El arzobispo Óscar Romero es, de un modo especial, una invitación para que cardenales, arzobispos, obispos y diáconos en la América Latina de hoy, marcada por clamorosas injusticias y golpes, vivamos su ejemplo de profeta, así como quiere el amado papa latinoamericano Francisco, que seamos “Iglesia en salida, yendo a las periferias humanas y geográficas, siendo pastores totalmente mezclados con el pueblo”. En verdad lo que nos debe asustar no es que seamos calumniados, perseguidos o martirizados, sino que nos acomodemos, que seamos omisos delante de las situaciones de opresión y discriminación que pesan sobre millones de personas en nuestros países.

Con un corazón lleno de ternura, acogía a todos; de sólida formación teológica y bíblica, sus escritos, cartas pastorales, homilias y conferencias, eran iluminados por la Palabra de Dios y se comprometían con la realidad concreta del pueblo.

Con el debido permiso, quiero citar algunos datos que me ligan históricamente con el amado D. Óscar Romero que siempre me edificó por su testimonio de ardoroso discípulo misionero de Jesús. D. Óscar Romero y yo fuimos nombrados obispos por el mismo Papa, el querido san Pablo VI. Él, el día 25 de abril de 1970 como obispo auxiliar de San Salvador; yo, el día 12 de diciembre de 1974 como obispo auxiliar de la Arquidiócesis de San Paulo, con el gran Don Paulo Evaristo Arns, su arzobispo. En la situación de obispos auxiliares fuimos nombrados obispos titulares de Tambae, provincia de Bizacena, en el norte de África. Como obispo titular de Tambae fui el inmediato



sucesor de D. Óscar Romero porque él fue nombrado el día 15.10.74, obispo diocesano de Santiago de María, y yo asumí el día 12.12.74, como titular, siendo repito, su inmediato sucesor.

En la V Conferencia de los Obispos de América Latina y el Caribe, realizada en Aparecida, después de la intervención de un hermano obispo de El Salvador pidiendo que fuese asumido por la Conferencia algún pronunciamiento respecto del proceso de beatificación de D. Óscar Romero, hice uso de la palabra, afirmando que, en Asambleas de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil, cuando deseábamos colaborar en el trámite de algún proceso de beatificación, enviábamos una carta al Papa. Podríamos entonces hacer lo mismo respecto de D. Óscar Romero. El plenario acogió la idea y la Presidencia, a través del cardenal D. Geraldo Majella Agnelo, me encomendó escribir la carta que presenté para ser firmada por los que estuviesen de acuerdo. La tarea fue aceptada y ejecutada de inmediato. La misiva recibió numerosas firmas y fue enviada al querido papa Benedicto XVI en estos términos: "Iluminados y confortados por la presencia de Su Santidad en medio de nosotros, en este bendecido santuario de Aparecida, depositamos en su corazón, la esperanza de contemplar en un futuro próximo, la beatificación de nuestro hermano, siervo de Dios, Mons. Óscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador. Como fiel discípulo de Jesús y ardiente misionero del Reino de Dios, dio la vida por todo su pueblo. Con votos de paz, suplicamos la bendición apostólica de Su Santidad".

Los años fueron pasando y el proceso de beatificación introducido en Roma sufrió ciertos bloqueos provenientes de personas en desacuerdo con el profetismo de D. Óscar Romero, pero el papa Francisco, gran admirador del arzobispo mártir, lo beatificó y lo canonizó. Conmovido con esta doble decisión del papa Francisco, doblé las rodillas en acción de gracias a la Trinidad Santa y diariamente hago esta súplica: "¡San Óscar Romero, intercede ante el Dios misericordioso por nosotros, por la Iglesia y por la tan bella y sufrida América Latina asolada por los golpes, las grandes injusticias y las desigualdades sociales; intercede por Brasil, por los pobres y por los sufrientes!"



SÃO ROMERO DA AMÉRICA
ROGAI
POR
NÓS

PARTE I

DESDE AMÉRICA LATINA

DIEGO PEREIRA RÍOS
JON SOBRINO
JUAN HERNÁNDEZ PICO
PABLO RICHARD



Monseñor Romero: modelo de una respuesta exigente

Diego Pereira Ríos²

Introducción

Desde que conocí la herencia de monseñor Romero en el año 2004 en un viaje a El Salvador, puedo decir con total franqueza que mi vida no ha sido la misma. Aunque en aquel momento no supe comprenderlo, cada vez más me convengo de la importancia que tiene para mi camino de fe. Al estudiarlo desde el hoy de mi vida y de la Iglesia, siento una exigente responsabilidad de revisar mi camino en el seguimiento de Jesús. Por eso, en este trabajo intento revisar tres aspectos: la conversión, la realidad de pobreza y la realidad eclesial, desde los cuales el ejemplo de monseñor Romero nos interpela. Él sintió una gran responsabilidad que le exigió una fuerte conversión para ser fiel a su llamado, pero también expuso a todos sus contemporáneos la necesidad de conversión. Y su voz trasciende el tiempo y llega hasta nosotros. Por eso creo que estos tres aspectos, que parten del testimonio de monseñor Romero, son exigentes también para todos nosotros, cristianos de este siglo XXI.

2 Profesor de Filosofía y Religión en Enseñanza Media. Maestrando en Teología Latinoamericana en la UCA de El Salvador. Miembro de Amerindia Uruguay. Autor de los libros *La fuerza transformadora de la esperanza* (Nueva Visión, 2016) y *En un camino liberador desde el Sur* (Rumbo, 2020).



La conversión como exigencia ante la realidad de pobreza

Al conocer la vida de monseñor Romero, ahora con conocimiento más profundo de algunos detalles fundamentales de su proceso humano y espiritual como cristiano, sacerdote, obispo y mártir, podemos decir que hay una doble experiencia. La primera pasa por el impacto que provoca en quien se acerca a su figura. Un impacto que es un choque violento que genera hasta temor, pues nos descoloca, nos cuestiona el cómo estamos viviendo nuestro caminar cristiano, el cómo estamos comprendiendo la revelación de Dios. Y ese impacto nos deja una marca, que sería la otra parte de la experiencia. Una marca que se puede transformar en cierto vacío, en un algo indescifrable porque nos interpela en lo profundo de nuestro ser. Pero ese hueco también puede ser el puntapié inicial de un camino de transformación, de conversión. La vida, pasión y muerte de Romero nos pone cara a cara con Dios y la misión que como cristianos tenemos en este mundo que no se diferencia mucho del cual él vivió. Por eso nos exige. Nos exige revisar nuestra propia vida como también la comunidad eclesial que integramos. Exigencia que Romero también vivió como experiencia y que le exigió una continua conversión.

Fue Rutilio quien le abrió el camino en esta conversión. En la noche de su muerte, pocas horas después, afirma Sobrino que le sorprendió “el rostro serio y preocupado de Mons. Romero” (SOBRINO, 1989, p. 6). El impacto de la muerte de su amigo sacerdote era perceptible desde el afuera. Muchos fueron testigos. Romero comenzaba a sentir ese vacío interno que podemos intentar comprender, al menos como exigencia interpelante. Siempre había sido un hombre piadoso, fiel a la Iglesia, hombre de libros, de sacrificios espirituales. Su carácter tímido y obediente, le había facilitado ser elegible al cargo de obispo y luego arzobispo. No daría problemas. Era un intelectual que, como la gran mayoría, están por fuera de todo lo que pasa en la realidad. Pero murió Rutilio. Y con Rutilio se alzaron las voces de los pobres que lo seguían y habían encontrado en él un portavoz. El mismo Rutilio decía: “Quiero que mi voz sea la voz de las grandes mayorías de mi propio país” (CARDENAL, 2000, p. 121). Pero el impacto de su muerte generaba un vacío en la comunidad. Ese vacío fue asumido por Romero, en sí mismo como experiencia personal, pero además como exigencia de responsabilidad.



Romero escucha la llamada a la conversión desde la voz de los pobres. Voces que reclamaban una justicia de parte de Dios que no la recibían en la realidad en la cual vivían. Dice Sobrino que Romero “vio en Dios el prototipo de la opción por los pobres, lo cual le exigió ponerla por obra él mismo, pero le iluminó también quién es Dios” (SOBRINO, 1989, p. 15). Romero asume la responsabilidad de defender e intentar hacer justicia a los pobres, pero a su vez ellos le revelan un rostro nuevo de Dios. Podríamos decir que experimentó una teopraxía como ese “Dios que actúa en la historia y en una historia bien precisa quien puede descubrirse y nombrarse en forma más explícita y, si se quiere, en forma más trascendente” (ELLACURÍA, 2000, p. 552). Es un nuevo conocimiento del Dios de Jesús revelado en la historia que cambió todos sus esquemas anteriores. “Porque la vida de Jesús de Nazaret rompe todos los moldes previos en los cuales se lo hubiera podido encerrar” (CASTRO, 1972, p. 49). Con ello Romero comienza un camino de conversión que le exigió una nueva comprensión de Dios, de la vida, de la Iglesia y de la revelación de Dios en el pueblo. Desde esa experiencia “el mundo de los pobres no sólo es una exigencia para el pensamiento, sino que también le ofrece la ventaja epistemológica: una luz que ilumina los contenidos” (SOBRINO, 2010, p. 53).

La exigencia de radicalidad en el seguimiento

En ese camino Romero siente continuamente un llamado a una radicalidad en el seguimiento de Jesús, donde van cambiando sus palabras y acciones, que marcan una nueva comprensión teórica y determinan una nueva praxis pastoral. Este llamado a una radicalidad lo tuvo presente hasta sus últimos días, como dejó escrito en su último retiro espiritual: “... lo único que interesa es la radicalidad del Evangelio que no todos pueden comprender. Que se puede ceder en algunos aspectos accidentales, pero no se puede ceder en seguir radicalmente al Evangelio” (ROMERO, 2017, p. 542). Esta radicalidad implica ser fiel a la verdad que encuentra en el Evangelio revelado en los pobres, y en la verdad que descubre con los pobres. Esto exige darlo todo en todo momento y ante cualquier circunstancia. De ahí su misión de profeta que no puede ocultar el mal que ve infringido a su pueblo y quedarse callado. Seguir a Jesús como verdad lo comprometió a no ocultar nada de lo que veía en la realidad: hambre, sufrimiento, muerte injusta y dolor. Como dice Sobrino, dijo la verdad “vigorosamente, en



correspondencia a la crueldad del asesinato, la mentira, y a la hondura de la entrega martirial. La dijo largamente para no mutilar la magnitud de la aberración ni el heroísmo de los pobres” (SOBRINO, 2011, p. 373).

Pero incluso en esas mismas denuncias contemplaba un anuncio esperanzador: “Dios salva en la historia, en la vida de cada hombre que es su propia historia. Allí sale Dios al encuentro...” (DE SIVATTE, 1997, p. 175). En medio de la situación de calamidad, de falta de respuestas, Romero hizo presente a un Dios que salva dentro de la situación actual pero que también engendra en potencia la liberación de la injusticia. De aquí que muestra “la mutua implicación de la comunidad del Crucificado y con el Resucitado” (PANNENBERG, 1977, p. 350). Y junto a esta liberación personal está unida una liberación de las estructuras que producen el pecado cometido por personas cegadas por poder. Esta “liberación de opresión política y de dependencia económica puede contribuir al despliegue de la verdadera libertad que viene del Espíritu de Cristo” (PANNENBERG, 1977, p. 350). Y es el mismo Espíritu que impulsa a Romero a vivir con un ánimo valiente y esperanzador. Consciente de ello decía: “yo sé que estoy siendo instrumento del Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo... es el mismo Espíritu que a mi garganta, a mi lengua, a mis débiles miembros, le da también fuerza e inspiración (16 de julio de 1978)” (CAVADA, 2012, p. 29).

Seguir a Jesús en radicalidad, desde la experiencia de Romero, implica también escuchar una llamada de amor predilecto por los más empobrecidos pues con ellos camino Jesús. Y Romero lo experimentó en medio de su pueblo. Con ellos siente el dolor y la angustia, pero también vive el gozo de haber descubierto a un Dios-amor manifestado en infinitos gestos de cercanía, de solidaridad, de entrega. Por eso, para él es fácil ser pastor en su pueblo. Los pobres le revelaron la bondad de un Dios que lo recibió en sus brazos y lo cautivó. Por eso comprendió la predilección de Dios por ellos y le fue fiel hasta el extremo. Los pobres son los “destinatarios privilegiados del mensaje del reino, [aunque] los pobres son también sus portadores” (GUTIÉRREZ, 2008, p. 321). Es desde ellos que Romero logra vivir en armonía interior en medio de la situación tan compleja. Por ello en Lovaina afirmaba con orgullo -hablando del mundo de los pobres-: “el constatar esta realidad y dejarnos impactar por ella, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres” (ROMERO, 1980).



La exigencia de una conversión eclesial

Romero vivió en medio de una Iglesia que se amoldaba y acomoda al tiempo que atravesaba, que no sabía más que mantener la tradición heredada. Junto a ello, la ambición, el poder y la lejanía del pueblo, unía en complicidad a la jerarquía eclesial con la cúpula civil y militar. Pero no toda la Iglesia, no de la manera que Romero la entendía. Desde la muerte de Rutilio, Romero redescubre una Iglesia existente y actuante en medio de tanta incertidumbre, que Sobrino le llamó la “primera eclesialidad”. Por ella entiende “que dentro de la Iglesia se realiza la sustancia eclesial, que en ella se dan la fe, la esperanza y la caridad reales; dicho cristológicamente, la realización del seguimiento de Jesús” (SOBRINO, 2010, p. 49). Romero, siendo ya obispo, descubre que su pueblo pobre es mucho más fiel que las intrincadas jerarquías eclesiales. Por eso se vio exigido a buscar la conversión de su Iglesia. En su homilía del 10 de febrero de 1980 dijo “Dios quiso que su Iglesia no se comprometiera con ningún proyecto concreto. La Iglesia solo está casada con el pensamiento del Señor para poder juzgar con auténtica libertad ...”. Fue un llamado a la Iglesia a ser fiel al Evangelio, a no seguir los ídolos, a dar la vida por las ovejas que más sufren.

Otro aspecto de la necesaria conversión tuvo que ver con la concepción de Iglesia que Romero adoptó y con la reconstrucción de la Iglesia como “pueblo de Dios” y de una “Iglesia de los pobres”. Como pueblo de Dios se trataba de una comunidad sin rangos y sin distinciones, con igualdad de dignidad de todos sus miembros. Por eso Romero se apoyaba en la sabiduría de los pobres a la hora de escribir sus homilías y documentos eclesiales. En ellos reconocía la voz de verdad que existía en el pueblo. Como dice Sobrino: “Antes de escribir su última carta pastoral en 1979 envió una encuesta a las comunidades en la que preguntaba: ¿Quién es para usted Jesucristo? ¿Cuál es el mayor pecado del país? ¿Qué piensa usted de la Conferencia Episcopal, del nuncio, de su arzobispo? Y tomó en serio las respuestas” (SOBRINO, 2010, p. 14). Romero estaba convencido de que era posible una nueva Iglesia, más democrática y respetuosa de la dignidad de cada hijo de Dios. En este sentido “el concepto de pueblo de Dios sirvió para devolver una fundamental historicidad y corporeidad a la Iglesia” (SOBRINO, 1981, p. 153).



Como “Iglesia de los pobres” Romero “buscó construir una Iglesia para los pobres, pero también una Iglesia en ella misma pobre, evangelizadora en pobreza y sin poder, sin ínfulas de solemnidad, sin aire de superioridad y sin arrogancia” (SOBRINO, 2010, p. 15). Por eso denunciaba la búsqueda de poder y riqueza de muchos de sus miembros, tanto de la jerarquía como del pueblo. Buscaba reconstruir una Iglesia que se compadeciera desde lo profundo por el hambre y el sufrimiento de su pueblo perseguido e invitaba a correr con ellos la misma suerte. Esto implicaba una aguerrida defensa de los pobres, de la dignidad humana abusada y deslegitimizada por los poderosos. Esta tarea recaía sobre los hombros de los hombres de fe, ya que “la fe en el Dios vivo de Jesucristo es inseparable de la afirmación incondicional de la vida y de la dignidad de los seres humanos” (ZECHMEISTER, 2016, p. 5). En esta tarea, los obispos, sacerdotes y religiosos tenían una gran responsabilidad y Romero era como el martillo que golpea una y otra vez en el clavo de la conciencia de cada uno, provocando molestia. Por eso era motivo de escándalo y por eso lo mataron.

Conclusión

A partir de los tres aspectos analizados podemos deducir las exigencias que tiene el testimonio de Romero para nosotros. Sin querer acotar todos los aspectos a los cuales nos vemos desafiados, quiero describir los que considero fundamentales:

- a. La fidelidad al Evangelio exige una pre-comprensión de la fe a partir de los pobres. Es desde ellos que nos acercamos más fielmente al misterio de Dios Crucificado en el pueblo, en sus diversas manifestaciones históricas (esclavitud, feminicidios, menores abusados, hambrientos, los indígenas, etc.).
- b. Debemos partir de la realidad histórica para hacer experiencia del Jesús de Nazaret porque allí se da la “probación de Dios” (ELLACURÍA). Es en la historia donde captamos la mutua implicancia entre Dios y el ser humano.
- c. Entender que el pecado no está solamente condicionado por la naturaleza humana, sino que se contamina desde las estructuras sociales, económicas y políticas, trayendo opresión e injusticias, condicionando las posibilidades de los sujetos. Con ello se supera el pecado reducido al ámbito estrictamente religioso,



ampliándolo a la realidad económica que domina la vida concreta de nuestras sociedades.

- d. En este sentido la salvación que se proclama debe ser en términos de liberación integral del ser humano. No se trata solamente de la liberación espiritual, después de la muerte. Se trata de la liberación como tarea histórica (ELLACURÍA), dentro del hoy de cada persona que sufre ante las estructuras que la oprimen.
- e. Entender la Iglesia como pueblo de Dios implica promover la co-responsabilidad que tenemos todos los que la integramos. En este sentido, hoy abogamos por una Iglesia sinodal, que implica una verdadera comunión de hermanos, donde todos somos iguales, no sólo ante Dios, sino que también entre nosotros.
- f. Construir una Iglesia de los pobres. Ellos son el lugar teológico, eclesial y social de la acción salvadora de Dios en la historia. Esto implica una ruptura con el sistema eclesial que aún tenemos y una transformación desde las bases. Es allí, justo en las bases donde la Iglesia es sostenida por lo pobres, tanto en el Evangelio como en la actualidad.
- g. Es esencial el aporte responsable de los laicos. En una Iglesia de jerarcas y ministros, los laicos debemos levantar la voz para ser escuchados y comprometernos con la realidad. Esto exige un cambio de mentalidad, de funcionalidad, que nos hará cada vez más responsables por la liberación de nuestros hermanos.

Como dije antes, no pretendía abarcar todos los aspectos que Romero nos exige revisar en este tiempo y que tienen que ver con una reconfiguración de nuestra vida cristiana, consciente de la realidad y de la crisis que atraviesa la Iglesia. Pero como advierte Kasper “es esta situación a caballo entre la renovación y la crisis de la Iglesia que se ha llegado a una profunda polarización respecto al camino que en adelante debería seguir la Iglesia” (KASPER, 2013, p. 143). Teniendo en cuenta que las palabras de Monseñor Romero siguen incomodando a ricos y poderosos, debemos percibir que también siguen interpelando la conciencia de cualquier cristiano que quiera ser fiel a su vocación y que quiera colaborar en la lucha por la liberación desde una teología de la liberación latinoamericana.



Referencias

- CARDENAL Rodolfo, *Rutilio Grande. Mártir de la evangelización rural en El Salvador*, UCA Editores, San Salvador, 2000.
- CASTRO Emilio, *Realidad y fe*, Tierra Nueva, Montevideo, 1972.
- CAVADA Miguel, *El corazón de Monseñor Romero*, Cuadernos n. 24, Centro Monseñor Romero, San Salvador, 2012.
- DE SIVATTE Rafael, "Monseñor Romero, los profetas de Israel y los ídolos: la religión, las potencias extranjeras, las armas, el poder", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n.41, 1997, pp. 173-192.
- ELLACURÍA Ignacio, *Escritos Teológicos*, Tomo I, UCA Editores, San Salvador, 2000.
- GUTIÉRREZ Gustavo, "Pobres y opción fundamental", en *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, ELLACURÍA I. — SOBRINO J. (eds.), UCA Editores, San Salvador, 2008, tomo I, pp. 303-321.
- KASPER Walter, *La Iglesia de Jesucristo*, Escritos de eclesiología, 1. Obra completa, vol. 11. Sal Terrae, Santander, 2013.
- PANNENBERG Wolfhart, "La resurrección de Jesús y el futuro del hombre", en *Jesucristo en la historia y en la fe*, VARGAS MACHICA A. (Edit.), Sígueme, Salamanca, 1977, pp. 338-352.
- ROMERO Óscar, "El último retiro espiritual", en *Cartas Pastorales, Discursos y otros Escritos*, ROMERO Ó., tomo VII, UCA Editores, San Salvador, 2017, pp. 537-545.
- ROMERO Óscar, "Misión de la Iglesia en medio de la crisis de país. Cuarta carta pastoral", en *Cartas Pastorales, Discursos y otros Escritos*, en ROMERO Ó., tomo VII, UCA Editores, San Salvador 2017, pp. 117-177.
- ROMERO Óscar, *La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres. Una experiencia eclesial en El Salvador, Centroamérica*, <http://servicioskoionia.org/relat/135.htm>.
- ROMERO Óscar, *Homilías*, 6 vols., UCA Editores, San Salvador, 2005.
- ROMERO Óscar, *Romero, su diario*, UCA Editores, San Salvador, 2000.



SOBRINO Jon, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, Trotta, Madrid, 2010.

SOBRINO Jon, "Mi recuerdo de Monseñor Romero", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n.16, 1989, pp. 3-44.

SOBRINO Jon, "Monseñor Romero: conversión y esperanza. Otra Iglesia es necesaria, otra Iglesia es posible", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n.80, 2010, pp.215-237.

SOBRINO Jon, "Monseñor Romero y la verdad", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n.84, 2011, pp. 371-387.

SOBRINO Jon, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la ecclesiólogía*, Sal Terrae, Santander, 1981.

ZECHMEISTER Martha, "Mons. Romero: mártir por la dignidad humana", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n. 97, 2016, pp. 55-64.



Dos profetas: monseñor Romero y el padre Arrupe

*Lucha crucial por la justicia. Graves conflictos con la jerarquía.
Entrega al misterioso Dios.*

Jon Sobrino³

Emerson Sbardelotti y Donizete José Xavier me han pedido colaborar en un libro que tendrá por título 40 años del martirio de san Óscar Romero, y he aceptado la invitación. En 1980, muy poco después de su asesinato, lo primero que dije y escribí de monseñor Romero es que creyó en Dios. Y todavía en 1980 escribí un largo texto sobre Monseñor Romero, verdadero profeta el cual apareció en forma de libro en 1982 en Descleé de Brouwer. De Monseñor me impactó, pues, la calidad de su fe y la calidad de su profecía. 40 años después vuelvo a escribir sobre su profecía, advirtiendo tres cosas.

La primera es circunstancial, pero significativa. Desde octubre me han llovido las peticiones de hablar y escribir sobre los ocho mártires: Ignacio Ellacuría, Joaquín López y López, Santiago Montes, Ignacio Martín Baró, Juan Ramón Moreno, Amando López, y Julia Elba y Celina. Acepté todas las peticiones, aunque mi avanzada edad (80 años) y mi muy frágil salud, no me facilitan decir nada muy nuevo, sino que a lo sumo solo puedo hacer alguna que otra actualización. Digo esto, porque en esas me encuentro al escribir ahora sobre monseñor Romero, y desde ahora pido comprensión si el lector encuentra que repito en exceso cosas que ya he publicado. La segunda es que a los organizadores

3 Barcelona, 1938. Teólogo salvadoreño. Jesuita, sacerdote y doctor en teología, es uno de los grandes impulsores de la teología de la liberación. Este texto fue escrito el 24 de diciembre de 2019.



del libro les gustaría que, a poder ser, los autores escribamos textos personales y concretos de modo que haya suficiente variedad en los artículos. Esto me ha animado a poner juntos al profeta Romero y al profeta Arrupe, sobre lo que también escribí un breve texto hace un año. De hecho, lo destaca el título de este artículo, y con ello comenzaré. La tercera es la relación esencial de Romero, también en cuanto profeta, con el pueblo salvadoreño y con Dios.

Romero y Arrupe

El 14 de octubre del año pasado fue canonizado monseñor Romero y el 5 de febrero de este año comenzó en el Vaticano el proceso de canonización del padre Arrupe. Son dos fechas muy cercanas entre sí para recordar a dos personas entrañables. El padre Arrupe Gondra nació en Bilbao el 14 de noviembre de 1907, fue superior general de los jesuitas de 1965 a 1983, y murió el 5 de febrero de 1991. Monseñor Romero nació en Ciudad Barrios el 15 de agosto de 1917, fue arzobispo de San Salvador desde 1977 hasta su muerte por asesinato el 24 de marzo de 1980.

Ignacio Ellacuría, nada dado a retórica vacía y buen conocedor de monseñor Romero y del padre Arrupe, consideró a ambos hombres egregios. Lo dijo al defender al padre Arrupe de las críticas de mal gobierno como general de la Compañía de Jesús provenientes de quienes lo acusaban de echar a perder a la Compañía. Ellacuría insistió en que Arrupe ejercía la autoridad como debía, es decir, de modo evangélico. Y añadió estas solemnes palabras: "Sólo conozco a otro hombre egregio. Es otro mártir, monseñor Óscar Arnulfo Romero, tan amigo del padre Arrupe y tan consolado por este en sus difíciles viajes a Roma". Y pensadamente buscó una formulación que enalteciera a ambos. De monseñor Romero dijo: "Con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador". Y del padre Arrupe dijo: "Ha sido el Juan XXIII de la vida religiosa".

En vida monseñor Romero y el padre Arrupe se conocieron, hablaron de sus proyectos y problemas, se animaron y consolaron mutuamente. Y con máxima seriedad y cariño expresaron la opinión que uno tenía del otro. Monseñor menciona al padre Arrupe varias veces en su diario arzobispal. El 3 de mayo de 1979 escribe: "Fui a almorzar a la Curia Generalicia de los padres jesuitas. Y me hicieron el honor de



ponerme en la mesa del padre Arrupe con quien conversé antes del almuerzo sobre la situación eclesial de mi país. Y él también me contó varios proyectos de la Compañía en América Latina". Un año antes, el 25 de junio de 1978 termina la narración de su larga conversación con el padre Arrupe con estas palabras: "Es un hombre muy santo y se ve que el Espíritu de Dios lo ilumina". Por su parte, el padre Arrupe, en una entrevista con Miguel Lamet en julio de 1983, ya con dificultad de dicción y con las limitaciones de un enfermo de gravedad -pero manteniendo la libertad que le caracterizaba- al preguntarle por Monseñor dijo: "Sí, muy amigo mío. Se convirtió gracias al ejemplo del P. Grande". En otra ocasión ya había dicho, y ahora cito de memoria, pero con verdad: "Monseñor Romero es un santo". Así hablaban uno del otro.

Distintos en temperamento y en responsabilidad ministerial, muy semejante fue su disposición al cambio, más aún a dar un vuelco en el modo de pensar, sentir y actuar en el ámbito de sus responsabilidades. Fueron hombres de justicia para defender a los oprimidos de los opresores. Hombres de verdad y de libertad para denunciar. Hombres de fortaleza para mantenerse en la crítica y en la denuncia. También fueron hombres de gozo al ver florecer el evangelio en medio de horrores sin caer en la tristeza. Y en el fondo semejante fue su modo de captar y situarse ante la realidad salvadoreña, y de sufrir las consecuencias. En las formas, el modo fue obviamente diferente según la inmediatez o lejanía geográfica de El Salvador.

Entre ambos se produjo una gran sintonía espiritual e histórica. Les tocó lidiar con parecidos problemas: 1. graves conflictos externos con los poderosos y opresores; 2. graves conflictos internos con miembros de la jerarquía en El Salvador y en Roma, y de la universal Compañía es decir, "con los de casa"; 3. burda difamación de sus personas, en definitiva, sufrieron persecución y cargaron con ella. En positivo, 4. ambos experimentaron la calidad de mucha gente del pueblo, cargaron con él y se dejaron cargar por él; 5. y ambos se entregaron sin medida al misterioso Dios. Veámoslo en detalle.

1. Ambos promovieron la justicia

Monseñor Romero y el padre Arrupe superaron una visión tradicional verdadera, pero con peligros, de la caridad, y avanzaron a la novedosa centralidad de la justicia. El padre Arrupe, aun con la opinión en contra de numerosos jesuitas importantes, tomó la decisión de convocar la



Congregación General XXXII, la cual en 1975 proclamó como esencial a la identidad del jesuita “la lucha crucial por la justicia” -más adelante mencionaremos “la lucha crucial por la fe”- y añadieron sabiamente que “no trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”. Así ha ocurrido, y me voy a concentrar en el precio a pagar pues es lo que mejor muestra el contenido y las consecuencias de luchar por la justicia. Si no he contado mal, 32 jesuitas fueron asesinados desde 1975 hasta 1991, año en que falleció el padre Arrupe -recientemente he leído que hoy pueden llegar a 60. Volviendo al padre Arrupe, este elevado número de jesuitas asesinados, no le hicieron cambiar en absoluto ni le aconsejaron mayor recato en la lucha por la justicia. Como Superior General se mantuvo firme. Estaba convencido, y aceptaba con gozo una Compañía de Jesús novedosamente martirial. Cuando en 1977 asesinaron al P. Grande inmediatamente escribió una carta a la universal Compañía poniéndolo de ejemplo actual para todos los jesuitas. Y cuando en 1989 le comunicaron el asesinato de los seis jesuitas de la UCA, junto a Julia Elba y Celina, el Hermano Bandera, su enfermero, dijo que el P. Arrupe lloró. A mí me impactó mucho la firmeza del padre Arrupe, pues me tocó vivir de cerca la persecución y el asesinato de jesuitas.

Monseñor Romero experimentó el horror del precio a pagar y su caso es bien conocido. Baste recordar que, durante sus tres años de arzobispo, fueron asesinados seis sacerdotes -y después de su asesinato otro obispo, monseñor Joaquín Ramos, otros diez sacerdotes, un seminarista próximo a ordenarse y cinco religiosas-. Era parte importante del precio a pagar, y su reacción fue absolutamente inesperada. “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes”. Y es más conocido que en todas sus homilias dominicales mencionaba a su pueblo crucificado precisando en cuanto podía fecha y lugar, número y nombres, y cómo quedaban los sobrevivientes, y mencionaba a los victimarios: ejército, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte... La víspera de ser asesinado los denunció y desafió con palabras que se recuerdan hasta el día de hoy. “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión!”.



2. Ambos amaron a la Iglesia

Monseñor Romero y el P. Arrupe amaron entrañablemente a la Iglesia, cuerpo de Cristo y pueblo de Dios, y fueron leales a su jerarquía. Y ambos sufrieron por su lealtad al evangelio y a la Iglesia de Jesús. “Fueron perseguidos por los de su raza”, se dice en algunos pasajes de la Escritura.

Entre nosotros Monseñor fue insultado y despreciado por sus hermanos obispos, especialmente por monseñor Aparicio y monseñor Álvarez. También tuvo serios conflictos con varios cardenales de la curia vaticana, entre otros el cardenal Baggio y el cardenal López Trujillo. Y son conocidas las tensiones con el papa Juan Pablo II, quien, corrigiéndole, le insistió en que se distanciara de cualquier tipo de marxismo y estuviese en armonía con el gobierno, aun siendo este claramente antidemocrático y tolerase crímenes. Juan Pablo II se tenía a sí mismo como buen conocedor de estos asuntos por haber vivido el comunismo en Polonia. Con aire de superioridad aconsejaba a monseñor Romero que no fuese ingenuo. Monseñor no encontró en el Papa comprensión para los gravísimos problemas que le agobiaban en su país. De esa entrevista salió llorando. Tras el asesinato de Monseñor, Juan Pablo II cambió su actitud y en febrero de 1983 vino a El Salvador, alabó a monseñor Romero como “celoso pastor” y rezó ante su tumba. Después tuvo un almuerzo con todos los obispos y les preguntó qué pensaban de monseñor Romero. De dos personas presentes en el almuerzo escuché lo que respondió el obispo Marcos Revelo: “Fue responsable de 70.000 muertos”. Increíble, pero cierto.

También el padre Arrupe sufrió seria enemistad y ataques de los de su raza, jesuitas importantes, incluso provinciales. Deseaban y buscaban que el Papa aprobase la división de la Compañía de Jesús en dos: una, la Compañía del padre Arrupe, y otra que dieron en llamar la vera Compañía. Con obispos y cardenales tuvo frecuentes tensiones. Con el papa Juan Pablo II en medio de los gravísimos problemas mencionados tuvo serias dificultades para conseguir siquiera unos minutos de audiencia. Y cuando, con razones justificadas, le manifestó su decisión de dimitir como Superior General de la Compañía, Juan Pablo II no se lo permitió.



3. Ambos sufrieron desprecios e insultos

A Monseñor lo insultaban de manera tan burda que es difícil de creer. En la portada de un periódico, con letras grandes, se podía leer: "Monseñor Romero vende su alma al diablo". Y en otra ocasión, en páginas interiores: "El próximo sábado se hará un exorcismo a Monseñor Romero para liberarle del demonio". Los insultos al P. Arrupe fueron más sofisticados, pero no menos venenosos. Sus enemigos regaron este slogan: "Un vasco [Ignacio de Loyola] fundó la Compañía. Y otro vasco [Pedro Arrupe] la está destruyendo" y el mismo P. Arrupe lo contaba con humor. Al final de su vida es bien sabido que monseñor Romero sufrió varias veces amenazas de muerte. El padre Arrupe no sufrió ese tipo de amenazas, y su final fue una cruz distinta, pero dolorosa. Sufrió las consecuencias de una trombosis cerebral que le fue disminuyendo -a él, una persona de inmensa creatividad y simpatía- convirtiéndolo en piltrafa humana. "Soy un pobre hombre", le dijo al padre Lamet en la entrevista citada.

Tras la muerte de ambos la curia vaticana adoptó una actitud parecida. Es conocido el retraso y lentitud en canonizar a monseñor Romero. En la curia vaticana seguía teniendo adversarios y opositores que no deseaban que la Iglesia lo declarase, pública y solemnemente, cristiano ejemplar y modelo de obispo. También con retraso ha comenzado el proceso de canonización de Arrupe, muy posiblemente -según he escuchado de gente de fiar- porque todavía algunos recuerdan sus tensiones con cardenales y con Juan Pablo II. En ninguno de los dos casos ha habido santo subito, ni las facilidades en los procesos de canonización de Escrivá de Balaguer, la madre Teresa y Juan Pablo II. Solo con el papa Francisco -y no por ser jesuita como el padre Arrupe- se han superado los obstáculos en ambos casos.

Lo importante tras la muerte de cristianos y cristianas excelentes no es que una curia reconozca que se han cumplido todas las normas exigidas para su canonización o, dicho en lenguaje rimbombante, para ser elevado o elevada al honor de los altares. Lo importante es que cristianos y cristianas excelentes sean mejor conocidos y puedan empaparnos de humanidad, misericordia, justicia y verdad; que especialmente nos puedan empujar al seguimiento de Jesús, a cargar con su cruz, al mayor amor de dar la vida por los pobres y las víctimas. En definitiva, a la confianza en un Dios que es Padre, y a la disponibilidad ante un Padre que sigue siendo Dios.



4. Ambos se dejaron tocar por la realidad del pueblo

He dicho al principio que “ambos cargaron con una realidad excepcional del pueblo y se dejaron cargar por ella”. Solo lo menciono, insistiendo en la dimensión de hondura ética en el cargar con la realidad y en la dimensión de gracia al dejarse cargar por la realidad. Ambos vivieron ambas cosas.

5. Ambos tuvieron una fe enviadible

Terminamos con la fe -la calidad de la fe- de monseñor Romero y del padre Arrupe. Yo viví más tiempo cerca del ser humano Óscar Arnulfo Romero Galdámez que del ser humano Pedro Arrupe Gondra. Pero dadas las circunstancias de mi cercanía con el padre Arrupe, quedé más físicamente impactado por su fe personal. Y me voy a detener un poco.

En junio de 1976 estaba yo en Guatemala para una reunión de consultores de provincia, cuando me llamaron de la curia de Roma. Me pidieron que fuera a Roma, pues el P. Arrupe quería hablar conmigo. Con el P. Arrupe ya me había comunicado por carta un par de veces. A comienzos de 1975 a los profesores de teología de la UCA nos escribió que estaba descontento con los contenidos y método de enseñanza del curso de teología que, con Ellacuría, comenzamos en 1974. En otra carta pedía mi opinión -y la de otros- sobre el gobierno de la entonces viceprovincia de Centroamérica. Obviamente viajé a Roma, sin saber exactamente qué quería de mí el padre Arrupe. Llegué el 29 de junio de 1976, y nada más llegar a la curia, el padre Briceño, uno de sus colaboradores cercanos, y buen amigo mío, me dijo: “vaya problema que estáis causando en la curia los jesuitas centroamericanos”. Lo decía riéndose. Yo no entendía nada, y se explicó. Me dijo que los asistentes con mayor responsabilidad estaban asustados, pues había ocurrido algo inaudito. Estaban preparando la carta del Padre General en la que este comunicaba que elevaba a Provincia a la que hasta entonces era viceprovincia de Centroamérica. Pues bien, en esa carta el padre Arrupe “quería pedir perdón a los jesuitas centroamericanos”. Desconozco en qué términos pensaba hacerlo, pero esa era su intención, y eso es lo que tenía desconcertados a sus asistentes generales. Estos lo impidieron, y me quedé con gran interés y curiosidad de ver cómo quedó la carta. Y me enteré. En ella el P. Arrupe formuló una tesis fundamental: la realidad de Centroamérica imprimía vitalidad a la misión de la Compañía, pero también daba pie a la radicalización de



puntos de vista diferentes y a la agudización de tensiones. Y añadió estos dos párrafos que para mí son los párrafos centrales. El primero es de apoyo y consuelo:

“Desde Roma he procurado seguir de cerca esta evolución, pero nunca ha decaído mi esperanza porque en medio de tantas dificultades he visto siempre en todos, una decidida voluntad de seguir a Cristo, de vivir un espíritu evangélico, radical, puro y genuinamente ignaciano”.

El segundo párrafo toca el tema que había provocado el desconcierto de los asistentes. Lo cito a continuación. Aun leído 43 años después, no me deja de sobrecoger:

“Repasando experiencias de estos años respecto a la Viceprovincia, he de confesar que se agolpan en mi memoria recuerdos de distinto signo: unos muy consoladores, otros dolorosos; pero lo que personalmente más siento es el ver que mis limitaciones hayan podido ser a veces causa de malos entendidos, penas y sufrimientos que una dirección diferente hubiera podido evitar”.

Estas palabras me hicieron comprender lo que me había contado el padre Briceño nada más llegar a Roma, y sobre todo me mostraron a un padre Arrupe que yo no conocía en tal profundidad: un ser humano de honradez total, ciertamente en nada egoísta y, lo que ocurre muy infrecuentemente, en nada egocéntrico. Y sin poderlo remediar, sentí que el padre Arrupe me remitía a Dios. No a un Dios pensado en conceptos y presente en palabras, ni siquiera en las de la Escritura o en las de san Ignacio. Comunicaba a un Dios real.

Lo que acabo de decir lo fui experimentando con inmensa sorpresa y profundidad en la larga entrevista que tuve, repartida en unas once horas, a lo largo de una semana a partir del 30 de junio. Sólo voy a insistir en lo que fue más importante para mí. No fueron sus palabras concretas, sino el asomarse de Dios en su persona.

Me había llamado para comprender la teología de la liberación antes de hacer un viaje por América Latina, y siendo Arrupe como era me preguntó mil cosas sobre teología y liberación, sobre justicia y pobreza, sobre vida de comunidad y trinidad. Yo no me sentía nervioso o intranquilo, sino en paz. Tampoco me sentí en modo alguno privilegiado de que Arrupe me hubiese llamado para que yo le pudiera aclarar algo. El aire de cercana transcendencia que transmitía hacía que yo respirase aire más puro. Me sentía pequeño, pero no empequeñecido.



Un día sí me sorprendió más allá de lo normal. No recuerdo bien de qué estábamos hablando, cuando de pronto me dijo: “Padre, usted pensará que estoy loco. He escrito una poesía a Jesucristo. ¿Me deja que se la lea?”. Me quedé impactado y en silencio. Le dije que sí, obviamente. Se levantó hacia su escritorio, encontró la poesía con rapidez y la leyó. No recuerdo lo que decía en la poesía. Lo que sí recuerdo hasta el día de hoy es lo que sentí por dentro: “este hombre de verdad ama a Jesucristo”. Creo que esto es, más o menos, lo que dijo un monje de Montserrat de muchos años cuando alrededor de 1622, en el proceso de canonización de san Ignacio, le preguntaron qué recordaba de aquel extraño varón que conoció en Montserrat, aquel Iñigo que hacía locuras. Si mal no recuerdo, contestó: “Ese peregrino era un loco por Cristo”.

Volvamos a la fe del padre Arrupe. En una entrevista en televisión, con total espontaneidad y entusiasmo, dijo: “Para mí Jesucristo es todo. Quítame a Jesucristo de mi vida y se me desploma todo, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, la cabeza y el corazón”. Y en otras ocasiones dijo:

- “Para mí Dios es todo. Es lo que llena completamente mi vida y que me aparece en la fisonomía de Jesucristo, en el Jesucristo oculto en la Eucaristía, y después en mis hermanos los hombres, que son imagen de Dios”.
- “Señor quisiera conocerte como eres. Tu imagen sobre mí bastará para cambiarme”.

Y dos últimas sentencias, una en tiempo de salud y otra en tiempo de enfermedad:

- “Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca; ya que nunca habíamos estado tan inseguros”.
- “Soy un pobre hombre que procura estropear lo menos posible la obra de Dios”.

Y ya que he mencionado la decisión del P. Arrupe de “pedirnos perdón” a los jesuitas centroamericanos, quiero mencionar que después de su conversión también monseñor Romero “pidió perdón” a personas y comunidades. Sólo dos ejemplos. Pidió perdón al padre Amando López, porque, siendo rector del seminario arquidiocesano, monseñor Romero junto con otros obispos invitaron -es decir forzaron- a que los jesuitas dejaran de llevar el Seminario San José de la Montaña. Y



también fue a pedir perdón a una comunidad de base en Zacamil a la que antes había criticado.

Romero y el pueblo

Monseñor Romero fue “decidor de la verdad”. Un campesino salvadoreño lo dijo de forma extraordinaria: “monseñor Romero dio la verdad, nos defendió a nosotros de pobres, y por ello lo mataron”. 1. En la tradición bíblica “decir verdad” es un imperativo que viene de lejos. Y de lejos viene también cuán peligroso es el ámbito en que se mueve la verdad. “El maligno es asesino y mentiroso”, dice el evangelio de Juan (8,44). Primero da muerte y después la encubre. 2. Y positivamente, en consonancia con lo que Puebla dice que hace Dios (n.1142), Monseñor captó que la finalidad última del decir verdad consistía en defender al pobre. Y así, sin saberlo, hizo que ocurriese lo que Karl Rahner había dicho muchos años antes: “la realidad quiere tomar la palabra”. Lo mostraré con unas pocas citas.

1. Monseñor dijo la verdad vigorosamente

“Nada hay tan importante como la vida humana, sobre todo la vida de los pobres y oprimidos” (16.03.80). En Puebla le dijo a Leonardo Boff: “ustedes, teólogos, ayúdennos a defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida”. Dijo la verdad extensamente, para poder decir “toda” la verdad -y sus homilías podían durar una hora. La dijo públicamente, “desde los tejados”, como pedía Jesús, en catedral y a través de la YSAX [Radio YSAX. La voz del Buen Pastor]. Dijo la verdad popularmente, aprendiendo muchas cosas del pueblo, de modo que, sin saberlo, los pobres y los campesinos eran en parte coautores de sus homilías y cartas pastorales. “Entre ustedes y yo hacemos esta homilía” (16.09.79). “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (06.10.79). Y formuló notables sentencias sobre su relación con el pueblo para decir verdad. “Siento que el pueblo es mi profeta” (08.07.79). “Hicimos una reflexión tan profunda que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (09.09.79). Y fue también popular, pues Monseñor respetaba y apreciaba la “razón”, el discursar del pueblo, de la gente sencilla. Y evitaba dar pasos hacia la infantilización religiosa, peligro que suele ser normal en la pastoral.



2. Monseñor defendió a los pobres

En Puebla los obispos hicieron una opción por los pobres, escribieron la sobrecogedora letanía de los rostros de pobres (n. 32-39), su multitud (n. 29), sus causas estructurales y sus exigencias (n. 30). Pero dicho esto, voy a insistir en la formulación teológica que hace Puebla, es decir, qué y cómo hace Dios su opción por los pobres, lo cual en mi opinión no suele tenerse muy en cuenta. Intentarlo puede parecer audaz, incluso arrogante. Pero Puebla tuvo esa audacia, sin ninguna arrogancia. Dice en el n. 1142: “Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama”.

El campesino sí entendió bien la opción por los pobres de monseñor Romero: “Nos defendió a nosotros de pobres”. Monseñor defendió a los pobres y oprimidos del país. No sólo optó por ellos. Ese defender significó impulsar la organización popular y el socorro jurídico para defender a campesinos y víctimas de quienes les oprimían y reprimían. Cuando arreció la represión abrió las puertas del seminario central San José de la Montaña para acoger, y así defender, a los campesinos que huían de Chalatenango -lo que por cierto disgustó a varios obispos-. Y ciertamente, semana tras semana, defendió a pobres y víctimas con la verdad que proclamaba públicamente en sus homilias. Es claro, pues, que Monseñor defendía al oprimido.

Pero también hay que entender lo que implica defender. Defender supone enfrentarse a y, cuando es necesario, luchar contra los que agreden, empobrecen, persiguen, oprimen y reprimen. Por defender a los pobres Monseñor se enfrentó con los que mienten y asesinan, fuesen personas, instituciones o estructuras -y aceptó el precio a pagar-. Y la suya fue una defensa primordial, que iba mucho más allá de lo que convencionalmente se suele entender por “defender un caso” con la finalidad, además, de “ganar un caso”, como aparece con frecuencia en programas de televisión. Ganar él un caso, nunca fue la perspectiva de Monseñor, obviamente. Trabajaba y luchaba para que ganase la realidad maltrecha, la justicia y la verdad. Más a fondo, trabajaba y luchaba para que alguna vez no perdiesen los de siempre.

Monseñor fue defensor del pobre con todo lo que era y tenía. Cinco días antes de ser asesinado, a un periodista extranjero que le preguntaba cómo era posible, en situación tan difícil, ser solidarios con el



pueblo salvadoreño le contestó: “El que no pueda hacer otra cosa que rece”. Hagan lo que puedan, pero hagan, hagan todo lo que puedan, vino a decir. Y añadió la razón para ese hacer necesario para quien quiera ser humano. “Y no olviden que somos hombres [...] Y que aquí están sufriendo, muriendo, huyendo, refugiándose en las montañas”. No olviden que “la gloria de Dios es que el pobre viva”, dijo seis semanas antes de ser asesinado, en la Universidad de Lovaina.

Romero y Dios

La fe de monseñor Romero fue de calidad excepcional. Solo voy a citar unas palabras de su homilía dominical poco antes de ser asesinado: “Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. Quién me dijera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicción de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez”. Y su entrega a Dios fue total. Monseñor Romero hizo los ejercicios de san Ignacio seis semanas antes de ser asesinado. Solo voy a citar su entrega a Jesús, que es evidentemente entrega a Dios:

“Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado”.

Prosigue con palabras propias y el final es de una finura y desmesura inesperadas:

“Así concreto mi consagración al corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia [...] porque el corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en Él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en Él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria”.



He terminado este artículo recordando la fe de monseñor Romero, así como antes me detuve en la fe del padre Arrupe. Esa fe supone una lucha crucial contra cualquier forma de afirmación de uno mismo. Además, fe y justicia, fe y profecía se relacionan íntimamente. Cuanto más nítida sea la fe en Dios más decidida será la lucha por la justicia. Por eso he hablado de la fe del P. Arrupe y de la fe de Mons. Romero. Cómo la fe hace más profunda la justicia lo digo sin dubitar ni poder dubitar. Es lo que vi en monseñor Romero y en el padre Arrupe. Termino con unas palabras del 23 de marzo de 1980. Muestran en totalidad a Romero profeta.

“Le pido al Señor durante la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y, aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión”.



San Romero y el valor humano y divino de su conversión que le condujo hasta dar la vida por los pobres

Juan Hernández Pico, SJ⁴

Introducción

Pienso que, según el Evangelio de Marcos, el mensaje de Jesús de Nazaret, el hijo de Dios, puede resumirse en dos puntos: uno es el anuncio de que el reinado de Dios se acerca; el otro es que para recibir ese reinado las personas tenemos que hacernos radicalmente nuevas, nos es preciso convertirnos. Quiero destacar el segundo punto, rescatándolo de la insignificancia a que ha sido reducido por siglos de entenderlo como un proceso individualista, puramente interior: “yo me arrepiento y Dios me perdona”, de donde queda ausente un cambio real de vida, de amor y de intereses, y por consiguiente un cambio de práctica, en este caso de práctica episcopal, personal y

4 Jesuita guatemalteco. Nació en 1936 en el País Vasco. Licenciado en Teología por la Hochschule Sankt Georgen de Frankfurt/Mein en 1967 y maestro en Sociología por la Universidad de Chicago en 1971. Fue delegado de formación de los jesuitas en Centroamérica de 1974 a 1980. Director del Centro de Investigación y Acción Social de los jesuitas en Centroamérica de 1980 a 1990. Estuvo siete años en la parroquia indígena de Santa María Chiquinquirá en Totonicapán de 2000 a 2007.



colegialmente. Es eso lo que hizo monseñor Romero, hoy san Romero. Escribiré a partir de un capítulo de un libro mío de 1987, *Esbozo sobre monseñor Romero*⁵, claro que algo historizado.

Hablando monseñor Romero en Puebla en febrero de 1979 sobre los criterios para verificar el fruto de los ejercicios espirituales, lo precisaba así: “Unos ejercicios medirían su eficiencia por la renovación que realicen en el hombre. No sería suficiente si un hombre se siente renovado sólo en una piedad individual, perdonado de sus pecados personales, muy a gusto por sentir su conciencia tranquila... Yo mediría la bondad o la ineficacia de unos ejercicios en la medida en que los hombres que salen de esas reflexiones profundas sean hombres de esos que necesita nuestra América: hombres nuevos para organizar estructuras nuevas en la medida de sus alcances”.⁶

En mi opinión, monseñor Romero mismo fue un ejemplo insuperable de esa indispensable conversión. Yo lo conocí personalmente. Más aún, siendo profesor de “Profetas”, no por ciencia sino por obediencia, viví durante el primer semestre de 1972 en la habitación inmediatamente a la par de la que él ocupaba en la segunda planta del Seminario de San Salvador cuando era obispo auxiliar de la Arquidiócesis y secretario de la Conferencia Episcopal. Ya entonces poseía dos aspectos importantes de su personalidad, que en los tres años de su arzobispado brillarán en toda su magnitud: el don de predicar la Palabra de Dios con gran elocuencia; y sobre todo una excepcional rectitud, que le llevó a jamás hacer nada en contra de su conciencia. Con esto ya queda dicho que escribir sobre la conversión de Romero no significa hablar de alguien que pasó de ser un gran pecador a ser un gran santo, como fue el caso, por ejemplo, de Ignacio de Loyola. Pienso, en cambio, que su conversión hizo a monseñor Romero pasar de ser un obispo recto y fiel, a ser “un pastor según el corazón de Cristo” y por eso “evangelizador y padre de los pobres”, a la vez que “testigo heroico del Reino de Dios”, para usar las palabras del papa Francisco en su beatificación.

5 Hernández Pico, Juan, S.J., *Un cristianismo vivo. Reflexiones teológicas desde Centroamérica*, Salamanca, materiales Sígueme, 1987, pp. 96-119, especialmente pp. 99-113.

6 Varios, *Ejercicios espirituales en, desde y para América Latina*, Buena Prensa, Torreón, México, 1980, pp. 102-103.



1. Anécdotas personales

Comienzo con dos anécdotas personales para explicar el proceso de conversión de Romero.

En aquel mismo año de 1972, el entonces arzobispo monseñor Luis Chávez y González (q.e.g.e) me pidió dar los ejercicios espirituales al clero arquidiocesano. Propuse varias meditaciones y contemplaciones ignacianas de lunes a viernes durante el día. Me pidieron que dedicáramos las noches, después de cenar, a ver a la luz del Señor la situación real de El Salvador. Monseñor Romero estuvo presente. El domingo siguiente, Monseñor firmó en la revista Orientación del Arzobispado un artículo que hablaba de aquel retiro y se titulaba -si bien recuerdo- Más sociología que ejercicios, y en el texto incluso acentuaba que se había tratado de sociología “marxistoides”. Ese año de 1972 fue el último de los 35 que los jesuitas dirigimos el seminario y fuimos profesores en él, con excepción del P. Ladislao Segura, a quien le pidieron continuar y, cuando murió repentinamente en 1978, fue enterrado a la par del altar de su capilla. Monseñor Romero formó parte de la mayoría de obispos que firmó esta decisión y, como secretario de la Conferencia, la comunicó al Provincial de los jesuitas.

Cinco años después, a fines de febrero de 1977 se publicó el nombramiento de monseñor Romero para ser arzobispo de San Salvador, lo que causó gran gozo en la oligarquía. En cambio, el corazón de la mayoría de los jesuitas se entristeció. Tres semanas después el párroco de Aguilares y El Paisnal, el jesuita Rutilio Grande, su anciano sacristán y un joven ayudante, fueron asesinados mientras iban en carro a celebrar en El Paisnal, donde había nacido Rutilio, la novena de san José. Monseñor Romero condujo su carro hasta Aguilares y pasó toda la noche frente a los cadáveres, celebrando de mañana. Rutilio Grande había sido su gran amigo y fue maestro de ceremonias en su consagración episcopal. La exigencia de Romero al entonces presidente Arturo Armando Molina de que se investigara a fondo el asesinato y la decisión de que no asistiría a ninguna celebración estatal mientras esto no se cumpliera, solo a la misa única en la arquidiócesis el domingo siguiente al funeral de Grande y sus compañeros, son bien conocidas.

No es tan conocida la captura por la Guardia Nacional del joven jesuita panameño Jorge Sarsanedas cuando volvía de celebrar la Eucar-



ristía en Nejapa. El hecho aparece en la película Romero. El arzobispo Romero y el superior provincial César Jerez lograron la liberación del joven jesuita, pero el Presidente impuso su deportación. Fuimos muchos jesuitas a despedirlo desde el balcón del aeropuerto de Ilopango. Y allí estaba también Romero. Pronto me di cuenta, con cierto temblor, de que venía acercándose a mí. Apenas me dio tiempo para felicitarle por su coherencia pastoral desde el 12 de marzo. Nos abrazó y nos dijo: "Ha sido la sangre del P. Grande. Otras fuerzas me habían apartado de ustedes. Pero ahora estamos juntos de nuevo". ¿Por qué decía eso? Recordemos que había estudiado teología en la Universidad Gregoriana de Roma y había hecho los ejercicios espirituales. Romero nunca mencionó por su nombre esas "otras fuerzas". Fue, una vez más, su rectitud. Para mí, constituyó un profundo cambio. Esto he querido decir con conversión. La verdad es que lo que hizo conmigo me emocionó profundamente.

¿Quiero decir que toda su conversión fue gracias a los jesuitas? No es eso lo que pretendo decir. La conversión de una persona es obviamente un misterio y depende, en primer lugar, de Dios y en el caso de monseñor Romero dependió de Dios que le mostró la perfidia presente en el asesinato de su gran amigo y párroco de Aguilares, Rutilio Grande, entregado al pueblo campesino oprimido y torturado por el hambre y se debió también al dolor y al llanto de la multitud de ese pueblo arracimada alrededor de los cadáveres aquella noche. Todo ello lo conmovió hasta las entrañas y el corazón y también por gracia de Dios y cooperación humana su respuesta fue la de alguien que escucha y que llega a ser santo delante de Dios y de la mayoría de su clero y de su pueblo. Solo puedo escribir aquí o en otro lugar implicándome personalmente, más cuando lo que viví con su gran cambio fue una de las gracias mayores en mi vida.

Lo importante es que un momento crucial en el camino del Espíritu para llevar a Romero a una profundización de su adhesión a Jesucristo fue la sangre derramada de su amigo Rutilio Grande y de sus dos compañeros campesinos. La sangre del P. Grande era la sangre de un párroco rural que, en cinco años de una pastoral profundamente renovada, había ayudado a despertar la conciencia de muchos campesinos y obreros de las plantaciones de caña. Había acontecido un despertar religioso que implicaba la conversión al Dios de la historia, tan exigente de solidaridad humana en justicia. Con la sangre de su amigo Rutilio llegó a los oídos de Romero el clamor de tanta sangre de los pobres derramada. Muchos familiares de estas víctimas y muchos otros amenazados mortalmente se habían reunido esa noche y Rome-



ro los encontró ahí, alrededor de la sangre derramada de Rutilio y sus compañeros, llorada y venerada como sangre de mártires.

Tres meses más tarde, después de la ocupación de Aguilares por el ejército y de la profanación del sagrario y de las hostias consagradas, y la brutal represión plagada de asesinatos y torturas, cuando el ejército se retiró y monseñor Romero pudo restaurar la vida parroquial de aquella ciudad, pronunció durante la misa aquellas impresionantes palabras: “Ustedes son la imagen del Divino Traspasado”⁷.

Monseñor no había reclamado justicia ante el Presidente de la República solo porque se tratara de la sangre derramada de un sacerdote, es decir de un sacrilegio. Monseñor reclamaba justicia porque se trataba de un crimen contra una persona humana, y luego contra muchas otras, pobres, es decir se trataba de un sacrilegio contra la imagen de Dios, contra el verdadero templo de Dios (1 Cor 3,16), contra tres hermanos de humanidad, los preferidos del Padre. Ese era el cambio profundo en su actitud. Lo que antes habría visto como politización en curas o en un obispo, lo sentía ahora como su nuevo deber fraterno, como su verdadero carisma, como la gracia con misión en su vida: “El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido, para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). Y por eso, Romero empezó a denunciar, a la manera de los grandes profetas y de Jesús de Nazaret, la explotación de la gente y la sangre derramada de los pobres.

2. Las etapas de su conversión y los cambios que implicaron en su vida

La conversión cristiana implica siempre una ruptura con una forma de vida anterior y una adopción de novedad de vida, especialmente de nueva libertad cristiana ante el odio del mundo y de rechazo y despegue del miedo en y ante el mundo, sobre todo el mundo del poder y del capital, ese otro poder. Veamos sus etapas en Romero.

7 Romero Ó., *Homilias*, Tomo I, Editor Miguel Cavada Díez, UCA Editores, San Salvador, 2006, p. 150.



2.1 El el encuentro con el odio

“Bienaventurados serán cuando los hombres los odien, cuando los expulsen, los injurien y proscriban su nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Alérgense ese día y salten de gozo, que su recompensa será grande en el cielo, pues de ese modo trataban sus padres a los profetas” (Lc 6,22-23).

En esos primeros meses de su arzobispado, a mi parecer, fraguó su conversión. El impacto mayor fue el estallido del odio. Habían irrumpido los pobres en la experiencia histórica y personal de Romero y en la de muchos cristianos. No solo como limosneros, apelando a la compasión, y no solo como individuos, sino como legítimos reclamantes de un protagonismo en los procesos históricos, reclamando sus derechos humanos. Un poco como lo había visto la Conferencia de Obispos Latinoamericanos en Medellín. Romero había sentido a Medellín como utilizada para fundamentar tendencias políticas izquierdistas. Pero ya antes de dos meses después del asesinato del P. Grande, afirma esto en la Eucaristía del domingo 8 de mayo de 1977:

“Somos conscientes de que no estaríamos en comunión con nuestra Iglesia si anunciáramos una liberación meramente política y socioeconómica. Así como también estamos convencidos de que ya estaría fuera de la comunión de la fe católica el sacerdote y el católico que, en nombre de una tradición sin evolución y sin inmanencia, es decir, sin encarnación en los problemas temporales históricos, rechazara el magisterio del Concilio Vaticano II, de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, del Papa actual, del obispo diocesano en comunión con el Papa”⁸.

El estallido del odio fue incommensurable. Monseñor, por ejemplo, fue abucheado durante su homilía en la Eucaristía del funeral por el canciller Borgonovo, asesinado por un movimiento político-militar. Quienes lo habían recibido como defensor de sus intereses lo calumniaban ahora en campañas de prensa, costosísimas, adornadas de una cólera y de una crueldad rara vez vistas antes públicamente. Era también el odio contra las personas dignas que desde su pobreza injusta reclamaban un lugar en la historia. Cayeron las máscaras del paternalismo y los rodeos de la beneficencia y el asistencialismo. Apareció el rostro del pecado estructural, de la dictadura de la oligarquía y la burguesía, defendido personalmente, reforzado y servido por las armas, dispuesto como nunca antes

8 Romero Ó., *Homilías*, Tomo I, *op.cit.*, p. 61.



a humillar, torturar, hacer desaparecer y asesinar. Esta brutal y terrible evidencia del mal fue sentida por Monseñor, y la convicción de su obligación cristiana con el pueblo digno de los pobres se le implantó en el corazón como fuente inagotable de valentía cristiana. Además, este odio marcó con la violencia y más tarde con la muerte a sacerdotes y agentes de pastoral, a religiosas, a catequistas, en una palabra, a toda la Iglesia que aceptaba en El Salvador echar su suerte con los pobres. Y a Mons. Romero ese odio intentaba aniquilarlo en su imagen.

2.2 Un cambio de consejeros

Frente al odio se había afianzado y profundizado en Romero el amor valiente a los pobres. Además, a nivel intraeclesial, y ante la necesaria respuesta al asesinato del P. Grande y sus compañeros, se le fue haciendo claro en una reunión tras otra, quiénes lo apoyaban y quiénes se ausentaban conspicuamente de la asamblea convocada por él. La exigencia cristiana de su conversión implicó su separación de consejeros unilateralmente espiritualistas y desencarnados, o más bien encarnados en la búsqueda de la vía triunfal de la conciliación con el Estado militarista defensor de la oligarquía socioeconómica. Y supuso al mismo tiempo formar un equipo de nuevos colaboradores, sacerdotes y laicos, preocupados por la vida de los pobres y valientes en su “no” al poder dictatorial opresivo y represivo. Su obispo auxiliar, Arturo Rivera, que le sucedió en el arzobispado, estaba entre ellos.

2.3 El paso del diálogo con aquel Estado al diálogo con las mayorías populares

Se separó Monseñor y -lo que es aún más importante- separó la función jerárquica de la Iglesia del diálogo de poder a poder con el Estado. De aquí brotó su famosa proposición: “no es la Iglesia la que está en conflicto con el Estado, no le toca a la jerarquía actuar como un poder legitimador del Estado; en cambio, es el Estado el que está en conflicto con las grandes mayorías pobres y a la Iglesia lo que le toca es estar en favor de ellas”⁹. Por eso, el dialogante nuevo de la Iglesia

9 Refutando una noticia del *Diario de hoy* (15/08/1978) de que había felicitado a la Asamblea Nacional, la frase exacta de Monseñor Romero fue: “...no estoy confrontándome con nadie, sino que estoy tratando de servir al pueblo y el que esté en conflictos con el pueblo, sí estará en conflictos conmigo”, véase: Romero Ó., *Homilias*, Tomo III, op.cit, 20 de agosto de 1978, p. 180.



debían ser esos pobres inmensamente mayoritarios en El Salvador, y por eso, en la solidaridad de la Iglesia, es decir del Arzobispado, con los pobres radicaba su conflicto con el Estado. Dos años más tarde, en Puebla lo dejaría perfectamente formulado: "Una Iglesia sentida no solo en cuanto magisterio, sino en cuanto pueblo. Pueblo que pone en esa Iglesia su esperanza; pueblo que es él mismo Iglesia. Un Cristo encarnado en una Iglesia latinoamericana de pobres, de oprimidos, de sufridos" (VARIOS, Ejercicios Espirituales..., op.cit., p. 102).

2.4 El paso del espiritualismo celestial a la fe comprometida con este mundo

Un cuarto paso se mostró en su modo de vivir la solidaridad con los problemas básicos de esas mayorías pobres. Monseñor Romero nunca dejó de impulsar a los pobres hacia una vida en el Espíritu, mayor que todas las realizaciones históricas de su bienestar. Pero, a la manera de Jesús de Nazaret, asumió la lucha por resolver los problemas fundamentales de esta tierra como auténtica y necesaria señal y anticipación de esa vida mayor, como desafío a considerar la vida humana y su florecimiento como el mayor valor humano, el que decide sobre el amor a los hermanos más pequeños de Jesús. Romero, en su conversión, comenzó a asumir los problemas del hambre, del despojo, del desempleo, del monopolio de la tierra, de los manejos del capital onnipotente nacional y transnacional, y finalmente del respeto a la dignidad y, antes que nada, de la defensa del derecho a la vida, como los problemas fundamentales del amor humano.

2.5 El paso del servicio a la institución al servicio a la fe y la vida del Pueblo de Dios

La vivencia y la experiencia evangélica de la solidaridad con el pueblo -al modo del Jesús sanador y del Jesús perdonador- acabó separando a Monseñor de la perspectiva "eclesiástica" dominante, y no, en cambio, de la perspectiva eclesial jesuánica. Y eso, como criterio de verificación de si la Iglesia camina o no por el buen camino. El mantenimiento de los derechos de la institución, la conservación de ayudas financieras estatales, la misma preservación de aparatos de influjo sobre el país, Romero los relegó a un lugar inferior. Arriesgó su emisora, transmisora por excelencia de sus palabras de vida, convencido de que, si se la volaban, no podrían sin embargo detener la propagación



de su mensaje. La forma más brutal y más dolorosa para él como pretendieron acallar su voz y robarle su libertad fue matándole curas, la forma más tremenda de intentar chantajearlo. Además de Rutilio, cuya muerte fue ocasión de su conversión, mataron a seis curas párrocos y a uno de ellos junto con varios jóvenes los acribillaron y les pasaron una tanqueta por encima. Romero supo hacer de los funerales de todos estos curas una reafirmación de su libertad cristiana. Su perspectiva era defender la vida del pueblo de los pobres. Como Jesús, quiso hacer creíble la fe desde la denuncia profética del maltrato personal y estructural de la vida de los pobres.

2.6 El paso desde el sentir con la Iglesia institucional a sentir con la Iglesia en los pobres

Uno de los rasgos más fuertes y constantes de la espiritualidad de Romero fue “sentir con la Iglesia”. Lo hizo el lema de su escudo obispal. Esta exigencia se le concretó antes de la madurez de su arzobispado principalmente en una lealtad absoluta al magisterio jerárquico especialmente representado en el Papa y la curia romana. Una lealtad que él mismo explicó como selectiva, es decir, que afirma lo tradicional y criba lo novedoso; que no confronta las concreciones de la Iglesia y la realidad histórica del mundo con la radicalidad del Evangelio.

Como él mismo lo dijo hablando de sus visitas a Roma, fue a ver al Papa al estilo de Pablo cuando “subió a Jerusalén para conocer a Cefas” (Ga 1,17). Fue a ver a dos sucesores de Pedro, una vez a san Pablo VI y dos veces a san Juan Pablo II, para aportar la realidad viva, creativa y martirizada de su propia Iglesia arquidiocesana y la realidad palpitante y torturada de su propio pueblo salvadoreño. Y fue, como Pablo (Ga 2,11-14), para decir claramente y con toda libertad: así es la realidad en que se desarrolla mi ministerio pastoral y por eso actuó como actuó; así se manifiesta el Espíritu en nuestra historia y a ese Espíritu quiero serle fiel. En el curso de estas conversaciones comprendió que el ser obispo en la Iglesia de Jesucristo obliga a la máxima libertad cristiana porque consagra y compromete para el mayor servicio del anuncio y de la realización de la alegría de los pobres, del gozo del Evangelio, de la alegría del amor. Romero formuló así en Puebla el camino que había seguido: “El ‘sentir con la Iglesia’ de san Ignacio [en los ejercicios] sería ese sentir con la Iglesia encarnada en este pueblo



necesitado de liberación”¹⁰. Se trata, pues, de la conversión a una fidelidad difícil, a una fidelidad dialéctica que sabe que el Espíritu habla en el pastor que cumple el servicio de presidir la comunión de las Iglesias, y que el Espíritu habla también en “el potencial evangelizador de los pobres”, como dijeron en Puebla los obispos latinoamericanos¹¹.

2.7 El paso de la acción del Espíritu en la Iglesia a la acción del Espíritu en la historia

Monseñor Romero se separó también, de manera práctica y no solo en teoría, de una comprensión del Espíritu Santo que mantendría su acción en la historia reducida al campo de quienes profesan explícitamente la fe cristiana para entender que, como en el principio de la creación, “un viento (*ruáh*) de Dios” aletea en toda obra de amor al interior de la historia humana. Creyó en el aporte explícito de los cristianos en el proceso histórico del pueblo de los pobres hacia su liberación, y reconoció al mismo tiempo la autenticidad humana posible en el aporte no cristiano. En el fondo de este proceso de conversión a la grandeza y libertad de Dios, estuvo su profundización de la verdadera gloria de Dios: Hoy -escribió- “el ‘para la mayor gloria de Dios’ lo traduciríamos en “el hombre que es gloria de Dios en la medida en que se libere, en que se promueva”¹².

2.8 El paso de la disponibilidad general a dar la vida a la disponibilidad concreta

La conversión de monseñor Romero como pastor, como líder del Pueblo de Dios, se concentró sobre todo en un último paso de sencilla pero insondable profundización. Tal vez durante dos años y medio su muerte no fue una probabilidad cercana. Se intentó más bien asesinar su imagen e intrigar incluso para lograr que el Papa lo removiera del ejercicio de su autoridad arzobispal. En cambio, en los seis meses finales de su vida, su muerte violenta se le volvió un probable y cercano destino. ¿Qué pasó entonces? Acudamos al tomo VII de sus obras, que acaba de ser publicado. Encontramos ahí la última joya de

10 VARIOS, *Ejercicios...*, op.cit., p. 102.

11 Puebla, Parte IV, Cap. I, *Opción Preferencial por los Pobres*, n. 1147, BAC, Madrid, 1982, p. 610.

12 VARIOS, *Ejercicios...*, op.cit., p. 102.



su profunda vida espiritual, su último retiro espiritual, del 25 al 29 de febrero de 1980, un mes antes de su asesinato. Hablando con su confesor, el jesuita Segundo Azcue, ya fallecido, escribe Monseñor que le habló sobre “mi otro temor... acerca de los riesgos de mi vida. Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible, incluso el Sr. Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana. El padre me dio ánimo diciéndome que mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera que sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. El asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él.”

Y un poco más adelante, en sus apuntes de estos Ejercicios, escribe así: “Así concreto mi consagración al Corazón de Jesús pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en él mi muerte por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera, por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia... porque el Corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en él he puesto mi confianza y no quedará confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria”.¹³

Aquí se muestra claramente la fe inmovible de Romero en el Dios que garantiza su esperanza y la activa esperanza de los pobres.

Hay algo más: Romero vivió una época de El Salvador desgarrada por la violencia. Desde ambos campos contendientes lo acusaron de partidizarse por la parte contraria. Monseñor afirmó con fuerza: “Quienes creen que mi predicación es política, que provoca la violencia..., olvidan que la palabra de la Iglesia no está inventando los males que ya existe en el mundo, sino iluminándolos..., y la palabra de Dios quiere deshacer esos males y los señala como una denuncia necesaria para que los hombres vuelvan a los buenos caminos”. Y en ese mismo domingo 16 de marzo de 1980, ocho días antes de su asesinato, clamó de aquella manera profundamente personal e involuible contra la violencia: “Este es el pensamiento fundamental de mi predicación: nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y tan profundo, más que la violación de cualquier otro derecho

13 ROMERO Ó., *Cartas pastorales, discursos y otros escritos*, Tomo VII, Editor Miguel Cavada Díez, asistente de Editor y diagramadora Claudia Perla Campos, UCA Editores, San Salvador, 2017, pp. 541-542.



humano, porque es vida de los hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hacer imposible la reconciliación y la paz. Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión”.¹⁴

3. Monseñor Romero, un “hombre nuevo” recreado y liberado, y su carácter de “señal” para el episcopado en nuestra época

Ocho días antes de su muerte vi por última vez a monseñor Romero. Fue una hermosa ocasión. Se encontraba recibiendo los testimonios de solidaridad de la Iglesia que nace del Espíritu entre el pueblo de los pobres de América Latina. Habían pasado ya 3 años y 24 días desde que tomó posesión del arzobispado de San Salvador. Estábamos frente a un “hombre nuevo” recreado y liberado. Como otras veces, me pregunté cuánto tiempo me quedaría en El Salvador. La verdad es que solo iba a estar muy pocos días.

Lo habíamos conocido tímido y evasivo en 1972 y lo encontrábamos ahora lleno de fortaleza única frente al Estado, a la oligarquía y ante su pueblo. Lo habíamos conocido sustentado únicamente en lo antiguo de la tradición y lo reencontrábamos abordando con audacia lo nuevo de la historia en la Iglesia y en su Patria centroamericana. Lo habíamos conocido algo solitario, aunque nunca le faltaron amistades, y lo encontrábamos en continua búsqueda de consejo y amistad con sus colaboradores y colaboradoras y en olor de multitudes, habiéndose hecho su nuevo hogar en medio del pueblo de Dios, especialmente de sus hijos y hermanos, los pobres; lo habíamos conocido hombre de corredores y oficinas y lo encontrábamos hombre de los caminos de su pueblo, de las veredas rurales, de los barrancos y los tugurios, y de su catedral repleta de mujeres y hombres del pueblo de los pobres y de gente de buena voluntad de todas las clases sociales. Le quitaron la vida hace 38 años largos, pero lo hicieron signo de los tiempos, señal de y para nuestra época.

14 ROMERO Ó., *Homilias...*, Tomo VI, op.cit., pp. 390 y 411-412.



Monseñor Romero fue acogido con gran sensibilidad y simpatía por el hoy san Pablo VI, autor de *Humanae Vitae* y también de *Populorum Progressio*, el único Papa que no quitó ni un punto ni una coma de los Documentos de las Conferencias Episcopales latinoamericanas, y en concreto de Medellín, que significaron, va a hacer pronto 51 años, la recepción inculturada del Vaticano II en América Latina. Monseñor Romero se encontró también con san Juan Pablo II, que también escribió *Laborem exercens* y *Sollicitudo rei socialis*, dos encíclicas de profunda preocupación por la situación de los obreros y de los pobres. Con él sufrió Romero una notable crítica. Nunca escuchamos a Romero una crítica pública de Juan Pablo II, a pesar de su dolor personal. Eso sí, san Juan Pablo II, que envió un visitador a su arquidiócesis, no siguió el consejo del visitador de nombrar un arzobispo coadjutor con derecho a sucesión y mantuvo en su sede a Romero con toda su autoridad, y más tarde, se arrodilló con reverencia frente a la tumba del arzobispo mártir.

Creo que es muy importante repetir y subrayar que todo el cambio en Romero provino del proceso de conversión que se instauró en él por medio de una noche de angustia frente al cadáver de su amigo asesinado, frente a la sangre derramada de Rutilio Grande, y de un anciano y un joven del pueblo pobre, y también asesinados.

Pienso que el desafío que plantea su santa vida a los obispos de hoy en América Latina, se halla en la realidad de un Romero que siguió en las huellas de Jesús de Nazaret, al Hijo del hombre e Hijo de Dios, de quien al ver cómo sobrellevó su proceso y su crucifixión, el jefe del destacamento que lo crucificó no pudo menos de reconocer: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (Mc 15,39).

La señal de Romero para nuestra época -en el sentido evangélico de semeion- nos hace preguntar estas, entre otras preguntas que a lo mejor se suscitarn: ¿cuál es nuestra postura frente al deseo del papa Francisco de “una Iglesia pobre y para los pobres” y de un llamado a los pastores a “oler a oveja”, por ejemplo a “oler a emigrantes” en los Estados Unidos y en nuestros propios países? ¿Es nuestra palabra valiente para la misericordia y la alegría del amor, como la del sucesor de Cristo, Francisco? ¿Hemos escuchado a fondo esa palabra de la Escritura, que san Romero escuchó y tanto se repite en la Escritura: “No tengan miedo, yo estoy con ustedes” (Is 41,10.13; Sal 56,3; Mc 6,49-50; Mt 10,29-31; Mt 28,20; Lc 1,30-31; Lc 12,32; Jn 14,1; Rm 8,15; Flp 4,6-7; 2 Tm 1,7; Hb 13,6; 1 Pe 5,7; 1 Jn 4,18, etc.)? ¿Sabemos pronunciarnos como Francisco y proclamar que “así como el



mandamiento de ‘no matar’ pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir ‘no a una economía de la exclusión y la inequidad’ porque ‘esa economía mata’” (EG 53)? ¿Qué habría dicho o hecho Romero frente a proyectos del Gran Capital como la destrucción de nuestra casa grande por la minería a flor de tierra o la privatización del agua, ese bien común por antonomasia, o el proyecto de destruir la Amazonia? Aquí en El Salvador, el señor arzobispo, José Luis Escobar Alas, marchó, junto con algunas instituciones, a la Asamblea Nacional para promover una ley contra la minería a flor de tierra, y la ley se votó.

Frente a las amenazas y los chantajes de los estados de revelar públicamente nuestros techos de vidrio o los de nuestros sacerdotes y colaboradores laicos, ¿seguirán nuestros obispos con la misma libertad evangélica que Romero mostró a pesar del tremendo chantaje de los asesinatos de sus curas? Vivimos por desgracia en algunos países del istmo centroamericano situaciones fuertemente violentas. ¿Cómo abordan los obispos estas situaciones? ¿Con la misma claridad de monseñor Romero, con su misma clarividencia que le hacía afirmar que nada le importaba tanto como la vida humana y que la violación de la vida era más execrable que la violación de cualquier otro derecho humano? Finalmente, ¿trabajan los obispos su predicación indagando la realidad de su pueblo y estudiando desde ella la Palabra de Dios, la teología y la espiritualidad para hablar con la profundidad y la unción con que evangelizaba Romero?

Son algunas preguntas que querría dejar con humilde sencillez al final de estas páginas. ¿Desde dónde? Desde el grito de Jesús de Nazaret después de su bautismo: “Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: ‘El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el Evangelio’” (Mc 1,14-15). Esto fue lo que escuchó monseñor Romero después de que el padre párroco Rutilio Grande y sus compañeros fueron también “entregados”, y esto fue lo que convulsionó a su arquidiócesis y a su país gracias, a mi juicio, a su conversión de pastor conmovido por su pueblo, aunque a él le costó la vida.



Óscar Arnulfo Romero: profeta y mártir

Pablo Richard¹⁵

Introducción

“La palabra queda. Y este es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá, pero mi palabra que es Cristo quedará en los corazones que lo hayan querido acoger” (17.12.78).

Su palabra profética lo lleva al martirio

“He sido frecuentemente amenazado de muerte. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Un obispo morirá, pero la Iglesia que es el pueblo, no perecerá jamás” (dos semanas antes de su muerte).

Presentaré los textos más significativos de Monseñor Romero, desde 1977 a 1980. La selección de los textos implica ya una interpretación. En cada cita, en la parte superior, pongo un título para identificar el tema y abajo las palabras mismas de monseñor Romero.

15 Chile 1938 – Costa Rica 2021. Licenciado en Teología (Universidad Católica de Chile), estudios en Sagradas Escrituras (Pontificio Instituto Bíblico de Roma), estudios de Arqueología Bíblica (Escuela Bíblica de Jerusalén), doctor en Sociología de la Religión (Sorbona de París).



La palabra de Dios en nuestra propia conciencia

“Vivimos muy fuera de nosotros mismos. Son pocos los hombres que de veras entran dentro de sí, y por eso hay tantos problemas. En el corazón cada ser humano hay como una pequeña celda íntima, donde Dios baja a platicar a solas con el ser humano” (10.07.77).

Dios no camina sobre charcos de sangre

“Dios no camina por allí sobre charcos de sangre y toturas, Dios camina sobre caminos limpios de esperanza y amor” (07.08.77).

Esta es la Iglesia que yo quiero

“Ahora la Iglesia no se apoya en ningún poder, en ningún dinero. Hoy la Iglesia es pobre. Hoy la Iglesia sabe que los poderosos la rechazan, pero la aman los que sienten en Dios su confianza. Esta es la Iglesia que yo quiero. Una Iglesia que no cuente con privilegios” (28.08.77).

La riqueza un ídolo que mata

“¿Qué sacrificios enormes se hacen ante la idolatría del dinero! No sólo sacrificios, sino iniquidades. Se paga para matar. Se paga el pecado. Y se vende. Todo se comercializa. Todo es lícito ante el dinero” (11.09.77).

Biblia y signos de los tiempos

“Además de la lectura de la Biblia, que es Palabra de Dios, un cristiano fiel a esa Palabra, tiene que leer los signos de los tiempos, los acontecimientos, para iluminarlos con esa Palabra” (30.10.77).

La Palabra lleva la fuerza de la verdad

“La Palabra es fuerza. La palabra cuando no es mentira, lleva la fuerza de la verdad. Por eso tantas palabras que no tienen fuerza en nuestra patria, porque son palabras mentira, porque son palabras que han perdido su razón de ser” (25.11.77).



Queremos ser la Iglesia que lleva el Evangelio auténtico

“Un Evangelio que no tiene en cuenta los derechos de los hombres, un cristianismo que no construye la historia de la tierra, no es la auténtica doctrina de Cristo, sino simplemente instrumento de poder” (27.11.77).

La Iglesia espera una liberación cósmica

“La liberación que la Iglesia espera es una liberación cósmica. La Iglesia siente que es toda la naturaleza la que está gimiendo bajo el peso del pecado” (11.12.77).

Hay muchos templos, pero lo que importa son ustedes

“Hermanos, no contemos la Iglesia por la cantidad de gente, no contemos la Iglesia por sus edificios materiales. La Iglesia ha construido muchos templos de Dios dándoles la verdad y la vida de Dios. No se cuenten por muchedumbres, cuéntense por la sinceridad del corazón con que siguen esta verdad y esta gracia de nuestro Divino Redentor” (19.12.77).

La Iglesia no quiere masa, quiere pueblo

“Quiere salvarnos en pueblo. No quiere una salvación aislada. De aquí que la Iglesia de hoy, más que nunca, está acentuando el sentido de pueblo. Y por eso la Iglesia sufre conflictos. Por que la Iglesia, no quiere masa, quiere pueblo. Masa es el montón de gente cuanto más adormecida, mejor la Iglesia quiere despertar en las personas el sentido de pueblo” (05.01.78).

Cómo saber si Dios está cerca de nosotros

“Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o lejos: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. La religión no consiste en mucho rezar. ¿Cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios” (05.02.78).



Yo les había dicho que se amaran como yo los amo

“Esta es la gran enfermedad del mundo de hoy: no saben amar. Todo es egoísmo, todo es explotación del hombre por el hombre. Todo es crueldad, tortura. Todo es represión, violencia. Se queman las casas del hermano, se aprisiona al hermano y se le tortura. Se hacen tantas groserías de hermanos contra hermanos. Jesús, como sufrirás esta noche al ver el ambiente de nuestra patria de tantos crímenes y tantas crueldades. Me parece mirar a Cristo entristecido desde la mesa de su Pascua mirando a El Salvador y diciendo: ‘y yo les había dicho que se amaran como yo los amo’” (23.03.78).

La Iglesia no puede ser sorda ni muda al clamor de los oprimidos

“No puede ser sorda y muda al clamor de millones de hombres que gritan liberación, oprimidos de mil esclavitudes” (26.03.78).

¿Qué Evangelio es ese?

“Eso quiere la Iglesia inquietar las conciencias, provocar crisis en la hora que se vive. Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta el pecado, una Palabra de Dios que no levanta roncha -como decimos vulgarmente-, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose. ¿Qué evangelio es ese? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación. Y aquellos predicadores que, por no molestar, por no tener conflictos y dificultades evitan toda cosa espinosa, no iluminan la realidad en que se vive” (16.04.78).

Víctimas de ese dios Moloc, insaciable de poder y de dinero

“Para mantener sus situaciones injustas no le importa la vida ni del campesino, ni del policía, ni del guarda, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado” (30.04.78).



Ateo no es sólo el marxismo, sino sobre todo el capitalismo

"Ese endiosar el dinero, ese idolatrar el poder, ese poner ídolos falsos para sustituir al Dios verdadero. Vivimos tristemente en una sociedad atea" (21.05.78).

Muchas veces hemos hecho de nuestro culto un negocio

"¡Cuántas fachadas de piedad; por dentro no son más que ateísmo! ¡Cuántas formas de rezo, cuantas formas religiosas meramente exteriores, rituales, legalistas! ¡No son el culto que Dios quiere! Y aquí no importa que arrasemos en esta acusación a nosotros mismos, los ministros sagrados, que muchas veces hemos hecho de nuestro culto un negocio, y puede entrar el Señor con el látigo en el templo: 'mi casa es casa de oración y ustedes la han hecho cueva de ladrones'" (21.05.78).

Hay muchos que comulgan y son idólatras

"Un cristiano que se alimenta en la comunión eucarística ¿cómo puede vivir idólatra del dinero, idólatra del poder, idólatra de sí mismo? ¿Cómo puede ser idólatra un cristiano que comulga?" (28.05.78).

El dios dinero, el dios poder, el dios lujo

"La denuncia de la idolatría ha sido siempre la misión de los profetas y de la Iglesia. Ya no es el dios Baal, pero hay otros ídolos tremendos de nuestros tiempos: el dios dinero, el dios lujo, el dios lujuria. ¡Cuántos dioses entronizados en nuestro ambiente! Y la voz de Oseas tiene actualidad también ahora para decirle a los cristianos: 'No mezclen la adoración del verdadero Dios con esas idolatrías. No se puede servir a dos señores: al Dios verdadero y al dios dinero. Se tiene que seguir a uno sólo'" (11.06.78).

Que la Iglesia retome la Biblia y la haga la Palabra viva

"La Biblia sola no basta. Es necesario que la Biblia la retome la Iglesia y vuelva a hacerla Palabra viva. No para repetir al pie de la letra salmos



y parábolas, sino para aplicarla a la a la vida concreta. Una Biblia que solo se usa para leerla y vivir materialmente apegados a tradiciones y costumbres de los tiempos en que se escribieron esas páginas, es una Biblia muerta. Eso se llama biblisismo, no se llama revelación de Dios" (16.07.78).

Cristo desborda la Iglesia

"Dios está en Cristo y Cristo está en la Iglesia. Pero Cristo desborda la Iglesia. Es decir, la Iglesia no puede pretender tener del todo a Cristo, al modo de decir: sólo los que están en la Iglesia son cristianos. Hay muchos cristianos de alma que no conocen la Iglesia, pero que no talvez son más buenos que los que pertenecen a la Iglesia" (13.08.78).

Despertar el sentido espiritual de la vida

"Esta es la misión de la Iglesia: despertar, como lo estoy haciendo en este momento, el sentido espiritual de su vida, el valor divino de sus acciones humanas. No pierdan eso, queridos hermanos. Esto es lo que la Iglesia ofrece a las organizaciones, a la política, a la industria, al jornalero, a la señora del mercado, a todos lleva la Iglesia este servicio de promover el dinamismo espiritual" (20.08.78).

Los pies en la tierra y el corazón lleno de Evangelio

"La verdad es la que tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en la tierra, pero el corazón lleno de Evangelio y de Dios, para buscar soluciones, no a inmediateismos violentos, tontos, crueles y criminales, sino la solución de la justicia. Sólo la justicia puede ser la raíz de la paz" (27.08.78).

Trabajo por el Reino de Dios se da también fuera de la Iglesia

"El Reino de Dios está más afuera de las fronteras de la Iglesia y, por lo tanto, la Iglesia aprecia todo aquello que sintoniza con su lucha por implantar el Reino de Dios. Una Iglesia que se trata solamente de conserva pura, incontaminada, eso no sería Iglesia de servicio de Dios a los hombres" (03.12.78).



La Iglesia de los pobres

"La Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir: la Iglesia de los pobres, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención" (24.12.78).

No me interesa mi seguridad personal

"Un bienestar personal, una seguridad de mi vida no me interesa mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tienda cada vez más esas diferencias sociales" (14.01.79). "Yo les quiero repetir lo que dije otra vez: el pastor no quiere seguridad, mientras no le den seguridad a su rebaño" (22.07.79).

La Iglesia está con el pueblo

"Fíjense que el conflicto no es entre la Iglesia y el gobierno. Es entre gobierno y pueblo. La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia, gracias a Dios" (21.01.79).

Sobran los falsos profetas

"Los hechos concretos Dios no los desprecia. Querer predicar sin referirse a la historia en que se predica no es predicar el Evangelio. Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores, que no les dijeran nada a los idólatras, a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder. Una predicación que no denuncia las realidades pecaminosas en las que se hace la reflexión evangélica no es Evangelio. Sobran aduladores, sobran falsos profetas" (18.02.79).

Una evangelización comprometida y sin miedo

"Si nuestra arquidiócesis se ha convertido en una diócesis conflictiva, no les queda duda, es por su deseo de fidelidad a esta evangelización nueva, que del Concilio Vaticano II para acá y en las reuniones de los obispos latinoamericanos, están exigiendo que tiene que ser una evangelización muy comprometida, sin miedo. Evangelización exigente que señale peligros y que renuncia a privilegios, y que no le tiene



miedo al conflicto cuando ese conflicto lo provoca nada más que la fidelidad al Señor” (22.04.79).

La Evangelización auténtica no depende del poder

“La pobreza de la Iglesia será más auténtica y eficaz cuando de veras no dependa ni busque el socorro de los poderosos, ‘el amparo de los poderes’; no haga consistir la evangelización en tener poder, sino en ser evangélica y santa; en apoyarse en el pobre que con su pobreza enriquece” (10.07.79).

Edificios contruidos con sangre de pobres

“¿De qué sirven hermosas carreteras y aeropuertos, hermosos edificios de grandes pisos, si no están más que amasados con sangre de pobres que no los van a disfrutar?” (29.07.79).

El mal de El Salvador: la riqueza como un absoluto

“Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable. ¡y ay el que toque ese alambre de alta tensión” (12.08.79).

La Palabra de Dios debe tocar la realidad de nuestro pueblo

“Si en El Salvador el pan de vida que la Iglesia reparte, la Palabra del Señor, la religión cristiana, no toca las realidades políticas, sociales y económicas de nuestro pueblo, será un pan guardado, y el pan que se guarda no alimenta” (19.08.79).

Estoy en la lista de los que van a ser asesinados

“No sigan callando con la violencia a los que estamos haciendo esta invitación. Ni mucho menos continúen matando a los que estamos tratando que haya una distribución del poder y de las riquezas de nuestro país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la



próxima semana. Pero que quede constancia de que la voz de justicia nadie la puede matar ya" (24.02.80).

La muerte del pobre toca el corazón mismo de Dios

"Nada es tan importante para la Iglesia como la vida humana. Sobre todo, la vida de los pobres y los oprimidos, que -además de ser humanos- son también divinos, por cuanto de ellos dijo Jesús que todo lo que con ellos se hace Él lo recibe como hecho a Él. Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política. Toca el corazón mismo de Dios. Hacen que ni la reforma agraria, ni la nacionalización de la banca, ni otras prometidas medidas puedan ser fecundas si hay sangre" (16.03.80).

La violencia en El Salvador y el ambiente que quiere Dios

"Hay mucha violencia, hay mucho odio, hay mucho egoísmo. Cada uno cree tener la verdad y echarle la culpa de los males al otro. Nos hemos polarizado. La palabra ya corre corrientemente como una realidad que se vive, sin darnos cuenta; cada uno de nosotros está polarizado, se ha puesto en un polo de ideas intransigentes, incapaces de reconciliación, odiamos a muerte. No es ese el ambiente que Dios quiere. Es un ambiente necesitado como nunca del gran cariño de Dios, de la gran reconciliación" (16.03.80).

Recoger el clamor del pueblo y predicar el Evangelio

"Ya sé que hay muchos que se escandalizan de estas palabras y quieren acusarla de que ha dejado la predicación del Evangelio para meterse en política, pero no acepto yo esta acusación, sino que hago un esfuerzo para que todo lo nos ha querido impulsar el Concilio Vaticano II, la reunión de Medellín y de Puebla, no sólo lo tengamos en las páginas y lo estudiemos teóricamente, sino que lo vivamos y lo traduzcamos en esta conflictiva realidad de predicar como se debe el Evangelio para nuestro pueblo. Por eso le pido al Señor, durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y que siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión" (23.03.80).



Un día antes de su martirio: Mons. Romero predica en la catedral y su voz llega a todo el país:

“Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la guardia nacional, de la policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice no matar. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedar callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo, cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno cese la represión. La Iglesia predica su liberación tal como la hemos estudiado hoy en la Sagrada Biblia, una liberación que tiene, por encima de todo, el respeto a la dignidad de la persona, la salvación del bien común del pueblo y la trascendencia que mira ante todo a Dios y sólo de Dios deriva su esperanza y su fuerza. Vamos a proclamar nuestro Credo en esa verdad” (fin de la homilía 23.03.80).

Mons. Romero, como profeta, esta consciente que está haciendo un llamado a la “subversión”: “ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla”. Esa “subversión” tenía una inmediata pena de muerte. Monseñor Romero mantiene su profecía sabiendo que será condenado a muerte. Por eso lo consideramos profeta y mártir.

La Eucaristía inconclusa del 24 de marzo de 1980

Las últimas palabras de Mons. Romero (en el Ofertorio)

“Que este cuerpo inmolado y esta Sangre Sacrificada por los hombres nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos pues,



íntimamente en fe y esperanza en este momento de oración por Doña Sarita y por nosotros”.

En ese momento sonó el disparo que reventó su corazón

La Eucaristía se celebraba en la capilla del Hospital junto a la casa donde vivía monseñor Romero. El hijo de Doña Sarita era periodista y tenía grabadora y máquina fotográfica, lo que permitió guardar todo lo sucedido.

Conclusión

Es muy difícil diseñar una conclusión a la memoria de Mons. Romero, pues él esta vivo en la memoria de todos los ámbitos de nuestra historia actual. Es realmente un santo universal. En los 35 textos citados en este artículo, y en algunos más de textos aludidos, Mons. Romero penetra en toda la realidad desde todas las dimensiones posibles. Es un santo también moderno que analiza la historia que él mismo está viviendo en su vida. Esta conclusión mira hacia al pasado, pero sobre todo al presente y al futuro. Es un santo exigente, que cuando se la conoce, nuestra vida no puede seguir igual.

Encuentros personales con Mons. Romero en Costa Rica y en El Salvador:

Mons. Romero se hizo presente en un seminario que se realizaba en Costa Rica en marzo 1980. Nos regaló su Cuarta Carta Pastoral Misión de la Iglesia en medio de la crisis del País. Nos explicó la carta y la entregó con una dedicatoria que todavía conservo. Le regalamos el libro *La lucha de los dioses. Los ídolos de la opresión y la búsqueda del Dios Liberador*. Posteriormente en El Salvador lo visité y me dijo que el libro le impactó porque analizaba la lucha entre el Dios de Jesús y los ídolos de la muerte y lo comentamos largo tiempo. Después de su asesinato encontré el libro en forma muy visible en su biblioteca, con una dedicatoria que yo la había puesto. En los primeros días de marzo, en plena guerra, conversé personalmente con Mons. Romero en El Salvador. El tema fue “fe y política”. Monseñor temía una pérdida de fe de los laicos y presbíteros que se comprometían política-



mente. Yo le expuse situaciones semejantes en otros países, donde se dio una convergencia de movimientos cristianos que participaban en procesos revolucionarios y otros movimientos revolucionarios con ideologías socialistas incluso con influjos marxistas. La convergencia permitió a los grupos revolucionarios descubrir el potencial liberador del cristianismo y los cristianos asumían la radicalidad revolucionaria sin perder su identidad cristiana. En esta convergencia influyó mucho la teología de la liberación. Monseñor estaba muy interesado en estos temas porque ya muchos cristianos, incluso algunos sacerdotes, se estaban integrando a la revolución, que ya era una guerra. Monseñor me pidió en ese momento de extrema tensión que diera una charla al clero y a laicos sobre estos temas.

Referencias

- BROCKMAN James B., *La palabra queda. Vida de Mons. Óscar A. Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1985.
- CAVADA Miguel, *El corazón de monseñor Romero*, UCA Editores, Centro Monseñor Romero, San Salvador, 2010.
- MÁRQUEZ OCHOA Armando, *Martirologio de monseñor Romero*, Comunidades Eclesiales de Base, Presentación de Don Samuel Ruiz (Obispo emérito de Chiapas), San Salvador.
- MÁRQUEZ OCHOA Armando, *Catecismo de Mons. Romero*, Introducción de Mons. Pedro Casaldáliga, San Salvador, 2000.
- RICHARD Pablo, *La fuerza espiritual de la palabra de Mons. Romero*, Amerindia, Santo Domingo, 2004.
- Traducido: *A força espiritual da palavra de Dom Romero*, Sao Paulo, Paulinas, 2005.
- SOBRINO J. — MARTIN BARÓ I. — CARDENAL R., *La voz de los sin voz. La palabra viva de monseñor Romero*, UCA Editores, San Salvador.



SÃO ROMERO DA AMÉRICA
ROGAI
POR
NÓS

PARTE II

DESDE
EUROPA

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS
JUAN JOSÉ TAMAYO

Óscar Romero: la vista de los que no quieren ver

José Ignacio González Faus¹⁶

*How many times must a man turn his head and
pretend that he just doesn't see?
(Bob Dylan)*

El primer libro que se publicó sobre Mons. Romero, muy poco después de su muerte, se titulaba ***La voz de los que no tienen voz***. Era un título muy comprensible que sintetizaba todo el impacto producido por la figura de Monseñor. Pasado el tiempo me parece oportuno añadir a aquel título el que he dado a estas reflexiones. Puede parecer complicado, pero señala la raíz de aquella voz de los sin-voz a que aludía el título anterior: cuando Romero se encontró con la realidad tuvo el valor de mirarla de frente y no volver discretamente la mirada hacia otra parte, como denunciaba Bob Dylan, o como repite la crítica bíblica (vétero y neotestamentaria) contra los que “viendo no ven y oyendo no oyen”.

Se ha discutido a veces si hubo una “conversión” en Romero. Personalmente, creo que el cambio de Mons. Romero no fue una “conver-

16 Valencia (España) 1933, jesuita. Fue profesor de teología sistemática en la Facultad de Cataluña, en el CRT de México y en la UCA de San Salvador. Miembro del área teológica del Centro de Estudios “Cristianismo y Justicia” (Barcelona) del que fue antes responsable académico. Entre sus obras más conocidas: *La Humanidad Nueva. Ensayo de Cristología* (10ª edición 2016), *Acceso a Jesús* (10ª edición 2018), *Proyecto de hermano: visión creyente del hombre* (3ª edición 2000), *Otro mundo es posible... desde Jesús y El rostro humano de Dios* (3ª edición 2015), y la antología de textos: *Vicarios de Cristo: los pobres en la teología y espiritualidad cristianas*, (5ª edición 2019). Ha buscado promover el diálogo entre teología y economía.



sión". Consistió en que cuando se le abrieron los ojos, no quiso mirar para otro lado. Y el proceso que le abrió los ojos fue más o menos este: un niño poco aparente y bondadoso del campo salvadoreño, con una gran voluntad de servir a Dios, que le lleva al seminario y a una fidelidad a toda prueba hacia la institución eclesial, llega a obispo de una diócesis rural ubicada entre las grandes extensiones cafetaleras. Allí conoce que los campesinos llamados a recoger el café vienen de lejos y no se les da ni dónde dormir. Se siente obligado a habilitar un local del obispado donde puedan pasar las noches. Algunas mañanas baja a desayunar con ellos. Y comienza a escuchar historias increíbles de malos tratos, salarios bajos y condiciones inhumanas de trabajo.

En su ingenua buena fe, se siente llamado a escribir una carta al Presidente de la República, exponiéndole las injusticias que ha conocido: una carta privada, por supuesto; en aquellos tiempos Monseñor todavía creía en el "desorden establecido". La carta va a la papelería y no recibe respuesta. Pero esta anécdota abre los ojos de Romero. Cuando poco después sea nombrado arzobispo de San Salvador con gran aplauso de la derecha bienestante (molesta con todas las políticas sociales del anterior obispo), lleva ya una duda instalada en su interior.

A las pocas semanas de su gobierno, uno de los curas más entregados a los pobres y más caritativos de su diócesis (el jesuita Rutilio Grande) cae asesinado. El crimen abre definitivamente los ojos de Mons. Romero que, en la homilía de la misa exequial dijo: "murió amando". Y esos ojos abiertos le convierten en uno de los obispos más íntegros, y más revolucionarios del mundo entero. Cuando le pregunten más tarde si había habido un cambio en su vida, Romero suele responder: "yo no sé si he cambiado o no; sí puedo decir que he buscado siempre cumplir la voluntad de Dios".

La voluntad de Dios era no mirar hacia otro lado y sacar las consecuencias de lo que estaba viendo. Más tarde hablará Jon Sobrino de "honradez con la realidad". Ahora Monseñor ha conocido la voluntad de Dios; y su tarea pastoral se va a convertir en un continuo denunciar, consolar o enjugar mares de lágrimas que Dios no quiere de ninguna manera.

Se nos han propuesto para estas reflexiones tres capítulos: el martirio, la esperanza y la liberación. Intentaré ceñirme a ellos, pero debo aclarar que esos temas deben estar atravesados siempre por una óptica eclesiológica: precisamente porque Romero veía a la Iglesia como el lugar donde se cumple más radicalmente la voluntad de Dios.



1. Martirio

Una cosa llama la atención en el asesinato de Mons. Romero. Hace años, algún libro sobre Jesús comparaba la conflictividad de Sócrates (que necesitó decenas de años para ser quitado de en medio) con la conflictividad de Jesús de Nazaret que, escasamente en un par de años hubo de ser eliminado. Romero se parece en este punto a Jesús: molestó tanto que apenas pudo cumplir su tercer año como arzobispo de San Salvador.

1.1. “Una muerte anunciada”

En su homilía del 14 de enero de 1979 aludió a que, el domingo anterior, había avisado, sin darle demasiada importancia, que tenía amenazas de muerte. Vale la pena reproducir íntegro este comentario:

“Quiero agradecer las múltiples manifestaciones de solidaridad que me han llegado con motivo de lo que dije el domingo pasado, de cierta noticia de peligro contra mi vida. No le quisiera dar más importancia a este asunto porque estamos en las manos de Dios. Quiero agradecer al Señor Presidente de la República por escuchar mis homilías. También quiero agradecerle el haberme ofrecido protección si yo la solicitaba. Se lo agradezco, pero quiero repetir aquí mi posición: no busco nunca mis ventajas personales, sino que busco el bien de mis sacerdotes y de mi pueblo. Ese ofrecimiento, se lo quisiera aceptar para que procure desvirtuar esas calumnias a los sacerdotes a que hice alusión al principio. Y que se procure evitar -usted lo puede hacer- esas campañas de calumnias en nuestros medios de comunicación social, que se sienten tan seguros de decir cosas tan horribles que no hay duda de que hay una connivencia que sería fácil conjurar. Quiero decirle también que antes de mi seguridad personal yo quisiera seguridad y tranquilidad para 108 familias y desaparecidos... Un bienestar personal, una seguridad de mi vida, no me interesa mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiene cada vez más a abrir diferencias sociales”.

“Mientras mire”: aquí está la actitud que ha dado título a estos comentarios. Y no me parece exagerado pensar que ese día firmó Romero su sentencia de muerte definitiva, aunque esta tardara un año en llegar. No es solo el rechazo de la protección cuando su pueblo no la tiene,



sino el aviso público al presidente de que él podría evitar buena parte de esa violencia lo que hoy permite adivinar que el fin estaba ya próximo. Sobre todo, porque unos meses después añadía: “el pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño” (22.07.79). Y un mes escaso antes del asesinato insistía: “No continúen matando a los que estamos tratando de lograr que haya una más justa distribución del poder y las riquezas en nuestro país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso de que estoy en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana. Pero quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya” (24.02.80).

1.2. Un asesinato político

Pero esos textos suscitan otra pregunta que tiene que ver con el tema del martirio: de ellos parece deducirse que la muerte de Romero fue un asesinato político, lo que plantearía dudas y preguntas a la hora de considerarlo mártir. Efectivamente, esas preguntas existieron. Y valdrían también para el caso de Jesús que muere con una pena de “terrorista” aunque, al principio, había sido condenado como “blasfemo”.

Romero está convencido de que no se le persigue por ser un extremista político, sino por encarnar lo que debía hacer la Iglesia. Y lo que acaba de decir sobre sí mismo, lo aplica también a la Iglesia cuyo ser es lo que él intentaba encarnar:

“Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de un Iglesia encarnada en los problemas del pueblo... Me alegro de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres. Y quiero decir a todo el pueblo -gobernantes, ricos y poderosos-: si no se hacen pobres, si no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo como si fuera su propia familia, no podrán salvar a la sociedad” (24.06.79 y 15.07.79).

Su persecución, por tanto, él la ve como una persecución a la Iglesia. Por eso, quizás hay que hablar también no solo de su martirio “civil” sino también de su martirio eclesial.

Para empezar, aquí habría que citar el sufrimiento causado por sus hermanos obispos. Con razón escribió Casaldáliga aquel verso famoso: “pobre pastor glorioso abandonado / por tus propios hermanos



de báculo y de mesa". Hermanos que serían sin duda buenas personas, pero tan inadecuados para el cargo que ocupaban, que traen a la memoria aquellas duras palabras de los concilios V de Letrán y Trento de que quienes nombran los obispos pueden pecar mortalmente y darán cuenta a Dios en el juicio final, si no dan a las iglesias los pastores que necesitan¹⁷.

La última noche que anduve paseando en Roma por la Via de la Conciliazione fue en 1983, acompañado de César Jerez, entonces provincial de los jesuitas de Centroamérica. Me contó César que unos tres años antes, también había caminado por allí acompañando a un desolado Mons. Romero, quien le dijo que la curia romana le amenazaba con nombrarle un "obispo coadjutor con derecho a sucesión", lo cual en el argot curial significa nombrarle un sustituto, aunque sin destituirle oficialmente. Romero le había dicho sencillamente: "prefiero esta humillación antes que traicionar a mi pueblo".

Y tanto la prefería que, poco después, regresado a El Salvador, increpó a los soldados que disparan a mansalva en las protestas de los campesinos, con aquellas palabras ya célebres:

"¡Son de nuestro mismo pueblo! Y por encima de la orden de un hombre que manda disparar está la ley de Dios que prohíbe matar. Por eso yo les suplico, les mando, les ordeno: no disparen. ¡Cese la represión!"

Al día siguiente celebraba una misa de difuntos en el hospital de cancerosos donde había trasladado su residencia, dejando la vivienda del arzobispado. Al llegar el momento del ofertorio, cuando su rostro emergía ante el altar, y desde un "Mercedes" blanco detenido a la puerta misma de la iglesia, un rifle de precisión disparó contra él y le abrió la cabeza... Si he evocado este episodio tan conocido es porque no deja de tener su ironía que se disparase nada menos que desde un "Mercedes". No desde cualquier otro de los coches modestos que circulaban entonces por su tierra¹⁸.

Y quiero añadir dos detalles que iluminan cómo vivía Monseñor todos esos golpes y esas tensiones:

- a) Le vi personalmente en dos o tres momentos durante la asamblea episcopal de Puebla en febrero del 79. Un grupo reducido de teó-

17 Cf. ALBERIGO G., *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, 591 y 735-36.

18 Por ejemplo, como los que en mi país llamaban VW "escarabajo" y Renault "cuatro latas".



logos estábamos allí “de extranjis” y nos veíamos con algunos obispos de los más abiertos. Aunque al final la cosa se arregló y el documento de aquella asamblea es bastante presentable, al principio las cosas funcionaban harto mal. Los textos que llegaban a nuestras manos eran francamente malos. Pues bien: en uno de esos momentos difíciles, Romero nos hizo el siguiente comentario: “no he conseguido comunicar mi experiencia a mis hermanos”. En contraste con lo que era en aquellos momentos nuestro malhumor y nuestro lenguaje, esas palabras de Romero se me quedaron grabadas: “mis hermanos”, y ni un solo vocablo hiriente.

- b) Y el otro detalle: en las notas escritas a mano de su diario, habla de un encuentro con su director espiritual el 25 de febrero de 1980 (un mes antes de su asesinato) en el que le ha manifestado dos temores que tiene y una consulta. El segundo de esos temores era el miedo a una muerte violenta. Y la consulta era “qué hacer en mi situación conflictiva con los otros obispos”¹⁹. Me perdonará Jon Sobrino si transmito este comentario suyo personal: “esa honradez, esa finura y esa delicadeza están entre las cosas que más me afectaron de Monseñor”.

1.3. Verdadero martirio

Aquí tiene lugar la pregunta que antes quedó pendiente: Romero podía ser un santo, pero ¿merecía el nombre de “mártir”? La definición ya clásica de que mártir es aquel que muere asesinado “por odio a la fe” (*in odium fidei*) creaba dificultades (o suministraba argumentos interesados) a muchos prelados y canonistas. Pues bien: podemos añadir que, sin quererlo, Mons. Romero contribuyó a clarificar esa definición, de la manera siguiente:

La pobre teología postridentina (en parte por la obsesión antiprottestante) había ido transmitiendo una noción de fe exclusivamente intelectual, como mera profesión de algunas verdades. Tomada en ese sentido, Monseñor Romero tenía la misma fe que sus hermanos en el episcopado. Y un odio a esa fe tanto podía haberle matado a él como a ellos, lo cual resulta absurdo. Pero resulta que Trento (más cercano en esto a los luteranos que a la teología posterior) había definido la que fe que justifica como “fe configurada por la caridad” (*fides charitate*

19 Ver en la *Revista Latinoamericana de Teología*, el número 13 (enero-abril 1988).



formata)²⁰. No se trata pues de un mero asenso intelectual sino de una entrega confiada de toda la persona, movida por el amor. Por eso la fe de esos otros obispos no suscitaba ningún odio. Y no los persiguieron, porque no amenazaban al sistema ("sistema asesino" según le ha llamado el papa Francisco).

El mártir no es testigo de una fe meramente nocional, sino del amor que puede brotar de una auténtica fe. Es testigo de la inseparabilidad entre fe verdadera y amor. Juan Pablo II ya había intuido algo de esto cuando, dando un golpe en la mesa, decretó que a Maximiliano Kolbe se le canonizara como mártir y no como confesor que es lo que pretendía la congregación de los santos. Lo que Wojtila intuía sin más precisiones, lo ha venido a clarificar el martirio de Mons. Romero²¹.

2. Esperanza

Debemos hablar ahora de esperanza en la historia: no simplemente en el más-allá. Lo dejan bien claro estas palabras de monseñor:

"No basta la dimensión trascendente. Que eso es muy bonito: escribir de la trascendencia. Lo histórico y lo trascendente en equilibrio: eso es lo que tratamos de hacer" (09.09.79).

Precisamente por eso, Romero solía completar la definición de la Iglesia que dio el Vaticano II: "sacramento de salvación", con el adjetivo: sacramento histórico de salvación. Y su segunda carta pastoral se tituló La Iglesia cuerpo de Cristo en la historia, cuando la primera carta pastoral se había titulado: Iglesia de la Pascua. La Pascua y la historia: esos son los contenidos inseparables de la esperanza de Mons. Romero.

2.1. Pesimismo histórico, esperanza cristiana

Pues bien: en este contexto creo que se podría definir a Monseñor como un pesimista-optimista. Dicho más cristianamente: un pesimis-

20 Cf. Gal 5,6. Ratzinger añadió después, para cerrar bellamente el círculo, que también hay una "*charitas fide formata*". Para más matices remito a las pp. 509ss de *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*.

21 Traté este tema con más amplitud en el capítulo 4 (Antropología cristiana y martirio) de *Calidad cristiana: identidad y crisis del cristianismo*.



ta esperanzado. Eso mismo es lo que insinúa él en otra frase de la homilía que acabamos de citar: “una Iglesia que... quiere promover la dimensión histórica, tiene que encontrar choques en la historia”.

Pero, además esa es también, precisamente, la forma como creí que podía definirse a Jesús, tras un análisis de sus parábolas²². Jesús sabía demasiado bien “lo que hay en el hombre”, hasta no fiarse de nadie (Jn 2,24-25). Pero, a pesar de eso, exigía y esperaba del hombre más de lo que nadie se ha atrevido nunca a exigir y esperar (p. ej. Mt 5,48).

Y, como en seguimiento suyo, Romero decía de sí mismo que todo su trabajo no hacía más que poner lo que él llamaba “remiendos” (que no remedios) en las mil situaciones de muerte e injusticia y angustia que le rodeaban²³. Sabía que, por eso, muchos domingos, poco después de la misa, el Vaticano ya había recibido una denuncia o una protesta del departamento de estado norteamericano. Pero podía percibir también que sus homilías de casi una hora en las que combinaba la explicación de los textos bíblicos con la denuncia de atropellos ocurridos en aquella semana y de los que ningún medio de comunicación informaba, tenían una audiencia como jamás la hubo ni volverá a haber. Y ello a pesar de las bombas contra la YSAX, la emisora de la diócesis, y en esta Iglesia católica donde la predicación contribuye tantas veces a alejar a la gente de la fe, más que a evangelizarla. Por algo le dedicó tanto espacio y le dio tanta importancia Francisco en la EG. Las palabras de Romero eran, con lenguaje del actual obispo de Roma: “palabras que hacen arder los corazones” (EG 242). No eran lo que el mismo Romero describía así:

“Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder” (18.02.79)²⁴.

Pero al igual que le ocurrió a Jesús, junto con el clamor popular en su favor, crece el odio de los poderes establecidos a quienes sus palabras inflaman, pero en sentido contrario. Su esperanza se podría calificar

22 Remito al capítulo 5 de *Otro mundo es posible... desde Jesús*.

23 “A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución a la Iglesia” (19.06.77).

24 La idea se repite en otros momentos: muchos querían que la predicación fuese “consideraciones piadosas bonitas que no molestan a nadie” (16.04.78). O “una palabra sin compromiso con la historia, que puede sonar en cualquier parte del mundo porque no es de ninguna parte del mundo” (10.12.77). Y reconoce que están acostumbrados a eso por la misma Iglesia.



por eso de “resistencia”: sabía que su palabra no era “suya” y que, por eso, seguiría viva en el pueblo, aunque a él lo mataran. Sabía también que la Palabra de Dios, aunque sea una semilla que en gran parte se pierde, tiene una fuerza irresistible que acaba haciéndola fructificar, aunque el sembrador no siempre vea dónde ni cómo. He contado otras veces la anécdota de un joven religioso salvadoreño que vino a hablar conmigo por asunto (si mal no recuerdo) de una tesis doctoral. Nos encontramos en Madrid y, al acabar una larga conversación “académica” me dijo: “¿Sabe? El día que me decidí a hacerme religioso fue el día que mataron a Monseñor Romero”.

Sostenían esa esperanza imposible dos principios:

a) Hemos aprendido que “la gloria de Dios es la vida del pobre”, dijo al recibir el doctorado honoris causa en Lovaina, parodiando la frase de san Ireneo de Lyon, que escribió en el s. II: “la gloria de Dios es que el hombre viva”. Pero la vida puede ser, a la vez, “lo máximo y lo mínimo”: Ireneo completará que “la vida del hombre es Dios”, pero la vida del hombre es también ese pan cotidiano por el que pedimos cada día y del que millones de seres humanos carecen mientras nosotros vivimos tan tranquilos²⁵.

b) Las puertas de infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo (cf. Mt 16,18). Las puertas del infierno no. Pero es la Iglesia la que podría deshacerse a sí misma si deja de ser verdaderamente Iglesia de Cristo. Y Romero parece tener a veces ese temor cuando escribe: “una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar las injusticias que con ellos se cometen, no es la verdadera Iglesia de Cristo” (17.02.80). Mons. Romero apelaba a esta fidelidad al seguimiento como constitutivo de la apostolicidad y, por tanto, de la autenticidad eclesial.

Curiosamente también hay aquí una coincidencia con Juan Pablo II. Y digo curiosamente porque parece cierta la poca sintonía personal que hubo entre ellos. Pero Juan Pablo II señaló nítidamente el “ser de veras Iglesia de los pobres como verificación de su fidelidad a Cristo” (LE 8).

Pero luego el realismo histórico obliga a prolongar esa frase: “Una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, ¡tenga miedo!, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo” (08.07.79). O dicho de manera más

25 K. Barth, en su segundo comentario a Romanos, afirmaba que el hombre es tanto el anhelo de comunión con el Infinito, como el hambre, la sed, la necesidad de dormir y el proceso de digestión (V. 18-25). Lo máximo y lo mínimo.



“pedestre” con el apabullante sentido común del beato J. H. Newman; “las alfombras, los cojines y la elocuencia no proceden de la sucesión apostólica”²⁶. En mi modesta opinión, con un papa jefe de estado y unos nuncios con carácter diplomático de embajadores políticos, la Iglesia está disfrutando de los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra. Tendrá todo esto mil ventajas prácticas, pero ellas no resuelven la eterna pregunta de si un fin evangélico justifica unos medios no evangélicos.

Romero aprendió en los pobres que el testimonio de la Iglesia nunca será del todo digno de fe, si no es también motivo de esperanza. Añadamos, por eso, para completar esa identidad que protege a la Iglesia contra las puertas del infierno, que “una iglesia que sólo condena, que sólo mira pecado en los otros y no mira la viga que lleva en el propio (ojo), no es la auténtica Iglesia de Cristo” (11.03.79). Esa advertencia refleja algo que mucha gente, creyente o no, ha pensado de la curia romana en nuestros días. El arzobispo mártir, tan fiel por otra parte al papado y a los elementos formales de la apostolicidad, no temía hablar de esta manera²⁷.

2.2. Esperanza y Modernidad

Si hoy, cuarenta años después y canonizado Mons. Romero, nos preguntamos cuál puede ser su significado histórico, me atrevería a hablar de una oferta de reconciliación entre Iglesia y Modernidad. Intentaré explicarlo:

Los valores de Monseñor son plenamente modernos: no solo por la concepción de la historia como posibilidad de progreso o por lo que hace a la igualdad y la fraternidad, sino por lo que toca al ejercicio de la autoridad que no ha sido objeto de este estudio²⁸. Pero, para Romero, esos valores brotan plenamente del Dios revelado en Jesucristo. Por eso, ya en una de sus primeras homilías en San Salvador procla-

26 Citado en la monumental biografía de Ian Ker, p. 198.

27 Por eso resulta tan importante y tan esperada la reforma de la curia emprendida por Francisco.

28 Pero veamos por ejemplo estas palabras del 9 de septiembre del 79: “Yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo. Y precisamente en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su autenticidad. Quiero agradecer a todos aquellos que cuando no están de acuerdo con el obispo tengan la valentía de dialogar con él y de convencerlo o de convencerse de su error”.



mó nítidamente; “los derechos del hombre le interesan a la Iglesia” (08.05.77)²⁹.

Y bien: la Modernidad quiso afirmar esos mismos valores desde una negación de Dios. En buena parte por la culpa antes mencionada de la Iglesia, que los tenía como secuestrados. Pero se ha ido encontrando con que la libertad, afirmada desde la negación de Dios, acaba convirtiéndose en una absolutización del propio ego que, so capa de progreso, nos ha llevado al capitalismo más salvaje, a la supuesta “fecundidad” del dinero por sí solo, a la xenofobia, a la destrucción del planeta, a los asesinatos machistas y a las violaciones en grupo y filmadas³⁰... En eso han venido a quedar tantas ilusiones espléndidas y tantas profecías fantástica de las últimas décadas del s. XVIII. Hemos conquistado algunas parcelas, sin duda, pero no somos en absoluto mejores que ellos. El fallo imperdonable de la Modernidad fue olvidar que -como escribe Moltmann- “todos los conceptos políticos modernos son conceptos teológicos secularizados”³¹. O sea: si se pudo pensar en un “cielo en la tierra” es porque antes se había creído en el cielo. Aclarando que el mal no está en la secularización de esos conceptos sino en cómo esta se lleva a cabo.

La postmodernidad, reaccionando impotente contra la falta de fundamento absoluto de los valores de la Modernidad, ha acabado dando paso sin querer a los Trumps, los Bolsonaro, los Orban, los Salvini y demás figuras que buscan el poder para ejercer la injusticia, halagando los más bajos instintos humanos y proclamándose campeones de la libertad. Así pues, si en Romero la Iglesia mostró que podía ser plenamente moderna, y añadir esperanza a esta hora decepcionada, ¡ojalá que luego de él, la Modernidad empiece a plantearse esa pregunta por el único Dios que puede sostenerla contra toda desesperanza!

29 Valdría la pena analizar más toda esa homilía que está dedicada precisamente a la misión de la Iglesia: “la Iglesia no puede callar”. Y tres días después en un funeral completaba: “la Iglesia no tiene otra palabra más que la de Cristo”: por eso no puede callar. Una idea que se repite otras varias veces.

30 He comentado en otro lugar, pero vale la pena repetirlo aquí, porque resulta pedagógico que en la manifestación del 8M en Madrid, en el 2018, una presunta feminista portaba una pancarta en la que se leía textualmente: “quiero hacer lo que me salga del coño”. En su ignorancia, esa supuesta feminista no se daba cuenta de que su pancarta solo era una mimesis literal del más viejo machismo, que se expresaba en todas partes como “hacer lo que me salga de los cojones”. Y perdón por el lenguaje, pero las citas han de ser literales.

31 *La venida de Dios. Escatología cristiana*, p. 181.



3. Liberación

“La Iglesia va muy unida a todos los movimientos de liberación de nuestro continente” (22.06.77). Estas palabras podrían subtítular el presente capítulo. Pero, en paralelismo con lo antes citado de equilibrio entre lo histórico y lo trascendente, la concepción de la liberación de Mons. Romero consta de dos parejas inseparables: la liberación interior (del pecado) es el anverso de la liberación exterior (o estructural). Y la liberación de los oprimidos implica la liberación de los opresores.

Toda la homilía del 10 de julio del 77 está dedicada a la interioridad, desde el presupuesto de que la interioridad más profunda del hombre es el amor. Y cuando la recepción del doctorado honoris causa en Lovaina, Romero declaró en un discurso memorable: “hemos aprendido lo que es el pecado: todo aquello que daña al hombre es lo que ofende a Dios”. Las estructuras, injustas o empecatadas (leyes de convivencia, verdades “oficiales”), pueden dañar al hombre tanto como las personas particulares. Y dañan en el doble sentido de impedirle vivir y de incitarle al mal. Por eso, para Romero (contra lo que suponía Marx), lo estructural y lo personal no pueden separarse: son el anverso y reverso de una misma realidad. La liberación del pecado personal es por eso también, y necesariamente, liberación de estructuras que son fruto del pecado personal e incitan a él.

3.1. Liberación y riqueza privada

Y, en paralelismo claro con 1 Tim 6,10³², uno de los pecados más decisivos a la hora de crear estructuras injustas es el afán de riqueza:

“Yo denuncio sobre todo la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable. Y ¡ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema” (12.08.79)³³.

En contraposición a esa absolutización de la riqueza, brillan estas magníficas palabras de su última homilía:

32 “La raíz de todos los males es la pasión por el dinero”.

33 Desgraciadamente ese mal no es exclusivo de El Salvador sino enfermedad del mundo entero.



“En la medida en que los proyectos históricos traten de reflejar el proyecto eterno de Dios, en esa medida se van haciendo reflejo del Reino de Dios y este es el trabajo de la Iglesia” (23.03.80).

En contraposición a ese “proyecto eterno de Dios” la absolutización de la riqueza va generando, a lo largo de toda la historia humana, la irreconciliable división antifraterna entre ricos y pobres, señores y esclavos, tiranos y pueblo, primer y tercer mundo... Por eso, la denuncia de Romero es tan decisiva que no excluye de ella ni a sí mismo ni a la Iglesia: ha habido “unos intereses económicos a los cuales lamentablemente la Iglesia sirvió. ¡Y fue pecado de la Iglesia, engañando y no diciendo la verdad cuando había que decirla!” (31.12.78). Me pregunto si aquel niño de un pueblo de El Salvador que entró en el seminario con una gran voluntad de fidelidad a la institución eclesial, pensaba entonces que algún día acabaría diciendo esas palabras. Pero es que, de acuerdo con el proyecto de Dios:

“Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana, como la persona humana. Sobre todo, la persona de pobres y oprimidos que, además de ser humanos, son también divinos, por cuanto de ellos dijo Jesús que todo lo que con ellos se hace lo recibe como hecho a Él” (16.03.80).

Ya comenté otra vez, siguiendo esta línea de Romero cómo, dado que para Jesús la verdadera manera de servir a Dios es servir al ser humano, la frase clave del Evangelio: “no se puede servir a Dios y a Dinero”, significa en verdad: no se puede servir al ser humano y al dinero. Por eso clamará con cierta indignación: “¿De qué sirven hermosas carreteras, hermosos edificios de grandes pisos, si no están más que amasados con sangre de pobres que no los van a disfrutar?” (15.07.79). ¿De qué sirve ese progreso del que tanto presumimos y que está amasado con tanta sangre humana? Precisamente por eso:

“No es política cuando en la homilía se señalan los pecados políticos, sociales, económicos, sino que es la palabra de Dios encarnándose en nuestra realidad” (11.11.79).

No es política precisamente porque esos pecados son los que más estructuras injustas engendran. Por eso, en contraste con esa deshumanización que engendra el dinero, vale la pena citar al menos un ejemplo de la humanidad que hay en el acercamiento a las víctimas de la historia. Una noche de navidad, precisamente en esas fechas



antaoño tan humanas a las que hoy el dinero ha vuelto tan ambiguas, predicaba Monseñor:

“Habría que buscar al Niño Jesús no en las imágenes bonitas de nuestros pesebres. Habría que buscarlo entre los niños desnutridos que se han acostado esta noche sin tener qué comer; entre los pobrecitos vendedores de periódicos que dormirán arropados con diarios allá en los portales ¡Qué triste es la historia de nuestros niños!” (24.12.79).

Hasta a nuestros niños tortura la absolutización del dinero, hasta ahí llega la inhumanidad estructural. ¡Qué triste es eso! Y eso lo estamos viendo hoy más generalizado.

3.2. Liberación y paz

En la situación que vivía Romero (y en la que vive nuestro mundo) es inevitable que todo ese desorden genere violencia, sin que eso implique una canonización de esa violencia, como tampoco es sana la fiebre generada por una enfermedad. Ello hace que el tema de la liberación esté muy unido al de la paz. Otra palabra tan grande (y tan religiosa) como ambigua porque, donde reina el desorden, puede suceder que lo que llamamos paz no sea más que miedo. Por eso Romero deja aquí bien claro un principio “el único orden y la única paz que Dios quiere son los que se basan en la verdad y en la justicia” (01.07.79).

Desde aquí discutirá, como tantas veces se ha hecho, la polisemia de la palabra justicia, porque unas veces puede significar algo meramente interior y otras veces parece quedarse corta porque no incluye al amor... Eso es lo que dio lugar a que, en América Latina, la palabra justicia se sustituyera muchas veces por liberación. Pero lo que debe quedar siempre claro es que, sea cual sea el vocabulario, sigue en pie la afirmación de Isaías: la paz es (y solo puede ser) fruto de la justicia. Pero el célebre “*opus iustitiae pax*” puede enunciarse también como “*opus liberationis pax*”: la paz es obra de la liberación. Porque en esa paz es donde el rico y el opresor se verán libres de su mala conciencia y del miedo que les obliga a armarse cada vez más y a defenderse con medidas jurídicas y penales cada vez más duras y menos justas.



Conclusión

Cuenta la tradición que una vez, al regresar de un viaje, cuando Romero recogió su maleta en la aduana, alguien comentó: “ahí dentro va la verdad”. Ese agudo comentario permite entrever la inevitable conflictividad de Monseñor. Comentando la frase evangélica “sois la sal de la tierra”, destaca un aspecto que no suele destacarse:

“Cuando uno mete la mano en una olla de agua con sal , si tiene una heridita ¡ay! ¡Ahí duele! La Iglesia es la sal del mundo y, naturalmente, donde hay heridas tiene que arder esa sal. Por eso la Iglesia tiene como nota esencial la persecución” (29.05.77).

Quizá se haya percibido, a lo largo de mi exposición, la importancia que tienen el martirio, la esperanza a pesar de todo, y la lucha amorosa por la justicia liberadora, en la noción de Iglesia como seguimiento comunitario de Jesús. Ahora, al cerrar esta reflexión, es posible advertir que todos ellos (martirio, esperanza y liberación) coinciden con las tres virtudes (fe, esperanza, caridad) llamadas teologales. Tan teologales que se puede decir que, aun siendo “tres” virtudes, son una única virtud.

Referencias

- BROCKMAN James, *Monseñor Óscar Romero. La violencia del amor*, Sal Terrae, Santander, 2001.
- BROCKMAN James , *Monseñor Romero. La biografía del mártir de América Latina*, Sal Terrae, 2016.
- SOBRINO Jon, *Monseñor Óscar Romero. Un obispo con su pueblo*, Sal Terrae, 1991.
- MEIER Martin, *Óscar Romero. Mística y lucha por la justicia*, Herder, 2010.
- Romero Óscar, *Su pensamiento*. Nueve volúmenes editados por el arzobispado de San Salvador, 2000.
- VV.AA. *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, UCA Editores, San Salvador, 1980.

Monseñor Romero y la construcción de la cultura de paz

Juan José Tamayo³⁴

En el cuarenta aniversario del asesinato de Mons. Romero, su figura no ha caído en olvido. Todo lo contrario, su nombre está hoy en boca de todos y todas y es objeto de culto popular. ¿También de seguimiento de la causa de las personas y los pueblos empobrecidos? Creo que se está desenfocando su verdadera personalidad, como muchos temíamos una vez ha sido elevado a los altares. La imagen que en algunos ambientes eclesiásticos se está difundiendo es la de un obispo piadoso, devoto de la Virgen María, milagrero, obediente a Roma. No pongo en duda dichas actitudes, pero no fueron por las que destacó durante los tres años de arzobispo de San Salvador, ni la función principal que ejerció y menos aún el motivo de su asesinato.

Urge recuperar la figura profética y liberadora de Mons. Romero, su dimensión política subversiva y su teología política de la liberación. Yo creo que la canonización de monseñor Romero constituye un reconocimiento de la teología de la liberación, perseguida durante los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI y seguida y practicada hoy por el papa Francisco. Es necesario recuperar la figura de Romero como modelo y referente de un cristianismo liberador y de una ciudadanía crítica, activa y participativa.

34 Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones "Ignacio Ellacuría", de la Universidad Carlos III de Madrid. Es director y coautor de *San Romero de América, mártir por la justicia* (Tirant lo Blanch, Valencia, 2015).



Tal es el objetivo de este artículo, cuyo itinerario es el siguiente: empezaré con una breve reflexión sobre la paz como bien preciado, al tiempo que frágil y quebradizo. A continuación, me referiré a su contrapunto, la violencia y las diferentes formas que reviste, según el análisis de Ignacio Ellacuría. Posteriormente expondré el pensamiento y la praxis de Mons. Romero en torno a los derechos humanos, su crítica a los diferentes tipos de violencia y su propuesta de construcción de una cultura de paz basada en la justicia. Finalmente responderé a la pregunta: ¿por qué lo mataron?

1. La paz, bien preciado, pero frágil y quebradizo

La paz es uno de los bienes más preciados y anhelados por la humanidad, pero, al mismo tiempo, uno de los más frágiles y amenazados. Rastreando las huellas de la historia de la humanidad, en vano buscaríamos un estado duradero de paz. A lo más, encontraríamos armisticios, breves periodos intermedios entre dos guerras, que no son precisamente remansos de paz, sino tiempo dedicado de manera calculada a preparar nuevas guerras. La humanidad -o al menos sus dirigentes, también los religiosos- pareciera seguir la consigna belicista de Cicerón, que hiciera suya Agustín de Hipona: “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Es esta una consigna muy alejada del mensaje de Jesús de Nazaret que en el Sermón de la Montaña declara “bienaventurados” a los constructores de la paz y en las antípodas del ideal ilustrado de la “paz perpetua” que propusiera Immanuel Kant en la obra del mismo título, publicada en 1795, poco después de la firma de la paz de Basilea entre Francia y Suiza, donde podemos leer:

“Esta facilidad para hacer la guerra, unida a la inclinación que sienten hacia ella los que tienen la fuerza y que parece congénita a la naturaleza humana, es el más poderoso obstáculo para la paz perpetua”. ¡Kant, siempre tan oportuno, tan certero, tan actual!³⁵

Existe una falta de sintonía o mejor una contradicción, entre los mensajes de paz que ofrecen las religiones y sus manifestaciones violentas a través de las cuales han logrado imponerse por la fuerza de las

35 KANT Immanuel, *Sobre la paz perpetua*, presentación de Truyol y Serra A. y traducción de Abellán J., Tecnos, Madrid, 1998, 6ª ed.



armas en las guerras de religiones. Lo que con gran lucidez decía de los cristianos Baruc Spinoza, que había sufrido en su propia carne la expulsión de la comunidad judía, es aplicable a no pocos creyentes de otras religiones:

“Me ha sorprendido -afirma- a menudo ver a hombres que profesan la religión cristiana, religión de paz, de amor, de continencia, de buena fe, combatirse los unos a los otros con tal violencia y perseguirse con tan terribles odios, que más parecía que su religión se distinguía por este carácter que por lo que antes señalaba. Indagando la causa de este mal, he encontrado que proviene, sobre todo, de que se colocan las funciones del sacerdocio, las dignidades y los deberes de la iglesia en la categoría de las ventajas materiales, y en que el pueblo imagina que toda religión consiste en los honores que tributa a sus ministros”.

No es este el caso ni la actitud de Mons. Romero, ejemplo de coherencia entre su mensaje de reconciliación y su compromiso por la paz basada en la justicia, entre su persona pacífica y su práctica pacificadora en medio del múltiple conflicto que vivía El Salvador durante los años que fue arzobispo de San Salvador (1977-1980).

2. Tres tipos de violencia, según Ignacio Ellacuría

Ejemplo luminoso de trabajo por la paz a través de la lucha por la justicia es el teólogo y filósofo hispano-salvadoreño Ignacio Ellacuría, que destacó por su función de mediador, negociador y pacificador durante la guerra que desangró durante doce años a este país centroamericano en la creencia de que la paz era posible, pero no a cualquier precio, sino cimentada sobre la justicia. No fue un negociador ingenuo ni fácilmente manipulable. Se mostró contrario a la solución militar por creer que no iba a solucionar el problema fundamental: la injusticia estructural en que vivía instalado El Salvador. Era partidario del diálogo y la negociación, en los que estuvo implicado directamente a través de no pocos encuentros con las dos fuerzas armadas. El objetivo de su propuesta negociadora era doble: conseguir que terminara la guerra y que desapareciera la violencia estructural.

En torno al tema que nos ocupa, las reflexiones de Ellacuría sobre la paz y la violencia resultan especialmente iluminadoras por su solidez



argumental, el rigor en sus análisis y el testimonio personal y porque le sirvieron de guía a Monseñor. En sus análisis de la realidad latinoamericana y salvadoreña Ellacuría distingue tres tipos de violencia: la estructural, la revolucionaria y la represiva.

La violencia estructural

Es la que está instalada en el corazón mismo del sistema injusto y es ejercida de manera sistemática -valga la redundancia- por él. Es la violencia primera y más grave, ya que mantiene a las mayorías populares en condiciones infrahumanas, atenta contra su dignidad y destruye el tejido de la vida de los sectores más vulnerables de la sociedad. Esta violencia debe ser erradicada con medios eficaces.

La violencia revolucionaria

Es una violencia derivada, que responde organizadamente a la violencia originaria con el objetivo de crear una sociedad más justa.

La violencia represiva

Es la respuesta del Estado y de las clases dominantes a toda protesta popular -violenta o pacífica-, recurriendo incluso a prácticas terroristas sin ningún escrúpulo de conciencia. Es, junto con la violencia estructural del sistema, la que segó la vida de Romero; Rutilio Grande y sus dos acompañantes, Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus; Ellacuría, sus compañeros jesuitas, Elba y Celina; religiosas y religiosos; numerosos activistas de los derechos humanos y poblaciones civiles enteras. Dicha violencia es siempre condenable.

Ellacuría reconoce la moralidad y la coherencia cristiana de la violencia revolucionaria en situaciones muy concretas, pero llama la atención sobre los peligros que comporta: puede agudizar la violencia de la parte opuesta; tiende a poner delante la conquista o la conservación del poder, convirtiendo este en fin; hay una inclinación a la venganza hacia personas o grupos que antes detentaban el poder. En la violencia revolucionaria hay que evitar el odio al enemigo, ya que es una persona humana a quien hay que liberar de su opresor o represor violento. Rechaza, sin excepción, el recurso a acciones terroristas, que son dictadas por el odio.



Muestra su preferencia por los métodos no violentos. “El Evangelio -afirma- está más en favor de los medios pacíficos que de los violentos, más en favor de la paz que de la guerra, más del servicio que de la dominación, más del amor que del enfrentamiento”. Al final su apuesta por el diálogo y la violencia dio sus frutos, aunque él no pudiera verlos ni disfrutar de ellos.

En el pensamiento de Ellacuría hay una consideración importante sobre la complicidad del primer Mundo en las situaciones de violencia del Tercer Mundo. Este ha tenido que sufrir la violencia colonizadora y actualmente soporta las consecuencias de una sistemática injerencia económico-política de los países dominadores, quienes, además, con su actitud insolidaria, abren una sima cada vez mayor entre países pobres y países ricos. Ese análisis le lleva a la conclusión de que “las grandes potencias y las políticas de bloques son enormemente responsables de la violencia en el mundo”.

3. Monseñor Romero, en defensa de los derechos humanos y de la vida de los empobrecidos

Durante los tres años que estuvo al frente de la arquidiócesis de San Salvador -de 1977 a 1980- Mons. Romero vivió bajo el signo de las tres violencias descritas y experimentó en su propia persona, en su propia carne, la agresiones procedentes de la violencia estructural y de la violencia terrorista, ambas coaligadas para terminar con su vida, como sucedió la fatídica tarde del 24 de marzo de 1980 durante la celebración de la eucaristía en el hospital de la Divina Providencia en la colonia de Miramonte en presencia de unas cincuenta personas asistentes al acto litúrgico, que quedaron atónitas y se sintieron impotentes ante tamaño acto criminal.

La respuesta a los diferentes tipos de violencia fue la defensa de los derechos humanos, pero no de manera genérica ni conforme a un universalismo abstracto, sino en la realidad salvadoreña, donde eran pisoteados sistemáticamente por los diferentes poderes del Estado y la oligarquía en “santa” alianza. Una defensa no desde fuera como persona que contempla el conflicto desde la neutralidad, sino implicándose en él directamente hasta mancharse las manos, no evadiéndose bajo la justificación de que su misión era solo religiosa y espiritual,



sino tomando partido en el conflicto por las mayorías populares y las organizaciones populares, si bien críticamente. Una defensa de los derechos humanos de las personas y colectivos a quienes se les negaba. Especial atención prestó a la defensa de la vida de quienes la tenían más amenazada, de quienes, como dijera Bartolomé de Las Casas de los indígenas, morían antes de tiempo: la vida de los pobres. Lo puso de manifiesto en la homilía del 16 de marzo de 1980, una semana antes de ser asesinado con estas palabras:

“Nada hay más importante para la Iglesia que la vida humana, la persona. Sobre todo, de la persona de los pobres y oprimidos, que además de ser humanos, son también seres divinos, por cuanto de ellos dijo Jesús que todo lo que con ellos se hace Él lo recibe como hecho a Él. Y esa sangre, la muerte, están más allá de la vida. Toca el poder de Dios”. Hay aquí una apelación al Dios de la vida, de la teología de la liberación, frente a los ídolos de muerte, que es central en la teología de la liberación. Una vida que Romero no reduce a la espiritual y eterna, sino que centra en las condiciones materiales.

La vida de los pobres, o mejor, de las personas y de los colectivos empobrecidos por el sistema, fue su causa, que paradójicamente le costó la suya. (Bien pudiera aplicarse a Mons. Romero lo que su amigo el obispo-profeta hispano-brasileño Pedro Casaldáliga dijere de sí mismo: “Mis causas son más importantes que mi vida”). Lo expresó teológicamente en el discurso de recepción del doctorado honoris causa concedido por la Universidad de Lovaina (02.02.79), citando una afirmación de san Ireneo de Lyon, padre de la Iglesia primitiva y aplicándola a la realidad salvadoreña:

“Los antiguos cristianos decían; gloria *Dei homo vivens*” (“la gloria de Dios es el ser humano que vive”). Nosotros podríamos concretar esto diciendo; “*gloria Dei vivens pauper*” (“la gloria de Dios es el pobre que vive” o “la vida del pobre”). Creemos que desde la trascendencia del Evangelio podemos juzgar en qué consiste la verdad de la vida de los pobres, creemos también que poniéndonos del lado de ellos e intentando darles vida sabemos en qué consiste la eterna verdad del Evangelio”.

Romero hizo una defensa de los derechos humanos no sólo a través de declaraciones, sino con hechos. Creó en la arquidiócesis la Tutela Legal, que ha sido eliminada por el arzobispo actual. Se negó a participar en actos gubernamentales mientras no se investigara el crimen de Rutilio Grande y sus dos acompañantes (Manuel Solorzano y Nelson Rutilio Lemus). Dio orden de cerrar los colegios dependientes del ar-



zobispado en protesta por la represión generalizada que sufría el país y por la persecución contra los sectores eclesiales comprometidos en la lucha por la justicia. El domingo 20 de marzo de 1977 ordenó la suspensión de todos los servicios religiosos arquidiocesanos y convocó a una misa delante de la catedral, a la que asistieron decenas de miles de personas.

La reconciliación fue una de las palabras más frecuentes en sus escritos. Citando a san Pablo, llama a los cristianos y cristianas a ejercer el servicio de la reconciliación y a trabajar por una "Iglesia de reconciliación" (Homilía del 16.03.98).

4. Justicia y paz en la vida y el pensamiento de Romero

En su práctica pastoral, reflexiones teológicas, mensajes radiofónicos, homilías, escritos, en el trato con la gente, en su relación con los políticos y con sus colegas del episcopado y del clero, en su vida cotidiana, Romero tuvo como lema dos textos de la Biblia que vinculan la paz con la justicia. Uno es el bello salmo 85: "La paz y la justicia se besan". Otro es del profeta Isaías: "La paz solo puede ser el fruto de la justicia". No hay paz sin justicia. Ambas son inseparables. Veámoslo en algunas de sus más significativas actuaciones.

Romero hace una crítica directa, radical, con nombres propios, a los poderes coaligados y cómplices en la represión popular: el gobierno, las fuerzas armadas, los cuerpos de seguridad, la judicatura, la derecha política y la oligarquía.

Denuncia "la fuerte represión y la violencia cruda, cruel y despiadada" de la derecha, que constituye una verdadera provocación a los grupos organizados. "Algunos -asevera- llegan a creer en la posibilidad de un entendimiento entre solo cuerpos de D' Abuisson. Queremos señalar la intervención del Sr. D' Abuisson por lo que tiene de falaz, de mentirosa y de deformadora. Esperamos que la fuerza armada haya podido medir la falsedad de este señor que quiere nombrar héroe nacional a un torturador, que no se hace cargo ni de los desaparecidos, ni de los asesinados, ni de los torturados. Que confunde la letra de los estatutos de orden con su práctica inveterada de amedrentamiento y de muerte, y que aporta testimonios falsos, que no engañan ni al más tonto" (Homilía de Romero, 10.02.80).



La reacción de D' Abuisson ante tan directa denuncia no se hizo esperar. Sólo un mes y medio después Romero caía abatido por las balas de un sicario contratado por el creador de los escuadrones de la muerte.

Crítica la absolutización del poder de las organizaciones políticas, el frente de la derecha (que en El Salvador -dice- se identifica con la riqueza), la propiedad privada, cuestiona el frente de la ultraderecha, las organizaciones fantasmas o reales "que amenazan a muerte, acribillan a balazos, secuestran". Califica esta actitud de idolatría de dioses que se están cobrando vidas humanas y de servidores del dios Moloc, que exigía sacrificios de niños. Critica también a las organizaciones armadas de la extrema izquierda por sus crímenes e idolatrías" (Homilía del 12.08.79).

Las críticas de Romero en sus homilías alcanzan hasta el corazón del poder económico de El Salvador: la oligarquía, a la que acusa de poseer la tierra que es de todos los salvadoreños. Es a ella a quien responsabiliza de haber dinamitado la emisora de la arquidiócesis, YSAX. Y explica el motivo de dicha destrucción y de la violencia desplegada por los oligarcas:

"La oligarquía, al ver el peligro de que pierda completamente el dominio que tiene sobre el control de la inversión, de la agro-exportación y sobre el casi monopolio de la tierra está defendiendo sus egoístas intereses: no con razones, no con apoyo popular, sino con lo único que tiene: el dinero que le merite comprar armas y pagar mercenarios, que están masacrando al pueblo y ahogando toda legítima expresión que clama justicia y libertad. Por eso estallan todas las bombas manejadas bajo este signo. También la de la UCA. Por ello también han asesinado a tantos campesinos, estudiantes, maestros, obreros y demás personas organizadas" (Homilía de Romero, 24.02.80).

Citando la Epístola de Santiago, del Nuevo Testamento³⁶ y a los Padres de la Iglesia, recuerda a la oligarquía: "lo que tienes lo has robado.

36 Epístola de Santiago 4,1-2: "¿De dónde proceden guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestros deseos de placeres que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra". Santiago 5,1ss: "Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su testimonio será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario de los obreros que segaron vuestros campos y que no habéis pagado está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del señor de los ejércitos".



Lo has robado al pueblo que perece en la miseria. Lo has robado”. Citando a Pablo VI cuando era arzobispo de Milán pide a los oligarcas que se despojen de los bienes injustos, si no quieren ser despojados. Condena la idolatría de la riqueza y de la propiedad privada que hace consistir la grandeza del ser humano en el “tener” olvidándose de que la verdadera grandeza es “ser”. Citando el discurso de Juan Pablo II en Puebla, recuerda que “sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social” (19.07.79).

Denuncia la “absolutización de la riqueza”, que considera el gran mal de El Salvador y la propiedad privada como absoluto intocable, porque, afirma, “no es justo que unos pocos tengan todo y lo absoluticen de forma que nadie lo pueda tocar” mientras “la mayoría marginada se está muriendo de hambre” (Homilía del 17.08.79).

La idolatría de la riqueza constituye, a juicio de Romero, el mayor peligro para el país, y la injusticia social es la razón de la violencia y del malestar general del pueblo. Pareciera que el papa Francisco hubiere leído las homilías de Romero y se hubiera inspirado en ellas cuando escribió la Exhortación Apostólica “La alegría del evangelio”, donde formula los cuatro “noes” más radicales contra el modelo capitalista en su actual versión neoliberal:

- No a una economía de la exclusión (nn. 3, 54).
- No a la nueva idolatría del dinero (nn. 55, 56).
- No a un dinero que gobierna en lugar de servir (nn. 57-58).
- No a la inequidad que genera violencia (nn. 59,60).

En el terreno de la idolatría de la riqueza, Romero invierte el orden entre esclavitud y libertad. Es libre la persona que no está subyugada al dios dinero; es esclavo el idólatra del dinero. La utilidad del dinero no es un fin en sí mismo, sino un medio; está al servicio del ser humano, no viceversa (Homilía del 15.07.79).

En la crítica de la idolatría de la riqueza monseñor Romero se sitúa en la mejor tradición anti-idolátrica de los profetas de Israel, Jesús de Nazaret, Bartolomé de Las Casas, Antonio Montesinos, Marx, Ignacio Ellacuría, el papa Francisco, la teología de la liberación. Una tradición que hemos de recuperar en nuestra crítica del idólatra neoliberalismo. Moisés sorprendió al pueblo judío adorando al becerro de oro. El neoliberalismo adora el oro del becerro.



5. La carta a Carter: USA, obstáculo para la paz en El Salvador

Romero no solo desafió a la oligarquía y a los poderes represivos que ejercían la violencia en El Salvador. También desafió al imperio estadounidense en la persona de su presidente Jimmy Carter, a quien escribió una carta en la que le expresaba su preocupación porque el Gobierno de los Estados Unidos estuviera estudiando la manera de favorecer la carrera armamentística de El Salvador con el envío de equipos militares y asesores. Si tal información se confirmara, escribe Romero, la medida de Estados Unidos “en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudiza sin duda la injusticia y la represión contra el pueblo organizado que muchas veces ha estado luchando por que se respeten sus derechos humanos más fundamentales”.

El arzobispo de San Salvador acusaba a la Junta de Gobierno, las Fuerzas Armadas y los Cuerpos de Seguridad de El Salvador de que “solo han recurrido a la violencia represiva produciendo un saldo de muertos y heridos mucho mayor que los regímenes militares recién pasados”. Por eso pedía a Jimmy Carter que prohibiera dar dicha ayuda militar al Gobierno salvadoreño y que “su Gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc. en determinar el destino del pueblo salvadoreño”.

Citando la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla, Romero consideraba deplorable e injusta la intromisión de potencias extranjeras en la trayectoria económica y política del país y reclamaba el derecho a la legítima autodeterminación. Dado su elevado nivel de concientización y organización, creía que el pueblo era el único capaz de superar la crisis en la que se encontraba el país y de asumir la gestión responsable del futuro de El Salvador.

Numerosas fueron las muestras de solidaridad con la carta que llegaron de diversos sectores del pueblo y de la Iglesia, entre ellos religiosas y sacerdotes que trabajaban pastoralmente en El Salvador y varios obispos latinoamericanos que expresaron a Romero su apoyo por dicho gesto de protesta, así como su solidaridad ante la destrucción de la emisora de la arquidiócesis.



La carta, empero, fue calificada de “devastadora” por un miembro del Gobierno de Estados Unidos. Calificativo que fue respondido por Romero diciendo que su intención no era devastar, sino simplemente, en nombre del pueblo, pedir lo que parecía haber abierto los ojos a Estados Unidos”. Jimmy Carter le respondió con una larga misiva en la que, aun reconociendo las desafortunadas actuaciones que ocasionalmente habían tenido las Fuerzas Armadas en el pasado, justificaba su apoyo a la Junta Militar porque “ofrece las mejores perspectivas” y afirmaba que “la mayor parte de la ayuda económica será en beneficio de los más necesitados”.

“Nos preocupa tanto como a Usted -afirmaba la misiva de Carter- que no sea usado ese subsidio en forma represiva y que se trata de mantener el orden con un uso mínimo de fuerza letal”. La carta de Carter se refería a la necesidad de un ambiente menos beligerante y de menor confrontación y aseveraba que los Estados Unidos no interferirían en los asuntos internos de El Salvador. Mencionaba, además, la amenaza de guerra civil que presentaba como alternativa a las reformas del gobierno.

Romero dio a conocer el contenido de la carta de Carter en la homilía del 16 de marzo de 1980 y también su valoración. Le parecía un juicio político discutible decir que la Junta de Gobierno de El Salvador ofrecía mejores perspectivas. Sobre la injerencia de Estados Unidos en los asuntos de El Salvador, el comentario del arzobispo no podía ser más expresivo: “Esperamos que los hechos hablen mejor que las palabras”.

Sobre la alternativa de guerra civil a las reformas de la Junta a la que se refería el presidente estadounidense como amenaza, Romero creía que su tendencia era a crear psicosis, que no había que estar impresionados por una próxima guerra civil y que había otras alternativas racionales que era necesario buscar.

Sobre la ayuda militar reclamaba una severa vigilancia “para que no redunde en represión de nuestro pueblo. Y esto es evidente porque la postura de la Fuerza Armada se ha ido, cada vez más, haciendo prooligárquica y brutalmente represiva”.

La carta de Mons. Romero a Jimmy Carter demuestra que la denuncia profética del arzobispo de San Salvador no solo se dirigía al poder político, económico, militar y paramilitar de su país, sino que apuntaba al corazón mismo del imperio norteamericano en la persona de su presidente.



6. ¡Cese la represión!

El momento álgido de la condena de Romero de la represión militar y de su apuesta por la paz fue sin duda el tantas veces citado sermón del 23 de marzo de 1980, que tiene carácter profético y recuerda las denuncias de Bartolomé de Las Casas ante el rey de España por la inhumanidad que los encomenderos trataban a los indígenas y el Sermón de Montesinos en Santo Domingo el cuarto IV domingo de adviento de 1511 que acusó a los encomenderos de estar en pecado mortal por la esclavitud a la que sometían a las comunidades originarias. Estas fueron sus palabras:

"Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles. ¡Hermanos! ¡Son de nuestro pueblo! ¡Matan a nuestros hermanos campesinos! Y ante una orden de matar que dé un hombre debe prevalecer la ley de Dios que dice: ¡No matar! Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado".

"La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas de sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno! en nombre de Dios: ¡Cese la represión!" (Homilía del 23.03.80).

Para reclamar el fin de la represión hace una cuádruple apelación: a) a Dios; b) al sufrido pueblo; c) a la conciencia; d) a la ley moral, que conduce derechamente a la condena de la violencia institucional instalada en el sistema.

Apela a Dios

Apela al nombre de Dios, a quien también apelaban las clases dirigentes para justificar la represión popular y para matar haciendo realidad la afirmación del filósofo Martin Buber:



“Dios... es la palabra más vilipendiada de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan mancillada, tan mutilada... Las generaciones humanas han hecho rodar sobre esta palabra el peso de su vida angustiada, y la han oprimido contra el suelo. Yace en el polvo y sostiene el peso de todas ellas. Las generaciones humanas, con sus partidismos religiosos, han desgarrado esta palabra. Han matado y se han dejado matar por ella. Esta palabra lleva sus huellas dactilares y su sangre... Los hombres dibujan un monigote y escriben debajo la palabra ‘Dios’. Se asesinan unos a otros, y dicen: ‘lo hacemos en nombre de Dios’”.

“Debemos respetar a los que prohíben esta palabra, porque se rebelan contra la injusticia y los excesos que con tanta facilidad se cometen con una supuesta autorización de ‘Dios’. ¡Qué bien se comprende que muchos propongan callar, durante algún tiempo, acerca de las ‘últimas cosas’ para redimir esas palabras de las que tanto se ha abusado! Bien seguro que ya no será posible purificar la Palabra de ‘Dios’ de tanto vilipendio y mancillamiento, de tanto desgarrar y mutilación, de tanto secuestro y manipulación a que ha sido sometida a lo largo de los siglos”.

“Matar en nombre de Dios, decía José Saramago, es convertir a Dios en un asesino. Romero cambia la significación de Dios y la funcionalidad de su nombre: del dios de la guerra al Dios de la paz, del dios de la muerte al Dios de la vida, del dios de los poderosos al Dios del pueblo que sufre, del dios señor feudal al Dios subalterno y de los subalternos, como afirma Boaventura de Sousa Santos en su sugerente obra de teología política *Si Dios fuese un activista de los derechos humanos*³⁷ (Trotta, Madrid, 2014).

Apela al pueblo sufrido y sufriente

Dios deja de ejercer la función legitimadora de los poderes represivos con los que históricamente ha estado aliado a través de su poder absoluto: omnipotencia, onmisciencia, omnipresencia, y se pone del lado del sufrido pueblo. Se invierte la alianza: de Dios con los poderosos a Dios con el pueblo. Romero hace realidad la teología de Ellacuría sobre el Dios crucificado y sin poder y los pueblos crucificados, a quienes hay que liberar bajándolos de la cruz.

37 Trotta, Madrid, 2014.



Apela a la conciencia

Apela a la conciencia que nunca puede justificar el uso de la violencia contra los hermanos y las hermanas, los vecinos, ni sentirse tranquila eliminando al prójimo.

Apela a la ley moral

Apela, finalmente, a la ley moral y a la ley de Dios que coinciden en condenar la violencia, y más la que se ejerce en nombre de Dios, ya que, como dice José Saramago, es convertir a Dios en un asesino.

La cuádruple apelación constituye la mejor deslegitimación de la violencia ejercida por el poder militar y la apuesta por el diálogo, la negociación y la reconciliación.

7. Crónica de una muerte anunciada: ¿por qué lo mataron?

En agosto de 2016, durante mi estancia en El Salvador como profesor invitado en las Universidades Don Bosco y UCA leí la excelente novela *Noviembre*, del escritor salvadoreño Jorge Galán, que se inspira en el impune asesinato de los seis jesuitas y de Elba y Celina el 16 de noviembre de 1989. La leí recorriendo algunos de los escenarios donde se produjeron los hechos. Mientras leía el libro me rondaba por la mente una pregunta: ¿por qué lo mataron? Estos días, mientras preparaba esta conferencia volví a hacerme la misma pregunta que ahora me planteo ante ustedes sobre el asesinato de monseñor Romero: ¿por qué lo mataron?

No fue, ciertamente, por haberse desviado de su actividad pastoral y por haberse implicado en la actividad política del lado de los revolucionarios, como creían y afirmaban algunos hermanos suyos en el episcopado salvadoreño y en el Vaticano. La lucha por la justicia y el trabajo por la paz no son una desviación del verdadero cristianismo, sino que pertenecen a su esencia, son la verificación de la autenticidad de la fe.



La comisión teológica del Vaticano encargada de estudiar su asesinato reconoció que monseñor Romero murió mártir por odio a la fe. Siento disentir de dicha apreciación. Sus asesinos se decían cristianos y compartían la misma fe que Romero. Yo creo que la verdadera razón del asesinato fue su lucha por la justicia, su opción por los pobres y su cada vez más radical denuncia de los poderes políticos, económicos, militares. Fue la puesta en práctica de las Sermón de la Montaña -carta magna del cristianismo-, que declara bienaventurados a los constructores de paz y a los perseguidos por causa de la justicia.

Tampoco fue por haber permitido la entrada del comunismo en la Iglesia salvadoreña, como vino a decirle Juan Pablo II en una audiencia en el Vaticano de la que monseñor Romero abatido y desolado, le respondió: "Pero, Santo Padre, en mi país es muy peligroso hablar de anticomunismo, porque el anticomunismo lo proclama la derecha, no por amor a los sentimientos cristianos, sino por el egoísmo de cuidar sus intereses". Un anticomunismo, le dijo, que defendía el capitalismo y perseguía a la Iglesia, y muy especialmente a los sacerdotes, religiosos y religiosas.

El asesinato de monseñor Romero tiene la misma o similar explicación que la ofrecida por Jon Sobrino sobre el asesinato con nocturnidad y alevosía de sus compañeros jesuitas: lo mataron porque analizó la situación real de El Salvador y fue a la raíz de los problemas. Dijo la verdad del país en sus homilias, programas radiofónicos y declaraciones públicas. Desenmascaró la mentira y practicó la denuncia profética. Fue conciencia crítica de una sociedad de pecado y conciencia creativa de una sociedad distinta, la utopía del Reino de Dios entre los pobres. ¡Y eso no se perdona!

Monseñor Romero fue asesinado por haber ejemplificado con hechos y palabras el valor moral y evangélico de la justicia en un país donde reinaba la injusticia estructural; el valor de la paz en un país marcado por la violencia institucional; el valor de la solidaridad, en un país donde las mayorías populares sufrían la pobreza y la marginación social; el valor de la vida, en un país donde la vida de los pobres carecía de valor y se podía prescindir de ella impunemente.

Vivió el cristianismo no como opio y alienación, sino como liberación y conciencia crítica; no al servicio de los poderosos, sino de los empobrecidos. Denunció la concentración de la riqueza en manos de unas pocas familias que mantenían al pueblo en un régimen de esclavitud. Criticó severamente la alianza entre el poder político, el poder económico



y el poder militar contra el pueblo, y el apoyo de Estados Unidos a dichos poderes para masacrar al pueblo salvadoreño.

Buscó caminos de reconciliación a través de la negociación y de la no violencia activa, siguiendo el ejemplo de tantos líderes religiosos y morales a lo largo de la historia. Con su testimonio evangélico y su estilo de vida austero anticipó la utopía de otro mundo posible sin violencia, ni injusticia, ni corrupción, sin desigualdad social, ni opresión política, ni explotación económica, sin imperialismo, ni militarismo.

¿Por qué mataron a monseñor Romero? Coincido con la respuesta del profesor de filosofía de la UCA, Carlos Molina: "No fue por defender los derechos de la Iglesia ante el poder secular, sino por ponerse al lado de los pobres, esos que tanto el poder secular como las mismas iglesias habían explotado, oprimido y excluido [...], por haber asumido el profetismo utópico que era la única respuesta ante los falsos dioses que se cebaban en la vida del pueblo y así se convirtió en su enemigo".



SÃO ROMERO DA AMÉRICA
ROGAI
POR
NÓS

PARTE III

DESDE BRASIL

ANTONIO MANZATTO
CELIA SOARES DE SOUZA
DONIZETE JOSÉ XAVIER
EMERSON SBARDELOTTI
FRANCISCA CIRLENA SUZUKI
LUIZ CARLOS SUSIN
MARIA JOSÉ CALDEIRA DO AMARAL
PAMELA SANTOS
ROSEMARY FERNANDES DA COSTA

Romero y la perspectiva eclesiológica de Francisco

Antonio Manzatto³⁸

La canonización de Romero no es simplemente casual, así como no lo fuera la interrupción del proceso por largas décadas. Ya con ocasión de su martirio se presenciaba la implantación de un proyecto de Iglesia que se extendía hasta el inicio de la segunda década del siglo XXI, y que se caracterizó formalmente como conservador y llegó a querer recolocar en discusión el Concilio Vaticano II, elaborando una especie de relectura de las orientaciones conciliares para relativizarlas o, mucho más claramente, negarlas. La retoma explícita del Concilio Vaticano II hecha por el papa Francisco ayuda a percibir como, a partir de él, otro proyecto de Iglesia pasó a ser cultivado, sobrepasando el anterior y recuperando el espíritu conciliar, renovando así la esperanza de las comunidades cristianas esparcidas por el mundo.

Destacar algunos hechos, desde el inicio, puede ayudar a percibir la naturaleza de tales proyectos o modelos de Iglesia. Se tornó célebre, por ejemplo, la imagen del papa Juan Pablo II, dedo en alto, aplicando severa reprimenda al P. Cardenal durante su visita a Nicaragua en 1983, país que recientemente se había liberado, por la fuerza de la organización popular, de una cruel dictadura. El Papa ya había estado en América Latina para la III Conferencia General del Episcopado

38 Es presbítero de la Arquidiócesis de San Paulo, doctor en teología por la Universidad Católica de Lovaina y profesor titular de teología sistemática en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de San Paulo. Inició en el Brasil los estudios que relacionan teología y literatura, trabaja temas de cristología, antropología y tratado de Dios. Desarrolla actividades pastorales en la Región Episcopal Brasilândia.



Latinoamericano y del Caribe en Puebla, México. Sin embargo, la imagen que cuestionaba el compromiso político del sacerdote se desparramó por todo el mundo como una nueva forma de Iglesia, a través de la persona del recientemente electo Papa, que apartaba su comprensión de las consecuencias sociales de la confesión de la fe cristiana. Por eso, se pasó a afirmar, cada vez con más vigor, la necesidad de separar la fe de la política, sobre todo en las tierras latinoamericanas donde el compromiso de las comunidades eclesiales colocaba en riesgo la acostumbrada dominación política realizada por los grandes hacendados y empresarios, defendidos por el poder militar. Vehementemente se afirmaba que la proclamación de la fe y la actividad política no tenían relación entre sí, aun cuando el Papa, personalmente se envolviese abiertamente en la situación política de su país natal, Polonia, dominado en esa época por el régimen soviético. No es desconocido, además, la participación de Juan Pablo II en el proceso que condujo a la caída de los regímenes de los países del Este europeo, conocida como la caída de la Cortina de Hierro, proceso en el cual participó intensamente el gobierno de los Estados Unidos, presidido en esa época por el conservador Ronald Reagan. Si era posible, gracias al ejemplo del Papa, envolverse en la política que combatía el comunismo en el Este europeo y aquí, en América Latina, el terreno quedaba abierto para el mismo procedimiento: combatir el comunismo, aun cuando la política latinoamericana estuviese dominada por los militares.

Un segundo ejemplo de modelo conservador implantado en la Iglesia fue el documento del papa Benedicto XVI llamado *Summorum Pontificum*, de julio de 2007, que relativizó el uso de la lengua vernácula en la liturgia y oficializó la retoma del uso del latín, recobrando la celebración de la eucaristía según el llamado Rito de san Pío V, lo que expresamente se colocaba en contramano de lo que el *Sacrosanctum Concilium* enseña en el Vaticano II. Los adeptos del conservadurismo luego se encantaron con la posibilidad de volver a utilizar no solo la antigua liturgia, sino también los antiguos ornamentos y los antiguos privilegios, cada vez más explícitos del clericalismo tradicionalista. Tal postura eclesialista pasó a ser presencia constante en ambientes eclesiales siendo sentida de diversas maneras y en diversos horizontes, que van desde la formación presbiteral hasta los nombramientos episcopales, pasando por la forma de organización de las comunidades eclesiales y la comprensión del papel desempeñado por los laicos al interior de la Iglesia. Estos dos ejemplos, que son apenas eso, pequeños ejemplos, sirven para indicar, tanto al interior como al exterior de la acción eclesial, cuál es el modelo de Iglesia que fue implantado por lo menos



desde los años 80 y que hicieron que el proceso de canonización de Mons. Romero quedase detenido en las gavetas vaticanas.

Las cosas comenzaron a cambiar a partir de 2013 cuando el papa Benedicto XVI renunció y, en su lugar fue electo el papa Francisco. En Europa, durante mucho tiempo se pensaba que el sucesor de Juan Pablo II sería el cardenal Carlo María Martini, más actualizado y ligado a las cuestiones del tiempo presente que el papa polaco como se decía en diversos ambientes de la sociedad europea. Con todo, aunque con su salud disminuida, Juan Pablo II continuó gobernando la Iglesia hasta su muerte en 2005, cuando el cardenal italiano ya se había retirado por su edad avanzada y su salud debilitada. La elección de Benedicto XVI ocurrió con sorpresa y el modelo de Iglesia permaneció intacto. La sorpresa vino después, primero con la renuncia del Papa, y luego, con la elección de un discípulo del cardenal Martini, el cardenal Jorge Mario Bergoglio, que asumió el nombre de Francisco. Desde el inicio de su pontificado, cuando en el balcón de la Basílica de San Pedro, pidió que el pueblo lo bendijese, él dio señales de que la Iglesia tomaría otro rumbo. La *Evangelii Gaudium*, el documento inaugural de su pontificado, confirmó las primeras impresiones y con el pasar del tiempo fue mostrando como sería el modelo de Iglesia implantado por el nuevo Papa. La reciente realización del Sínodo de los Obispos para el Amazonas, mostró una vez más que, efectivamente, con Francisco se inició una nueva era eclesial de superación del clericalismo y de retirada de la religión del dominio de los grandes señores de las riquezas del mundo. No es de admirar que los conservadores busquen, de todas las formas, minar el trabajo del Santo Padre acusándolo inclusive de herejía, como para decir que son ellos, los conservadores, los jueces de la ortodoxia de la Iglesia, ellos que la mantuvieron cautiva durante tanto tiempo simplemente para defender sus intereses y privilegios. En tal ambiente, y con mucho coraje, es que el papa Francisco retomó el proceso de canonización de Mons. Romero y lo declaró mártir de la Iglesia, reconociendo que su sangre fue derramada “en odio a la fe”. A los ojos del Papa, el comportamiento después del asesinato de Mons. Romero y el que los culpables siempre fueran defendidos por los conservadores, muestra un comportamiento de quien se coloca no solo fuera, sino contra el cristianismo. Tenemos ahora sí, un cambio de perspectiva eclesiológica y pastoral que vale la pena destacar, pues caracteriza efectivamente un nuevo modelo de Iglesia.



La renovación conciliar y el ambiente eclesial de Romero y Bergoglio

Desde un punto de vista político, la situación en toda América Latina fue muy semejante en los años que se sucedieron al Concilio Vaticano II. Las dictaduras, tanto militares como civiles, se instalaron prácticamente en todos los países con el apoyo militar. Su “noble” proyecto era proteger los intereses de las grandes empresas, llamadas en la época multinacionales, e ideológicamente se servía del ambiente de la Guerra Fría que todavía existía y que oponía los Estados Unidos a la Unión Soviética. El famoso embate entre capitalismo y comunismo fue expertamente diseñado como un conflicto entre el bien y el mal, con la propaganda occidental siempre pintando el capitalismo occidental como el bien, patrocinado por los Estados Unidos. Con todo, la experiencia vivida por los pueblos latinoamericanos mostraba otra cosa. Las dictaduras eran crueles, producían pobres y los victimaban, solo para proteger los lucros astronómicos de las grandes empresas internacionales, haciendo que los países se sometieran a la servidumbre de los grandes intereses económicos, patrocinados sobre todo, por el gobierno norteamericano y los países de occidente. Por otro lado, las transformaciones de las décadas de 1960 y 1970, como los cambios culturales, la revolución sexual, la independencia de los países africanos y el éxito de la revolución cubana, alimentaron sueños de liberación y autodeterminación en muchos lugares de América Latina.

En Nicaragua, el 1979 la revolución sandinista venció a la dictadura somocista, patrocinada y defendida por los Estados Unidos. La fuerza de la organización popular derrumbó uno de los gobiernos más corruptos, violentos y crueles de América Central, lo que hizo que el sueño de libertad se diseminase por el continente. En El Salvador, país vecino, también se conocía la dictadura y los movimientos o procesos de liberación fueron violentamente reprimidos por las fuerzas gubernamentales. Rápidamente los grandes intereses económicos se movilizaron para defender el régimen salvadoreño contra eventuales movimientos de liberación, más organizados, llegando al punto de, posteriormente, transferir enormes cantidades de recursos para los llamados “contra-revolucionarios” salvadoreños. En este ambiente de conflicto Mons. Romero asumió clara y decididamente la defensa de su pueblo a punto de proclamar en su célebre homilía la víspera de su muerte: “En nombre de Dios y de este pueblo sufrido, cuyos lamentos suben al cielo todos los días, les pido, les suplico, les ordeno: cesen la



represión". Aquí reside la razón de su muerte y la comprensión de que ella ocurrió "en odio a la fe". Al fin de cuentas, ¿por qué aquel obispo fue a involucrarse con la política? Ya no se dice ¿para dar "al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"? ¿Por qué fueron a meterse con las cosas de la política?

Tal tipo de cuestión justifica culpabilizar a la víctima y desconoce la verdadera tradición cristiana y, más recientemente, las enseñanzas del Vaticano II, que recordó en un texto magistral que "las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de todos aquellos que sufren, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo" (GS 1). Así se realiza la aproximación entre aquello que es realidad humana y aquello que es la vida de la Iglesia, de tal forma que nada que exista en el mundo será extraño al compromiso cristiano. Fe y vida se unen indisolublemente porque la fe es para ser vivida, y la vida humana precisa ser iluminada por la luz de la fe. Tal enseñanza conciliar repercutió con vigor en la Iglesia latinoamericana y en su práctica pastoral, sobre todo, a partir de la Conferencia de Medellín en 1968.

Aquella Asamblea General del CELAM, la segunda que acontecía, fue pensada para que los obispos estudiaran la manera de implantar el Concilio Vaticano II en tierras latinoamericanas, pero se transformó en más que eso, pues fue ocasión para una relectura del Concilio a partir de la realidad de América Latina. Desde entonces, una nueva postura y una nueva comprensión eclesial fue posible, dando ocasión a una alianza entre la Iglesia y los más pobres de la sociedad, realizando un auténtico cambio de lugar social. He ahí la razón por la cual la Iglesia pasó a ser perseguida de muchas maneras, inclusive con prisiones y atentados, por el simple hecho de afirmar su defensa y sus derechos. Es esa la comprensión de Mons. Romero cuando dice, todavía en 1977 que "la misión de la Iglesia es identificarse con los pobres; así la Iglesia encuentra su salvación". Por causa de eso, desde el encuentro de Medellín la Iglesia invirtió en la formación de comunidades, especialmente las Comunidades Eclesiales de Base (CEB), en el combate a las injusticias sociales y en la comprensión del compromiso político de los cristianos en vista de las necesarias transformaciones sociales. Todo eso debería acontecer a partir de la realidad de los pobres. Inclusive con los obispos asumiendo el compromiso de vivir de manera más austera y solidaria con sus pueblos. Se comprendía de esa manera aquello que Puebla más tarde llamaría la "opción preferencial por los pobres".



Cuando se organizó la conferencia de Puebla, prevista inicialmente para 1978, los ambientes más conservadores de la Iglesia pensaban hacer de ella ocasión para un retroceso con relación a lo que había sido afirmado en Medellín. El deseo era hacer que la Iglesia se volviera para sí misma y discutir solamente las cuestiones internas, pero la muerte del Papa pospuso la realización de la Asamblea que aconteció entonces en 1979, ya con la presencia de Juan Pablo II. Con todo, para sorpresa de muchos, la Conferencia de Puebla ratificó aquello que se había dicho en Medellín y, sobre ciertos aspectos, hizo todavía más profundo el compromiso pastoral de la Iglesia. Su decisiva posición al lado de los pobres, que ya ocasionaba persecuciones y sufrimiento para las comunidades eclesiales, fue reafirmado y no fue sorpresa percibir como, poco tiempo después, Mons. Romero dio su vida por causa del compromiso con los más pobres, de la defensa de la vida y de la dignidad de aquellos que son los más vulnerables de la sociedad.

En realidad, la década que siguió a la Conferencia de Medellín presenció la organización de una Iglesia comprometida con los más pobres en su proceso de liberación de las opresiones políticas, sociales y culturales. Tal compromiso pastoral, inspirado en el Evangelio de Jesús, pasó a ser sistematizado en un movimiento teológico que quedó conocido como Teología de la Liberación. La teología se comprendía como acto segundo, dado que la vivencia de la fe es primordial, y es necesario que sea vivida siempre en todas sus dimensiones, inclusive en la práctica de la solidaridad con aquellos que más sufren, los más pobres y los más vulnerables de la sociedad, asumiendo el compromiso político de una nueva organización social, que se base en la defensa y promoción de sus derechos. Desde ese punto de vista y utilizando el método ver-juzgar-actuar, en el cual se parte de la realidad, se relaciona esta con el proyecto de Dios manifestado en Jesús y se proponen caminos de acción en vista de su transformación, la teología de la liberación comprendió de manera actualizada, en la secuencia del Vaticano II, los principales aspectos de la reflexión teológica y los principales capítulos de la teología.

El Concilio Vaticano II fue convocado por Juan XXIII con la intención de actualizar la acción y la vida de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX. Implementadas por Pablo VI, las reformas conciliares surtieron efecto y tornaron a la Iglesia nuevamente en un participante del debate social. La propia sociedad, incluidas las ciencias y los movimientos políticos percibieron y reconocieron la pertinencia de la acción de la Iglesia en el mundo, tanto que el Sumo Pontífice pronunció un discurso en la ONU y, también, los pronunciamientos oficiales de



los papas, pasaron a ser acompañados no sólo por los grandes medios de comunicación, sino por todos los actores sociales, sobre todo en occidente. No podía ser diferente en América Latina, donde el camino para la actualización de la reflexión teológica y de la práctica eclesial solo fue posible gracias a las orientaciones del Vaticano II. Lo que el Concilio trajo de novedad para la reflexión teológica fue, estrictamente, la inserción en ella de las categorías históricas. La realidad del mundo, con todas las fuerzas y los actores sociales, pasó a ser vista como la materia prima sobre la cual se hace la elaboración teológica. Se recuperó la práctica bíblica de relacionar los problemas, la vida del pueblo con la confesión de fe, y la percepción de que el proyecto de Dios también tiene connotaciones de vida presente, esto es, históricas. Fue entonces que, se pasó de unas teologías esencialistas hacia una teología mucho más actuante y comprometida con el desarrollo de la historia de la humanidad. Esto permitió mirar la pobreza existente en el continente y, más que eso, percibir sus causas estructurales. La acción eclesial entonces, debería incluir, más allá de la práctica asistencial, la política liberadora por la cual, los pueblos, sobre todo los más pobres, pudiesen afirmar su valor, su dignidad y la libertad de ser sujetos de su propia historia. La acción eclesial como vivencia de la fe y la reflexión teológica se unieron y facilitaron una nueva comprensión de lo que significa ser Iglesia. Tal aspecto es importante para comprender la actuación de Mons. Romero y también el modelo eclesial propuesto por el papa Francisco.

El hecho es que la Iglesia latinoamericana asumió características propias y se constituyó como ejemplo para las otras iglesias, al mismo tiempo que fue vista como peligrosa por diversos sectores eclesiales. En referencia constante al Vaticano II la Iglesia de América Latina se comprendió como la Iglesia de los pobres, toda ella ministerial y participativa, comprometida con la transformación de la sociedad en vista del establecimiento de la justicia social. Sus realizaciones y conquistas no fueron pocas. La organización de las CEB, la valorización de la colegialidad episcopal, tanto en las conferencias nacionales como en el Consejo continental (CELAM), el fortalecimiento de actitudes proféticas y la presencia de tantos mártires, marcaron indeleblemente su forma de ser Iglesia y, por eso cantaba su nuevo modo de ser, en auténtico reto y con genuinos testimonios de fraternidad. En esa Iglesia y en ese ambiente se forjaron las percepciones eclesiales de Francisco y el testimonio martirial de Romero.



1. La Iglesia de los pobres decididamente se colocó a su lado, en actitud de solidaridad

Se comprometió con las comunidades indígenas, afro-descendientes, periféricas y de toda suerte de oprimidos, organizó la pastoral indígena, la pastoral de la tierra, de la mujer marginalizada, de los niños, de los trabajadores, de los derechos humanos, de los migrantes y refugiados y de tantas otras que se constituían en auténtico refugio para los no atendidos por la sociedad; participó de los movimientos sociales y políticos, asumió con los pobres propuestas de nuevos modelos sociales, se aproximó al pueblo y comprendió que ese pueblo es el que la constituye como Pueblo de Dios, luchó por la defensa de la vida en todas sus formas, se comprometió con el medio ambiente y con las culturas oprimidas, se mostró solidaria y fraterna con todos los desposeídos de la tierra y, ese testimonio suyo, transformó la realidad de los países del continente y repercutió en el resto del mundo. La opción por los pobres se hizo palabra clave para entender la vivencia eclesial en América Latina, y por causa de ella Mons. Romero se posicionó diciendo alto y bien claro que: el sistema político y económico vigente hacía de los pobres sus víctimas preferidas matándolas. Comprobó la verdad de su afirmación cuando fue muerto, él mismo, por los agentes del sistema, ya que se posicionó al lado de los pobres. Se tornó un testigo real, para siempre vivo, de que la Iglesia latinoamericana fue capaz de asumir la opción preferencial por los pobres hasta sus últimas consecuencias. Los pobres, los preferidos de Dios, eran también los preferidos de la Iglesia, de ahí el por qué ella es perseguida y la percepción clara de donde partieron los actos que la victimizaran.

2. Internamente la Iglesia también se rediseñó

Los obispos, a partir del compromiso asumido y firmado en Medellín, dejaron de ser príncipes para ser pastores, para estar en medio de los pobres y compartir su vida, sus dolores y esperanzas. Pasaron a vestirse como los pobres, a morar como ellos, a comer como ellos y, lo más importante, pasaron a vivir con ellos. Los pobres irrumpieron en la Iglesia adentro y transformaron su organización. Asumieron responsabilidades en todos los niveles, como enseñaba el Concilio en su teología del bautismo y fomentaron el surgimiento de comunidades eclesiales en sus propios ambientes y de la manera del pueblo simple, las CEB. Los servicios comunitarios pasaron a ser compartidos entre todos, hombres y mujeres, comprendiéndose importantes en la vida



de la comunidad y de la participación, cada uno según su ministerio. Sí, porque una comunidad es lugar de participación, de compartir dones y servicios y por eso, lugar de ministerios, los más diversos, que se configuran necesarios para su forma de vivencia. Laicos y laicas asumieron con decisión sus responsabilidades y unidos a sus pastores, hicieron la Iglesia parte de la vida del pueblo. Sus celebraciones pasaron a tener sabor de vida y fueron literalmente, integradas a la vida del pueblo de tal forma que peregrinaciones y devociones de toda índole tenían también relación con los problemas reales que las poblaciones estaban viviendo. Así fue la Iglesia de Mons. Romero, que no solo se colocó al lado de los pobres, sino que se abrió para que los pobres hiciesen de ella su casa. Con tantos pobres en la Iglesia la eclesiología de la América Latina fue vista con ojos de esperanza por mucha gente y con ojos de desconfianza por otros tantos. Si la Iglesia no se colocaba ya al servicio de los poderosos y se situaba en solidaridad con los pobres, no es de extrañar que fuera perseguida.

3. La Iglesia no existe en función de sí misma

Hay que recordar que la Iglesia no existe en función de sí misma, sino del Reino de Dios que ella anuncia no para sí misma sino para el mundo. Por eso el Vaticano II enseña que la Iglesia es sacramento del Reino de Dios y servidora del mundo, toda vez que es el mundo todo el que precisa ser salvado, transformado y transfigurado para tornarse cada vez más semejante al proyecto de Dios. El Concilio recordaba, también, que el proyecto salvífico no se restringe a individuos aislados sino engloba el pueblo todo. Hay una dimensión colectiva en la comprensión soteriológica de la Iglesia de tal manera que la formación de comunidades, por una parte, es su expresión, y por otra, es su misión. La comunidad ya había sido comprendida por los discípulos de Jesús como forma de concretización del Reino de Dios. En América Latina ella es afirmada con todas las fuerzas, de tal forma que se percibe la acción eclesial objetivando no solamente la conversión de los corazones de las personas, sino también su conversión colectiva, incluyendo las estructuras de la sociedad, pues ellas también tienen pecado. La transformación de la sociedad no se hace por arte de magia, se hace por militancia y lucha política, por eso las comunidades latinoamericanas no dudan en asumir los compromisos políticos ligados a su fe, encarnando el proyecto de liberación de los pobres como su responsabilidad. La transformación del mundo se hace también a través de la conversión de las estructuras que lo gobiernan para que se hagan



más justas, en el sentido de beneficiar no solamente a los ricos y poderosos, sino a toda la sociedad, comenzando por los más débiles e indefensos. Fue lo que Mons. Romero asumió personalmente como defensa de los pobres, haciéndose la voz de los sin voz, y por eso fue asesinado. En la misma perspectiva se colocó la Iglesia del continente y por eso se comprende por qué tantos y tantas se hicieran mártires de esa Iglesia; los mártires de esa caminata que todavía hoy son recordados y reverenciados por las comunidades.

La ecclesiología de Francisco

Es fácilmente perceptible en el ministerio de Francisco, el primer papa latinoamericano de la historia, las características de la Iglesia de América Latina. A final, él es latinoamericano, no sólo por haber nacido ahí sino sobre todo porque su escuela de formación fue la Iglesia latinoamericana posvaticano II, entonces no es de extrañar que sus posturas repercutan en la forma de comprender aquella Iglesia. Aun cuando la Argentina no haya tenido el episcopado más involucrado en las cuestiones sociopolíticas, el país también conoció la dictadura, la represión y el compromiso de la Iglesia en la defensa de los derechos de los pobres en acciones más aisladas como la de D. Enrique Angelelli. Pero Argentina concibió su propia manera de pensar la teología de la liberación a través de la conocida Teología del Pueblo, más o menos sistematizada en los trabajos de Rafael Tello y Juan Carlos Scanonne.

Jorge Mario Bergoglio era seminarista cuando aconteció el Concilio Vaticano II. Para él, por tanto, el Concilio es algo realizado y que precisa ser acogido, aceptado. Por eso él no tiene dudas en retomar las orientaciones y el espíritu conciliar. No se considera el dueño o el hermeneuta del Concilio que dice lo que de él debe o no ser aceptado. Apenas lo acepta y lo sigue, y su ministerio se coloca en ese orden. Él siendo presbítero, fue condenado en 1969, poco tiempo después de la Conferencia de Medellín. Joven padre, para él las enseñanzas de Medellín simplemente deben ser aceptadas y seguidas, y su ministerio, hasta hoy, recuerda todavía, lo que fue afirmado en aquella Conferencia. Como superior de los jesuitas en Argentina presenció el golpe militar de 1976 y la represión que le siguió, inclusive con la muerte de D. Enrique Angelelli todavía en aquel año. Fue nombrado obispo en 1992, poco antes de la realización de la Conferencia de Santo Domingo, la IV Conferencia del CELAM. En 1998 se tornó arzobispo



de Buenos Aires y sus largos años de pastor lo hicieron conocedor, no solo de la dinámica eclesial, sino también de las necesidades del pueblo simple y de las comunidades cristianas. Es perfectamente comprensible que las experiencias de Bergoglio fundamenten el ministerio del papa Francisco.

1. Francisco afirma la Iglesia como perteneciente a Dios

Realmente, se trata de la Iglesia de Dios que, por eso mismo, precisa ser capaz de anunciar a Dios, manifestarlo y testimoniarlo. El rostro de Dios fue revelado en Jesucristo como misericordia y Francisco no cesa de repetir que Dios es misericordia. La acción de Jesús siempre fue misericordiosa y por eso, testimonio del ser y de la acción de Dios. Según el Papa, la misericordia de Dios solo puede ser comprendida a partir de la realidad de la carencia, del sufrimiento, de la necesidad y orientada a las personas que viven esa realidad. En otras palabras, la misericordia de Dios solo puede ser comprendida a partir de la realidad de los pobres, y una Iglesia misericordiosa tiene que necesariamente compadecerse de ellos. A lo largo de toda la Escritura lo que hay siempre es la percepción de la acción de Dios en beneficio de los pobres: Él los escucha, los ayuda, los liberta, los acompaña, los protege, los acoge en su regazo. El Dios de la Biblia es el Dios de los pobres, y es a ellos que Jesús se refiere como su Padre y por eso mismo son los pobres los primeros destinatarios del Reino que Jesús anuncia. La Iglesia que es sacramento del Reino, en primer lugar, se preocupa por los pobres por exigencia de su referencia a Dios, a Jesús y a su Reino. Muchas son las alusiones de Francisco a una Iglesia comprometida con los pobres. Su primera frase que se tornó conocida fue: "Ah, cómo yo quería una Iglesia pobre y de los pobres", pronunciada en 2013. Fue él quien instituyó la Jornada Mundial de los Pobres, celebrada el domingo antes de la fiesta de Cristo Rey e innumerables veces, en las situaciones más diversas, recuerda a la Iglesia que el primer compromiso cristiano es el de la solidaridad para con los pobres. Su cuidado por con aspectos de la religiosidad popular, más allá de afirmar su característica de comunión, se inserta en la misma perspectiva y hace referencia a la teología del pueblo. Sus invitaciones insistentes para que la Iglesia vuelva a las periferias, sus denuncias frente a la situación de sufrimiento y abandono de los migrantes y sus esfuerzos para socorrer a los necesitados se insertan en la misma perspectiva. También sus constantes referencias al medio ambiente, cuya destrucción victimiza en primer lugar a los pobres, se inscriben en la misma dirección.



También ahí se sitúan sus viajes internacionales, la mayoría de ellos a países periféricos y también los nombramientos cardenalicios que realizó, así como la convocación para el Sínodo para la Amazonia. Tales elementos apuntan hacia la comprensión de que la Iglesia está indisolublemente ligada a los pobres.

2. Comunión y participación, características esenciales de la Iglesia latinoamericana

La Conferencia de Puebla afirmó la comunión y la participación como características propias y esenciales de la Iglesia latinoamericana, y esa práctica eclesial se vislumbra en Francisco y ha llamado la atención y ayudado a polarizar posiciones de aceptación y crítica a su ministerio. Constantemente él se refiere a sí mismo como obispo de Roma, lo que indica su forma de comprender el Ministerio Petrino. Efectivamente es como Pedro lo fuera. Él no es obispo de la única diócesis de todo el mundo y ni los obispos son sus meros representantes en sus iglesias locales. Para él, la propuesta de colegialidad episcopal del Concilio Vaticano II no es escasamente importante, es constitutiva del ministerio. Entenderse como obispo de Roma, de alguna forma, significa comprender el primado como servicio a la unidad, exactamente a la postura afirmada en Lucas: “¡Confirma a tus hermanos!”. En ese sentido, su ministerio es mucho más de salvaguardar la unidad y de sustentación de los obispos, que el de jefe que los gobierna y los trata como subalternos. Esa posición suya se manifiesta en varios de sus pronunciamientos, textos y comportamientos. En América Latina, es claro al decir que los obispos locales pueden asumir sus responsabilidades episcopales sin precisar esperar que todo sea dicho por Roma. En otras ocasiones llamó a las Conferencias Episcopales a asumir responsabilidades mayores en la promoción de la comunión de las iglesias locales, encarando desafíos que son propios de determinada localidad. Fue así que se dirigió varias veces en el CELAM, llamando al Consejo a un papel de mayor protagonismo en la acción evangelizadora del continente. La convocación de diversos sínodos de los obispos en secuencia, muestra cuánto aprecia la colegialidad. Desde 2013 ya fueron cuatro sínodos, dos sobre la familia, uno sobre la juventud y otro sobre la Amazonia y entre ellos un documento, *Episcopalis Communio*, que norma su realización, así como afirma su importancia y caracteriza su naturaleza. Para él, el sínodo es, en primer lugar, el momento de escucha de aquello que dice el Pueblo de Dios y por eso la palabra del pastor no es la primera ni la única; se escucha al pueblo,



lo que hace del sínodo un momento de experiencia de comunión y de auténtica vivencia comunitaria. Más allá de eso, Francisco siempre se ha rodeado de grupos de trabajo, como aquel de los cardenales que estudian la reforma de la Curia Romana o el grupo constituido para actuar en el nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. Apremiar de esa manera el trabajo en equipo y la perspectiva de colegialidad es una novedad de su ministerio si lo comparamos al de los papas anteriores e indica no solo la aceptación del Vaticano II sino también la experiencia de vida en la Iglesia latinoamericana.

Aún en el reciente Sínodo para la Amazonia y en diversas situaciones, ha señalado la importancia de la multiplicación de los ministerios, incluyendo los ministerios femeninos, como cuando pidió que una comisión estudiase la antigua práctica del diaconado para las mujeres. Sus continuas afirmaciones sobre la importancia de la acción de todos en la Iglesia, sobre la responsabilidad de laicos y laicas en el trabajo de evangelización y en la constante convocatoria para que todos asuman la importante tarea misionera, muestran cómo él entiende una Iglesia donde los ministerios se diversifican y se multiplican, y su vivencia de eclesiología latinoamericana tiene influencia en eso. En la misma línea se colocan sus constantes advertencias contra el peligro del clericalismo, que es el veneno que mata toda posibilidad de participación y de formación de ambientes de comunidad. Donde prava el clericalismo desaparecen los ministerios y laicos y laicas se convierten en clientes, siendo el comportamiento del pastor substituido por el comportamiento del jefe.

3. Justicia, igualdad y fraternidad

La cuestión de la transformación de la sociedad en vista de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad también son claramente perceptibles en el ministerio de Francisco. Es verdad que su primera preocupación es con el socorro de los que más sufren, dejando claro la primacía de la asistencia a los pobres. Al final, una Iglesia que es como un hospital de campaña no puede olvidarse de prestar socorro en primer lugar. Ese es el significado más evidente de su propuesta del año de la misericordia, es también de sus constantes llamadas en vista de la atención a la situación de los migrantes y refugiados. Ha dicho claramente que esa es una de las prioridades esenciales de la Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros no pueden hacer de cuenta que no miran o no perciben el sufrimiento de tantos y tantas en el mundo de hoy.



Francisco no es simple asistencialista, va más a fondo y afirma la necesidad de cambiar el sistema social y económico que considera responsable de la cultura del descarte presente actualmente en nuestras sociedades. Cuando se refiere al medio ambiente y al necesario cuidado con la casa común, no pierde de vista que el sistema depredatorio que destruye el planeta es el mismo que produce los pobres y miserables de nuestro mundo contemporáneo. Por eso afirma que tal sistema “es insoportable y no lo aguantan los campesinos, los trabajadores” o los pobres en general, lo mismo la madre tierra. Ese sistema es insostenible por el inmenso flujo migratorio contemporáneo, que nunca fue tan grande y que produce una crisis antropológica sin precedentes ya que el ser humano pierde su rumbo en la historia y acaba depositando sus esperanzas en las riquezas y en la tecnología, los ídolos más famosos y adorados de nuestro tiempo. Las sociedades acaban sumergidas en el consumo que usa y tira fuera, descartando a las personas mismas. Ahora, dice el Papa, podemos vivir con menos, más sobriamente, sin tantas necesidades que son, en verdad, superfluas. Es necesario cambiar el sistema para que no haya “ninguna familia sin casa, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ninguna persona sin la dignidad que el trabajo da”.

Hay elementos que nos permiten percibir que el papa Francisco no es simplemente un romántico al hablar de la necesidad de cambios del sistema social, político y económico en que estamos viviendo. Su presencia al lado de los movimientos sociales es testimonio de que él entiende que la transformación de la realidad y la lucha por la justicia necesitan ser hechas por el pueblo organizado y a través de su participación política. La transformación del mundo no se hace de forma mágica, sino por la participación, compromiso y lucha del pueblo más empobrecido. Fue exactamente en situaciones como esa de encuentro con movimientos sociales que Francisco hizo sus críticas más contundentes al sistema, pero no deja de registrar también sus opiniones en documentos importantes, como *Laudato Si'* y en situaciones de compromiso de toda la Iglesia, como el Sínodo para la Amazonia. Recordemos las convocatorias en el 2020 bajo la misma perspectiva: jóvenes economistas fueron llamados para, junto con el Papa, pensar en un modelo económico alternativo que no destruya el planeta y no produzca tantos pobres. Varios proyectos ya se desarrollan en torno de la “economía de Francisco”, porque en determinado momento es necesario pasar de las palabras a la acción, de la asistencia a la transformación de la sociedad. También es en ese horizonte que Francisco convocó educadores para presentar propuestas en vista de un nuevo pacto educativo mundial, donde el proceso educativo no sea motiva-



do solo por el aprendizaje de una profesión, sino que sea orientado para el cuidado de la casa común, la cultura del encuentro y la defensa del derecho de los débiles.

La eclesiología de Francisco, fiel al método ver, juzgar y actuar, comprende a la Iglesia en su compromiso con los pobres, con la formación de comunidades y con la búsqueda de la transformación de la sociedad, y en eso evidencia sus raíces latinoamericanas y propone tal modelo eclesial como camino para ser recorrido por toda la Iglesia.

Romero, modelo episcopal de santidad

Cuando Francisco canonizó al papa Juan Pablo II y al papa Juan XXIII, al mismo tiempo señaló la existencia de diferentes caminos de vivencia del cristianismo en dirección a la santidad. Ambos fueron papas, pero es notoria la diferencia de actuación entre uno y otro. La santidad no se constituye como un único camino, sino como una gama inmensa de posibilidades abiertas en la historia. Al decidir por la canonización de Mons. Romero, declarándolo mártir, Francisco quiso señalar otro modelo de santidad a ser seguido, inclusive, o tal vez especialmente, por los obispos de la Iglesia. También, en diversas circunstancias Francisco aludió al compromiso episcopal y a la forma de vivenciarlo en los tiempos actuales.

Uno de los puntos clave de la teología del Papa es el reconocimiento y afirmación de la verdad de la encarnación. Para él, se trata de uno de los elementos esenciales del cristianismo, que no se agota en la afirmación de la encarnación del Verbo. Sí, el Verbo se encarnó y se tornó humano, como decimos en nuestra profesión de fe. Hacerse humano significa hacerse histórico, concretización histórica situada en el tiempo, en la geografía y en la cultura. Fue así con Jesús, necesita ser así con la Iglesia y también debe ser así con el Reino de Dios que Jesús ya instauró entre nosotros con su resurrección. Es en esa perspectiva que en la *Evangelii Gaudium* el Papa afirma que “evangelizar es hacer el Reino de Dios presente en el mundo”. Sí, el Reino se puede encarnar porque está presente en la historia desde ya, no es solo futuro. Ese engaño de pensar el Reino apenas en el futuro condujo a no pocas interpretaciones reduccionistas de aquello que afirmaba la teología de la liberación y que afirma el propio cristianismo. Y si el Reino tiene



dimensiones de historicidad también la santidad necesita tenerlas y en los mismos principios.

En la *Gaudete et Exultate* el papa Francisco presenta una comprensión de la vivencia cristiana como camino de santidad. Son varios los caminos posibles para la concretización de la práctica de fe, y cada uno de ellos responde no solo a las realidades y condicionamientos personales, sino también sociales e históricos. La santidad es situada porque la vivencia de la fe lo es. En ese sentido, la crítica de Francisco se dirige a las comprensiones de santidad que no contemplan la encarnación de la vivencia cristiana, o sea, la práctica de la fe situada en el tiempo y en la historia. Espiritualidades desencarnadas todavía existen hoy en ambientes religiosos, inclusive cristianos, aunque eso no esté de acuerdo con el principio de la encarnación realizada por el Verbo. Espiritualidad desencarnada es aquella que no toma en consideración las situaciones y condiciones históricas donde se vive, y es posible allá donde no se comprende y aún se niega la realidad encarnada de Dios. Las tendencias neo-gnósticas, neo-docetas o neo-pelagianas, formas de antiguos problemas ya condenados por la Iglesia, reaparecen actualmente en nuestro mundo religioso y son condenadas por Francisco como caminos falsos de acceso a la santidad. No se vive el seguimiento de Jesús fuera de la realidad pues el cristianismo no es nominalista ni esencialista, sino un hecho histórico a partir de la encarnación del Verbo en la acción histórica de Jesús de Nazaret.

Santidad encarnada fue lo que vivió Mons. Romero. Él asumió la situación histórica de su pueblo y procuró ser fiel a la Palabra de Dios a través de su práctica pastoral. La santidad del obispo no reside simplemente en sus prácticas devocionales o en el cumplimiento de sus obligaciones jurídicas, sino principalmente en el cuidado para con su rebaño, en el discernimiento de sus necesidades y en el enfrentamiento de los peligros que lo amenazan. Fue así que Mons. Romero se posicionó frente a las fuerzas de muerte que amenazaban la vida de su rebaño, decididamente actuó contra la represión porque las personas estaban siendo asesinadas de forma arbitraria por la violencia del Estado; clamó por paz, por respeto a la dignidad de las personas, por los derechos de los pobres y se hizo víctima de la misma situación que ya victimizaba a su pueblo. El papa Francisco recuerda que el pastor tiene olor a ovejas porque está siempre en medio del rebaño. Pues fue así como Mons. Romero vivió su compromiso episcopal, en medio de su pueblo, tocado por las mismas situaciones vividas por el rebaño que le fue confiado.



Fueron diversas ocasiones en que Francisco se dirigió específicamente a sus hermanos obispos, alertándolos contra falsas formas de encarar el episcopado. Recordaba que el obispo debe estar siempre ligado a su Iglesia particular y no ocuparse de una carrera eclesiástica, de privilegios o de cómo acceder a una diócesis más rica o más importante. El obispo precisa ser seguidor de la Palabra de Dios en el cuidado de su pueblo y no transformarse en obispo de aeropuerto, siempre viajando, preocupado por valores de la mundanidad, esto es, por los valores que la sociedad da culto como el poder, la riqueza, la fama y los privilegios. El obispo necesita preocuparse por los valores del Reino de Dios, como la misericordia, la justicia, la fraternidad. Por eso, la canonización de Mons. Romero parece ocasión para apuntar un modelo de vivencia episcopal. Sabemos que la tradición de la Iglesia comprende los santos como intercesores junto a Dios, pero también como modelos para ella misma. Mons. Romero es ejemplo para toda la Iglesia, y como él fue obispo, en primer lugar, es ejemplo para los obispos. Claro que la santidad es situada históricamente, lo que significa que los obispos de hoy en día no precisan, necesariamente, ser martirizados o asumir las mismas posiciones políticas del obispo salvadoreño. Pero el modelo indica que ellos deben estar en medio del pueblo porque fueron consagrados a su servicio; significa que la realidad del pueblo debe ser sentida por el pastor, que defiende su rebaño y busca la satisfacción de sus necesidades, más si no fuese por la sensibilidad pastoral que brota del amor.

Mons. Romero es modelo de consagración al servicio del pueblo de Dios. Es verdad que los obispos ya habían comprendido eso y se habían comprometido, desde Medellín, a vivir en medio de su pueblo y consagrados a su servicio. Por eso se comprometieron a auxiliar en su organización y a defender sus derechos cuando fuera necesario. Lo que era principio de orientación para la práctica pastoral se transformó en vida en la persona de Mons. Romero. En momentos en que la Iglesia siente nuevamente la necesidad de defender, de manera vehemente, los derechos de los pobres, Mons. Romero se convierte en modelo para los obispos.

Vivimos todavía una Iglesia que, peligrosamente, se ancla en cierto clericalismo, se ocupa de mundanidades y no presta atención a los pobres y desvalidos. Aún es reciente la rearticulación de sectores eclesiales con las fuerzas dominantes de la sociedad y sectores reaccionarios. En muchos lugares la preocupación por los pobres y la defensa de sus derechos, que tiene una matriz profundamente evangélica, son prácticas tachadas de comunismo. La búsqueda de santidad intimista,



individualista y sin ligación con la vida social parece ser la tónica de diversos movimientos eclesiales. La opción por los pobres, profundamente evangélica, fue olvidada o transformada en posicionamiento político. Son presentados modelos de santidad que cultivaron y vivenciaron virtudes definidas como tales por la sociedad; comportamientos intraeclesiales o simplemente religiosos son afirmados como el verdadero camino de vivencia cristiana. En situaciones como esa, el llamado a ser "Iglesia en salida" parece ser incomprensible. Se entiende, entonces, la pertinencia de la canonización de Mons. Romero y la presentación de su vida y de su comportamiento como ejemplar para los obispos y para toda la Iglesia contemporánea.

Conclusión

La fidelidad a Jesucristo se vive en lo concreto de la historia, en la construcción y en la afirmación de los valores del Reino de Dios que él anunció. El cristiano no es un ser que vive fuera de la historia, porque en cristianismo, todos los actos de Dios que se refieren a la humanidad son históricos, desde la creación hasta la escatología, pasando por la redención y por la formación de las comunidades eclesiales. La condición humana es histórica y por eso es en ella donde los cristianos viven su fe y caminan respondiendo al llamado de santidad. La Iglesia no puede quedar asépticamente presa a su auto-referencialidad, precisa situarse "en salida". En ese proceso puede haber problemas, claro está, inclusive equívocos, pero Francisco afirma preferir una Iglesia embarrada y herida por los problemas y situaciones humanas que patológicamente cerrada en sí misma, en manifestación inequívoca de individualismo. Una nueva perspectiva eclesiológica es actualmente necesaria y ello puede acontecer en la percepción de lo que significa la santidad para la cual Dios nos convoca. Será preciso recordar que es necesario ser perfecto como el Padre es perfecto, ser santo como el Padre es santo, lo que significa que es preciso hacer como Dios, hacer lo que Dios hace. Él, que es Amor, tiene un amor incondicional por los pobres, sus preferidos. Sería magnífico si los pobres ocupasen en el corazón de la Iglesia el mismo espacio que ocupan en el corazón de Dios. Mons. Romero es modelo en ese camino presentado, de manera especial, a los obispos y a la Iglesia de América Latina.

Romero inspira el profetismo femenino en América Latina³⁹

Celia Soares de Sousa⁴⁰

Mística profética y acción para la fe y la vida

El camino del pueblo de Dios está fuertemente marcado por las contradicciones entre la llamada de Dios y las respuestas de la humanidad. El Proyecto de Dios fue revelado por una sola persona: Jesús de Nazaret. En su tiempo, en su cultura, en los conflictos sociales, políticos y religiosos existentes en su época, utilizó un lenguaje universal para que todas las personas de todos los tiempos pudieran experimentar el amor, por lo que nos dio el aliento de vida, cada uno con una misión muy específica en su recorrido histórico.

39 Traducido al español por Diego Pereira Ríos.

40 Cristiana laica, casada y madre. Graduada y licenciada en Geografía por la Universidad Pontificia de São Paulo, licenciada en Teología por la Facultad de Teología N. Sra. Asunción (1999), maestría en Teología Sistemática de la PUC-SP - Clase 2013, especialización en Dogmática, postgrado en Mariología por la Faculdade Dehoniana y la Academia Marial de Aparecida (2020), coordinadora del curso de postgrado para catequistas de la Faculdade Dehoniana - Taubaté/SP. Tiene experiencia en el campo de la teología, con énfasis en teología bíblica, pastoral y dogmática, especialmente en la formación de laicos y laicas cristianos.



Jesús convocó a un grupo de mujeres y hombres para formar su comunidad, y los llamó a conocer y cumplir el deseo del Padre. El Maestro no siempre fue comprendido en sus palabras y acciones. Al parecer, uno de los discípulos intentó convencer a Jesús de que dejara el camino de la cruz. Jesús rechaza esta actitud y sigue su camino, mostrando con su vida que es necesario tener intimidad con el proyecto del Reino de Dios para promover la vida de los pequeños que, empobrecidos por los sistemas políticos y económicos, producen la globalización de la indiferencia.

Aceptar y cargar la cruz implica, en nombre de la fe en Cristo, asumir el compromiso de garantizar los derechos y la vida digna de las mujeres y los hombres e ir contra los sistemas que generan la muerte. Jesús prometió que la verdad nos hace libres (cf. Juan 8,32). Dar testimonio de la verdad de Jesús con los mismos sentimientos que Jesús predicó será ciertamente el camino de la Cruz: como sacrificio, como entrega por amor y como consecuencia de la radicalidad de seguir el camino de Jesús, dimensiones cristológicas.

La Iglesia, como pueblo de Dios en camino, está guiada por una mística que la alimenta y fortalece en las luchas, especialmente contra los poderes que todavía hoy actúan contra el proyecto de Dios, revelado por Jesús de Nazaret. Un proyecto que es la plena realización del Reino de Dios, donde todas las personas puedan vivir con dignidad, amor y ser respetadas. La Iglesia, como pueblo de Dios, a lo largo de los siglos, ha reflexionado y custodiado el depósito de la fe (las verdades de la fe), a partir de la experiencia y la vida de las primeras comunidades, que experimentaron, en el camino con Jesús, sus propias enseñanzas y revelaciones de su ser humano-divino.

Jesús en la historia

La encarnación de Jesús nos revela la presencia de un Dios sumamente atento y amoroso con las necesidades humanas. Él mismo viene a cuidar las heridas de los caídos en el camino y a mostrar cómo las estructuras humanas deben servir y cuidar la vida en todas sus dimensiones.

Con palabras y hechos, Jesús mostró a la comunidad de seguidores que hay quienes eligen la muerte en medio de tantos planes. E Invitó



a la gente a seguirle, a ir y hacer lo mismo, a elegir cosechar, cuidar, curar heridas y dar un hombro para hacer la carga menos pesada.

En el lugar periférico y pobre donde nace Jesús, en medio de una familia y una comunidad pobre, Dios envía al Mesías, al Dios-con-nosotros en la persona de Jesús. Estas son las señales que la estrella guiaba a los que querían ir a presentar sus respetos al rey de Judá. La huida de Herodes muestra el conflicto entre el que vendría a salvar al pueblo del yugo de la opresión y el que, aferrándose al poder (político), podría también mandar el poder religioso, y así planear la muerte de los sueños y la vida de los más pobres.

El Profeta de los profetas nació, y vino a través del amor para enseñar a transformar las estructuras de la muerte. Al morir en la cruz, Jesús desenmascara el cruel plan de las autoridades religiosas y políticas, las mismas que no escatimaron esfuerzos para el juicio y la crucifixión de Jesús, bajo la condena de quien estaría subvirtiendo el orden social y religioso de Jerusalén. Jesús es el Dios-con-nosotros y al colocar su tienda entre nosotros, enseñó y cumplió su misión de profeta y liberador. Derramó su sangre, dio su vida en nombre de la verdad y del plan de salvación que Dios tiene para todas las personas. Él es el Libertador, el Salvador.

Mística y profecía

Una dimensión fuertemente marcada por el testimonio en la vida de los hombres y mujeres del cristianismo, es la mística. Una mística centrada en el testimonio, las acciones y la Palabra de Jesús, y con una mirada crítica a la realidad que muchas veces está tan alejada del proyecto de vida de la humanidad. Una realidad marcada por la injusticia, los signos de la muerte y la indiferencia, que genera actitudes cargadas de prejuicios y consecuentemente violencias, exige de los cristianos bautizados, sellados con la vida nueva de Jesucristo, una nueva forma de ser y de vivir. Se hace imperativo que conozcan y se sumerjan en la Buena Noticia que Jesús vino a anunciar, para comprometerse como sujetos eclesiales capaces de contribuir al cambio de estructuras sociales con fuertes raíces de individualismo y de criterios ocultos, alejados de la propuesta que Jesús anunció a los hombres de su tiempo, y que es una novedad para todos los tiempos, lugares y personas.



La novedad la anuncia el propio Jesús, en el camino. En el relato de Lucas 24, en Emaús, la comunidad sintió arder su corazón cuando Él habló en el camino. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha organizado el discurso de la fe-teología, basándose en la experiencia de las primeras comunidades. La mística centrada en el Evangelio de Jesús y en la teología latinoamericana apunta al seguimiento de Jesús. Y qué bello es el camino de quienes alimentan su fe en una mística capaz de transformar la teología en una experiencia de encuentro con Dios mismo, que busca encontrarlo en todas las cosas, especialmente en los pobres y donde falta la justicia, la paz y la dignidad humana. Para Gutiérrez “los pobres emergen como la cuestión central de la mística. Y se pregunta: “¿con quién me identifico?” (GUTIÉRREZ, 2000, p. 11).

Las bienaventuranzas que Jesús prometió son para todos, especialmente para los pobres olvidados y explotados. Para los que se comprometen a seguir a Jesús no hay lugar para la complacencia o la falta de compromiso. La conversión (*metanoia*) exige un cambio profundo de vida y de opción ante la misma pregunta de ayer y de hoy: “¿A quién quieres servir?” (cf. Josué 24).

Los profetas y profetisas de la Biblia no dudaron ante la situación de explotación y opresión a la que estaba sometido el pueblo, se enfrentaron a los poderosos de su tiempo, denunciaron la tiranía y el poder de quienes se presentaban como dioses de la vida, cuando en realidad eran promotores de la muerte. En la historia de la salvación vemos que no hay muchos que se comprometan integralmente como los profetas bíblicos. Los profetas y los místicos viven la dinámica del Reino, en oposición a sus proyectos personales, y actualizan el sentimiento del apóstol: “Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20).

Romero inspira el profetismo femenino en América Latina

La eclesiología latinoamericana tiene fuertes marcas de una Iglesia como Pueblo de Dios, donde la urgencia, desde hace décadas, es mirar las situaciones de pobreza, exclusión y vulnerabilidad. El Concilio Vaticano II al cuestionar el papel de la Iglesia en el mundo y en la sociedad, y lo que la Iglesia hace con el Evangelio de Jesucristo, sugiere una nueva forma de ser Iglesia, que en América Latina fue el trampolín



para una renovación de la teología y la pastoral. Se hace urgente repensar el modo en que cada cristiano bautizado debe pertenecer a la Iglesia y ser la presencia de la Iglesia en la sociedad.

Una teología capaz de responder a las exigencias contemporáneas y a las consecuencias de los desafíos en la vida cotidiana de las personas en su relación de fe y vida. Una fe que busca la inteligencia, como decía san Anselmo, para encontrar al Verbo encarnado en el presente de nuestra historia. Sin duda, muchas son las preguntas que se plantea la teología hoy, para que sea capaz de mirar a la persona desde lo humano.

Inspirada en el seguimiento de Jesús, la eclesiología de comunión propone una Iglesia más dialogante y acogedora. Es una forma de ser Iglesia que todavía hoy hay que buscar, especialmente en la participación y presencia de las mujeres en los puestos de decisión de la Iglesia.

Las mujeres son la gran mayoría en las comunidades, en la pastoral y en los servicios de la Iglesia. Son ellas las que, con mucha alegría y coraje, se dedican a la evangelización, a la organización de los ambientes pastorales y celebrativos. Cuidan la vida y la continuidad de las comunidades eclesiales. Desgraciadamente, las estructuras e instancias sociales -incluyo las eclesiales- mantienen el núcleo masculino en la cima y en los puestos de decisión. El papa Francisco, al invitar a las mujeres a puestos en el Vaticano, apunta a una línea más inclusiva. Consideramos que este movimiento es todavía muy tímido, ya que el cambio requiere transformaciones culturales de hombres y mujeres, en las distintas etapas de aprendizaje y conocimiento de la persona y su papel en el mundo. Sobre todo, que todos comprendan y respeten el lugar de las mujeres y los hombres en el mundo, a pesar de las desigualdades y la violencia contra las mujeres, impregnadas en la conciencia colectiva, lamentablemente consideradas como normales. No pocas veces encontramos en los textos del Magisterio posterior al Concilio Vaticano II, el impulso y el estímulo de la urgencia de “reconocer la dignidad de la mujer y su indispensable contribución en la Iglesia y en la sociedad” (CL 49).

En la V Conferencia de Aparecida también se discutió ampliamente la gran dificultad de entender la misión y las líneas de acción misionera y la pertenencia de la mujer en la Iglesia. Lamenta que “no se valore ni promueva adecuadamente la indispensable y especial participación de la mujer en la construcción de una vida social más humana y en la



edificación de la Iglesia”, y propone que “en América Latina urge superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer en relación con el hombre” (DA 453) y exhorta a toda la Iglesia a un cambio de mentalidad y actitud hacia la figura de María: “La figura de María, discípula por excelencia entre los discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. Se trata de armonizar, complementar y trabajar juntos. La mujer es corresponsable, junto con el hombre, del presente y del futuro de nuestra sociedad humana” (DA 451-452).

La toma de conciencia del cambio en la visión y acción patriarcal y servil, impregnada en la Iglesia y en la sociedad, hacia las mujeres, es cada vez más urgente y este asunto no puede darse por resuelto mientras exista discriminación, falta de respeto y exclusión para la acción de las mujeres. La Conferencia de Aparecida nos desafía: “En esta hora de América Latina y el Caribe, es imperativo tomar conciencia de la precaria situación que afecta a la dignidad de muchas mujeres. Algunas, desde la infancia y la adolescencia, están sometidas a múltiples formas de violencia dentro y fuera del hogar” (DA 48).

Al seguir a Jesús como discípulos misioneros, necesitamos urgentemente recrear, avanzar y descubrir nuevas formas de valorar el papel de la mujer en la Iglesia y en la teología. Percibimos claramente las controversias en las declaraciones del Magisterio y la realidad de las mujeres: las laicas cristianas tienen dificultades para conciliar la vida familiar, profesional, pastoral y teológica; falta de apoyo y colaboración en la inversión para una formación teológica consistente, porque la mayoría de las veces, la inversión es propia; se nota la preferencia de los ministros ordenados por tomar clases en las facultades de teología.

El papa Francisco también subraya que la “reivindicación de los legítimos derechos de la mujer, basada en la firme convicción de que el hombre y la mujer tienen la misma dignidad, plantea a la Iglesia profundos interrogantes que la desafían y no pueden ser eludidos superficialmente” (EG 104).

Ciertamente, reflexiones como las de Bingemer han contribuido de manera excepcional, especialmente con las mujeres, en el sentido de despertar las conciencias, enamorarse de la misión y ponerse al servicio de Cristo, en comunión con la Trinidad, en la Iglesia y en la sociedad:



“Cada vez más vemos a las mujeres al frente de las comunidades, agentes pastorales comprometidas y respondiendo por todo un grupo de personas, organizando sus deseos y tratando de articular de la mejor manera posible su acceso a los bienes eclesiológicos.(...) Si faltaran, faltaría una parte importante de la reflexión teológica, un enfoque fundamental de los problemas a reflexionar, un aliento único que sólo ellas pueden dar a temas tan antiguos pero siempre nuevos del misterio cristiano” (BINGEMER, 2013).

Relevante y llena de significado es la afirmación “También me gusta pensar que la Iglesia no es la Iglesia, es la Iglesia. La Iglesia es femenina, es madre, y debemos profundizar en ello”, dice Francisco. En la vida cotidiana y en el terreno de las comunidades la Iglesia no es femenina. Y esto es muy grave porque compromete el principio de la definición del Concilio Vaticano II donde se afirma que la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo considera a todos -mujeres y hombres- como el pueblo de Dios, la raza elegida. Teixeira y Silva afirma:

“Todos reciben del Espíritu el don ministerial, y la Iglesia es toda ella ministerial, en la que todos son sujetos. Por lo tanto, el Pueblo de Dios constituye una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa. Los que creen en Cristo, renacidos por el Espíritu Santo, constituyen el pueblo de Dios. Este pueblo tiene como cabeza a Cristo, muerto y resucitado; tiene la libertad y la dignidad de ser hijos de Dios; tiene como ley un mandamiento nuevo: amar a Cristo y al prójimo; y su meta es el Reino de Dios y la participación en la dimensión profética de Cristo. Todos están llamados a la salvación y al testimonio” (SILVA & TEIXEIRA, 2010).

San Romero

Perseguido, jurado de muerte y abandonado, Romero se hizo pequeño, siervo humilde, obediente y hermano. Su primer compromiso fue con el sufrido pueblo de El Salvador. Óscar Arnulfo Romero fue elevado a la categoría de santo por la Iglesia, en la persona del papa Francisco, porque vio en el obispo perseguido (en nombre del Evangelio de Jesús y por amor a la Iglesia y a su pueblo) una adhesión radical a Jesucristo. Su canonización fue el 12 de octubre de 2018.

Monseñor Romero caminó hacia la santidad entregando su vida y especialmente eligiendo estar del lado de la vida de los pobres y



perseguidos. Para él era posible pensar y actuar por una Iglesia de todos, pero particularmente de los pobres. Gutiérrez comenta que “es impresionante su esfuerzo por no separar y mantener unidas estas dos dimensiones. Era alguien profundamente inmerso en la historia de su país y del mundo y, al mismo tiempo, extremadamente atento a dar gracias al Señor” (GUTIÉRREZ, 2012, p. 37). Romero, con su peculiar característica de sumergirse en el proyecto de salvación que Dios tiene para todos, toma sobre sí los dolores de su pueblo, y podemos arriesgarnos a decir que toma la Palabra de Dios como proyecto de vida cuando él mismo siente los dolores del pueblo en la esclavitud de Egipto: “He visto muy bien la aflicción de mi pueblo en Egipto, conozco sus sufrimientos, he oído su clamor, por eso he bajado...”. (cf. Ex 3,7ss).

En la historia de la salvación, Dios ha llamado a muchas mujeres para componer su pueblo; mujeres pobres y sencillas, mujeres con liderazgo, otras con importante participación en las estructuras de la sociedad: Rut, Tamar, Ester, Ana, Débora, María y muchas otras mujeres. Son profetas de la vida y la esperanza que la historia ha intentado y sigue intentando silenciar. Al igual que intentaron silenciar a Monseñor Romero:

“En una sociedad configurada por los poderes de la muerte, él (monseñor Romero), que alentó los principios de la vida, no puede ser tolerado. Al igual que la misión de su gran maestro Jesús de Nazaret, su misión pública al frente del arzobispado sólo duró tres años. Reunidos los poderes de las tinieblas, decidieron acabar con los que, en el caso de Jesús, fueron acusados de sublevar al pueblo desde Galilea hasta Judea, desde Chalatenago hasta Morazán. Y lo silenciaron con un disparo mortal, porque el pueblo no había permitido que lo crucificaran en público. Sólo así consiguieron acallar al profeta, pero ya entonces la semilla había fructificado y su voz había sido acogida por miles de garantes que, con el Monseñor, habían recuperado la voz perdida. Los que no tenían voz ahora tenían la suya y la del Monseñor. Y al quedar huérfanos, podían alcanzar la mayoría de edad y convertirse así en padres de nuevos hijos, tan innumerables como los granos de arena de una playa. Y el hombre asesinado era un mártir. Lo mataron porque reveló y denunció, basándose en el Evangelio, los males del país y a quienes los perpetraban, pero murió porque el amor de Dios y el amor del pueblo le pedían que diera su vida como testimonio de lo que predicaba. Por eso resucitó en el pueblo por el que había muerto, y por eso esperaba también la resurrección cristiana en la que confiaba sin sombra de duda” (ALEGRE, 2012, p. 33).



El fuerte testimonio del actual san Romero de América Latina lleva a una profunda conexión con un triste fenómeno conocido como feminicidio, cuando la violencia contra las mujeres está motivada por el machismo. El patriarcado, incluso hoy en día, desea mantener el estatus de manipular la vida de las mujeres. Ha herido y silenciado a las mujeres durante siglos, en Brasil desde el siglo XVI. Cada día en Brasil hay miles de mujeres que sufren violencia doméstica y son asesinadas por sus parejas o ex parejas. La causa es siempre la garantía del poder. Muy lejos del proyecto de vida y liberación de Cristo Jesús, al que Mons. Romero entregó su vida.

La voz profética de muchas mujeres en comunidades tradicionales, en el campo y en la ciudad, expone la deficiencia de la sociedad y de las diversas instituciones, con el descarte de la vida de la mujer. Si ante cada muerte de una mujer motivada por el feminicidio, los hombres y mujeres cristianos alzarán la voz como lo hacen para otros temas -igual de importantes, por cierto-, tal vez arrojando luz sobre el tema y no llevándolo al olvido, el número de 497 muertes registradas como feminicidio se reduciría drásticamente (OLIVEIRA, 2020).

A pesar de la reflexión y los escritos del Magisterio de la Iglesia, mencionando la importante participación de la mujer en la Iglesia, y por excelencia, María, la primera discípula entre tantas mujeres que formaron parte del movimiento de Jesús, aún queda mucho por transformar en el suelo de las comunidades cristianas y católicas, como se cita en el Documento de Aparecida:

“En tiempos de marcado machismo, la práctica de Jesús fue decisiva para significar la dignidad de la mujer y su incuestionable valor: habló con ellas (cf. Jn 4,27), tuvo singular misericordia con los pecadores (cf. Lc 7,36-50; Jn 8,11), las curó (cf. Mc 5,25-34), reivindicó su dignidad (cf. Jn 8,1-11), las eligió como primeros testigos de su resurrección (cf. Mt 28,9-10) e incorporó a las mujeres al grupo de los más cercanos a Él (cf. Lc 8,1-3). La figura de María, discípula por excelencia entre los discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y su valor en la Iglesia. El canto del Magnificat muestra a María como una mujer capaz de comprometerse con su realidad y tener una voz profética ante ella” (DA 451).

El papa Francisco, en una de sus catequesis de 2015, retomó la famosa y profunda reflexión del entonces arzobispo Óscar Arnulfo Romero que decía que las madres viven un “martirio maternal”. Una madre, sin miedo, cuida la vida con la sencillez del martirio materno. La mujer



es capaz de decir sí a la ternura, al cuidado y decir no a la guerra, no a los imperios de la muerte, no al paro, no a la violencia, no al machismo, no al clericalismo, no a la falta de escuelas, facultades para ella y los suyos. A veces con un vocabulario poco refinado, pero con una capacidad y un amor increíbles para reclamar un hogar, un techo, tierra y trabajo y, sobre todo, el pan de cada día para alimentar a los que la rodean. La sencillez del martirio materno se manifiesta en el Magnificat de María cuando canta: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. En adelante, todas las generaciones se alegrarán de mí, porque el Todopoderoso ha hecho grandes obras en mi favor: su nombre es santo, y su misericordia llega a los que le temen de generación en generación. Hace grandes cosas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba a los poderosos de su trono y levanta a los humildes; colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías. Ayuda a Israel, su siervo, recordando su misericordia, -como prometió a nuestros padres- en favor de Abraham y su descendencia por siempre".

Una vez más el Documento Final de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida señala a la mujer fuerte, María, aquella que ciertamente alimentó la espiritualidad y la mística de san Óscar Romero:

"Fijamos nuestra mirada en María y reconocemos en ella la imagen perfecta del discípulo misionero. Nos exhorta a hacer lo que Jesús nos dice (cf. Jn 2,5) para que Él derrame su vida en América Latina y el Caribe. Junto a ella, queremos estar atentos una vez más a la escucha del Maestro y, en torno a ella, acoger con temblor el mandato misionero de su Hijo: 'Id y haced discípulos a todos los pueblos' (Mt 28,19). Escuchamos a Jesús como una comunidad de discípulos misioneros que han experimentado un encuentro vivo con él, y queremos compartir esta alegría incomparable con los demás cada día" (DA 364).

Consideraciones finales

La canonización del mártir moderno más famoso de América Latina e icono de la "Iglesia de los pobres", Óscar Arnulfo Romero, se completó gracias al compromiso del papa Francisco. Según el arzobispo italiano Vincenzo Paglia, "si no fuera por el papa latinoamericano Francisco,



Romero no habría sido beatificado” (LANGER, 2015). Fue una acción importante para una Iglesia que quiere ser más misionera, profética y salir adelante en tiempos de Francisco.

Francisco ha traído algunas tímidas iniciativas cuando pide una mayor participación femenina en las instituciones de responsabilidad de la Iglesia católica, especialmente en los lugares donde se toman las decisiones importantes. Subraya que nadie nace sacerdote u obispo y que por el bautismo todas las personas son llamadas a seguir a Jesús y su Evangelio.

El santo y patrón de América Latina san Óscar Romero no es ciertamente un santo tan popular como quisiéramos. La búsqueda de la justicia, en la verdad y en la fidelidad al Evangelio y a Jesús no alimenta el estatus ni los ascensos arribistas. La espiritualidad mística y profética de Romero es una propuesta instigadora para los que creen que “la justicia y la paz se abrazan”, que “no se puede servir a dos señores”; que es necesario “renunciar a sí mismo, cargar con la cruz y seguir a Jesús” en la radicalidad de su propuesta; y para los que aún no tienen el coraje necesario para la conversión capaz de mirar al mundo y a las personas con los ojos de Dios, seguramente dirán: “Qué duras son estas palabras. ¿Quién puede oírlo?” (cf. Jn 6,60-69). El camino más cómodo es abandonar todo lo que lo amenaza a uno mismo en el servicio y seguimiento de Jesús. Pero siempre se repetirá la misma pregunta: “¿Tú también quieres irte?” Romero no se fue, y su sangre, mezclada con la sangre de Cristo, es un signo de su total y radical fidelidad al Evangelio de Jesucristo. La presencia de las mujeres en la Iglesia y en la sociedad es un signo de pertenencia a esta casa común donde todos son responsables de la vida y de la dignidad humana. Hay que preservar y orientar la diversidad para que los distintos conflictos existentes en el ámbito religioso, moral y social sirvan para una convivencia equilibrada, fraterna y edificante entre hombres y mujeres (cf. Gal 3,28).

Referencias

- ALEGRE Xavier, *A igreja que nasce da Páscoa. O seguimento de Jesus e a opção pelos pobres. Dom Óscar Romero. Mártir da Libertação*. BINGEMER Maria Clara (org.), Editora Santuário e Editora PUC Rio, Rio de Janeiro, 2012.



- BINGEMER Maria Clara Lucchetti, in *A mulher leiga na Igreja hoje*, 2013. In: <http://historico.cpalsj.org/wp-content/uploads/2013/04/A-mulher-leiga.pdf>, publicado em abril de 2013, acesso em 14.02.2019.
- CONSELHO EPISCOPAL LATINO AMERICANO, *Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e do Caribe Documento de Aparecida*, Paulinas, São Paulo, 2007.
- PAPA FRANCISCO, *Audiência Geral Sala Paulo VI Quarta-feira, 7 de Janeiro de 2015*, in: http://www.vatican.va/content/francesco/pt/audiences/2015/documents/papa-francesco_20150107_udienza-generale.html, acesso em 01.01.2021.
- PAPA FRANCISCO, *Exortação Apostólica Evangelii Gaudium* (sobre o anúncio do Evangelho no mundo atual), Paulinas, São Paulo, 2013.
- GUTIERREZ Gustavo. *Beber em seu próprio poço. Itinerário espiritual de um povo*, Edições Loyola, São Paulo, 2000.
- JOÃO PAULO II, *Exortação Apostólica Christifideles Laici* (sobre vocação e missão dos leigos na Igreja e no mundo), Edições Loyola, 16ª. Edição, São Paulo, 2011.
- LANGER André, *O Vaticano reconhece que houve uma campanha de difamação de dom Romero*, in: <http://www.ihu.unisinos.br/169-noticias/noticias-2015/541166-o-vaticano-reconhece-que-houve-uma-campanha-de-difamacao-de-dom-romero>, publicado em 24.03.2015, acesso em 10.01.2020.
- OLIVEIRA Sheila, *Uma mulher é morta a cada nove horas durante a pandemia no Brasil*, in: <https://www.brasildefato.com.br/2020/10/10/uma-mulher-e-morta-a-cada-nove-horas-durante-a-pandemia-no-brasil>, acesso em 15.02.2021.
- SILVA Antonio Wardison C. & TEIXEIRA César, *Eclesiologia do Vaticano II. Revista Eletrônica Espaço Teológico*, ISSN 2177-952x, vol. 4, n.6, jun/dez, 2010, pp. 17-28, in: <https://revistas.pucsp.br/reveleteo/article/viewFile/4357/2945>, acesso em 15.01.2021.

Un fenómeno llamado Romero

Donizete José Xavier⁴¹

Mucho se escribió a lo largo de estos 40 años del martirio de Don Óscar Arnulfo Romero Galdámez, el santo latinoamericano: su vida, su testimonio, su opción por las víctimas y su presencia entre los más pobres. Todavía me recuerdo, en el tiempo de mi formación de juventud en las comunidades de base donde participaba, de la constante referencia del testimonio del obispo salvadoreño. Para nosotros, en aquel tiempo rico de formación humana y cristiana, década de 1980, cantábamos y rezábamos con frecuencia la letanía y el Padre Nuestro de los mártires. Las imágenes del film *Pie-Fe en la caminada* (1984) todavía pasan en mi memoria como escenas vivas, pues en ellas lo eclesial de las prácticas populares era resaltado. Más que un puro homenaje a los que dieron su vida en América Latina, para mí y para aquella cantidad de jóvenes en formación de aquel tiempo, comprendíamos en aquellas escenas de la Romería de los Mártires de la Caminada, a una Iglesia involucrada en la causa de los pequeños y marginados. ¿Cómo apagar aquella imagen?

Todavía resuena en nuestras memorias la palabra “presente”, cuando el nombre de D. Óscar Romero era pronunciado entre tantos en la celebración en el santuario de los mártires. “Presente”, palabra que hace gravitar una voz que no se calla. Palabra-memoria de grandeza

41 Presbítero de la arquidiócesis de San Pablo y párroco de la parroquia Santa María Magdalena y San Miguel arcángel, Región Episcopal Sé. Director adjunto y profesor asistente de la Facultad de Teología Nuestra Señora de la Asunción – PUC, SP. Doctor en Teología Fundamental de la Universidad Gregoriana de Roma.



cognoscitiva, palabra-ícono de un acontecimiento que tiene por función su actualización. Palabra-viva y semántica que desnuda el misterio de una humana/santidad. Palabra que nos permite aproximarnos a un “fenómeno religioso llamado Romero” y conocer las entrañas de una teología que se enraizaba en su vida, consecuentemente, en sus posturas eclesiales y pastorales en defensa de la vida y de los derechos humanos violados por las fuerzas represoras en su país.

“Presente” es la palabra que resonó el día 2 de febrero de 2015 cuando el papa Francisco aprobaba el decreto que reconocía el martirio del arzobispo salvadoreño *in odium fidei*, que quiere decir “odio a la fe” sin necesidad de que haya comprobación de un milagro. Con este “presente” la Iglesia reconoce su elevación a los altares y el culto a los santos, aunque el pueblo salvadoreño desde su muerte ya lo había considerado. Sí, el *sensus fidelium*, en cuanto consciencia eclesial latinoamericana, ya anticipaba ese reconocimiento. Ahora con Francisco, su martirio gana reconocimiento oficial por ser consecuencia de una auténtica profesión de fe. Certificación histórica y eclesial de una santidad personal y política que emana de esta muerte martirial. Es en este sentido que se explica este capítulo, una vez que el entendimiento del testimonio de Óscar Romero no puede distanciarse de la categoría de fenómeno. Su testimonio puede ser analizado a la luz de la fenomenología de la fe.

Hoy somos cada vez más conscientes de que la palabra testimonio gana total significación en el horizonte de la teología. El propio Concilio Vaticano II retoma esa palabra configurándola como una vía de acceso al profundo misterio del hombre delante del propio Misterio de Dios. La categoría de testimonio “constituye algo esencial en el contexto de una fenomenología de la fe, puesto que no existe sin referencia a un testimonio específico” (Duque, 2002, p. 223). En este sentido, obsérvese que una teología del testimonio solo es posible cuando hay una narración que se vincula a la confesión de fe de una comunidad. Es este el objetivo de nuestro escrito, identificar en el contexto histórico vivido por Romero una teología del testimonio que se delinea en el ámbito de la articulación entre la narrativa fenomenológica de su vida y su confesión de fe. Su testimonio se vincula al amor histórico creíble de Dios.

Como sabemos, si de un lado, el origen del término testimonio viene del término latino *testis*, que indica aquel que está como tercero, por otro lado, el término griego que indica testimonio es *martyria*, que tiene raíz en memorable. D. Óscar Romero, mártir de América Latina,



en su carne asociada a la carne del Hijo de Dios, atestigua la verdad de su fe cristiana. Su vida se hizo palabra y acontecimiento memorial, toda vez que da testimonio del propio testigo de Dios que es Cristo. Convencido del misterio que le afecta, de la forma cristiana de su vida, testimonia con la propia vida todo un proceso de configuración de su carne a la carne de Jesús de Nazaret.

El martirio aprueba al testigo de la verdad de Dios y la libertad del hombre, esto porque hay una circularidad originaria entre martirio e inteligencia de la fe, entre *intellectus fidei* y *confessio fidei*. La categoría de testimonio se coloca en relación con la tradición de la fe, la *martyria*, ya presente en la *didaqué*, catequesis de los apóstoles. La circularidad entre *martyria* y testimonio es fruto de una historia de fe. En cada testigo martirial se vincula una profunda cuestión teológica. La conciencia en su libertad absoluta es precedida por la verdad originaria de Dios. El evento original de Dios es su Hijo Jesús de Nazaret, encarnado en la historia de la humanidad.

Romero y el fenómeno de lo humano

Hablar del fenómeno Óscar Romero, obispo de San Salvador, es hacer memoria de un acontecimiento germinal de esperanza, amor y vida para América Latina con significado universal para todo el mundo. El asesinato del obispo salvadoreño el 24 de marzo de 1980 invita a indagar y poner en jaque la realidad y el misterio de la condición humana y el problema del mal, así como su inserción en la realidad humana.

Cuando se habla del mal se tiene conciencia de que en su origen hay algo de inescrutable y misterioso; el mal es impenetrable en cuanto acontecimiento, pero exige que nos preguntemos por su “lugar humano” cuando se trata de mirar en profundidad la realidad en que estamos insertos. Vivimos en un continente que tiene una historia bañada de sangre. Los conflictos por el poder y la dominación se volvieron un elemento cada vez más presente en la historia de esta América, sea en el ámbito de la formulación de políticas, sea en la esfera de las relaciones sociales y culturales. Situación creciente, sembrada desde el tiempo de la “conquista de las Américas”, del exterminio de los pueblos indígenas y la esclavitud de los negros, pasando por los regímenes militares dictatoriales y hoy, por las nuevas configuraciones de



un cierto neoconservadurismo y privación de los derechos humanos acentuado por los nuevos líderes políticos en las Américas.

Es asustador que actualmente, delante de ese inequívoco recrudecimiento del neoconservadurismo, se siembra, tanto a nivel político como eclesiástico, una “nostalgia por los regímenes dictatoriales y autoritarios” y, concomitantemente, por un acentuado “fundamentalismo religioso”, generando odio e intolerancia al punto de “sacralizar” la idea de que la eliminación del otro sea un mal necesario. Generaciones más jóvenes tienen nostalgia de lo que no vivieron. Confunden tradición con tradicionalismo. Defienden posiciones antievangélicas como atestiguación de “verdad de fe”. Afirmaciones ideológicas y arbitrarias se revisten de verdad. Si a nivel de la sociedad civil, la cultura y la libertad se constituyen una amenaza, a nivel eclesial el fundamentalismo religioso estimula, según las palabras del papa Francisco, la cultura de la enemistad que degrada al otro para tener una posición más poderosa dentro de la propia Iglesia. Para Bergoglio, “los fundamentalistas distancian a Dios del acompañamiento de su pueblo, matan, atacan, destruyen y calumnian” (FRANCISCO). Lo que se ve actualmente es una postura geopolítica que se hace de la vista gorda al llamado a la vida y a la conciencia de que habitamos una “casa común” y contrariamente se disemina odio, indiferentismo e intolerancia en todos los niveles de la vida humana.

En ese contexto, ¿qué significa para nosotros hacer memoria del testimonio martirial de Óscar Romero? Primeramente, nos parece necesario, continuar preguntándonos por la cuestión del mal, por su “lugar en lo humano” (RICOEUR), principalmente porque no se puede ser ingenuos cuando se trata de las cuestiones motivadoras de las posturas humanas, sus opciones, acciones y consecuencias. Hay siempre el riesgo de someter el drama de la existencia humana a un predeterminismo ideológico. Insensatez, de nuestra parte, hallar que el libre albedrío y la responsabilidad que tenemos de unos para con otros no sea categórico en la indicación de un auténtico proceso civilizatorio y verdaderamente humano. Lo importante en la construcción de lo humano es la integridad del ser y pensar un *ethos* que incorpore la acogida y la compasión. En el desenvolvimiento de la historia humana, principalmente delante del desafío de la construcción de lo humano, no somos meros coadyuvantes, más aún, somos protagonistas y responsables de su desarrollo.

Insensato, de nuestra parte, si aceptamos todo y cualquier tipo de práctica, sea ella política o religiosa, que sustente de alguna forma



un discurso legitimador contrario a las narraciones testimoniales de aquellos que se tornaron víctimas de un sistema de negación de la vida y del valor ético de la lógica de la escritura bíblica y del llamado meta ético del Evangelio.

Es aquí donde surge la cuestión central de nuestra reflexión: se trata de mirar hacia la vida de D. Óscar Romero y preguntarse por el sentido que dio a ella. De hecho, la pregunta es de dos órdenes: teológica y fenomenológica. ¿Qué se realiza en la vida de una persona humana cuando esta decide libremente ir hasta las últimas consecuencias por causa de su fe y su convicción evangélica? Abierto al destino del Espíritu, Don Óscar Romero testimonia una vida cristiana íntegra frente a todos los ámbitos de las circunstancias históricas de su tiempo. Sabe hacer de su vida un lenguaje profético y de esperanza, denunciando las injusticias, los abusos de poder, llamando a todos a la conversión y al amor. Predicador de la revolución del amor, el santo de América Latina anunciaba que Dios no camina sobre charcos de sangre y de torturas, sino por caminos limpios de esperanza y de amor (ROMERO).

La fenomenidad del obispo salvadoreño

Hoy, somos cada vez más conscientes de que en el análisis de los temas humanos la fenomenología es sin duda uno de los movimientos de mayor importancia en los últimos tiempos. Como reitera tantas veces Michel Henry, no hay mejor método que el fenomenológico, porque mira, de modo radical, lo esencial y lo más significativo. La teología, así como las otras ciencias humanas, han reencontrado en la fenomenología nuevas orientaciones y posibilidades y, gracias a ella, esas ciencias se despiertan para nuevos aspectos decisivos en lo que dice respecto a la idea de fenómeno. Es aquí, en este terreno fecundo de interpretaciones y significados que se pretende situar el testimonio de Óscar Arnulfo Romero Galdámez.

En las palabras de José María Castillo: “Romero fue un santo, pero antes que un santo, fue un ser humano, profundamente humano”. La comprensión del testimonio de Romero como un fenómeno religioso gana su sentido cuando es analizado en su condición más humana. La experiencia humana es por excelencia el puente que permite el paso de la filosofía a la teología como nos recuerda Emmanuel



Falque en su método fenomenológico. Si así nos proponemos hacer, es preciso primeramente buscar la definición básica de fenomenología para comprender lo que es un fenómeno y afirmar teológicamente la fenomeneidad del Obispo de San Salvador.

Para la tradición filosófica, fenómeno –*phainomenon*– significa aquello que se muestra, y *logos* aquello que se hace manifiesto, lo que deja y hace ver. En esa perspectiva, es preciso comprender lo que tantas narrativas históricas de D. Óscar Romero llaman de “conversión/transformación”, una vez que se habla de un primer Romero de posición conservadora y tradicionalista –como era conocido, a un arzobispo que se rindió delante de la violenta muerte de su amigo, el padre jesuita Rutilio Grande– sorprendiendo a todos con sus actitudes en defensa de la vida y de los derechos violados de su pueblo. La muerte del amigo lo transforma radicalmente, principalmente delante de la expectativa conservadora de sectores políticos y eclesiásticos que esperaban que su nuevo arzobispo avalara un *status quo* de conveniencia y de dominación.

El “no-saber” y lo “inesperado”

Se sabe, y eso la psicología nos enseña, que cuanto más grandes son las expectativas creadas, mayores serán las decepciones, aquel que huía de toda la dura y cruda realidad, decepciona a los que esperaban el debilitamiento de la iglesia salvadoreña en relación al compromiso efectivo con los pobres y su lucha por la justicia asumido hasta entonces. Decepciona a los que esperaban una desarticulación sistemática y orgánica de lo eclesial de las prácticas populares y la visibilidad de una pastoral de cuño social y político que motivara la caminata de la iglesia salvadoreña en los últimos tiempos. Nos recuerda Pablo Richard que la nominación de Don Óscar Romero como arzobispo de San Salvador habría sido una alegría para el gobierno y los grupos de poder que veían en él “un posible freno al movimiento de compromiso con los más pobres que la arquidiócesis estaba impulsando” (2005, p. 9). Alegría que se transforma en odio, pues Óscar Romero acepta libremente desempeñar un papel profético en la interpretación y significado de la presencia de Dios, al punto de afirmar en sus discursos, como lo he dicho antes: “Dios no camina por ahí sobre charcos de sangre y de torturas, Dios camina en los caminos limpios, caminos de esperanza y amor” (ROMERO).



Entonces, ¿qué aconteció de extraordinario en la vida del arzobispo salvadoreño, para que su voz se tornara la voz de la paz y de los derechos humanos? En las palabras de Gianpiero Pottiti y de D. Vincenzo Paglia, arzobispo, presidente del Consejo Pontificio para la Familia:

“Lo que aconteció de extraordinario en la vida de D. Óscar Romero que transformó el conservador que todos conocen en el batallador asertivo de los derechos humanos, no es dado saberlo, aun cuando algunos ligan esta mudanza al asesinato del padre jesuita Rutilio Grande, de quien era amigo, ocurrido pocas semanas después de su nominación. Sin embargo, es preciso no olvidar que Romero, desde los años de su juventud, tenía fama de sacerdote austero, con una profunda espiritualidad, una sólida doctrina y un amor especial por los pobres. Muy simplemente, delante de la opresión y de la explotación del pueblo, observando los escuadrones de la muerte que matan agricultores pobres y padres comprometidos, el obispo comprende que solo puede tomar una posición clara. Instituye una comisión para la defensa de los derechos humanos; sus misas comienzan a quedar llenas, son memorables sus denuncias de los crímenes de Estado que a cada día son cometidos”.

Lo que aconteció de extraordinario “no es dado saberlo”, lo que se sabe es que algo de inesperado lo lleva a comprometerse ciertamente con la causa de los más pobres y de la justicia. Entonces, si podemos hablar de re-significación de su vida y aún de la re-significación de su experiencia religiosa y episcopal es porque todo se refigura en la necesidad de una posición clara de su ministerio: escuchar los clamores de los pobres y colocarse al servicio de la justicia. ¿No sería esa la fidelidad aclamada en el Evangelio de Jesucristo? ¿No sería esa una opción fundamental para el cristiano y toda la Iglesia? Colocarse al lado de las víctimas es de hecho un llamado teológico que finca sus raíces en la experiencia que el hombre hace del Dios que se revela.

El papa Francisco nos recuerda que, animados por sus pastores, los cristianos son llamados, en todo lugar y circunstancia, a oír el clamor de los pobres. Según el obispo de Roma, este imperativo se hace carne en el interior del ser humano, cuando este, en lo más íntimo de sí mismo es capaz de sentir el sufrimiento del otro (EG 191-192). ¿No estaría Romero inmerso en este sentir el sufrimiento del otro como si fuera su propio sufrimiento? ¿No sería esa su experiencia de agonía de una noche de soledad y abandono clavada en su carne? Noche tomada por la angustia, inseguridad y el miedo delante de la certeza de una muerte inminente. Noche de su cáliz amargo a ser experimentado



e intransferible. En la narrativa testimonial de Castillo sobre esa noche de Romero, las palabras son fuertes y significativas:

“En aquel mismo domingo, en la tarde, un sacerdote -que pasados los años me contó- fue a ver a Romero. El arzobispo estaba solo, en una pequeña casita que le habían dejado en ‘El hospitalito’. El padre, que me contó esa escena, encontró a Romero solito y emocionalmente hundido. Sus palabras fueron pocas y tremendas: ‘Tengo miedo, mucho miedo, me van a matar. Y yo no quiero morir, porque amo la vida. Lo peor de todo es que me cuesta mucho rezar... No siento a Dios’. El sacerdote que escuchó esas palabras intentó decir algo que pudiese dar aliento al arzobispo en ‘su Getsemaní’. Le pidió que insistiera en su oración. Y que tratara de descansar. En la mañana siguiente, el mismo sacerdote volvió a ver a Romero. Pudo dormir un poco. Y estaba más animado. El final de aquella misma tarde ya lo conocemos”.

“Tengo miedo, mucho miedo, me van a matar”. Si miramos esas palabras de D. Óscar Romero inmersas en la más profunda experiencia de su finitud, podemos decir que de hecho la experiencia humana es el puente que nos permite pasar de la fenomenología a la reflexión teológica. Como afirma Castillo, “la Biblia nos dice que Jesús tuvo miedo antes de morir y ofreció oraciones y súplicas con gritos y lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó más después de aquella angustia (Hb 5,7)”.

La noche agónica del obispo salvadoreño

La noche agónica del obispo salvadoreño nos permite comprender su sufrimiento a la luz del sufrimiento de Cristo y su libre entrega a la muerte. Experiencia humana que desnuda una teología de *kénosis* que continúa a generar trazos de ternura en la historia del mundo. Romero experimenta su *kénosis*, así como la *kénosis* de Jesús al sentir la soledad y la angustia de aquella noche, en aquella realidad que constituye el propio combate en la noche oscura de su Getsemaní. Como afirma Falque, es en ese combate que el Hijo permanece firme en la obediencia al Padre en un *solus ipse* existencial (FALQUE, 49). La tradición teológica comprende la encarnación del Hijo como realidad *kenótica* que culmina en el hecho libre de su entrega en manos de los hombres con total abnegación (Mc 9,30; 10,33) y, al mismo tiempo



abandonándose en los brazos del Padre con total e incondicional confianza (Mc 14,10; 15,1-11; Lc 23,46). Lo que se lee teológicamente es que, sobre el fondo de este acontecimiento humano de Jesús, su libre entrega e incondicional confianza, se coloca el sacrificio que el vive en sí mismo (Rm 8,3).

Nos parece interesante mirar este acontecimiento a la luz de la fenomenología, una vez que la experiencia humana es siempre su punto de partida. Sí, en esa lectura, se evidencia que el camino de aquel que cree comienza en el drama del sufrimiento y esa experiencia determina un cambio radical de vida. En ese sentido, a partir del sufrimiento experimentado por Romero, no es inconsistente afirmar que su experiencia de angustia es su Getsemaní. La analogía entre la noche agónica de Jesús y la noche agónica del santo salvadoreño nos permite decir que la angustia cristiana es un camino que le hace libre y no un obstáculo que le fijó en sí mismo delante de sus miedos e incertezas.

Sentir miedo, experimentar la soledad y la incerteza, el “escándalo” de no sentir la presencia de Dios, nos parecen las razones más elocuentes para decir que la fe madura en una serie de experiencias, de abandonos que se configuran como un momento catártico. Cuando no sobra más nada, entonces todo es vacuidad. Cuando no hay ninguna seguridad o certeza, entonces todo es abandono. Pero cuando se trata de fe, la oscuridad experimentada interpela una decisión: abandonarse en los brazos de aquel que “parece” haberle abandonado.

El abismo de la fe y la alteridad de la conciencia

Ese zambullirse en el propio abismo de la fe es lo que garantiza la certeza de que, después de la experiencia de sufrimiento y abandono, hay una nueva realidad que reluce haciendo emerger un nuevo descubrimiento que presupone la acogida de otro “yo” en sí mismo. Es lo que fue llamado por Ricoeur “alteridad de la conciencia” (RICOEUR, 2004, 374-388). De hecho, ese es el testimonio de D. Óscar Romero, una vez que, con el misterio de su existencia, se deja envolver en las señales con que el propio Dios toca la humanidad. Señales “pertinentes a la conciencia del hombre en su necesidad de comprenderse como sujeto libre” (MARTINELLI, 2002, p. 90).



Unas de las últimas palabras de Romero confiesan esta alteridad de conciencia, esta certeza de fe: “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, jamás perecerá” (marzo 1980). Estamos delante de una auténtica exposición de fe. Explicación de alguien que en la experiencia “de un sin sentido” encuentra el sentido de su vida. Encontrar el sentido en el sin-sentido es lo que permite decir que una fe en el Dios de la vida no puede ser real a la imagen del escándalo del sufrimiento de los inocentes, sin que haya la suspensión del sin sentido por un sentido insuperable. En las palabras de Ricoeur: “La libertad es la capacidad de vivir según la ley paradójica de la superabundancia de la negación de la muerte y de la afirmación del exceso de sentido sobre el sin-sentido en todas las situaciones desesperadas” (1977, pp. 111-128)

Encontrar el camino del sin-sentido es el camino de su santidad. Santidad esta que se desdobra como camino humano en su configuración al sentir y hacer de Cristo. En palabras del apóstol Pablo es el vivir crísticamente, cuando exhorta: “Sentid entre vosotros lo mismo que Cristo” (Fl 2,5-11). Palabras que nos interpelan a una ética de compasión, la meta-ética del amor y al sentido superabundante de una vida que se hace donación hasta las últimas consecuencias.

Romero y la teología del *pathos* de Dios

Mirar esa realidad testimonial del obispo salvadoreño nos permite pensar que su cambio de vida o proceso de su conversión está marcado cristológicamente. En su configuración a Cristo reorienta su dolor y su angustia dándoles insuperablemente un sentido cristológico. En esa perspectiva, recordamos que para el cristianismo el sufrimiento tiene un sentido singular y está vinculado a los sentimientos de Cristo y a la práctica del amor y de la compasión.

En este sentido, el fenómeno Romero no nos convoca a pensar la teología del *pathos* divino, tan acentuada por Moltmann que, ¿en la estirpe del teólogo y filósofo judío Abraham Joshua Heschel, reconoció *pathos* divino como presencialidad de Dios en el mundo y su cuidado con su creación? No es inconsistente cualquier analogía, pues es por medio de ella, que el pensar teológico transita tranquilamente cuando habla del hombre a partir de Dios. En ese sentido, ¿no



sería ese el *pathos* experimentado de Romero configurado al *pathos* de los profetas y de todos aquellos que se colocaron libremente en el camino del amor, de la justicia y de la compasión, certificación del *pathos* divino sufrido? Si así fue, ese *pathos* sentido lo impulsa a un movimiento de salida de sí en una actitud de coraje y fortaleza para animar, encorajar y testimoniar la radicalidad del cuidado de Dios por las criaturas que sufren. ¿No sería esa la misión de todos aquellos que se disponen a cuidar del rebaño del Señor? Como nos recuerda el papa Francisco: “Cuando los pastores se apartan de sus ovejas los lobos se aproximan”. Romero es *pathos* porque es cuidado. Es *pathos* porque es enmarañamiento de amor y justicia. Es *pathos* porque es sentimiento compartido, presencia y fuerza, voz y denuncia de los que sufren y no tienen voz.

Como testigo D. Vincenzo: en aquella noche, delante de los cuerpos del P. Rutilio Grande y de los dos agricultores muertos juntamente en aquella emboscada, Romero “siente -lo escribe varias veces- una inspiración divina a ser fuerte, a asumir una actitud de fortaleza. En cuanto al país, marcado por la injusticia social, aumentaba la violencia: violencia de la oligarquía contra los campesinos, violencia de los militares contra la Iglesia que defendía a los pobres, violencia de la guerrilla revolucionaria”. Sufriendo ese propio *pathos* divino, no estaría, el “san Romero de América” (como fue reconocido en la pintura del artista y arquitecto Josué Villalta, como fruto de la devoción y agradecimiento por su implicación en las luchas populares). Nos parece que el *pathos* divino experimentado por el arzobispo salvadoreño le permitió una serie de nuevos contornos que se fueron configurando en actitud profética, cristológica y testimonial de quien experimenta la propia pasión de Dios.

Romero y su *locus theologicus*

La teología latinoamericana nos recuerda que no podemos pensar en Dios y nombrarlo al margen de su encarnación e historicidad, de su involucramiento en el “corazón sangrante” de la historia. La realidad que experimentamos será siempre un *locus theologicus*, pues es un hecho experimentado que lanza una pregunta al dato de la fe. Los hechos son múltiples, dispares en sus realidades, sin embargo, reconocidos como *loci theologici*, una vez que pueden ser definidos por el dato de la fe; este, inviolable e intransferible. Es el “dato de la fe”, la “revelación



de Dios en la carne de la historia”, que ilumina las realidades experimentadas y hace de ellas *loci theologici*. Cuando se lee las realidades vividas a la luz del dato de la fe, cada una de ellas es por sí, el lugar de Dios, lugar de su manifestación y revelación, una vez que, libremente, el Dios de la vida se “kenotiza” sometándose al riesgo de lo humano. En ese horizonte, podemos decir que la revelación originaria es la tradición viva y constituye para nosotros, norma y criterio de esa hermenéutica teológica. Entonces, en esa perspectiva, la inteligibilidad de la fe implica comprender el advenimiento de Dios en las entrañas de la aventura y dramaticidad humana.

En palabras de Romero:

“Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o si está lejos: todo aquel que se preocupa por el hambriento, por el mendigo, por el pobre, por el despreciado, el prisionero, por todos esos cuerpos que sufren, está cerca de Dios. ‘Clamarás al Señor y él te escuchará’. La religión no consiste en rezar mucho. La religión consiste en esa garantía de tener a Dios cerca de mí porque hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no está en decir muchas palabras; la garantía de mi oración es muy fácil de conocer: ¿cómo me comporto con el pobre? Porque ahí está Dios” (5 de febrero).

Dios entra en un movimiento inaudito en nuestra historia dejando marcas de su presencia que hermenéuticamente pueden ser comprendidas en el laberinto de nuestra existencia, en todas las periferias físicas y existenciales. El cristianismo es indiscutiblemente la religión del Dios encarnado, del Dios que sale de Sí y se precipita en dirección del hombre. Su revelación manifiesta un Dios kenótico que renuncia a todo tipo de despotismo para asumir en la contingencia de la historia sus símbolos y sus significaciones.

Romero, símbolo de una Iglesia inserta a los pobres

Óscar Romero es para nosotros símbolo de una Iglesia encarnada en los pobres. Símbolo, como nos habla Marcondes: “es el modo humano de articular la realidad alrededor de los fundamentos (*archai*) de la realidad (*Kéreny*), fruto de una relación tensa de ruptura y unión del hombre con su mundo, que le abre para una comprensión sagrada de



la realidad” (2006, p. 91). Es en ese horizonte, en que se interpretan las marcas de Dios en la contingencia de la historia, tornase claro que la simbólica es uno de los medios necesarios para comprender la experiencia humana y su sentido. Entonces ¿no estaría el fenómeno Romero situado en una simbólica latino-americana? De hecho, el santo-mártir latinoamericano se tornó para toda América Latina un símbolo de lucha por la justicia social y compromiso con los pobres. En las palabras de Libânio el obispo salvadoreño encarna la simbólica de la “lucha de los dioses”, esto es, lucha entre los dioses criados por el sistema capitalista dominante y encubierto con el nombre de cristiano y el Dios de la vida, el Dios mayor de la fe cristiana. Para el teólogo:

“(…) A veces, infelizmente, hasta altas autoridades eclesiásticas no percibieron el terrible engaño de apoyar regímenes de opresión que mataban fieles cristianos, considerados por ellas como fuera de la fe católica. (...) Mons. Óscar Romero encaró simbólicamente tal situación. La lucha contra el régimen de muerte de El Salvador en nombre de la fe cristiana le llevó a la muerte martirial. Sus hermanos en el episcopado lo juzgaron movidos por la política y por la ideología materialista. No percibían las exigencias concretas de la justicia social como consecuencia de la fe y las identificaban como de ideología socialista. No acertaban con el juego sucio ideológico de las clases dominantes que instrumentalizaban la fe católica para mantenerse en el poder. Ellas perseguían violentamente la única oposición consistente que venía de las huestes cristianas concientizada. Involucraban la fe cristiana con el papel de su propia ideología dominante para perseguirla”.

Juntamente con todos los que tuvieron sus vidas bañadas en sangre martirial, D. Óscar Romero tiene su nombre inscrito en el martirologio cristiano de América Latina constituyendo así la génesis y la fisonomía corporal de una Iglesia de mártires latinoamericana. Son los testigos de fidelidad al Evangelio y por causa de la justicia del Reino de Dios que narran una historia de liberación. En esas narrativas de vidas hay un sentido que puede no solo ser confesado, sino también testimoniado, pues sería imposible imaginar que se atestigua en favor de un sentido, sin testimoniar algo que significa ese sentido (RICOEUR, 1977, p. 118).

La historia de Romero gana total sentido testimonial y simbólico. Su historia es narrativa de profetismo y liberación. Su vida es testimoniada como una lucha por la justicia y el amor delante de la causa de los pobres. De hecho, en los textos de nuestra fe, la fe del Israel bíblico se presenta siempre más en la dinámica de la teología como paradigma



inventivo de una confesión de fe narrativa. Ahí donde una historia de liberación puede ser contada y narrada, un sentido profético puede no solo ser confesado, sino también testimoniado. Entonces, la historia del Israel bíblico es efectivamente narrativa testimonial, una vez que en la calidad de pueblo el Israel bíblico se coloca en la línea del apasionamiento por la narrativa de su historia que se inscribe comúnmente por la acción económica de Dios.

Como la interpretación de un símbolo es infinita, la simbología de Romero resuena en las innumerables manifestaciones culturales, artísticas, religiosas y devocionales por el mundo como memoria viva. Zé Vicente, el cantor de las comunidades de base sabe entender esto muy bien trayendo para el horizonte simbólico-poético-imaginativo de la música la visibilidad de una historia que jamás puede ser olvidada y jamás en hipótesis alguna acepta ser contada por sus opresores. Dice la canción del poeta:

“Por los caminos de América, hay tanto dolor, tanto llanto, nubes, misterios y encanto que envuelven nuestro caminar. Hay cruces marcando el camino, piedras manchadas de sangre apuntando como meta que la libertad es para allá (...) hay monumentos sin rostros, héroes pintados, mal gusto, libros de historia sin color. Calaveras de dictadores, soldados tristes callados, con los ojos desorbitados, viendo avanzar el amor. (...) Hay madres gritando cual locas, antes de quedar roncadas, digan donde hallarán sus hijos, muertos, llevados en la noche de la tiranía, aunque maten el día, ellas jamás callarán. (), en el centro del continente marchan puñados de gente con la victoria en la mano. Nos mandan sueños, canciones, en nombre de la libertad, con el fusil de la verdad, combaten firme al dragón. (), banderas de un nuevo tiempo van sembrando en el viento, frases tenaces de paz. Allá en la más alta montaña, hay un palo de arco florido, un guerrillero querido que fue a buscar el mañana. (...) hay un indio tocando flauta, rechazando la vieja pauta que el sistema le impuso. En la guitarra un niño, un negro toca tambores. Hay sobre la mesa unas flores para la fiesta que viene después”.

Ante esta poética liberadora, como no pensar en la idea de idioma de Ricouer: el principio de visibilidad de toda experiencia humana y su perpetuación en el lenguaje poético. En ese caso, una poética latinoamericana. Sí, en esa forma de decir las cosas, los acontecimientos de la historia de tantos mártires de la América (de tantos monumentos sin rostros), el fenómeno Romero se torna una referencia metafórica.



La inteligencia narrativa bíblica del testimonio

En ese sentido, hablar de los 40 años del martirio de este santo de América Latina nos impone situarlo en el horizonte de una simbólica bíblica. Estamos delante de una narrativa testimonial, cuyo apasionamiento se da en la certeza de que su vida donada no fue en vano. En el acto testimonial de Romero, hay un sentido que penetra la historia libertadora de la América. En las palabras del papa Francisco: “El martirio de Mons. Romero no fue puntual en el momento de su muerte: fue un martirio-testimonio, sufrimiento anterior, persecución anterior, hasta la muerte. Él fue difamado, calumniado, manchado, ya que su martirio fue continuado inclusive por sus hermanos en el sacerdocio, el episcopado” (FRANCISCO). La historia de Romero se une a la historia de tantos mártires de América Latina que dieron sus vidas en favor de la justicia y del amor. En este sentido, esos 40 años de historia testimonial afianzan sus raíces en una inteligencia narrativa bíblica que confiere a la categoría testimonio una atestación primera, el hecho histórico de la acción amorosa de Dios, vinculada a una acción presencial y liberadora de este mismo Dios.

En las narrativas bíblicas, el profeta se presenta como un testigo privilegiado delante de un contexto de persecución y hostilidad. Los textos del profeta Isaías (43,8-13; 44,6-8) abordan aspectos esenciales de testimonio. Para el profeta Isaías es el propio Yahvé que, se hace testigo en el testimonio. En el testimonio no es la estructura antropológica o ética del hombre que se hace creíble, mas, por vía de estas, la revelación de Dios se muestra fidedigna (MARTINELLI, 2002, p. 89).

Si en la historia testimonial del Antiguo Testamento el profeta gana evidencia, en el Nuevo Testamento es el propio Jesús de Nazaret quien da testimonio de sí mismo (Jn 8,14) y, concomitantemente, testimonia al Padre que ha dado testimonio de Él (Jn 5,35-37). Es aquí que, recurriendo a la perspectiva de Ricoeur, se puede decir que estamos delante de una “pneumatología del testimonio” (1997, p. 122-127). Esto significa asumir que sobre el influjo del Espíritu se asiste a una interiorización casi completa del testimonio. En sus palabras: “el testimonio que el testigo tiene en sí mismo no es otro testimonio, sino el testimonio del Espíritu Santo, noción que marca el punto extremo de interiorización del testimonio” (Ibidem, p. 119). En ese punto, se abre otra reflexión: el Espíritu en su invisibilidad se presenta



personalmente en la historia de los hombres, haciendo de esa historia el lugar inmanente de su presencia. La presencia del Espíritu en la vida de aquellos que se dejan conducir por Él permite gravitar la plenitud de la verdad. En ese sentido, reconocer libremente la acción del Espíritu Santo y abandonarse enteramente en su simplicidad creadora y fecunda, es dejarse impregnar y configurarse por el sentido de Cristo.

Entonces, es importante resaltar que, en el testimonio de los mártires, hay una historia de liberación que puede ser narrada, hay un sentido profético que puede no solo ser confesado, sino también testimoniado, pues sería imposible imaginar que se testimonie en favor de un sentido, sin testimoniar algo que significa ese sentido. Es aquí que para nosotros la historia de Romero gana total sentido testimonial. Su historia es narrativa de profetismo y liberación. Su vida es testimoniada como una lucha por la justicia y el amor delante de la causa de los pobres. Es conocido el resonar de sus homilías dominicales cuando denunciaba las atrocidades y violaciones de los derechos humanos en El Salvador y su defensa a los pobres. Testimoniado como la voz de los sin voz, su vida testimonial se tornó lenguaje ostensivo.

La vida de D. Óscar Romero como lenguaje ostensivo

La vida del obispo salvadoreño, en su condición testimonial, se hizo lenguaje ostensivo. Si nos apoyamos en la lógica ostensiva del lenguaje de Ricouer, podremos comprender todo eso. Para el filósofo es en esa condición ostensiva del lenguaje que se sitúa la idea de la función poética como sede de la revelación, eso porque es por la poética que la revelación se destina a la imaginación productiva del hombre (RICOUER, 1977, p. 41). Entonces, es evidente para nosotros que, como afirma Marcondes: “el pensamiento simbólico tiene que estar continuamente al acecho para recorrer el camino infinito” (2006, p. 95). Zé Vicente supo cantar todo eso, trajo al horizonte de significación, allá donde la función poética y la referencia metafórica son productoras de sentido uniendo en un acontecimiento su dimensión histórico-narrativa y la dimensión kerigmático-confesante. “D. Óscar Romero, metáfora de tantos monumentos sin rostros de los caminos de América, es al mismo tiempo, un llamado a la utopía para donde marcha un puñado de gente con las banderas de un nuevo tiempo en las manos” (ZÉ VICENTE).



Dios sufre cuando sus hijos sufren

Con base en esas ocurrencias simbólicas de Romero, de su impulso pastoral y de su testimonio, se vuelve evidente de tal forma que no podemos pensar que la fe en Dios sea real a la imagen del escándalo y del sufrimiento de los pobres e inocentes y de toda la vulnerabilidad humana experimentada. Sabemos que, en el testimonio de los profetas, los de antes y los de hoy, el propio Dios atestigua de sí mismo. En ese sentido, la máxima teológica de que “Dios sufre cuando sus hijos sufren” no puede ser extraña cuando se osa pensar en Dios y hablar de Él en la historia que compartimos. Esa forma de comprender a Dios no es antropopatía, atribución de sentimientos humanos a Él, sin teopatía, una vez que Dios está involucrado en el desdoblamiento del drama humano. Nos parece claro que Romero está convencido de eso, pues toda su historia da testimonio de una conciencia que se abre a la actitud profética de quien percibió que toda realidad que afecta la vida humana en su dignidad afecta de antemano la propia vida de Dios. Es el amor de Dios por él experimentado que lo envuelve y modela su amor por la persona humana.

Óscar Romero y su lugar en la teología fundamental

Delante del contexto testimonial de Óscar Romero, se puede decir que su teología y su práctica pastoral encuentran espacio de reflexión en el corazón de la teología fundamental. Se recuerda, primeramente, que la teología fundamental, así como toda teología, es la fe en busca de inteligencia, más específicamente, en busca de la inteligencia del misterio revelado de Dios en la carne de la historia. Si la teología es la ciencia de la fe, esta no puede ser otra sino la de comprender que Dios entra en el amago del drama humano, en un movimiento inaudito, de modo de dejar sus marcas en la contingencia de la historia. Así la fe siempre implica ese movimiento de la historia en que Dios revelado se dispone a adentrar. Es aquí que, situada en la frontera entre la fe y la razón, entre la revelación y el sujeto que la recibe, la teología fundamental tiene por papel garantizar la credibilidad y la razonabilidad de la fe. En ese sentido, se comprende “como la disciplina que quiere fundar los principios del conocimiento teológico es, a su



vez, justificar la credibilidad de la revelación cristiana para poder dar respuesta a todo lo que pide vuestra esperanza (1 P 3,15)” (Piè-Ninot, 2009, p. 4).

Delante de todos los desafíos de la actualidad, la teología fundamental asume dos dimensiones: una que es a su vez intelectual y testimonial, otra que es una interpretación de la esperanza cristiana. La primera responde en el escenario de la existencia humana la cuestión de la credibilidad de la revelación; la segunda, al mismo tiempo que la primera, abre perspectiva para pensar la cuestión de la esperanza cristiana que se realiza en el acontecimiento Jesús de Nazaret. En ese sentido, la teología fundamental tiene una función promotora de la praxis cristiana. Praxis esa, pautada efectivamente en el amor liberador de Dios, como atestigua Johann Baptist Metz y una gama de teólogos que buscaron y buscan la dimensión práctica de esta teología.

Siendo así, en la estera del pensar la teología por Jon Sobrino, la teología fundamental puede ser pensada como inteligencia del amor, como *intellectus amoris*, una vez que tiene como contenido incentivar el desdoblamiento del amor histórico de Dios; y su punto de partida es la praxis del pueblo de Dios. Mirando para nuestro continente, la teología fundamental en la América Latina, sobre la influencia del Concilio Vaticano II, se ha constituido epistemológicamente con mayor empeño a partir de los textos bíblicos y sus aspectos cristológicos, dando especial atención a la historia de la salvación y demostrándose sensible a las cuestiones hermenéuticas y del sentido de la vida.

La revelación de Dios ilumina la lectura teológica que se hace a partir de la realidad de los pobres. Siendo así, no es inconsistente interpretar el fenómeno Romero y su sangre derramada a la luz de esta teología. En su derrumbamiento por tierra, emerge una actitud y una teología que se clasifica como testimonio. Si por un lado podemos decir que en esa teología se recupera la significación universal del acontecimiento histórico, Jesús de Nazaret, por el otro, en la adhesión a Él por parte de sus seguidores, se recupera la significación tangible de Dios que se deja afectar por el sufrimiento humano. En el testimonio de los mártires hay una forma crística de ser y hacer, como expresan las palabras del Apóstol: “Ya no soy yo que vivo, es Cristo que vive en mí” (Gal 2,20). Hay siempre algo que descubrir, que descifrar, cuando se habla del acontecimiento, del evento Jesús de Nazaret y en esa configuración con Él; y tratándose de martirio, se desnuda una mimesis cristológica, cuyo símbolo Romero nos permite pensar.



Conclusión

Las palabras del Santo de América el 19 de agosto de 1979, como compila Pablo Richard en su libro *La fuerza espiritual de la palabra de D. Óscar Romero*, nos inspira para concluir nuestra reflexión.

“Si en El Salvador el pan de vida que la Iglesia reparte, la Palabra del Señor, la religión cristiana, no toca las realidades políticas, sociales, económicas de nuestro pueblo, será un pan guardado, y el pan que se guarda no alimenta” (ROMERO).

Vean que nos deparamos con una teología de lo tangible. Dice el Santo de América: “si no toca las realidades”, “no alimenta”. Por otro lado, nos recuerda la máxima del evangelio de Juan. “El verbo se hizo carne” (Jn 1,14). Es Dios mismo, en el misterio de la encarnación, que toca todas las realidades intrínsecamente humanas. En ese sentido no cabe que la religión de la encarnación, defendida a toda costa por los padres de la Iglesia de los primeros siglos, atestiguada por los mártires de la historia del cristianismo, se distancie de los dolores y heridas del mundo. Las llagas de Cristo permanecen abiertas y estigmatizadas en la realidad de los migrantes, de los desalojados, de los refugiados, de las víctimas del tráfico humano y de todas las realidades que tocan el drama de la realidad humana. En las palabras de D. Óscar Romero, la muerte del pobre toca el propio corazón de Dios (RICHARD, 2005, p. 31). Pensar un Dios que afecta y es afectado es categórico para una teología fundamental que coloca en su centro el concepto de liberación. Teología sabedora que el misterio del mundo es tocante. Que la inmanencia de los fenómenos llamados hambre, rechazo y desigualdad social, y todas las realidades que caracterizan la opresión histórica, tocan la fenomenalidad del “cuerpo”, en que Cristo es la cabeza (Col 1,18).

La teología del martirio y del testimonio de san Romero en este continente tejido por tantas desigualdades rescata todo eso. Es posible intuir que ella establece vínculo entre los acontecimientos vividos y una fenomenología del martirio que da cuenta de la tangibilidad del mundo. Siendo así, aproximarse al “fenómeno Romero” es aproximarse a su mirada y a su corazón, aproximarse a una tangibilidad de principio, donde el tocar es tocarse. Es aproximarse a una teología que evidencia que por el “bautismo de sangre” se penetra en las entrañas del misterio del mundo y del hombre donde el mal se incrusta disfrazadamente.



Si hoy somos sabedores de que la reflexión teológico-fundamental tiene cada vez más conciencia de que junto con el *auditus fidei* se realiza también un verdadero *auditus alterius*, esa fue la clara epistemología de Romero. La teología en América Latina intenta entender a la luz de la revelación de Dios en la carne de la historia, las prácticas sociales e históricas del cristiano en el mundo. El martirio de Romero abre esa teología al mundo, dándole un carácter simbólico y universal. Si la teología, en su definición clásica es *fides quaerens intellectus* -la fe que busca la razón-, el amor es un elemento intrínseco de esta misma fe. En palabras de Tomás de Aquino: “En el fervor de su fe, la persona ama la verdad que cree, la repasa en su espíritu y la abraza, procurando encontrar razones para su amor” (ST, II-II, q. 2, a. 10, c.). En otro celebre anacolutos el Doctor Angélico afirma: “donde está el amor, ahí está el mirar” (ST. In Sent. III, 35, 1).

Delante de una situación de tiranía y opresión, donde la ausencia de amor se hace presente, san Romero de América, en sus actitudes de pastor comprometido con la causa de la justicia, hace apelo al mandamiento de Dios: “No matarás”. En sus palabras, más que un “mero deber”, una deontología que se impone, es preciso tirar de lugar toda y cualquier obediencia en dirección al aporte bíblico teológico de lo humano. En sus palabras el mandamiento del “no matarás”, principio bíblico director de los derechos humanos, se vincula simultáneamente a la recomendación teológica de una existencia humana a ser defendida hasta las últimas consecuencias.

“Yo quería hacer una petición, de manera especial, a los hombres del ejército: Hermanos, ustedes son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus propios hermanos campesinos. Y frente a una orden de matar dada por un hombre, debe prevalecer la ley de Dios, que dice: No matarás (...) Queremos que el Gobierno tome en cuenta que las reformas de nada sirven si están teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios y en nombre de este pueblo sufrido, cuyos lamentos suben hasta el cielo, cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios, que cese la represión” (ROMERO).

El deber innato a cada ser humano es aquel que bíblicamente remite a una ética de la responsabilidad y de la compasión. Está claro que, para el obispo salvadoreño, la fe bíblica se incorpora a una incitante percepción y sensibilidad para con las injusticias inferidas a las dignidades de los inocentes, pues es así como Dios se atestigua a sí mismo en la historia. El llamado testimonial de Romero es de indicación a otro proceso de obediencia y de deber: aquel de rescate de la condición



teonoma del hombre, si así tomáramos por prestada la idea de “teonomía” en cuanto imitación a la obediencia amorosa asumida por Ricoeur en su pequeña ética.

D. Óscar Romero nos hace pensar que en el crepúsculo de un contexto de explotación y de injusticia siempre es posible pensar que el cuidado para con el otro, principalmente con las víctimas de la historia, determina la libertad como valor humano en su máximo. Comprender que la fe en el Dios que se revela en la carne de la historia solo es real cuando no es vista al margen de esas injusticias que acontecen a los inocentes. Si pensamos, a partir de una tradición de análisis, calcada en la idea de teonomía, el análogo que nos es más accesible es la intimación a la obediencia amorosa a Dios, una vez que, el amor siempre nos impulsa a una obediencia amorosa, que da surgimiento a la responsabilidad por los intereses de los otros, al punto de constituirse en aval por medio del gesto de substitución (RICOEUR, 2014 p. 153).

Referencias

- FALQUE Emmanuel, *Pasar Getsemaní. Angústia, sofrimento e morte. Leitura existencial e fenomenológica*, Sigueme, Salamanca, 2013.
- FRANCISCO, *Evangelli Gaudium. A alegria do Evangelho (sobre o anúncio do Evangelho no mundo atual)*, CNBB, Brasília, 2013.
- HAULOTTE, CORNELIS E., GEFFRÉ Cl., *O si-mesmo como outro*, Martins Fontes, São Paulo, 2014.
- JOSSUA Jean-Pierre, *La condition du témoin*, Cerf, Paris, 1984.
- MARCONDES José María, *A vida do símbolo. A dimensão simbólica da religião*, Paulinas, São Paulo, 2006.
- MARTINELLI Paolo, *La testimonianza. Verità di Dio e libertà dell'uomo*, Paoline, Milano, 2002.
- MOLTMANN Jürgen, *Trindade e Reino de Deus*, Vozes, Petrópolis, 2000.
- PIÈ-NINOT Salvador, *La Teologia Fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 2009.
- RICOEUR Paul, *O homem falível*, Edições 70, Lisboa, 2019.



RICOEUR Paul, "Herméneutique de l'idee de Révélation", in Ricoeur P., Levinas E., Haulotte E., Cornelis E., Geffré Cl., *La Révélation*, Publications des Facultés universitaires Saint-Louis, Bruxelles, 1977.

RICHARD Pablo, *A força espiritual da palavra de Dom Romero*, Paulinas, São Paulo, 2005.

TORTAJADA A. Dias, *Llamados para el testimonio*, EDICEP, Mexico, 1991.

XAVIER Donizete José, "O Papa, o teólogo e o poeta. Uma análise da linguagem poética e metafórica de Francisco à luz da filosofia da linguagem de Paul Ricoeur", in *Revista da Faculdade de Teologia. Humanística e Teologia. Teologia e questões de género*, Porto, 2018 pp. 143-161.

San Romero de América, ¡pastor y mártir nuestro!

Emerson Sbardelotti⁴²

Introducción

“Una religión con una misa los domingos, pero con semanas injustas, no agrada al Señor. Una religión con muchas oraciones, pero con hipocresía en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se organiza solo para prosperar, para tener mucho dinero y confort, pero que se olvida de levantarse contra las injusticias, no es la verdadera Iglesia de nuestro divino Redentor” (WRIGHT, 2011, p. 113).

Óscar Arnulfo Romero Galdámez fue el cuarto arzobispo metropolitano de San Salvador, capital de El Salvador. Nació en Ciudad Barrios, distrito de San Miguel, el 15 de agosto de 1917, en una familia pobre. En 1930 entró al Seminario de San Miguel. Sus superiores lo mandaron a Roma para estudiar y doctorarse en la Pontificia Universidad Gregoriana. Fue ordenado sacerdote el 4 de abril de 1942. El 25 de abril de 1970 es nombrado obispo auxiliar de San Salvador y el 15

42 Doctorando y Maestro de Teología por la Pontificia Universidad Católica de San Pablo. Agente laico de pastoral de la parroquia Nuestra Señora de la Concepción de Aparecida, Cobilândia, Vila Velha, Arquidiócesis de Victoria de Espíritu Santo. Organizador con Ney de Souza de *Puebla: Iglesia en América Latina y el Caribe – Opción por los pobres, liberación y resistencia*, Editorial Vozes, Petrópolis, 2019; organizador con Ney de Souza de *Medellín: Memoria, profetismo y esperanza en América Latina*, Fonte Editorial, San Pablo, 2019; autor de *Teología y literaturas 7: La opción por lo pobres en la poesía de Patativa do Assaré*, Fonte Editorial, San Pablo, 2018.



de octubre de 1974, obispo de Santiago de María. El 3 de febrero de 1977 fue nombrado arzobispo de San Salvador. Escogido como arzobispo por su aparente conservadurismo, una vez nombrado, se adhirió a los ideales de la no violencia, posición que lo llevó a ser comparado con Mahatma Gandhi (India) y a Martín Luther King Jr. (Estados Unidos).

Con la muerte de su amigo el padre jesuita Rutilio Grande el 12 de marzo de 1977, D. Óscar Romero pasó a denunciar, en sus homilías dominicales, las numerosas violaciones a los derechos humanos en El Salvador y manifestó públicamente su solidaridad con las víctimas de la violencia política, en el contexto de guerra civil de El Salvador.

Defendía la opción por los pobres. Mons. Romero fue convertido a los pobres y a la causa de la justicia y la verdad debido a la influencia del padre Rutilio Grande, que había hecho muchas denuncias contra la situación de pobreza del pueblo, la insensibilidad de las élites y la violencia del gobierno. En el día de su martirio, Rutilio Grande se dirigía para su tierra natal con otros cristianos para preparar la fiesta religiosa. Fue asesinado por militares con una ráfaga de ametralladora. Mons. Romero afirmó que fue el ejemplo del padre Rutilio Grande y su muerte, que lo convencieron a colocarse firmemente del lado de los pobres, de los olvidados, de los perseguidos y de los ajusticiados de El Salvador. Después de la muerte de su compañero, Mons. Romero pasó a acusar frontalmente a los capitalistas, los gobernantes, los militares y a los ricos, responsabilizándolos por todos los males ocurridos en el país. Por su valentía, se convirtió en la gran voz profética pública del país. Sus homilías, transmitidas por la radio arquidiocesana YSAX, eran escuchadas en todo El Salvador. Pasó a ser perseguido, calumniado y abominado por estar al lado de los pobres, por tener el olor de las ovejas, inclusive por personas de la Iglesia, que estaban del lado de los ricos (algo bien parecido con lo que sufrió D. Helder Camara aquí en Brasil, cuando fue arzobispo de la Arquidiócesis de Olinda y Recife durante la dictadura militar). La radio YSAX varias veces fue bombardeada; los sacerdotes fueron perseguidos, torturados, asesinados, líderes de las comunidades desaparecidos. El episcopado salvadoreño, en su mayoría, era aliado de los militares y para no perder sus privilegios, se colocaron en contra de Mons. Romero.

El día 24 de marzo de 1980, a las 18 horas, el arzobispo de San Salvador, celebraba en la capilla del Hospital de la Divina Providencia -el Hospitalito-, hospital de religiosas que cuidaban de enfermos con cáncer. En el momento de la consagración el tiro disparado por un



francotirador escondido detrás de la puerta de atrás de la capilla dio en el corazón del pastor y lo mató inmediatamente. Selló su testimonio con sangre, como Jesús y todos los mártires cristianos. Sin embargo, su muerte no puede ser desconectada de su vida. Es el ápice de su coherencia y de su estilo evangélico. Se callaba así la voz que defendía a los pobres en el régimen cruel y sanguinario que dominaba El Salvador. Y, Óscar Romero pasaría a estar vivo, a partir de entonces, en el corazón de su pueblo, en el cual profetizó que resucitaría, si lo mataban. Desde entonces, a través de sus homilías, de libros, de artículos, filmes, fotos, posters, imágenes, la vida y la trayectoria de este gran obispo es un ejemplo a ser seguido por todos aquellos y aquellas que están en el seguimiento de Jesús de Nazaret y asumen la defensa de la vida hasta las últimas consecuencias.

En el año 2015 fue declarado Beato por el papa Francisco. El día 14 de diciembre de 2018, en el Vaticano, el papa Francisco canonizó a Don Óscar Romero. Para el pueblo de El Salvador, de toda América Latina y del Caribe, él siempre fue y es nuestro Santo, Pastor y Mártir.

San Óscar Romero fue un pastor con olor a ovejas y su testimonio está presente en nuestro medio inquietándonos. “Cuando hablamos de la Iglesia de los pobres, no estamos haciendo una dialéctica marxista, como si la otra fuese Iglesia de los ricos. Lo que estamos diciendo es que Cristo, inspirado en el Espíritu Santo de Dios dice: ‘El Señor me envió para evangelizar a los pobres -palabras de la Biblia- para decir que, para escucharlo, es necesario hacerse pobre” (RICHARD, 2005 p. 25).

Es cumplir lo que pide el salmo 82,3-4 “Juzgad en favor del débil y del huérfano, al humilde, al indigente haced justicia; al débil, al pobre liberad de la mano de los impíos, arrancadle”.

El objetivo de este capítulo es presentar el compromiso en defensa de la vida de san Romero de América, pastor y mártir nuestro, en la conmemoración de los 40 años de su Pascua. Experimentar su profecía, su opción por los pobres, su fraternidad, es ir al encuentro de la realidad actual sufrida en nuestra América, sin embargo, llena de obstinada esperanza.



1. “Óscar Romero... ¡Presente!”

“Dios no camina por ahí sobre charcos de sangre y de torturas. Dios camina sobre caminos limpios de esperanza y de amor” (RICHARD, 2005, p.12).

De encima de un modesto trillo eléctrico, en la Prelatura de San Félix de Araguaia, en la Romería de los Mártires de la Caminada Latino-Americana, en la noche del día 16 al día 17 de julio de 2016, el cantante Zé Vicente, antes de interpretar el *Canto de los Mártires de la Tierra*, dijo el nombre de muchos y muchas mártires que entregaron sus vidas por amor al Reino de la Vida. Entre ellos estaba el de Óscar Romero. La multitud que acompañaba la romería iba diciendo: ¡Presente! Tal expresión que surge como brisa suave y como trueno, en los Inter-eclesiales de las CEB, en las grandes romerías, en las Celebraciones y Oficios de los Mártires, germina como memoria de un testimonio vivo, que no nos permite quedarnos parados, inertes, sin tomar una posición ante lo que sucede a nuestro alrededor; por la causa de la defensa de la vida, la única certeza que se tiene: ¡la profecía no puede caer!

Y después, Zé Vicente cantó:

“Compañeros, en el suelo de esta patria ¡es grande la pelea!
En el altar de la Iglesia ¡su sangre bien viva late!
Sobre las mesas de cada familia hay frutos marcados
y hay flores rojas gritando por sobre las rocas.
(...) ¡Es el tiempo de gracia! ¡Es el día de la liberación!
¡De cabezas erguidas, de brazos unidos!,
Habremos de ver, cualquier día, la victoria llegando;
niños sonriendo, ¡en toda la nación!”
(Zé Vicente, 2018, p. 377)

Una frase de hecho cumple bien su papel cuando alcanza de lleno la mente y el corazón, tanto de quien habla como de quien escucha. Si hay una transformación, es porque hay una sintonía, una apropiación y aceptación de lo que aquella frase simboliza. Escuchar el nombre de una persona que no midió esfuerzos para colocar en práctica el Evangelio de Jesús de Nazaret es decir sí al proyecto de vida del Reino de Dios. Estar presente representa la propia realidad, lo que una persona hizo, lo que la persona fue, contribuyendo para que todo a su alrededor fructifique: Óscar Romero... ¡Presente!



Los mártires y el testimonio de esos hombres y mujeres humildes hacen una reivindicación a nuestra vida y para siempre nos habilitan a soñar con lo imposible, a producir justicia, imaginar la paz y cruzar fronteras de clase, raza, sexo, religión y nacionalidad, de manera que nos aglutinan como una única familia humana o -en las palabras de otro mártir, Dr. Martin Luther King, Jr.- como la “amada comunidad” (WRIGHT, 2011, p. 121).

Quien está presente es porque atendió al llamado de Jesús de Nazaret. Este seguimiento implica la opción por los pobres. Como nos recuerda el papa Francisco: “Quien acaricia a los pobres, ¡toca la carne de Cristo!”. Teológicamente la opción por los pobres aparece en los textos bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento; esparcida por varios pasajes. Los pasajes que nos llaman la atención aquí son los de Ex 3,7-9 y Lc 4,16-21. Queda claro en los pasajes que el Dios de Israel bíblico y de Jesús de Nazaret es el Dios de los pobres, no el dios del poder dominante! No es posible conocer a Dios omitiendo el dolor ajeno. Por tanto, para allegarse a Dios es de suma importancia ir al encuentro de los expulsados del sistema; esta es la condición de la posibilidad de conocer a Dios. Donde está el pobre también está Dios. Dios está siempre presente en la historia de su pueblo para salvarlo. Él es el Dios de los pobres que no tolera la opresión, que no tolera la injusticia. Dios es revelado para un grupo social específico: los pobres. La opción por los pobres es una expresión contemporánea, pero ella está en el fundamento de la Biblia. La Biblia parte de la revelación de un Dios que opta por las personas oprimidas, por sus iguales, por sus reyes, por los reyes enemigos más poderosos. El Dios de la Biblia se revela por primera vez como el Dios de estos pobres específicos en el libro del Éxodo: los campesinos y los trabajadores de las construcciones del Faraón de Egipto. La opción del Dios de la Biblia es estricta: toma partido por ellos en contra del opresor. En el Éxodo, Dios se revela como defensor de los pobres. Para entender y comprender el mensaje de Jesús de Nazaret basta con colocarlo en el contexto en que vivían los pobres de su época. ¿Quiénes son estos pobres? Son los económicamente débiles y desposeídos de bienes materiales. Son los jornaleros, aquellos trabajadores no calificados, bien numerosos, cuyas condiciones de vida eran en Palestina más precarias que las de los esclavos. Son los pecadores. El concepto aquí debe ser entendido como categoría social más que categoría ético-religiosa. Son considerados pecadores todos aquellos que trabajaban con el transporte de mercancías, comerciantes, pastores, publicanos, ladrones y prostitutas. Son los ignorantes, pues estos, debido a su falta de cultura, no observaban las complicadas y numerosas leyes judaicas. Finalmente,



se acrecienta a esta lista los simples (*nepioi*), los últimos (*eschatoi*), los pequeñitos (*elachystoi*), las mujeres y los extranjeros. Jesús de Nazaret veía y sabía de todos estos seres humanos, hermanos y hermanas suyos, y entendía que ellos consideraban la condición en que vivían como algo fatal. Esta condición estaba ligada directamente a una predisposición a las enfermedades físicas y psíquicas, por causa de la frustración, por causa de la ansiedad y principalmente por causa del complejo de culpa en que estaban obligados a vivir. Es comprensible la expectativa y el entusiasmo con que aguardaban la llegada del Mesías. Él los sacaría de aquella situación (SBARDELOTTI, 2018, p. 142-146). Romero repetía una frase continuamente: “El hecho de nosotros colocarnos al lado de los pobres nos cuesta la sangre. Tanta sangre es señal de estos tiempos...” (VITALI, 2015, p. 182).

Óscar Romero está presente, ¡siempre presente en nuestra lucha!

Antonio Manzatto argumenta que fue en la Conferencia de Puebla la primera vez que la expresión apareció en un documento magisterial. Aquello que y en la realidad en la Iglesia del continente recibió entonces una formulación especial y una fundamentación propia. Es verdad que ella apareció expresada en las opciones pastorales, y por eso, pareció configurarse simplemente como una estrategia pastoral o una escogida entre otras. Tal vez la propia Asamblea no había percibido ni intuido la fuerza, el significado y el alcance de la expresión que se hizo emblemática, una especie de caracterización de la identidad de la Iglesia latinoamericana. En verdad, la preferencia por los pobres es estructurante de todo el Documento de Puebla y constituye su eje integrador. El documento no enfatiza más, como Medellín lo hiciera, la necesidad de percibir la pobreza y de manifestar solidaridad con los pobres, sino que, en vez de eso, afirma la realidad de una Iglesia que ya se colocó al lado de los pobres y actúa con ellos en la búsqueda de su liberación. Se hace efectivo, por tanto, un cambio de lugar tanto social como teológico, y en el texto se percibe la realidad de los pobres y la opción que la Iglesia hace en favor de ellos, como su más pertinente clave de lectura y comprensión (SOUZA, SBARDELOTTI, 2019, p. 456).

Óscar Romero, está presente, 40 años después de su martirio, pues hay pueblos crucificados y la certeza de que Dios es un Dios de Vida y no de muerte.

En la homilía del día 19 de junio de 1977 en Aguilares, Mons. Romero decía:



“Estamos todos sufriendo con los que sufren, estamos de verdad con ustedes y queremos decirles que su dolor es el dolor de la Iglesia. La primera lectura de hoy interpretó eso muy bien cuando el profeta cantó la desolación de Jerusalén, pero anunció, al mismo tiempo, la lluvia de misericordia y de bondad del Señor sobre su pueblo sufrido. Ustedes son la imagen del Divino Traspasado, del cual nos habla la primera lectura con lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y traspasado por una lanza. Es la imagen de todos los pueblos que, como el de Aguilares, serán traspasados, serán ultrajados, sí, sin embargo, sufrirán con fe y darán un significado redentor al dolor, Aguilares ya estará cantando la estrofa preciosa de la liberación ” (VITALI, 2018, p. 172-173).

Óscar Romero está presente, pues, a pesar de todas las persecuciones y difamaciones, las Comunidades Eclesiales de Base continúan firmes y siguen manteniendo viva la memoria de los/as mártires. Óscar Romero está presente, porque frente a la injusticia y la violencia todo/a bautizado/a no debe doblegarse, por el contrario, se debe unir en conjunto para construir una nueva sociedad, otro mundo nuevo y posible. Solamente así, podremos entonar una linda canción de esperanza y compromiso:

POR LOS CAMINOS DE AMÉRICA

Por los caminos de América, por los caminos de América,
por los caminos de América, Latinoamérica.

Por los caminos de América, tanto dolor, tanto llanto,
nuves, misterios, encantos, piedras manchadas de sangre
que apuntan la ruta cierta que lleva a la libertad.

Por los caminos de América, hay monumentos sin rostro,
héroes de risa y mal gusto, libros de historia incolor;
hau bustos de dictadores, soldados tristes, callados,
con ojos desorbitados viendo avanzar el amor.

Por los caminos de América, hay madres gritando locas
antes que se queden roncadas, díganles dónde hallarán
sus hijos muertos, llevados en noche de tiranía.
Aunque les maten el día, ellas no se callarán.

Por los caminos de América, al centro del continente
marchan gavillas de gente con la victoria en sazón;



nos mandan sueños, cantares, preñados de rebeldía,
las armas de la utopía que han de vencer al dragón.

Porlos caminos de América, baderas de un nuevo tiempo
siembran al gozo del viento tercas consignas de paz,
y en las más altas montañas rompe un mensaje florido:
el compañero querido que al alba se fue a buscar.

Porlos caminos de América, tocan los indios sus flautas
contra las leyes y pautas con que los quieren uncir.
A guitarra los niños, los negros con sus tambores,
en muchas mesas las flores de la fiesta que ha de venir.
(Zé Vicente, 2015, p.22)

2. Martirio y profetismo en el seguimiento de Jesús de Nazaret

“Estoy feliz, hermanos y hermanas, por el hecho de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por causa de su opción preferencial por los pobres y por tratar de volverse encarnada en beneficio de los pobres. Y quiero decir a todo el pueblo, a los dirigentes, a los ricos y poderosos: si ustedes no se hacen pobres, no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo, como si ellos fueran su propia familia, ustedes no serán capaces de salvar la sociedad” (WRIGHT, 2011, p. 89-90).

La palabra mártir, viene del griego *martys*, en hebreo ‘ed’ que significa testigo

Este término aparece 35 veces en el Nuevo Testamento.

Martirio es una palabra que viene del griego *marturia* o *marturion*, que significa testimonio. Para el Antiguo Testamento, testimonio significa expresar una voluntad, sea la propia o de aquel que la expresa, o sea la de otra persona. Para los griegos, testificar es atestiguar un hecho: es el testigo por excelencia, testigo ocular, que declara públicamente lo que vio y oyó.

La palabra mártir y sus derivados no deben ser entendidos como testimonio verbal, sino todo el testimonio dado con la acción y con la vida. En la teología judaica el término testigo de Dios (en griego,



martys tou theou) fue empleada para designar a los profetas, o sea, los testigos privilegiados de Dios, que dieron testimonio no solo con palabras, más con el ejemplo de sus vidas, con sufrimientos y también con la muerte.

Parafraseando a D. Pedro Casalálga: ¡profeta es aquel que grita con los ojos!

En Teología, este término desde los siglos II y III de la Era Cristiana, designa a la persona que ha dado testimonio en favor de Jesucristo o de su doctrina con el sacrificio de la vida. En el Nuevo Testamento, esta palabra aparece con frecuencia en el sentido de testimonio (cf. Mc 14,63; Hch 6,13), pero designa principalmente un tipo particular de testigos: los apóstoles. Estos atestiguan por la propia experiencia la vida, la muerte y, especialmente, la resurrección de Jesús de Nazaret (cf. Lc 24,58; Hch 1,22; Hch 1,8; Hch 2,32; Hch 10,39-41).

Todos los domingos, en las celebraciones de la Palabra y en las celebraciones eucarísticas, nosotros agradecemos, alabamos y rogamos a Dios Padre por el Hijo Mártir que nos fue ofrecido en su profundo y eterno amor por nosotros, su creación.

Jesús de Nazaret es para nosotros el Mártir Supremo, el Testigo Fiel, como proclama el libro del Apocalipsis. Él asumió, hasta la muerte de cruz las causas y los conflictos del Reino. Y Él, resucitando, confirmó definitivamente la victoria de las vidas dadas por amor. Hay muertes muertas, hay muertes simplemente matadas; las muertes de los mártires son muertes vividas. La memoria subversiva de tantos mártires será el alimento fuerte de nuestra espiritualidad, de la vitalidad de nuestras comunidades, de la dinámica del movimiento popular (HERMANDAD DE LOS MARTIRES, 2016, p. 7).

En el Nuevo Testamento nosotros encontramos los mártires que tuvieron oportunidad privilegiada de testimoniar su fe en los interrogatorios que precedían a la condenación y a la muerte: por tanto, el mártir es el testigo de Cristo no solo por causa de su confesión de fe, sino por causa de su vida y muerte, siguiendo así el itinerario que lo llevará a la obra y a la muerte salvífica del Redentor. En pocas palabras, el mártir es el testigo del Reino por excelencia. Y tal testimonio, no es solo manifestación humana, es realización del propio Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo que fortalece al cristiano. Haciéndolo adquirir una eficacia particular en lo que se refiere a la profesión oral que es confirmada con la vida y reconfirmada con la muerte.



En las Primeras Comunidades este testimonio se manifestaba en una vida compartida comunitariamente en la alegría, en la caridad y en la oración (cf. Hch 2,44-47). Así los cristianos muestran, por medio de la propia actitud, el significado y el valor de su predicación, de cuanto más son insertados vitalmente en Jesús de Nazaret, más penetran en su grandeza singular. Cuanto más se nutren y participan de su vida, más proclaman su grandeza, que se eleva encima de todos: un gran *Kyrios*. Afirman con fe y vida la Palabra de Dios enseñada por Jesús de Nazaret. Consiguen poco a poco suavizar las angustias, los dolores y los sinsabores de la caminata. Por causa del Crucificado-Resucitado consiguen soportar las persecuciones y las violencias. De la sangre derramada vienen a brotar discípulos y discípulas.

Actualmente no es necesario quitar la vida del ser humano para destruir su identidad y personalidad, anulándolo por completo. Una *fake news* puesta y repuesta varias veces acaba siendo tomada por una verdad, causando gran dolor y estragos en la vida personal y profesional de quien por ella es tocado/a. Nuestra reciente historia del Brasil no deja ninguna duda sobre eso. Infelizmente hay personas que se dicen cristianas, pero, que hacen un discurso por la vuelta a la dictadura militar, lo que es arrogancia, asustador y contradictorio con el bautismo que recibieron. La Teología del Martirio está basada en la muerte de Jesús de Nazaret, pero también en su resurrección; y en su significado para las personas de antes, de hoy y de mañana (cf. Flp 2,6-8). La muerte sacrificada de Jesús de Nazaret es el centro de todo el Nuevo Testamento que es elaborado rigurosamente por cada autor a partir de la propia lectura que hacen del evento jesuánico. Siendo la muerte de Jesús de Nazaret en la cruz, un evento salvífico para glorificar al Padre, de importancia fundamental, se comprende el motivo de siempre existir mártires en la Iglesia y con razón continuará existiendo, conforme nos afirma el Concilio Ecuménico Vaticano II; el martirio “por el cual el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a él en la efusión de su sangre, es considerado por la Iglesia como don eximio y la suprema prueba de amor” (LG 42).

La vocación martirial y el martirio no son frutos del esfuerzo y de la voluntad humana, sino la respuesta a una iniciativa y a un llamado de Dios, que nos convida a este testimonio de amor, plasmando todo nuestro ser, confiriéndonos la capacidad de vivir esta disposición de amor.

El objetivo mayor del testimonio es convencer a las personas a aceptar la autoridad suprema de Jesús de Nazaret y a confiar en él, a estar



en su servicio en la comunión con su Iglesia y en el amor. Debe mostrar en sí mismo que la gracia del Señor, es transformadora.

Los mártires, por el contrario, todavía en pleno vigor de la vida, no se matan: dan la vida. Mueren por lo que vale la pena vivir, y tan lealmente que, si es verdad que por eso vale la pena vivir, también por eso vale la pena morir. Los mártires son amantes de la vida y de todo lo que signifique verdaderamente vida, una vez que solo vale auténticamente la pena vivir por lo que vale la pena morir, y viceversa, pues ir viviendo e ir muriendo es ontológicamente lo mismo. Es por eso que son mártires porque amaron al mundo y por él dieron intensa y firmemente la vida. Esta es la forma como siguieron a Jesús: amaron con fidelidad un mundo que los odió y no se callaron, prestaron testimonio de la verdad a ese mundo sin miedo de que los pudieran matar; y el mundo, no ellos, les tiró la vida del cuerpo. Con todo, como monseñor Romero y centenas de mártires de nuestro tiempo, viven su testimonio, en el amor con que Dios ama y rescata este mundo. Eso es ser cristiano, es ser del Reino victorioso de Jesús, que venció el odio del mundo, rompiendo el círculo cerrado del odio en el exacto momento de la entrega y aparente victoria del odio. Es como el propio mundo puede ser salvado en la Pascua de los mártires, inaugurando, con señales muy próximas, el otro mundo posible (BINGEMER, 2012, p. 108).

No es suficiente tener a Jesús de Nazaret solamente en la propia vida interior; más aún, se debe poner en comunión con los otros. Para que el testimonio sea eficaz debe estar ligado al diálogo, al respeto y al encuentro con el otro. En el otro está el mártir Jesús. La misión de testimoniar es realizada por todo miembro de la Iglesia. Todo/a laico/a es testigo de Jesús de Nazaret.

Hay muchas personas en la Iglesia, que piden que no se hable más de los mártires. ¡Eso es una vergüenza! Nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña es martirial, ella fue erguida en suelo inundado de sangre de las víctimas. Y ¡es testigo de eso!

Si cada eucaristía que celebramos y cada vez que nos reunimos para alabar a Dios, actualizamos la Pascua de Jesús, un elemento que nos ayuda maravillosamente a vivir eso es la memoria permanente y cariñosa que hacemos de los hermanos y hermanas que dieron su vida en el camino de la liberación. Hay quien se pregunta: "¿Será que un/a campesino/a que fue asesinado/a en la lucha por la tierra puede, de hecho, ser llamado/a mártir? A eso, san Agustín respondía que en el martirio lo que cuenta no es el modo como la persona murió o si fue



explícitamente por la fe, sino que lo más importante es la causa del Reino de Dios, esto es, la causa de la justicia y de la verdad. La teología, aún la más tradicional, está de acuerdo al resumir: el mártir es testigo, no porque sufre, sino porque lleva en sí, de manera creíble, la noticia de la salvación. El testimonio consiste en hacer presente la realidad del hecho. Ella es *anamnese* (memorial). Independientemente de si la persona es religiosa o no, el hecho de que la persona dio la vida por la causa de la justicia la sitúa en el número de los bienaventurados de Cristo. La persona mártir es una especie de exégesis viva de Jesús. Es un comentario vivo del Evangelio (HERMANDAD DE LOS MÁRTIRES, 2016, p. 17).

¿Cuántas personas necesitan y necesitarán morir por la causa de la defensa de la vida, por la causa de la justicia, por la causa de la verdad, para que el pueblo tenga un mínimo de dignidad? En el año de 1980, año en que Don Óscar Romero fue asesinado, yo recibía mi Primera Comunión en la parroquia donde inicié mi caminata teológica.

Este hecho me marcó profundamente, y me hizo ver a cuál Iglesia yo iría a servir por el resto de la vida, asumiendo todas las consecuencias por eso: a la Iglesia de los pobres. Una frase de Romero nunca me salió de la mente y del corazón: “El martirio es una gracia que no creo merecer. Mas si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que esa esperanza luego se tornará realidad. Que mi muerte, en el caso de que sea aceptada por Dios, que sea por la liberación de mi pueblo y un testimonio de esperanza en el futuro” (WRIGHT, 2011, p. 201).

El encuentro con Jesús de Nazaret y el pueblo crucificado convirtió a Mons. Romero, y ha sido instrumento de conversión para muchas personas en la dirección del Reino de Dios. La única certeza de este encuentro es que la Iglesia se convirtió en perseguida por servir a los pobres.

Romero atestiguará. Esa defensa de los pobres en un mundo seriamente conflictivo provocó algo nuevo en la historia reciente de nuestra Iglesia: la persecución. “Ustedes ciertamente conocen los datos más importantes: en menos de tres años, más de cincuenta sacerdotes fueron atacados, amenazados, calumniados, seis de ellos llegaron a ser mártires, muriendo asesinados; varios otros fueron torturados y algunos expulsados del país. Las religiosas también fueron objeto de persecución. La emisora del Arzobispado e instituciones católicas de educación y de inspiración cristiana han sido constantemente ataca-



das, amenazadas e intimidadas con bombas. Varios conventos y parroquias fueron inspeccionados/as. Si con los representantes más visibles de la Iglesia sucedió eso, ustedes podrán imaginar lo que ocurrió con el simple pueblo cristiano, los campesinos, los catequistas, los delegados de la Palabra, las comunidades eclesiales de base. Ahí, los amenazados, presos, torturados y asesinados se cuentan por centenas y millares. Como siempre, también en la persecución es el pueblo pobre cristiano el que más sufre. Está claro, por tanto, el hecho de que nuestra Iglesia ha sido perseguida en los últimos tres años. Pero lo más importante es observar por qué ella ha sido perseguida. No se persiguió cualquier sacerdote, ni se atacó cualquier institución, se persiguió y se atacó la parte de la Iglesia que se colocó al lado del pueblo pobre y tomó su defensa. Y, nuevamente encontramos aquí la clave para comprender la persecución a la Iglesia: los pobres. Una vez más son los pobres los que nos hacen comprender qué es lo que realmente está sucediendo. Y por eso la Iglesia examina el hecho de la persecución a partir de los pobres: la persecución fue ocasionada por la defensa de los pobres y no tiene otra cosa sino soportar el peso del destino de los pobres. La verdadera persecución se dirige contra el pueblo pobre, que es hoy el cuerpo de Cristo en la historia. Los pobres son el pueblo crucificado, como Jesús, y el pueblo perseguido como el Siervo de Yahvé. Son ellos los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Por esa razón, cuando la Iglesia se organizó y unificó, recogiendo las esperanzas y angustias de los pobres, pasó a sufrir la misma suerte de Jesús y de los pobres: la persecución" (Souza, 1980, pp. 136-137).

3. Los cantos de la caminada, un poema y una sugerencia de Oficio Romero

"La Palabra es fuerza. La Palabra, cuando no es mentira, lleva la fuerza de la verdad. Por eso hay tantas palabras que ya no tienen fuerza en nuestra patria, porque son palabras-mentira, porque son palabras que perdieron su razón de ser" (RICHARD, 2005, p. 15).

Los cantos de la caminada animan lo cotidiano de las Comunidades Eclesiales de Base esparcidas por toda América Latina y el Caribe, en suma, animan la vida de la Iglesia de los pobres. Tales cantos son



lentos de belleza poética-musical de los/as artistas de la caminata que, durante muchos años, alimentaron y todavía alimentan nuestras celebraciones, encuentros, reuniones, asambleas, retiros, etc., con sus canciones de amor, paz, lucha, compromiso, misión y profecía. Es evangelizar a través de la música. Son destinadas a todas las personas de buena voluntad que quieran recordar o conocer toda una propuesta de la Iglesia a través de los cantos que eran cantados y ejecutados en el Brasil después de terminado el Concilio Vaticano II, Conferencia de Medellín, Conferencia de Puebla, llegando a los días de hoy. Y los cantos de la caminata tratan de varios asuntos, temáticas y personajes importantes tales como los/as mártires. Por eso, encontramos también para D. Óscar Romero, aquí en el Brasil, dos cantos que trazan su perfil de mártir y santo.

El primera es de autoría de Reginaldo Veloso, compositor de innumerables clásicos de música litúrgica y de música religiosa en el Brasil. Colabora hace muchos años con las Comunidades Eclesiales de Base. Es uno de los creadores del Oficio Divino de las Comunidades e hizo este canto que llamó acertadamente de Profecía. Lanzado en el CD *Reginaldo Veloso – Vida, el Sueño de Dios*, por San Pablo, en el año 2000. Es la pista 14 del CD. En 2012, conmemorando 50 años de ministerio, San Pablo relanzó el canto en el CD *Servidores del Reino*. Es la pista 3 del CD, vamos a ella:

PROFECIA

Óscar Romero (3v)

Coro: “¡Si me matan, voy a resucitar en la lucha de mi pueblo!” (2v)

1. Del corazón de la América herida
yo vi de sangre ondular en un río
era semilla de sangre, era de Cristo,
y ¡fecundaba la tierra en su celo!
2. Del corazón de la América herida,
espigas vi brotar en el campo florido,
y la primavera se hizo estío amigo,
y ¡ciento por uno el trigo fructificó!
3. Del corazón de la América herida
oí lanzar y retumbar un grito...
mortal, me resonaba al oído
mas fue de parto ¡el dolor de tal gemido!



4. Del corazón de la América herida
yo vi el sol irradiar con nuevo brillo...
en el mundo por la sangre redimido,
de la libertad ¡yo vi nacer el Hijo!

Óscar Romero (3v)

El compositor inicia el canto evocando el nombre del mártir tres veces; crea un refrán adaptando y universalizando la frase dicha por Romero en marzo de 1980: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Un obispo morirá, más la Iglesia de Dios, que es el pueblo, jamás perecerá". No resucitará solamente en el pueblo salvadoreño, heredero directo de Romero, sino que resucitará en todos los pueblos que están en sintonía con su compromiso. Apunta el lugar: Del corazón de la América herida... en el que pasa todo el desarrollo de la historia de Romero y de sus opciones fundamentales. Las estrofas son constituidas en primera persona, el compositor es el narrador: de lo que está viendo, de lo que está cantando, y va haciendo memoria de lo que le aconteció al mártir Romero. Hay metáforas simples, sin embargo, profundas y fuertes que nos remiten al Ex 3, al salmo 137 (136), en Mt 13, Mc 4, Lc 8 y una perfecta sintonía con la historia del continente Latinoamericano. Al final del canto él retoma la evocación del nombre del mártir por tres veces. Óscar Romero... ¡Presente!

El segundo canto es del padre Machado, también pernambucano, que lo hace especialmente para el libro *Celebraciones Martiriales – Triduo y Celebración de la fiesta san Romero de América, ¡Pastor y Mártir Nuestro!*, de la Hermandad de los Mártires de la Caminada en 2015, que fue colocado en la página 12. Este canto aparece en el Oficio de los Mártires de la Caminada Latinoamericana, relanzado por la Hermandad de los Mártires de la Caminada en 2016 y que fue colocado en la página 151. Vamos a él:

¡POR SAN ROMERO DE AMÉRICA!

Coro: A Ti, Padre Santo, nuestra alabanza,
por san Óscar Romero, ¡mártir y pastor!

1. Por nosotros dio la vida,
como el Cristo inmolado.
En las tierras de El Salvador,
su cuerpo dilacerado.



2. Entendió tu proyecto:
oprimidos confortó,
asumiendo su causa
muerto, ¡su grito resonó!
3. En esta América herida,
de pueblos violentados,
San Romero está presente,
en las luchas resucitado.
4. Que seamos constructores,
de una nueva sociedad:
la vida por encima de todo,
¡justicia y fraternidad!

El compromiso inicia haciendo una alabanza a Dios por el pastor, mártir y santo Óscar Romero. Las estrofas presentan las cualidades que hicieran de Romero, un santo, mucho antes de su canonización. En el fondo la vida, la justicia y la fraternidad son causas y opciones de Romero en el seguimiento de Jesús de Nazaret.

Compromiso radical con los que más sufren. Óscar Romero...
¡Presente!

3.1. Un poema, un homenaje

D. Pedro Casaldáliga, primer obispo de la Prelatura de San Félix de Araguaia, recientemente enterrado en el suelo de la Prelatura, nos presenta un poema, que es mucho más que un homenaje, son palabras que tocan fondo en nuestra identidad y estética pastoral. Se encuentra en el libro *A Cuia de Gedeón - poemas y autos sacramentales sertanejos*, del año de 1982, páginas 44-45. Haremos la transcripción de la traducción portuguesa presente en el mismo libro, en las páginas 45 y 46. El mismo poema aparece en los libros: *A Fuerza Espiritual da Palavra de Dom Romero*, de Pablo Richard, 2005, páginas 38-40; y *Celebraciones Martiriales - Tríduo e Celebração da Festa São Romero de América, Pastor y Mártir Nosso!*, de la Hermandad de los Mártires de la Caminada, 2015, páginas 59-61. He aquí el poema:

SAN ROMERO DE AMERICA, PASTOR Y MÁRTIR

El ángel del Señor anunció en la víspera
El corazón de El Salvador marcaba



24 de marzo y de agonía.
Tú ofrecías el Pan,
el Cuerpo Vivo
el triturado Cuerpo de tu Pueblo,
su derramada sangre victoriosa
la derramada sangre "campesina" de tu pueblo en masacre,
¡que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera
y el Verbo se hace muerte, otra vez, en tu muerte.
Como se hace muerte, cada día,
en la carne desnuda de tu pueblo.
Y se hizo Vida Nueva
en nuestra ¡vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
san Romero de América, ¡pastor y mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible,
en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la esperanza
incólume de todo el continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.

Pobre pastor glorioso,
asesinado a sueldo,
a dólar, a divisa
como Jesús, por orden del Imperio.
Pobre pastor glorioso,
abandonado por tus propios hermanos
de báculo y de mesa.

(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).
Tu "pobrería" sí te acompañaba, en desespero fiel,
pasto y rebaño, a un tiempo de tu misión profética.

El pueblo te hizo santo.
La hora de tu pueblo te consagró en el 'kairós'.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.
Como un hermano herido
por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, a solas en el huerto.



Sabías tener miedo, como un hombre en combate,
pero sabías dar a tu palabra, libre,
¡su timbre de campana!
Y supiste beber
el doble cáliz
del Altar y del pueblo
con una sola mano consagrada al servicio.

América Latina ya te ha puesto
en su gloria de Bernini
en la espuma- aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de sus Andes,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
en el calvario nuevo de todas las prisiones,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón despierto de sus hijos!

San Romero de América, pastor y mártir nuestro:
nadie hará callar
¡tu última homilía!

El obispo poeta-profeta nos presenta un poema lleno de convicciones y de esperanzas. Problema que transborda una fiel insistencia muy común en los profetas del Reino que se entregan con alma y corazón al seguimiento de Jesús de Nazaret, útil, necesaria y urgente para los días de hoy. Son palabras que brotan de un corazón que también vio el martirio de cerca. Son palabras forjadas en el dolor de la pérdida, mas en la alegría de la resurrección, en la importante hora de continuar la misión con las personas que aquí están y que con fe y vida procuran realizar el Reino de Dios aquí y ahora.

3.2. Sugerencia de Oficio Romero

El Oficio Romero, sigue las orientaciones del *Oficio Divino de las Comunidades*, en su 3ª. Edición, publicada por San Pablo, en 2018, en las páginas 7-18; las orientaciones del *Oficio de los Mártires de la Caminada Latinoamericana*, publicada por la Prelatura de San Félix de Araguaia, MT / Hermandad de los Mártires de la Caminada, en 2016 y las orientaciones de las *Celebraciones de los Mártires -Triduo y Celebración de la Fiesta de san Romero de América, Pastor y Mártir Nuestro*, publica-



do por la Hermandad de los Mártires de la Caminada, en 2015. Es una sugerencia de guion para las oraciones de la vigilia, de la mañana y de la tarde, para ser experimentado en el día del martirio de san Óscar Romero, 24 de marzo. Sin embargo, puede ser rezado en los días que anteceden o durante todo el mes. Los cantos están disponibles en el canal de You-tube: Cantos de la Caminada. Este Oficio fue creado, para el centenario del nacimiento de Mons. Romero, ocurrido el 15 de agosto de 2017, a partir del Oficio, en particular *Celebraciones de los Mártires -Triduo y Celebración de la Fiesta de San Romero de América, Pastor y Mártir Nuestro*, con algunas modificaciones solo; rezado en una reunión de liturgia, coordinada por mí, en preparación de la Celebración de la Palabra, en la CEB Nuestra Señora del Magnificat, Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, en Cobilândia, Villa Vieja, Arquidiócesis de Victoria del Espíritu Santo y ahora ampliado y actualizado.

“Quien oprime a los débiles insulta a su Creador, pero quien es gentil con los pobres da gloria a Dios” (Prov 14,31) “Estamos felices en correr los mismos riesgos que Jesús, identificando las causas de los desposeídos” (Mons. Romero escribió estas palabras para D. Pedro Casaldáliga, en la mañana del día 24.03.80 antes de ser asesinado).

1. LLEGADA – Silencio... Oración personal... Refrán meditativo...

Vidas por la Vida (D. Pedro Casaldaliga / Zé Vicente)

Vidas por la Vida,
vidas por el Reino,
vidas por el Reino.

Todas nuestras Vidas,
como sus Vidas,
como la Vida de Él,
¡el mártir Jesús!

Vidas por la Vida,
vidas por el Reino,
vidas por el Reino
de la Vida.

2. APERTURA

(Una persona enciende el cirio y dice en voz bien alta:)



Bendito seas, Dios de la vida, por la luz de Cristo, el Mártir Jesús, y por ¡tantos testigos del Reino y por los mártires de la caminata!

- Ven oh Dios de la vida, ¡ven a ayudarnos! (bis)
Ven, no demores más, ¡ven a libertarnos! (bis)
- Hoy, oh Dios de la vida, te venimos a adorar, (bis)
con nuestros santos mártires, ¡venimos a celebrar! (bis)
- Nuestras manos orantes para el cielo subiendo, (bis)
lleguen como ofrenda ¡al son de este himno! (bis)
- Gloria al Padre y al Hijo y al Santo Espíritu, (bis)
gloria a la Trinidad Santa, ¡gloria al Dios bendito! (bis)
- ¡Queridas hermanas, queridos hermanos! (bis)
Recordando a San Óscar Romero ¡a Dios alabamos! (bis)

3. RECORDACIÓN DE LA VIDA

(Recordar el sentido de celebrar la vida, la historia del mártir Romero y su repercusión en nuestras vidas - Se lee el relato que sigue.)

El día 23 de febrero de 1977, D. Óscar Romero es nombrado arzobispo de San Salvador, una sorpresa negativa para el sector progresista, que espera el nombramiento de Mons. Rivera y una alegría para el gobierno y los grupos de poder, que ven en este religioso de 59 años un posible freno al movimiento de compromiso con los más pobres que la arquidiócesis estaba impulsando. Algunas semanas después, se marcará la línea de acción de D. Óscar Romero: el día 12 de marzo de 1977, es asesinado el padre jesuita Rutilio Grande, que colaboraba en la organización de grupos campesinos y era amigo de D. Óscar Romero. El recién electo arzobispo pide insistentemente que el presidente Molina investigue las circunstancias de la muerte y, delante de la pasividad del gobierno y del silencio de la prensa por causa de la censura, que amenaza hasta con el cerramiento de las escuelas y la ausencia de la Iglesia católica en actos oficiales la posición de Romero comienza, entonces, a ser conocida y valorada en el contexto internacional: el día 14 de febrero de 1978 es nombrado doctor honoris causa por la Universidad de Georgetown (EUA); en 1979, es indicado para el Premio Nobel de la Paz y en febrero de 1980, es investido doctor honoris causa por la Universidad de Lovaina (Bélgica). Con ocasión de ese viaje a Europa, visita al papa Juan Pablo II en el Vaticano y le transmite su



preocupación ante la terrible situación que vive su país. En 1980, El Salvador vivía una etapa especialmente violenta, por la cual, sin duda, el gobierno era uno de los mayores responsables. La Iglesia calcula que, entre enero y marzo de aquel año, más de 900 civiles fueron asesinados por las fuerzas de seguridad, unidades armadas o grupos paramilitares sobre el control militar. Era del conocimiento de todos que el gobierno actuaba en estrecha relación con el grupo terrorista ORDEN y los escuadrones de la muerte. Después de llegar de su viaje a Europa, el día 17 de febrero, D. Óscar Romero envía una carta al presidente Carter, oponiéndose a la ayuda que los Estados Unidos estaban prestando al gobierno salvadoreño, una ayuda que, hasta el momento, solo había favorecido el estado de represión en que vivía el pueblo. La respuesta del presidente de los Estados Unidos se tradujo en una petición al Vaticano para llamar la atención al arzobispo. En otros países, entre tanto, continúa el reconocimiento del trabajo de Romero, pues, por esos mismos días recibió el Premio de la Paz de la Acción Ecueménica Sueca. A finales de febrero, D. Óscar Romero tiene conocimiento de las amenazas de similar seriedad del nuncio apostólico de Costa Rica, Don Lajos Kada, y, en el inicio de marzo, es bombardeada una cabina de locución de la emisora YSAX, la Voz Panamericana, que transmitía sus homilías dominicales. En los días 22 y 23 de marzo, las religiosas que atienden el Hospital de la Divina Providencia, donde vive el arzobispo, reciben llamadas telefónicas anónimas amenazándolo de muerte. Finalmente, el día 24, Óscar Arnulfo Romero es asesinado por un francotirador cuando celebraba misa en la capilla del referido hospital.

4. HIMNO

(En este momento un grupo entra con hojas de palmeras, velas y el estandarte de Romero.)

Profecía (Reginaldo Veloso)

¡Óscar Romero, Óscar Romero, Óscar Romero!
 “Si me matan, voy a resucitar en la lucha de mi pueblo”.

Del corazón herido de América,
 yo vi sangre ondular en un río
 y fecundaba la tierra en su cielo.

Del corazón de la América herido,
 espigas vi brotar en el campo, florido



y a la primavera hacerse estío amigo
y ciento por uno ¡fructificó el trigo!

Del corazón de América herido,
oí lanzar y retumbar un grito
mortal, me resonaba al oído,
mas fue de parto ¡el dolor de tal gemido!

Del corazón de América herido,
yo vi el sol rayar con nuevo brillo...
en el mundo por la sangre redimido,
en la libertad ¡yo vi nacer el Hijo!

5. SALMO 34(43) (Jocy Rodrigues)

“Vengan a mí todos los que están fatigados y sobrecargados, y yo les daré descanso” (Mt 11,28).

Bendigamos al Señor que escucha la oración de los empobrecidos y libera a los oprimidos. Hagamos nuestra experiencia de intimidad con Dios que el salmista nos revela y que los mártires de la caminada vivieron y testimoniaron con la prueba del amor mayor.

Los justos elevan a Dios su grito
y el Dios que liberta escucha el clamor;
bien cerca está Dios y salva al abatido,
de sus angustias lo libra el Señor.

Vamos juntos a dar gloria al Señor
y a su nombre hacer alabanzas.
Procuré al Señor, me atendió,
me libró de una gran aflicción.
Miren todos para él y alégrense,
todo el tiempo su boca sonría.
Este pobre gritó y él escuchó,
quedé libre de mi angustia.

Acampa en la batalla su ángel,
defendiendo su pueblo y librándolo,
prueben todos, y vean cómo es bueno
el Señor que nos va cobijando.
Pueblo santo, adora al Señor,
a los que le temen, ningún mal asalta.



Quien es rico empobrece y tiene hambre,
mas a quien busca a Dios, nada le falta.

Oh mis hijos, escuchen lo que yo digo,
para aprender el temor del Señor.
¿Quién de nosotros no ama su vida,
y a sus días no quiere dar valor?
Tu lengua preserva del mal
y no dejes tu boca mentir.
Ama el bien y detesta la maldad,
ven a procurar y seguir la paz.

Sobre el justo el Señor mira siempre,
su oído se pone a escuchar.
Que tus ojos se aparten de los malos,
pues nadie de ellos se va a recordar.
Dios oyó cuando los justos llamaron
y los libró de su aflicción.
Está cerca de quien se arrepiente,
al pequeño Él da salvación.

Para el justo no hay momentos amargos,
mas viene Dios para darle protección.
El guarda con amor sus huesos,
ninguno de ellos tendrá perdición.
La malicia del impío lo liquida,
quien persigue al inocente es arrasado.
El Señor a sus siervos liberta,
quien se refugia en Dios es rescatado.

Gloria a Dios, Creador que nos ama,
gloria a Cristo que es nuestro bien.
Y al Espíritu, Madre de ternura,
desde ahora y para siempre. ¡Amén!

Oración en silencio... Repetición de frases o palabras del salmo, intercaladas con un breve silencio.

Oración sálmica:

Dios de la vida, padre de ternura, tú que escuchas el clamor de los justos, ven en socorro de tu pueblo, libranos de la aflicción, de la opresión y de la agonía. Danos tu paz, el coraje y la firmeza de los mártires de la caminada. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.



6. LECTURA BÍBLICA

Lectura del Libro del Apocalipsis 7,2-4, 9-14.

“Yo Juan vi a otro ángel que subía del oriente y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con fuerte voz a los cuatro ángeles a quienes se había encomendado causar daño a la tierra y al mar: ‘No causéis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios’. Y oí el número de los marcados con el sello; ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel. Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: ‘La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero’. Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: ‘Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén’.

Uno de los ancianos tomó la palabra y me dijo: ‘Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?’ Yo le respondí: ‘Señor mío, tú lo sabrás’. Me respondió: ‘Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero’”.

Palabra del Señor.
¡Te alabamos Dios!

7. DE LAS HOMILÍAS DE SAN ROMERO DE AMÉRICA

“Hermanas y hermanos: Cristo nos invita a no tener miedo de la persecución porque, crean hermanos, aquellos que se comprometen con los pobres tienen que seguir el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáver. Estas muertes, al contrario de apagar en nosotros el ardor de la fe, entusiasman todavía más la fuerza de nuestras comunidades... Me alegro hermanos que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción por los pobres y por tratar de encarnarse en medio de ellos. Sería triste que, en una patria donde se está asesinando tan horriblemente, no contáramos



también entre las víctimas a los sacerdotes. Son testigos de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo... Aquellos que caen en la lucha, con tal de que haya sido por amor sincero al pueblo y buscando la verdadera liberación, debemos considerarlos para siempre presentes entre nosotros... Quiero asegurar a ustedes, y pido sus oraciones para ser fiel a esta promesa: que no abandonaré a mi pueblo, mas correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige... He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte y sí en la resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Esto les digo sin ningún orgullo, más con la mayor humildad... Como pastor, estoy obligado por ley divina a dar mi vida por aquellos que amo, que son todos los salvadoreños, mismo por aquellos que me van a matar. Si llegan a cumplir las amenazas, desde ahora ofrezco a Dios mi sangre por la redención y salvación de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será en breve una realidad...”

Responsorio:

Vidas por la vida,
vidas por el Reino.
Todas nuestras vidas,
como sus vidas,
como la vida de Él,
¡el Mártir Jesús!
Vidas por la vida,
vidas por el Reino,
vidas por el Reino
de la vida.

8. MEDITACIÓN – Silencio... participación... refranes meditativos

9. PRECES

Junto a San Romero y a todos los mártires unámonos a la intercesión de Jesús y recemos:

¡Escúchanos, Señor de la gloria!

- Por el testimonio de los mártires, tú te revelaste próximo de nosotros/as y compañero de nuestras vidas.



- Acoge la alabanza de todas las criaturas y la ofrenda que hacemos de las vidas de los mártires de todos los tiempos y lugares.
- Nosotros te bendecimos por las señales de amor que cada persona y toda nuestra comunidad han recibido de ti.
- De la tierra regada por la sangre de los mártires, haz brotar, Señor, flores de aleluya y vida, frutos de paz y justicia para tu pueblo.
- Juzga, Señor, a los responsables por la muerte de nuestros Mártires, que comprendan el mal que hicieron y se conviertan de su pecado.

Preses espontáneas

Padre nuestro.

(Se reza después de la segunda estrofa, en seguida se continúa con el canto:)

Padre Nuestro de los Mártires (Cirineu Kuhn)

Padre Nuestro, de los pobres marginados!
¡Padre Nuestro, de los Mártires, de los torturados!

Tu nombre sea santificado
en aquellos que murieron defendiendo la vida.
Tu nombre es glorificado
cuando la justicia es nuestra medida.
Tu reino es de libertad,
de fraternidad, paz y comunión.
Maldita toda violencia,
que devora la vida por la represión. Oh, oh, oh.

Queremos hacer tu voluntad,
eres el verdadero Dios libertador.
No podemos seguir las doctrinas
corrompidas por el poder opresor.
Pedimos el pan de la vida,
el pan de la seguridad, el pan de las multitudes,
el pan que trae humanidad,
que construye la vida en vez de cañones. Oh, oh, oh.

Perdónanos cuando por miedo,
¡quedamos callados delante de la muerte!



Perdona y destruye los reinos
en que la corrupción es la ley más fuerte.
Protégenos de la crueldad,
del escuadrón de la muerte, de los prevalecidos.
Padre Nuestro revolucionario,
compañero de los pobres, ¡Dios de los oprimidos!

Oración

Dios de la vida y de toda la familia humana, que camina en tu presencia. Haciendo memoria de los mártires de la caminata y de san Romero de América, celebramos la Pascua de tu Hijo Jesús, el Testigo Fiel. Nosotros te bendecimos por el amor que venció el miedo y la tortura y te pedimos que nos tornes hijas e hijos de la misma Gracia, testigos y herederos de la sangre derramada, fiel al Evangelio del Reino. Por Cristo nuestro Señor. ¡Amén!

Oración de intercesión de San Óscar Romero

Oh Dios, Padre y Madre de misericordia, que por intercesión de Jesucristo y de la Virgen María, reina de la Paz y por la acción del Espíritu Santo, concediste a san Óscar Romero la gracia de ser un pastor ejemplar, al servicio de la Iglesia, en especial de los pobres y necesitados, haz Señor que yo sepa también vivir conforme al Evangelio de tu hijo y por intercesión de san Óscar Romero, me concedas la gracia (hacer el pedido), que yo te pido. Así sea.

10. BENDICION

El Dios de la vida y de la resistencia que se revela en los Mártires de la Caminata, nos llene de su Espíritu materno y nos renueve en la alegría del amor, ahora y para siempre. ¡Amén, Axé, Awire, Aleluya!

Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.
¡Para siempre sea alabado!

11. SALIDA

Despierta América (Augusto Brito)

Despierta, América, llegó la hora de levantarse,
la sangre de los mártires hizo la semilla desparramar. (bis)



En estos campos, en estas planicies,
en estas pampas y desiertos.
De estas raíces entrelazadas
de etnias tan mezcladas.
Es así mi pueblo,
nuestra América Latina.

Mi hermano indio, mi hermano negro,
mis compañeros latinos,
nosotros somos víctimas de la dependencia,
de un imperio extranjero.
Es así mi pueblo
nuestra América Latina.

Yo me pregunto y a todos nosotros,
hasta que día nosotros aguantamos,
esa violencia tan asesina.
Nos quitan las tierras, matan los indios,
nos dejan las sobras
de nuestra América Latina.

Consideraciones Finales

“Fuera de la Iglesia, toda persona que lucha por la justicia, toda persona que busca reivindicaciones justas en su ambiente injusto está también trabajando por el Reino de Dios, y puede ser que no sea cristiano. La Iglesia no abarca todo el Reino de Dios. El Reino de Dios está más allá de las fronteras de la Iglesia; consecuentemente, la Iglesia aprecia todo aquel que sintoniza con su lucha por implantar el Reino de Dios. Una Iglesia que busca solamente conservarse pura, sin contaminarse, no sería la Iglesia de servicio de Dios a la humanidad” (RICHARD, 2005, p. 25).

San Óscar Romero fue una persona sencilla, abierta, perspicaz, de gran sensibilidad para con los pequeños, de gestos y compromiso profético. Supo acoger a las personas con cariño y atención, consiguió mantener viva la esperanza fiel del pueblo salvadoreño, supo sentir y tener el olor de las ovejas. En armonía con el Evangelio, hizo de su Iglesia local una Iglesia en salida, como pide el papa Francisco.

San Óscar Romero inspiró y animó a todas las personas que tuvieron la oportunidad de convivir con él, muchas veces con su testimonio de



vida, con su presencia, sobre todo con aquella parte de silencio que nos conecta con lo trascendente y que tanto incomodaba a sus enemigos. Inspira e impulsa a nuevas personas hoy en día a partir de una mística y de una espiritualidad con los pies en la tierra, que nos orienta a buscar en la oración la fuerza para recomenzar cada día, un nuevo día; y en ese día realizar acciones que se aproximan a las acciones de Jesús de Nazaret. Un profeta sabe la medida en que debe anunciar el Reino de la Vida, donde todos, todos, deben y son convidados a tener vida en abundancia (esta es la verdadera obra de Dios); a medida en que debe denunciar sin miedo toda la corrupción, indiferencia, fanatismo, fundamentalismo, preconcepción y violencia cometidas contra el Pueblo Santo de Dios; y la medida en que debe amenazar a los dueños del poder cuando estos hacen al pueblo sufrir intensas injusticias, forzándolo a vivir en pecado social, apartándolo de la alegría del Evangelio, excluyéndolo de la Comunidad Eclesial de Base, haciéndole sentir una inmensa hambre: hambre de pan, hambre de belleza, hambre de sueños, san Óscar Romero supo mantener encendida la llama de la dignidad humana, en un momento de la historia de El Salvador en que todos los derechos eran negados, descuidados, prohibidos.

Cuarenta años después, ¿cuál es el mensaje, cuál la palabra que toca más al fondo en nuestros corazones al volver sobre los relatos de la vida del mártir Romero? Y ¿qué nos inquieta y nos impulsa a trabajar todavía más por una nueva sociedad más justa y fraterna, por un mundo nuevo, posible y mejor?

Para mí, en el momento actual de la historia del Brasil, me quedo con las palabras de Romero, en la homilía del 23 de marzo de 1980:

“Me gustaría hacer un llamado, de manera especial, a los hombres del Ejército, concretamente a las bases de la guardia nacional, de la policía, de los cuarteles. Ustedes son hermanos, son de nuestro propio pueblo, matan a sus propios hermanos campesinos. Sin embargo, delante de una orden de matar que un ser humano dé, debe prevalecer la ley de Dios que dice: NO MATARÁS. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y de obedecer antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios y de la dignidad humana, no puede quedar callada delante de tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si están manchadas con tanta sangre. Por tanto, en nombre de Dios, en nombre de este pueblo sufrido, cuyos lamentos suben hasta el cielo



cada día más tumultuosos, les suplico, les pido, les ordeno: ¡PAREN LA REPRESIÓN!

La Iglesia predica una liberación tal como lo hemos estudiado hoy en la Sagrada Biblia, una liberación, que tiene, por encima de todo, el respeto a la dignidad de la persona, la salvaguarda del bien común del pueblo y la trascendencia que ve, por encima de todo, a Dios, y solamente de Dios deriva su esperanza y su fuerza" (RICHARD, 2005, p. 32-33).

Óscar Romero... ¡Presente!

Referencias

BINGEMER Maria Clara (Org.), *Dom Óscar Romero: Mártir da Libertação*, Editora PUC RIO, Aparecida: Editora Santuário, Rio de Janeiro, 2012.

CASALDÁLIGA Dom Pedro, *A Cuia de Gedeão - poemas e autos sacramentais sertanejos*, Vozes, Petrópolis, 1982.

IRMANDADE DOS MÁRTIRES DA CAMINHADA, *Celebrações Martiriais - Tríduo e Celebração da Festa São Romero da América, Pastor e Mártir Nosso!*, Gráfica e Editora América, Goiânia, 2015.

OFÍCIO DIVINO DAS COMUNIDADES, 3 ed., Paulus, São Paulo, 2018.

OFÍCIO DIVINO DOS MÁRTIRES DA CAMINHADA LATINO-AMERICANA, Prelazia de São Félix do Araguaia, Ribeirão Cascalheira, 2016.

RICHARD Pablo, *A Força Espiritual da Palavra de Dom Romero*, Paulinas, São Paulo, 2005.

SBARDELOTTI Emerson, *A Opção pelos Pobres na Poesia de Patativa do Assaré*, Fonte Editorial, São Paulo, 2018.

SOUZA Ney de, SBARDELOTTI Emerson (Orgs.), *Puebla: Igreja na América Latina e no Caribe – Opção pelos Pobres, Libertação e Resistência*, Editora Vozes, Petrópolis, 2019.

SOUZA Luiz Alberto Gómez de, BOFF Leonardo (Orgs.), *D. Óscar Romero, Bispo e Mártir - Homilias*, Vozes, Petrópolis, 1980.

VITALI Alberto, *Óscar Romero: Mártir da Esperança*, Paulinas, São Paulo, 2015.

WRIGHT Scott, *Óscar Romero e a Comunhão dos Santos*, Paulus, São Paulo, 2011.

Esperanza en el abrazo de Don Óscar Romero

Francisca Cirlena Suzuki⁴³

Jamás hemos predicado violencia.
Solamente la violencia del amor,
la que dejó a Cristo clavado en una cruz,
la que se hace cada uno para vencer sus egoísmos
y para que no haya desigualdades
tan crueles entre nosotros.
Esa violencia no es la de la espada,
la del odio.
Es la violencia del amor,
la de la fraternidad,
la que quiere convertir las armas
en hoces para el trabajo.

27 de noviembre de 1977 (ROMERO, 2004, p.iv)

43 Doctorado en Teología, en curso, inició 2019. Maestra en Teología en el área de Teología Cristiana, inserta en la línea de investigación del Estudio de los Fundamentos de la Fe Cristiana (Teología Bíblica). Participación en el Grupo de Investigación TIAT (Traducción e Interpretación del Antiguo Testamento) coordinado por el Prof. Dr. Matthias Grenzer. Posee licenciatura en Teología por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (2015) y licenciatura en Letras - Portugués, Inglés y respectivas Literaturas por el Centro Universitario FIEO (1996). Enseña Lengua Inglesa y tiene experiencia en el área de Teología Pastoral, con énfasis en Tradiciones de las Sagradas Escrituras. Trabaja como profesora, en caso de emergencia, en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo.



Introducción

“No lo necesitaba”, esa es una frase común de oír cuando damos un obsequio a una persona. ¿Qué significa realmente eso de “que no lo necesitaba”? ¿Habla del presente en sí que no era necesario o del tiempo gastado para la confección o compra del “regalo”? El presente texto está pensado y escrito con el objetivo de honrar a un mártir de nombre: Óscar Arnulfo Romero Galdamez. Tal vez, él dijo, “no lo necesitaba”, y realmente, tal vez, no lo necesitaba como homenaje, pues, la donación de su vida fue puro amor. Pero sí lo necesitaba para recordar la resistencia y el importante papel de Don Óscar Romero en la vida de los pobres de América Latina. Un clérigo que luchó junto a los empobrecidos de El Salvador, lugar donde pasó su martirio en vida y muerte. Enfrentó los poderes temporales políticos e ideológicos. Donó su vida, pero no fue en vano, dejó un legado de esperanza y liberación, posibles.

La verosimilitud con la literatura a veces se invierte. Al mirar la historia de la época de El Salvador en los años 1960, 70 y 80 se percibe claramente una lucha con un cabo de guerra en el que en un extremo está la élite política y militar y en el otro extremo, las personas empobrecidas del campo y de la ciudad que buscan justicia social, entre ellos los guerrilleros. En consecuencia, conflictos que han generado persecuciones, torturas y muertes de inocentes. Había muchos personajes en esta saga real, personajes planos y redondos. El personaje ilustre de Óscar Romero, un arzobispo, que al principio podría ser clasificado como personaje ‘plano’, neutral.

En la literatura un personaje a lo largo de la narrativa tiene la oportunidad de convertirse en un personaje ‘redondo’, es decir, su postura, sus acciones crecen y sacan al personaje de la moderación. En la vida real, lo mismo ocurrió con la gran figura de Don Óscar Romero. El arzobispo que al llegar a El Salvador se posicionaba en el centro, neutral, pues, creía ser el lugar de la Iglesia Católica Apostólica Romana, entonces actuaba según su lema: “*Sentire cum Ecclesia*” (Sentir con la Iglesia). Sin embargo, Don Óscar, el personaje plano, de salud frágil y amante de los libros se convierte en personaje redondo de la vida real. Gana fortaleza al punto de salir de su parsimonia y actuar en defensa y en favor de los empobrecidos. Don Óscar Romero abraza la causa de la justicia social, de la libertad, de los derechos humanos.



Poéticamente, se dice que el abrazo es el lugar del encuentro, el punto de equilibrio entre dos personas que se dan y se entregan en la confianza que uno va a sostener al otro, aunque sea por un breve momento.

En tu abrazo yo abrazo lo que existe,
la arena, el tiempo, el árbol de la lluvia,
y todo vive para que yo viva.
(Pablo Neruda, soneto VIII)

Se dice que nuestro cuerpo
tiene la forma de un abrazo.
Tal vez, por eso, la tarea de abrazar
sea tan simple,
incluso cuando tenemos que caminar
un largo camino.
El abrazo tiene una fuerza expresiva invisible.
Comunica la disponibilidad de entrar
en relación con los demás,
superando el dualismo,
haciendo caer armaduras y motivos,
cediendo, aunque sea por un momento...
(Dom José Tolentino Mendonça)

Lo que Don Romero hizo fue abrazar a todo su pueblo y amar a cada uno, algunas veces en el silencio de un abrazo, muchas otras veces en el calor de palabras de consuelo y de aliento sacadas de la Palabra en las Sagradas Escrituras. Don Óscar Romero comprendió la fe en las actitudes concretas necesarias para la vida. Como bien dijo Gustavo Gutiérrez, la inteligencia de la fe o la reflexión teológica surge espontáneamente en aquellos que creen y que acogen la Palabra de Dios. En las comunidades cristianas la reflexión teológica es como un principio de comprensión de la fe que se hace vida, “la teología es, en efecto, inherente a la vida de fe que procura ser auténtica y plena, por tanto, a la puesta en común de esa fe en la comunidad eclesial” (GUTIÉRREZ, 1986, p.15). Romero abrazó tan fuerte y con tanto amor que fue capaz de donar su propia vida en favor de los vulnerables de su tierra. Él fue capaz de quitarse la sandalia de los pies, como pide el Señor Dios a Moisés, para que oyera su llamado y asumiera la misión de liberar al pueblo hebreo. Aquel pueblo que clamó por la ayuda de Dios y fue oído. De la misma manera, Óscar Romero fue elegido para anunciar la liberación al pueblo salvadoreño que clamaba por justicia. De forma inesperada, Romero se quitó



las sandalias y dijo: “Heme aquí” (Ex 3,4-5). En un abrazo capaz de afrontar todos los miedos, con disponibilidad y ternura, entró en la lucha. Lo que no le faltó fue inspiración.

Abrazos de María

María, la más grande de todos los discípulos y discípulas, respondió con valentía al ángel: “He aquí la sierva del Señor...” (Lc 1,38), María con una fuerza invisible e inesperada abrazó la propuesta del ángel. Sirvió de arca para llevar y alimentar con su sangre a Aquel que dio su propia sangre para la salvación de todas y todos los vulnerables en todos los tiempos. El sí de María a la anunciación del ángel, trajo la salvación. Con esta bellísima noticia María continúa, sale al encuentro y recorre un largo camino para abrazar a su prima Isabel (Lc 1,39-47). De hecho, ese fue un fraterno entrelazamiento de caridad a una pariente lejana que necesitó compañía y ayuda. Pero el abrazo más sublime, sin lugar a duda, fue el instante en que María abraza a Jesús al nacer (Lc 2,7), momento de profunda alegría, iluminado por el propio faro del niño Dios. Después, María y José como buenos judíos van al Templo y presentan al niño Jesús y, con ello, permiten que Jesús sea abrazado por Simeón, hombre justo y piadoso (Lc 2,25-28). María tiene la gracia de darse en muchos otros encuentros. Por ejemplo, ella abraza a Jesús cuando José tiene que salir con ellos huyendo a Egipto (Mt 2,13-15). Otra ocasión de aflicción, abrazo y reencuentro es el acontecimiento de que Jesús, con sólo doce años, se quedó atrás en Jerusalén (Lc 2,41-50). Y, María continúa, sigue, persigue, acompaña a su Hijo, sea en las fiestas como en las bodas de Canaán narradas por Jn 2,1-11, sea en las caminatas de Jesús cuando hablaba a las multitudes (Mt 12,46-50) y así en toda su vida, incluso en la hora de la pasión de Jesús, que ya no era un niño. María, madre a los pies de la cruz recibe un encargo del Hijo. Él pide que ella abrace a toda la humanidad en la persona del discípulo amado (Jn 19,26-27). María, madre de Dios, la “*Theotokos*”⁴⁴, es declarada, también, madre de la Iglesia.

“Sigue viva, venerables hermanos, en nuestro corazón el recuerdo de la gran emoción sentida al proclamar a la augusta Madre de Dios como Madre espiritual de la Iglesia y, por tanto, de todos los fieles y

44 “*Theotokos*” palabra griega, que en una traducción más libre significa: “Madre de Dios”. María fue proclamada Madre de Dios por los padres conciliares en el concilio ecuménico de Éfeso, en el año 431.



sagrados pastores, coronando la tercera sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II” (PAPA PABLO VI, Exhortación Apostólica *Signum Magnum*, 1967, Introducción).

Don Óscar Romero es uno de los hijos de María, él fue el hijo amado de Dios acogido por la madre y supo seguir los pasos de Jesús, aquel que abrazó incondicionalmente al ser humano y dejó al Espíritu Santo para dinamizar y fortalecer las acciones en favor de los necesitados y desvalidos.

Jesús abrazó incondicionalmente

Tomás tardó un poco en abrazar verdaderamente a Jesús. En su incredulidad quiso pruebas de la resurrección de Cristo. Entonces, lleno de vergüenza, declaró: “Señor mío y Dios mío”, y Jesús le dijo: “¿Crees porque me has visto? ¡Bienaventurados los que creen sin haber visto!” (Jn 20,29). Más felices aún son aquellos que hacen de Jesús su maestro y Señor, pues, creen y porque creen lo buscan, y en esa pretensión lo sienten en sus señales de comunicación. Jesús siempre sorprende a aquellos que creen en él, y más aún, a quienes lo abrazan y son capaces de anunciarlo. Los cristianos de América Latina han recibido el anuncio de la salvación. Y así como los primeros discípulos, como Zaqueo, María Magdalena y los discípulos de Emaús, decidieron seguir a Jesús.

Los primeros discípulos preguntaron dónde vivía el maestro; ellos deseaban conocer a Jesús en su intimidad (Jn 1,38-39). Vieron pasar a Jesús, hablaron con el maestro y oyeron su voz, sin duda sintieron a Jesús (Jn 1,40-43). Jesús quiso abrazarlos y los invita a seguirlo, pero no todos creen. Natanael, por ejemplo, es escéptico y hace un juicio precipitado preguntando a Felipe: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46). En ese caso, no tiene otra respuesta que la invitación a venir, ver y conocer. Jesús sorprende a Natanael con un elogio. Él se siente impactado y reconoce la mesianidad de Jesús; por fin, hace su profesión de fe (Jn 1,47-51). Los primeros discípulos buscan a Jesús, lo conocen y lo reconocen como aquel de quien escribieron Moisés y los profetas. Los primeros discípulos convertidos salieron a anunciar que Jesús era el Mesías.

El itinerario parece ser común a Zaqueo, quien también sintió el deseo de conocer a Jesús y lo buscó. Él fue “in persona” al encuentro



del Señor (Lc 19,1-4) y se sintió conmovido por su mirada (Lc 19,5). Jesús lo sorprende al invitarse a visitar su casa. La actitud de Jesús es una demostración pública de atención hacia Zaqueo. El hombre rico baja del árbol y va a recibir a su ilustre invitado y lo mejor sucedió. Zaqueo admite sus fraudes ante Jesús y desea redimirse, devuelve lo que había robado y, además, distribuye parte de sus bienes a los pobres (Lc 19,8). Zaqueo anuncia con el testimonio de su propia vida. Y la salvación llegó para quien estaba perdido.

María Magdalena que era discípula y seguidora de Jesús, ya había visto, oído y hablado con el Maestro muchas veces; lloró su muerte y deseó encontrar el cuerpo de su Señor. Entonces ella va a buscarlo en la tumba, pero estaba vacía y la piedra retirada (Jn 20,1). María Magdalena lloró y habló con Jesús sin darse cuenta de que hablaba con Jesús mismo. Y Él la sorprendió, la llamó por su nombre, "María", ¡ella abrió los ojos y dijo "*Rabbuni!*" (Jn 20,15-16). Magdalena reconoció al Resucitado y a partir de entonces, ella, además de discípula, se convierte en misionera y sale a anunciar que el Maestro ha resucitado.

Dos discípulos estaban en camino a Emaús. Por el camino conversan sobre lo sucedido con Jesús de Nazaret y buscan una razón que los consuele (Lc 24,13-17). Jesús estaba con ellos, y sus corazones ardían cuando oían al Señor que les hablaba. Pero los dos discípulos que vieron y oyeron a Jesús estaban demasiado tristes lo que les impedía reconocer al Resucitado. Los símbolos son fuertes, el camino, la mesa, el pan y la bendición. Jesús los sorprendió al partir el pan, entonces, los ojos de los discípulos se abrieron y ellos reconocieron a Jesús, el Cristo resucitado (Lc 24,18-32). Inmediatamente volvieron a Jerusalén para la misión, y contaron a los otros discípulos que estuvieron con Jesús y cómo lo habían reconocido.

Cada vez que Jesús sorprende a su seguidor, este se siente abrazado por Dios. Don Óscar Romero hizo su itinerario, así como los primeros discípulos, Zaqueo, María Magdalena y los dos discípulos de Emaús. El camino de la santidad de Don Romero pasó por la cruz, por la suya propia y por las cruces de su pueblo. Primero, el niño Óscar se enamoró de las enseñanzas del Maestro Jesús. Óscar creyó sin ver, sin tocar, sólo escuchando y leyendo sobre la vida del Hijo de Dios encarnado, él fue tocado. Intentó hacer el camino señalado por el Maestro Jesús. Fue sorprendido por el encargo de pastorear una pequeña porción del pueblo de Dios que vivía en situación de miseria material y quizás espiritual. Sin embargo, Don Óscar sintió el calor del abrazo de Jesucristo, muerto y resucitado, diciéndole "soy el Camino, la Verdad y la



Vida”, “ven y mira”. Y Romero fue y abrazó la misión. Sus homilías que quedaron escritas no dejan duda de que él predicó el Evangelio de la esperanza y de la liberación.

“Para mí es bien impresionante ese momento en que Cristo está solo frente al mundo representado en Pilato. La verdad se queda sola; los mismos seguidores han tenido miedo [...] No le tengamos miedo de quedarnos solos si es en honor a la verdad. Para Cristo es preferible quedarse solo, pero ante el mundo representado en Pilato poder decir: ‘Todo el que oye mi voz es de la verdad’ (Jo, 18,37)”, 25 de noviembre de 1979 (ROMERO, 2004, pp. 173-174).

“Los momentos cambiarán, pero el proyecto de Dios será siempre el mismo: salvar a los hombres en la historia. Por eso, la Iglesia, encargada de llevar ese proyecto de Dios, no puede identificarse con ningún proyecto histórico. La Iglesia no pudo hacerse aliada del Imperio Romano ni de Herodes ni de ningún rey de la tierra ni de ningún sistema político”, 9 de diciembre de 1979 (ROMERO, 2004, p.175).

El pueblo abrazado por Don Romero

Se observa, en general, que los seres humanos pobres pierden la dimensión de la felicidad y se sienten como objetos de utilidad. Cada realidad trae sus males, sin embargo, en la gran mayoría de las situaciones de empobrecimiento, hay un agravamiento propio de la contemporaneidad, como el capitalismo voraz que, simplemente, ignora el pobre paupérrimo, lo hace invisible por no tener condiciones económicas para consumir. Entonces, audazmente, parafraseo a Descartes “*Cogito, ergo, sum*” (“pienso, luego existo”), al decir si no consumo, entonces no existo. El sistema económico mundial ha llegado hasta el punto de amenazar la dignidad humana, al ser humano que se encuentra desprovisto de capital, de ciencia, de educación y de toda estructura básica que garantice una vida digna.

La teología latinoamericana, después del Concilio Vaticano II, cobró fuerza a partir de las discusiones sobre la realidad del pueblo sufrido de América Latina y el Caribe y tomó forma con las Conferencias del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (CELAM). En las conferencias de Medellín y Puebla, que fueron lugares de reflexión teológica, se analizaron cuestiones humanas y cuestiones de Dios en estudio. Los escritos producidos en estas conferencias transmiten la visión de



una realidad, la cual se puede comparar con las realidades encontradas en el contexto de los Evangelios de Jesucristo. Vulnerabilidad de grupos de personas humanas necesitadas de atención, de alimento material y espiritual. Eran y son signos de los tiempos que el papa Juan XXIII ya señalaba antes del inicio del Concilio Vaticano II, que toma cuerpo y se hace más claro en la discusión para la elaboración de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (*Gaudium et Spes*, proemio, n.1).

Don Óscar Romero, al verse en medio de tanta desigualdad y falta de respeto por la dignidad humana, se posiciona a favor del pueblo y trata de traer esperanza a los que se encuentran en situación de sufrimiento constante. Proclamó en una de sus homilías:

“Qué hermoso es recordar, hermanos, que la línea pastoral y evangélica del Concilio Vaticano II, que hace diez años se hizo línea también, ahora sigue cuestionándonos cuando ya está amaneciendo un nuevo Medellín en Puebla. Esa línea proclama que la liberación que Cristo ha traído es del hombre integral, es todo el hombre el que urge salvar, alma y cuerpo, individuo y sociedad, es el Reino de Dios que hay que establecer ya en esta tierra. [...] La Iglesia proclama que solamente podrá ser feliz el hombre cuando adore, como los magos, al único Dios verdadero”, 7 de enero de 1979 (ROMERO, 2004, p.115).

“Es ese Reino de Dios que se siente estorbado, maniatado por tantos abusos de la idolatría del dinero y del poder; y que es necesario derrocar esos falsos ídolos como cuando los primeros evangelizadores de América derrocaron falsos dioses que adoraban nuestros indígenas. Hoy son otros ídolos: se llaman dinero, se llaman intereses políticos, se llama seguridad nacional, idolatrías que están queriéndole quitar el altar a Dios”, 7 de enero de 1979 (ROMERO, 2004, p.115).



Al considerar el momento de lucha por el que pasaban los salvadoreños, se ve allí la búsqueda de un reino de justicia y paz. Un lugar teológico donde se percibe la acción de Dios al poner a Don Óscar Romero como arzobispo y darle la fuerza para ser defensor de los derechos de ese pueblo sin voz y de una sola vez. Romero trabajaba incansablemente en el intento de hacer del espacio social, especialmente el de los campesinos salvadoreños, un espacio posible de la no dominación, donde no hubiera minorías dominando a la mayoría paralizada por el miedo de reaccionar y de perder lo poco que tenían.

Desde esta perspectiva, Jon Sobrino discurre sobre las realidades flagrantes del mundo contemporáneo, especialmente de los pueblos de América Latina, a los que él llama “pueblos crucificados”. Apunta al problema más fundamental: la ignorancia, el encubrimiento, el cerrar los ojos y ocultar la realidad, un verdadero entumecimiento ante la “inhumanidad cruel”. Mientras el ser humano vive la inhumanidad, no se dan cuenta de la narrativa del evangelio de Jesucristo, en donde se encuentra e indica la dirección recta y la posibilidad de que la humanidad se distancie de sus hábitos y actitudes crueles.

“El cristiano es pacifista, no porque no pueda combatir, sino porque prefiere la fuerza de la paz. Y les invito, pues, a que pongamos toda esa energía que Dios ha dado a nuestro pueblo salvadoreño como un torrente no al servicio de la sangre, de la violencia. Nada tenemos que temer cuando los salvadoreños pongan toda esa agresividad que Dios les ha dado al servicio de una construcción de la justicia verdadera, del orden que verdaderamente hay que defender”, 27 de agosto de 1978 (ROMERO, 2004, pp. 82-83)

Conclusión

Mucho se ha discutido desde el Concilio Vaticano II, especialmente en América Latina, con respecto a la apertura de la Iglesia Católica Apostólica Romana al mundo. Ya han pasado algunas décadas desde la convocatoria para el Concilio Vaticano II (CVII) el 25 de diciembre de 1961, por medio de la bula papal “*Humanae salutis*”. Y al cabo de algunos meses, el 11 de octubre de 1962, el papa Juan XXIII inauguró el CVII, que terminó el 8 de diciembre de 1965 bajo el papado de Pablo VI.

Entre los documentos que componen el compendio del CVII se encuentra una importante Constitución, que discute los signos de los



tiempos. “Después de *Gaudium et Spes* la Iglesia y la teología ya no tienen el derecho de esconderse, sino que deben tomar en serio sus responsabilidades sobre el mundo, ya que, hablando de fe cristiana, es el mundo entero el que necesita ser salvo” (MANZATTO, 2007, p. 67).

Como se ve, los padres conciliares dejaron huellas fuertes, que fueron seguidas por las Conferencias del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Don Óscar Romero, en sus homilías y escritos, registró y reveló lo mucho que leyó y releó las notas en los documentos de Medellín y Puebla sobre la opción preferencial por los pobres. Y su caminata, de hecho, demuestra su opción por estar al lado de los más vulnerables, animándolos y fortaleciéndolos con las enseñanzas de Jesús a través de los Evangelios.

Después de casi cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, llega para sentarse en la Cátedra de San Pedro, un latinoamericano, del fin del mundo. Francisco lleva consigo experiencias de un tiempo que se atrevió a hacer una teología del pueblo, de un pueblo sufrido, empobrecido, crucificado que deseaba ser sujeto histórico. En 2013, la Iglesia recibe un Sumo Pontífice, que tendrá una mirada que sorprenderá al mundo, una verdadera apertura a todos los pueblos. Francisco rompe prejuicios, protocolos y se posiciona de manera a hacer de su ministerio testimonio cristiano para el mundo, no como el “Salvador de la patria”, sino que, al poner a Jesucristo en el centro, muestra a los que creen y quizás a los que aún no creen, que Cristo es quien renueva todas las cosas (cf. Ap 21,5).

Óscar Romero protestaba contra la injusticia del gobierno y de los militares hacia los empobrecidos, también, contra la política sangrienta y de tortura. Quizás no haya sido bien comprendido por otras sociedades e incluso por parte de su propia Iglesia. Sin embargo, el papa Francisco, con visión de los “Signos de los Tiempos”, a la luz de la Palabra de Dios, con actitudes que rompen prejuicios, abre posibilidades de diálogo con el mundo entero. Francisco afirma que la Iglesia es como un hospital de campaña, que desea cuidar de las personas como en un campo de guerra y pide al mundo acciones de misericordia. El papa Francisco se une a lo que declara Benedicto XVI, como cita, en la *Evangelium Gaudium*: “Hoy y siempre, ‘los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio’⁴⁵, y la evangelización dirigida

45 BENEDICTO XVI, Discurso durante el encuentro con el Episcopado brasileño (Catedral de São Paulo - Brasil, 11 de mayo de 2007), 3: AAS99 (2007), 428.



gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús ha venido a traer” (PAPA FRANCISCO, 2014, n.48).

El papa Francisco pacifica la memoria de Don Romero con la Iglesia, la canonización del arzobispo Óscar Romero marca su reconciliación con la Iglesia. Es más, es declarado Santo de altar. En verdad, Romero fue santificado por su martirio en vida, al vivir el sufrimiento de los suyos y ver tantas muertes de inocentes con la violación de los derechos humanos. Miserias y miserias, en este contexto su camino de santidad ha sido delineado. Él fue un gran profeta, denunció la gran injusticia social que se instaló en su tierra.

En noviembre de 2020, cuarenta años después del martirio de sangre de Don Óscar Romero, el papa Francisco recuerda: “La Palabra de Dios sobrepasa el espacio, el tiempo, las religiones y las culturas. La generosidad que sostiene al vulnerable consuela al afligido, mitiga los sufrimientos, devuelve dignidad a quien está privado de ella, es condición para una vida plenamente humana” (PAPA FRANCISCO, 2020, n.3). Exactamente, lo que practicó Don Óscar Romero, con la Palabra de Dios anunció esperanza, expectativas, alternativas de vida digna. Ciertamente, consoló a muchos, así como hizo renacer la fuerza en medio de tanto sufrimiento. Resistió, resistió y resistió, por fin, después de recibir muchas amenazas de muerte, profetizó su martirio de sangre: “Un obispo morirá, pero la Iglesia que es el pueblo nunca morirá”. Fue asesinado el 24 de marzo de 1980. Salve Don Óscar Romero, ¡el santo que extendió la mano al pobre!

Referencias

Constitución Pastoral *Gaudium Et Spes* (sobre la Iglesia en el mundo actual), in http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html, consultado el 22.11.20.

GUTIÉRREZ Gustavo, *Teologia da Libertação*, Trad.: Jorge Soares (6ª. ed), Editora Vozes, Petrópolis, 1986.

MANZATTO Antonio, “O teólogo, responsável pelo mundo”, in *Ciberteologia – Revista de Teologia & Cultura* – Ano II, N. 10, p. 67, 2007.



NERUDA Pablo, *Cien poemas de amor*, file:///C:/Users/cirle/Downloads/100%20Sonetos%20De%20Amor%20by%20Neruda%20Pablo%20(z-lib.org).htm, consultado el 12.11.20. <https://lyrics-translate.com> consultado el 21.11.20.

PAPA FRANCISCO, *Exortação apostólica Evangelii Gaudium: A Alegria do Evangelho* (sobre o anúncio do Evangelho no mundo atual), 2ª. ed., Paulus; Edições Loyola, São Paulo, 2014.

PAPA FRANCISCO, *Mensaje para la IV Jornada mundial de los pobres*, Roma 13 de noviembre de 2020, http://www.vatican.va/content/francesco/pt/messages/poveri/documents/papa-francesco_20200613_messaggio-iv-giornatamondiale-poveri-2020.html, consultado el 15.11.20.

PAPA PABLO VI, *Exhortación apostólica Signum Magnum* (consagrada al culto de la virgen María, madre de la Iglesia y modelo de todas las virtudes), Roma, 1967. http://www.vatican.va/content/paul-vi/pt/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19670513_signum-magnum.html, consultado el 12.11.20.

ROMERO Óscar, *La violencia del amor*. Este libro electrónico es una publicación de The Bruderhof Foundation, Inc., Farmington, PA 15437 USA y The Bruderhof Communities in the UK, Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK. 2004.

SOBRINO Jon, *O Princípio Misericórdia: descer da cruz os povos crucificados*, Tradução CLASEN Jaime A., Editora Vozes, Petrópolis, 1994.

SOBRINO Jon, "As 'últimas' homilias de Dom Romero", in: *Revista de Atualidade Pastoral Settimana*, 23.03.14. <http://www.ihu.unisinos.br/170-noticias/noticias-2014/529521-as-ultimas-homilias-de-dom-romero-artigo-de-jon-sobrino>, consultado el 05.11.20.

TOLENTINO MENDONÇA José, *Abraço*, <https://www.youtube.com/watch?v=G2jSbjl9LI4>, consultado el 12.11.20.

El corazón del Evangelio en la margen del mundo⁴⁶

Espiritualidad del martirio

Luiz Carlos Susin⁴⁷

Mártir es todo aquel que da testimonio, arriesgando su reputación, su vida, su sangre. El evangelista Juan subraya de forma muy expresiva la dimensión “martirial” de Jesús, el testigo por antonomasia de Dios, el Padre⁴⁸.

Es espantoso y trágico lo que afirma Juan luego en la apertura de su evangelio: “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Es una primera conclusión, sorprendente, aparentemente sin lógica, en-

46 Este texto corresponde al contenido de una conferencia en la UCA de San Salvador con motivo de la celebración de los treinta años del martirio de san Óscar Romero, y publicado como artículo en un número especial de *Revista Latinoamericana de Teología*, vol XXVII, fascículo 80 (mayo/agosto de 2010) p. 205-214. Para esta publicación ha sido revisado y ligeramente modificado.

47 Capuchino, doctor en teología por la Universidad Gregoriana de Roma (1983), con pos- doctorado por la Georgetown University de Washington; profesor en el programa de teología de la Escuela de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur y en la Escuela Superior de Teología y Espiritualidad Franciscana de Porto Alegre. Miembro fundador de la SOTER (Asociación de Teología y Ciencias de la Religión, de Brasil), y su ex-presidente (1999-2002); miembro del Comité de Redacción de la Revista Internacional de Teología Concilium (2001-2015); Secretario General del Foro Mundial de Teología de la Liberación desde 2005. Entre sus libros en el área de teología sistemática está el reciente *O Tempo e a Eternidade: a Escatologia da Criação*, Vozes, Petrópolis, 2018.

48 En este texto, con un carácter de profundización meditativa, se privilegia el evangelio de Juan desde su estructura interna a partir de Mateus Juan, Barreto Juan, *El evangelio de Juan. Análisis, lingüística y comentario exegético*, San Pablo, San Pablo, 1999.



teramente inesperada. Pues lo que Él anuncia inmediatamente antes es tan grandioso y tan lleno de esperanza: en el principio, la Palabra estaba en Dios y todo fue hecho y vivificado por la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la vida del mundo, la luz que brilla en medio de las tinieblas. La Palabra estaba en el mundo y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conoció, vino para el que era naturalmente suyo, pero los suyos no la recibieron. Y la mataron amparándose en justificaciones legales, y lo que es más espantoso: justificaciones de carácter religioso. Es lo que Juan dice resumido en el prólogo de su evangelio (cf. Jn 1,1-11).

Hay sin embargo una segunda conclusión, ahora realmente una buena noticia: a los que recibieron la Palabra de Dios, les dio el poder de ser hijos de Dios, de nacer de Dios (cf. Jn 1,12-31). Queda la intrigante cuestión: ¿por qué el mundo no conoce su autor? ¿Por qué los suyos no lo recibieron? Juan levanta la misma cuestión que Pablo, que elabora de forma extensa y angustiada en su carta a los romanos (cf. Rom 1,18-20; 9,1-11, 36). ¿Sería mala voluntad o algo estructural?

El versículo 14 del primer capítulo de Juan, tan conocido nuestro, nos revela y nos entrega el secreto de Dios, el lugar de su revelación, el lugar del encuentro con él: “¡La Palabra se hizo carne!”. Y así, en la condición de fragilidad y de mortalidad propias de la carne humana, él se deja encontrar habitando en medio de nosotros, en tienda de peregrino igual a la nuestra, que somos tan humanos al pasar por este mundo. Esta modalidad y este lugar de revelación divina nos colocan delante de nuevo susto, de la posibilidad trágica de no reconocer ni acoger el divino huésped y compañero. Aquí está el escándalo y la locura en el corazón del evangelio, la piedra en medio del camino de toda “religión” cristiana, como subraya Pablo a los corintios (cf. 1 Cor 1)⁴⁹. Nunca está por demás insistir en este misterio que es al mismo tiempo maravilla y escándalo. Este es el corazón del evangelio y de la especificidad cristiana en un mundo de muchas religiones e inclusive de muchos cristianismos. Como afirmaba con fineza Christian Duquoc: para conocer a Dios, la pregunta inicial y metodológicamente correcta no es la pregunta por su esencia, es la pregunta por el lugar desde donde él se aproxima y se revela. Aún cuando quedamos encantados con la respuesta tan “humanizada” y tan sorprendente

49 Qué tipo de religión es el cristianismo, o si es de hecho una religión, o si no sería inclusive una anti-religión, en la misma línea de las observaciones de Christian Duquoc sobre el mesianismo y el anti-mesianismo de Jesús, en su libro *El Mesías, cristología, ensayo dogmático II*, Loyola, San Pablo, 1980. Esto conlleva una discusión al respecto de la especificidad de la fe y de la tradición religiosa cristianas.



de Dios, persiste la pregunta: ¿por qué parece tan difícil aceptar esta “contra-lógica” divina? Tal vez la respuesta esté en nosotros mismos, no en Dios: él nos conduce por caminos inesperados a los cuales, en un primer momento, nos resistimos. Vamos a examinar con un poco de atención los dos movimientos, el que viene de Dios hacia nosotros y el que nos conduce a Dios.

1. El modo como Dios se aproxima al mundo: el lado maravilloso

Es una gran pretensión querer saber cómo Dios hace, cómo Dios es, cómo Dios piensa. Pero no se trata aquí de especulaciones de una cabeza pensante. Son las fuentes cristianas y después el hilo dorado de la tradición cristiana que dan testimonio de la forma de aproximación de Dios al mundo según, justamente la fe cristiana.

El evangelista nos ayuda para que comprendamos inmediatamente el lado maravilloso de Dios: “Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único” (Jn 3,16) que, a su vez, no vino para condenar, sino para salvar al mundo (cf. Jn 3,17), no vino para juzgar, sino -Juan vuelve a recordarlo- vino para salvar (cf. Jn 12,47). Lucas y Mateo nos traducen esta aproximación salvadora a través de las narrativas del nacimiento y de la infancia del Emanuel, el Dios con nosotros, niño nacido de una mujer, acompañado de una madre y de un padre en la condición de una gran humildad humana. No necesitamos recurrir a los detalles, mas la fiesta de Navidad siempre nos vuelve a conmover por esta sorprendente humildad de Dios. ¿No es el Dios “Omnipotente” aquel de quien se dice posee todos los atributos del ser, del poder, del saber, del tener? De hecho, el monoteísmo confiesa que al único Dios conviene toda la fuerza, toda sabiduría, toda riqueza, todo poder, toda gloria, honra y majestad, todo le pertenece (cf. Ap 5,12; 13; Rom 16,27; Jds 25). Pero aquí todos estos atributos necesitan pasar por el ojo de la aguja de esa humildad.

En una metáfora espacial, podríamos indicar lógicamente que en la cima, en lo alto, está Dios. Dios está encima de los ricos, de los poderosos, de los sabios, de los que son más honrados en este mundo. Pero continuando con la lógica de esta metáfora, entonces los que son los más poderosos, los más ricos, los más sabios, son los que están más próximos a Dios que está en lo alto, los que detentan el



privilegio de ser los mejores signos de Dios en este mundo de tantas desigualdades. Entonces, cuanto más nos aproximamos a alguien poderoso o rico, más nos aproximamos de lo divino. Evidentemente, con la sensibilidad de la narrativa evangélica podemos luego reaccionar: algo está equivocado en esta lógica y en esta metáfora, no es este el lugar privilegiado de la aproximación de Dios según los evangelios. Y tal vez debamos entonces, volver a ver rápidamente algunos textos del Antiguo Testamento e inclusive el Nuevo Testamento que afirman con todas las letras estas poderosas metáforas sobre Dios, para comprender que se trata de metáforas proféticas en confrontación con los poderes y las majestades de este mundo y de sus ídolos. Por tanto, afirmando que en Dios se concentra todo poder, toda riqueza, todo saber, toda honra y majestad, se relativiza y se someten los poderes de este mundo. Pues estos poderes elevados a lo absoluto de la divinización, en verdad se tornan diabólicos, fuentes de injusticias, de crueldades y de sufrimientos inocentes.

Sin embargo, las metáforas necesitan ser complementadas por otras metáforas según el método de analogía de la fe. Y esta no es la mejor, la más madura metáfora, la palabra más reveladora al respecto de Dios, de su modo de aproximarse y de dejarse encontrar. Vistas así, las metáforas de omnipotencia, de fuerza y de riqueza, por un lado, tienen la función de relativizar los poderes de este mundo, pero por otro, acaban colocando a Dios por encima de los ídolos como un ídolo todavía mayor que los somete, el más fuerte que amarra al fuerte, en la disputa entre Dios y Satanás, en que Jesús sería un "Satanás más fuerte" (cf. Mc 3,26-27 y paralelos) permaneciendo en la misma lógica de crueldad típica de los ídolos. Al recurrir a esta figura de Dios es que acontecen toda suerte de desastrosas proyecciones y también de tentaciones: ¿por qué Dios no tiene fuerza ni providencia para evitar un terremoto, un desastre, un sufrimiento inocente? ¿O para someter a los tiranos y los sistemas injustos?

Tomemos, por tanto, la metáfora de la riqueza en su sentido amplio de abundancia y de prodigalidad. Pablo es enteramente claro en su paradoja: "conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que por causa de ustedes se hizo pobre, no obstante siendo rico, para enriqueceros con su pobreza" (2 Cor 8,9). Observemos la fineza del final de su afirmación: para enriquecernos no fue propiamente compartiendo su riqueza, sino compartiendo su pobreza, la pobreza por la cual él aprendió a ser humano como nosotros, pobres y frágiles mortales. En otras palabras, utilizando un himno que Pablo recita en la carta a la comunidad de Filipos (cf. Flp 2,6-8), aquí está la condición



de kenosis, de vaciamiento de la condición divina, kénosis de un Dios que, en la Palabra que se aproxima en la carne, y en el lenguaje humano, renuncia a la forma o a la condición divina, aquello que sería un espectáculo de poder y de majestad, para tornarse un peregrino humilde y obediente hasta los límites humanos, carente y necesitado, identificado con los “pequeñitos”, y él se aproxima no como quien manda más, como quien suplica, Dios “sub especie contraria”. Es, por tanto, utilizando de nuevo una metáfora espacial, un Dios que renuncia a aproximarse desde encima para aproximarse desde abajo, desde un lugar más humilde que el lugar en que estamos. Hay siempre un “pequeñito” -*elachistos*: humillado, aplastado (cf. Mt 25)– que es menor que nosotros y que, para nosotros es el lugar desde donde Dios nos sorprende con una aproximación paradójica: para enriquecernos con su pobreza, suscitando en nosotros, en la relación con él, no la humillación de nuestra carencia delante de su tremenda majestad, mas la generosidad de nuestra iniciativa, de nuestro socorro y de nuestra ternura por un Dios humilde. Así fue Jesús en sus aproximaciones, sea de Pedro que se juzgaba un pecador, sea de Zaqueo, perdido en su riqueza, de Mateo en su espacio de poder, de la Samaritana con su balde de agua, y también en sus pequeñas narraciones, perlas en que brilla esta paradoja de aproximación y de salvación divinas. Es a partir de abajo, y, por tanto, mirando para abajo que reconocemos a Dios y que recibimos de su humildad nuestra gloria. Como los pastores de los alrededores de Belén que vieron en sus campos y en el lugar de sus animales al niño envuelto en pañales y ellos, los despreciados por su condición de impureza por razón de su trabajo con animales, se vieron envueltos en gloria (cf. Lc 2,8ss).

Anteriormente se hizo una nota distintiva del cristianismo -por eso también llamado de religión ruda y bárbara-, esta novedad que invierte la mirada para encaminarse a Dios: “Gloria mayor de los humildes”. ¡La gloria mayor es un Dios humilde! Los padres de la Iglesia distinguían así el Dios de Jesús de la imagen, aun así, fascinante, del Dios de los filósofos: que Dios sea grande, inmortal, poderoso, fuerte, irrepreensible, eso es lógico, es la imagen resultante de la lógica sobre lo que debe ser lo divino, y contiene una verdad lógica sobre Dios y su gloria. Pero, que Dios sea pequeño, mortal, frágil, pobre y suplicante, no quita, sino que aumenta la gloria, es gloria aún mayor, una gloria diferente, una experiencia de grandeza y de poder diferentes, la magnanimidad y el humanismo de Dios. En esta misma dirección, Benedicto XVI, cuando todavía era un teólogo joven, comentaba un aforismo atribuido a san Ignacio de Loyola que él recuerda como un epígrafe con que el poeta alemán Hölderlin encimó su *Hyperion*: “*Non coerceri*



máximo, contineri tamen a minimo, divinum est” – no ser obligado por lo máximo, y al mismo tiempo pedir lo menos posible, eso es divino⁵⁰.

Esta paradoja o mejor todavía, este oxímoron de opuestos aparentemente inintegrables para la lógica filosófica, precisa de un nombre, de un lugar de experiencia, y nosotros lo encontramos en el mismo Juan de forma reiterada: Dios no es una idea superlativa, extraída del poder, del saber y de la riqueza que conocemos en este mundo, “Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios” (1 Jn 4,16). Aun cuando se pueda encontrar polisemia, o sea diversos y hasta significados contradictorios en la palabra “amor”, un cristiano es quien aprende, como discípulo de Jesús, lo que puede significar para Dios y para su aproximación y revelación, esta palabra “amor”. Si Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para salvarlo, es en esta misma lógica que Jesús ama y se entrega para la salvación del mundo: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 15,13). En primer lugar, por tanto, estamos aquí delante del maravilloso modo como Dios se revela: como amor, en el cual él renuncia a sí mismo para darnos espacio y venir a nuestro encuentro de la forma más despojada y generosa, suscitando nuestro humanismo. Es así que Jesús, en la inminencia de su entrega, puede presentarse como “Luz del mundo” (Jn 8,12), aquel que por obra de su compasión puede salvar al mundo (cf. Jn 4,42).

2. El modo como el mundo odia aproximarse a Dios: el lado escandaloso

En segundo lugar, el escándalo. Nuestra pregunta inicial era intrigante: ¿por qué el mundo, aquello que es suyo, que él ama y por el cual él da su vida, no lo reconoció y no lo recibió? La memoria de Juan no nos deja mucha ilusión con el modo de proceder del mundo. En primera instancia, el mundo busca enredar en la lógica del poder, del espectáculo, de la fama y al final, de la ganancia. Es el modo como justamente los suyos, los más próximos de Jesús, todavía en Galilea, prueban a Jesús; que deje aquel lugar periférico y se vaya para el centro: “Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo” (Jn 7,3-4). Jesús desenmascara

50 Ratzingher Joseph, *Introdução ao cristianismo*, Herder, São Paulo, 1970, p.105.



el oportunismo, los intereses de poder que los mueven y que les hacen “gente del mundo”. Esa gente se siente bien en el mundo, es amada por el mundo, pero no Jesús; ellos están revestidos por su propio interés y el oportunismo. Una religión de espectáculo y de poder, de hacer carrera y de ventajas personales no es la religión de Jesús. Los sinópticos narran esta confrontación en las tentaciones que Jesús sufre en torno de su misión, que es la de Siervo de Yahvé cuya misión es encargarse de nuestras enfermedades y de nuestra cura (cf. Mt 8,17), en los límites de su humanidad y de su radical humildad.

Esa incompatibilidad que provoca el odio del mundo puede ser mejor examinada en la confrontación de Jesús ante Pilatos. Es la confrontación del poder y de la arrogancia sin verdad y sin justicia (Pilatos) frente de la verdad y la justicia sin arrogancia y sin el mismo tipo de poder (Jesús). Es delante del mundo de Pilatos, de su sistema de poder arbitrario sin mirar hacia la inocencia -el mundo que puede mandar crucificar sin verdad y sin justicia, simplemente porque tiene poder- que Jesús confiesa: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado (...) he venido al mundo para dar testimonio de la verdad” (Jn 18,36b; 37b). En este combate absolutamente desigual, Pilatos asume las facciones del “príncipe de este mundo”, pero las armas de Jesús son la verdad y el amor fiel hasta el fin a este mundo que el Padre tanto ama. El único poder de Jesús en este trágico enfrentamiento es “el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce” (Jn 14,17). Por eso tampoco conoce la paz que puede venir de él, y sólo puede organizar una paz al estilo de Pilatos, con la crueldad del poder produciendo la paz armada del imperio, venida del príncipe de este mundo (cf. Jn 14,27).

En fin, estamos delante del escándalo, de la tragedia de un mundo en tinieblas que no se deja tocar por la luz para que sus obras de injusticia queden encubiertas, impunes y despiertas, “que aprisionan la verdad en la injusticia” (Rom 1,18). Las tinieblas son enmascaradas por la fascinación del espectáculo, del desperdicio, de la celebración del poder y de la abundancia para los que siguen la lógica y el sistema del mundo, que comporta, en los sótanos, crucifixiones impuestas a los inocentes para mantenerse como mundo, como sistema de poder. Mas en el fondo, es un mundo de odio, que odia la verdad y a todos los que dan señal de rechazo, como bien sabemos: no solo el mundo político, pero lo más intrigante es que el mundo religioso, los líderes y las instituciones religiosas, los esquemas de los practicantes de la religión, vieron en Jesús un peligro a ser eliminado. Pablo es categórico:



“Y no os acomodéis al mundo presente” (Rom 12,2) mismo que los cristianos sean dados en “espectáculo para el mundo” (1 Cor 4,9), espectáculo de sarcasmo y de horror como acontece a los mártires que no se conforman con los juegos de este mundo injusto. Pero ¿otro mundo es posible?⁵¹

3. El modo como el mundo se puede aproximar a Dios: otro mundo es posible

Lo que fue dicho hasta aquí parece profundizar un dualismo irreconciliable, bien conocido en la refinada cultura occidental. Pero no es necesariamente así, ni es así en los designios de Dios, y por eso la fe cristiana no puede, no debe caer en esta tentación. La narrativa bíblica se abre con la creación de los cielos y la tierra como una única creación, cada criatura ganando fecundidad en la relación con otra criatura y tornándose seno maternal de nuevas criaturas. Sabemos que este mundo -exactamente este mundo que odia y mata a quienes son testigos de la verdad y a quien es justo e inocente- viene de Dios, es amado por Dios a pesar del odio, y por amor a este mundo Dios se entrega en Jesús de tal forma que el amor vece al odio y hace caer al príncipe que domina este mundo.

Pero ¿cómo puede vencer quien se presenta en la debilidad? La victoria del inocente y amante del mundo, que fue ejecutado injustamente por el sistema cerrado de odio del mundo consiste en vencer sin causar vencidos, otra consecuencia del oxímoron cristiano. Cuando los oyentes de Pedro escucharon sus sorprendentes palabras -“Aquel del que ustedes renegaron, el justo que hicieron morir, el Autor de la vida que entregaron a Pilatos, Dios lo resucitó” (cf. Hch 3,14ss)- ciertamente quedaron espantados, aunque el texto sea muy sobrio aludiendo apenas a la pregunta “¿qué debemos hacer? En verdad esta pregunta lleva el asombro del reconocimiento del justo e inocente profetizado en el cántico del siervo sufriente de Isaías (cf. Is 52,14).

51 La afirmación “Otro mundo es posible” es el eslogan del Foro Social Mundial que se confronta con el mundo del Foro Económico Mundial. El Foro Mundial de Teología y Liberación, que acompaña la inspiración del Foro Social Mundial adopta el mismo slogan en un sentido específicamente teológico, en la tensión del “ya y todavía no” del horizonte escatológico de un mundo nuevo.



Interpretando tal pregunta venida del asombro: “que vamos a hacer si ahora es la hora de la venganza divina, ya que Dios está del lado de quien nosotros ejecutamos”. Pero Pedro, finalmente lleno del Espíritu Santo, repite las palabras de Jesús en la cruz: no sabían lo que hacían y pueden ser perdonados si comprenden y se convierten de la vieja lógica del mundo que odia y mata, y si entran en la lógica del inocente crucificado (cf. Hch 3,17ss).

Vencer sin causar vencido no parece posible, pues en toda victoria hay vencedor y vencido. Pero entrar en la lógica de la victoria que no produce vencidos es la única forma posible de parar la rueda trágica de la violencia del mundo. Es el poder de la víctima en relación a su verdugo, la víctima que puede rescatar al verdugo e inaugurar otra lógica, otro mundo posible.⁵² Es la forma de no despreciar al mundo a pesar de su odio, mas de rescatarlo desde las víctimas, los odiados y humillados pero cuya inocencia resiste en la paciencia y en la fidelidad al mundo. Es, por tanto, responder al odio con perdón y amor exigentes, a la violencia con la paz firme, testimoniando que hay otra posibilidad de estar y de vivir en este mundo. Es así que se puede comprender por qué Jesús oró al Padre, no para que sacase a los suyos del mundo, sino para que en el mundo fuesen testigos de la verdad. Y a los discípulos, en esa misma oración, igualmente previendo la lógica de odio y persecución, de sufrimiento inocente y de martirio, los anima: “Ánimo, yo vencí al mundo” (Jn 16,33b). En este modelo de victoria sin vencidos todo el mundo puede participar como vencedor. Sin embargo, no es obligatorio, es solamente posible otro mundo, porque la verdad y el amor con que se libera y se rescata al mundo suscitan una libre decisión, de tal forma que igualmente es también posible permanecer y perecer en un mundo de odio.

No hay la fascinación que seduce y turba la libertad en la lógica que viene del martirio y la Pascua de Cristo. Es un convite en serena libertad para entrar en la lógica divina, que no da espectáculo de sí, no se aproxima en ostentación. Si Dios, en Jesús, se aproxima al mundo a través de las márgenes, en la piel de los pequeñitos, entonces nosotros sabemos el lugar exacto no sólo de su revelación sino de donde comienza el nuevo mundo posible: en el reconocimiento, en la acogida y en el socorro de los pequeñitos, en el servicio a quien está más

52 Emmanuel Lévinas, refiriéndose a las lágrimas de José delante de sus hermanos en Egipto y a la condición dramática de las víctimas del nazismo en campos de concentración, describe este poder de víctima inocente delante de su victimario. Confrontar sobre todo *Totalité et infin.* *Ensayo sobre l'extériorité*, Nijhoff, La Haye, 1961, p. 172-173.



abajo, allá, en el mundo, donde Dios mismo se encuentra. Evidentemente esta es una gran vocación especialmente para la Iglesia de los discípulos de Jesús.

Para finalizar, es interesante recordar un hecho casi desapercibido con ocasión de la elección de Juan Pablo I. Entrevistado en los días siguientes, dice él con humor a los periodistas que la historia de la Iglesia no es propiamente la historia de los papas, es la historia de los santos. Ciertamente hay santos entre los papas, aunque no todos. Lo que Juan Pablo I quería decir era más complejo: no es la institución y los que la encarnan, que son el corazón de la Iglesia, el hilo dorado de la historia de la Iglesia; son los que aman el mundo de tal manera que dan su vida por el mundo. Y eso es ser cristiano, es ser del mundo de Dios, del otro mundo posible, del Reino victorioso de Jesús, que vence este mundo de odio consumando y rompiendo el círculo cerrado del odio en el exacto momento de su aniquilación, en su entrega total que vence sin vencidos. Es así que el propio mundo es salvado, tornándose el otro mundo posible.

San Óscar Romero – Mística, profecía y santidad⁵³

El testimonio de la kénosis y del pathos de Dios es consagrado sobre el terreno de la experiencia del amor

Maria José Caldeira do Amaral⁵⁴

“Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ecl 8,11).

Ponme como un sello sobre tu corazón,
como una marca sobre tu brazo;
porque fuerte es como la muerte el amor;
duros como el sepulcro los celos;
sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama.
Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre todos los bienes
de su casa por este amor,
de cierto lo menospreciarían (Cant 8,6-7).

53 Traducido al español por Ana Laura Bentancor.

54 Psicóloga Clínica. Maestría y Doctorado en Ciencias de la Religión/CRE/PUC/SP, coordinadora del Grupo de Trabajo ‘Mística e Espiritualidade’ de SOTER, coordinadora del Grupo de Investigación ‘A Experiência Mística e o Conhecimento: Amor, Desejo, Sofrimento e Êxtase’ de LABO/FUNDASP/PUC/SP, investigadora del Grupo LERTE/TEOLOGIA/PUC/SP. Libros Publicados: *Imagens de Plenitude na Simbologia do Cântico dos Cânticos*, EDUC/FAPESP, São Paulo, 2009; *Eros e Ágape: Amar e Desejar Deus na Luz Fluente da Deidade de Mechthild de Magdeburg*, Editora Reflexão, São Paulo, 2014.



La profundidad inherente a este momento inicial de reflexión en torno a un homenaje a un monseñor, arzobispo y mártir es casi un impedimento para la escritura, frente al silencio necesario para la contemplación en lo que se refiere al arrebatamiento y la concesión de un don con el que se cumple el sentido de una vida impregnada de absurdo y gracia. La concepción intrínseca a esta relación es precisamente lo que silencia el enfrentamiento de esta dinámica, raíz de todo misterio y su significado místico. Un don debe ser realmente la experiencia inexorable de la posibilidad de una aprehensión del absurdo en el encuentro con la gracia, más allá de los límites de toda razón humana, razón que no importa como suposición, proposición o postulado. Tendríamos que abstenernos de concepciones filosóficas y teológicas y permanecer en la experiencia del amor, esa presencia misteriosa, mística y misericordiosa que, en las palabras de la mística medieval Hadewijch de Amberes (siglo XIII), le quita a Dios la capacidad de sentenciar a todo aquel que ama (HADEWIJCH, 1989, p. 140). Y aquí, la elección de un modo de rendir homenaje al testimonio y la praxis de la pasión, el martirio y la experiencia de la salvación, se inscribe, en un primer momento, con voces femeninas. La voz femenina de la *kénosis*, del vaciamiento que subyace al ágape, en el desapego y la entrega al otro en la absorción libre y sincrónica de la voluntad humana entregada a la voluntad divina.

Como terreno de apertura a un homenaje a quien supo vivir estas voces en sí mismo, es necesario hacer resonar algunas de ellas para romper, ahora, el silencio inicial, una ruptura necesaria para denunciar la presencia de la morada del amor de Dios en sí mismo. De acuerdo con Hadewijch, es posible y necesario recibir el toque del amor y de la soberanía de sus propias leyes, disponible en su carta XX, en la que describe la fenomenología del amor, su movimiento original y autónomo como un proceso ascético, donde este amor,

“[...] no rinde cuentas a nadie, mientras pide cuentas a todas las criaturas. [...] El amor no puede ser vencido por los santos ni por los hombres ni por los ángeles ni por el cielo ni por la tierra. Después de vencer a la Divinidad en su propia naturaleza, su poderosa voz no deja de gritar en los corazones: amad el amor. Esta voz sin precedentes es tan fuerte que resuena más terrible que un trueno. Y sus palabras son el vínculo con el que el amor ata a sus prisioneros, la espada con la que golpea a los que alcanza, la disciplina con la que castiga a sus hijos, la doctrina con la que instruye a sus discípulos” (HADEWIJCH, 1989, p. 140).



Y es en este terreno amoroso, con la voz del amor que pide cuentas a todas las criaturas y ata a aquellos cuyas almas no pueden amar fuera de él, que la experiencia del martirio, como don de conciliación de gracia y absurdo, habita en el alma, para ceder su praxis en el mundo. Un amor, es decir, el amor justo, de acuerdo con sus propias leyes, se enfrenta a su paradoja más terrible que exige del alma mística, no sólo obras y virtudes, sino la apertura a toda miseria y contingencia del alma como visible a Dios y como Dios visible para el alma: Dios y el alma se reflejan, el alma simple y aniquilada de Marguerite Porete, también mística medieval, juzgada por los registros inquisitoriales, murió quemada en la Place de Grève, en París, el 1º de junio de 1310. Y, es necesario volver a Hadewijch: “Ah, Señor, ¡qué ser tan temible es este, que puede tragar y devolver a la unidad tanto odio y tanto amor!” (HADEWIJCH, 1989, p. 115).

En este camino de expresiones femeninas de amor invocamos también a Mechthild de Magdeburg (1207- 1282 / 1294), otra mujer que, en su obra, *La luz que fluye de la Deidad - Das fließende Licht der Gottheit* (MECHTHILD OF MAGDEBURG, 1998)⁵⁵ describe su propia alma juzgada y condenada, su experiencia mística del martirio de Jesús. El sufrimiento de esta pasión es penetrado por el amor genuino de Dios, del cual la agonía de Jesucristo llega a una relación directa con la angustia del alma humana, en relatos místicos cristianos (McGINN, 1998, p. 157).

La beguina alemana relata el sufrimiento del alma subvencionado por el sufrimiento del Hijo eterno en algunos fragmentos que completan y moldean al alma en lágrimas buscada por Dios: el alma se rinde a sí misma cuando es tocada por Él y está desprovista de todo poder, impotente por no poder disfrutar de la propia eternidad, que ya le ha sido otorgada por el movimiento trinitario que se desmorona para nacer en el alma amorosa que anhela por Dios:

“Ella [el alma] es buscada con abundancia de muchas lágrimas por el amado Señor, a quien tanto quiere. Ella sucumbe [seducida] en la primera experiencia cuando Dios la besa en dulce unión. Muchos pensamientos santificados la golpean para que no vacile en mortificar

55 Todas las citas y referencias de *Das fließende Licht der Gottheit* fueron tomadas de *Mechthild of Magdeburg. The Flowing Light of the Godhead*. Traducción e introducción por Frank Tobin. Prefacio por Margot Schmidt, publicado en *The Classics of Western Spirituality*, Mahwah: Paulist Press, New York, 1998, con traducción libre de la autora; las citas serán identificadas, en el artículo, con las iniciales de Mechthild (MM) seguidas del número del libro en romanos y el capítulo referente en arábigos.



su carne. Está unida por el poder del Espíritu Santo, y su felicidad es realmente inmensa. Está afligida por una inmensa falta de poder porque no puede disfrutar de la luz eterna sin interrupción” (MM: III, 10).

Las lágrimas del alma coinciden con las lágrimas de Dios. Esta alma es juzgada y la experiencia del juicio es el dolor espiritual en el que Dios la rechaza: es llevada al juicio temblando de vergüenza porque Dios la evita, a menudo, debido a las manchas de sus pecados (MM: III, 10). En condición de desprecio, derrotada en sí misma, despojada de todo, es maltratada y traicionada por la misma condición humana que la constituye, que la juzga cuando tiene que preocuparse por los asuntos terrenales. El alma es abofeteada con golpes intensos cuando se ve obligada a regresar a su cuerpo. La autora de *Das flieBende Licht der Gottheit* devuelve el alma a Pilatos (MM: III, 10). En el sufrimiento del Hijo eterno -Jesucristo- expresado en lengua vernácula, la traición que experimenta el alma hace que sea conducida a la disolución de Dios en Dios, porque Dios ya está aniquilado en sí mismo y en el alma humana, como en el lenguaje sagrado de Cant 5,4 -*anima mea liquefacta est*:

“Ella se despoja de todas las cosas cuando Dios la viste con la seda del amor sincero. Ella es encantadoramente coronada con gran fidelidad al desear que Dios ya no la recompense por todas sus heridas, excepto para promover el más elevado honor de Dios. Ella es ridiculizada con santa sencillez [en vanidad infernal] disolviéndose completamente en Dios y olvidando así la herencia de toda sabiduría terrenal” (MM: III, 10).

El alma está en peligro. Dios se hace alma y se coloca debajo de todas las criaturas, y esta acción de amor libera al alma de sí misma, mediante el conocimiento sagrado y verdadero de la redención y la salvación, en la medida exacta del sufrimiento del Hijo eterno:

“Cuando en delicada humildad se coloca bajo los pies de todas las criaturas. Sus ojos están unidos a la indignidad de su cuerpo porque está totalmente atrapada en su oscuridad. Ella lleva su cruz por un camino suave mientras se entrega verdaderamente a Dios en todo sufrimiento. Su cabeza es golpeada por una corona de espinas cuando su gran santidad se compara con un necio. Con un martillo de la búsqueda del amor, es clavada tan firmemente en la cruz que ninguna criatura es capaz de llamarla de vuelta. Ella también sufre de una sed terrible en la cruz del amor, porque le gustaría beber el vino puro de todos los hijos de Dios. Pero ellos vienen en grupo y le ofrecen resentimiento. Su cuerpo muere en amor vivo cuando su espíritu se



eleva por encima de todos los sentidos humanos. Después de esta muerte, desciende al infierno con su fuerza y consuela a las almas infelices con su oración por la bondad de Dios sin el conocimiento de su cuerpo. Ella es atravesada de costado por un hombre ciego con una lanza suave de amor inocente. Muchas enseñanzas sagradas fluyen de su corazón. Cuelga de la cruz del amor sublime elevada en el aire del Espíritu Santo, ante el sol eterno del Dios viviente, para que esté completamente seca y libre de todas las cosas terrenales. Luego, en el final sagrado, es bajada de la cruz y dice: 'Padre, recibe mi espíritu; ahora todo es perfecto'. Está enterrada en un pozo sellado de profunda humildad, cuando se da cuenta de que es la menos merecedora de las criaturas" (MM: III,10).

Mechthild de Magdeburg hace varias alusiones a la debilidad y enfermedad del amor en el alma inspiradas en el Cantar de los Cantares, la más radical: "Quien muere de amor debe ser sepultado en Dios" (MM: I, 3). Esta sería la expresión que apunta al significado del alcance mayor de lo que entendemos sobre el martirio como don. Y, por eso, es importante sumar una voz femenina contemporánea: Maria Clara Lucchetti Bingemer, investigadora capaz de representar las voces femeninas de santos y místicos de todos los tiempos, y capaz de honrar este homenaje con la experiencia de san Óscar Romero, en diálogo con otras experiencias esenciales y similares, un diálogo en el que la autora apoya esta experiencia, que Mechthild relata para silenciar y reverenciar, como la vida de quien se enfrenta a la muerte con cierto estilo,

"el estilo de Jesucristo permaneciendo resiliente ante la amenaza, rezando y discerniendo la posibilidad de que ocurra el martirio, tomando decisiones para quedarse y permanecer fiel a su compromiso con la muerte como horizonte cercano. El mártir recibe el martirio como regalo. La muerte violenta por fidelidad a Jesucristo y su Evangelio puede aceptarse, pero no buscarse. En esto es que se diferencia de otros que aceptan tanto morir como matar. No se trata de la muerte del kamikaze ni del suicida. Tampoco de Sócrates que bebe tranquilamente su veneno ante sus discípulos hablando sabias palabras. Todos ellos, de alguna manera, provocan la muerte y caminan hacia ella. El mártir, en cambio, la recibe pasivamente. Lo único que hace es no desviarse de su camino y no perder de vista la historia que le ha sido dada desde su fe. En esto también es como Jesús de Nazaret" (BINGEMER, 2018, pp. 189-190).

La muerte aceptada y no buscada, es decir, el don vivido y expresado en la violencia de la muerte inexorable del ya absoluto destino hu-



mano, expone el sentido por el cual la expresión mística asegura esta razón inimaginable, aunque esté impresa en la vida humana. Hadewijch de Amberes y Mechthild de Magdeburg, beguinas, místicas que vivieron en el siglo XIII, parecen haber tenido un enfoque significativo en este sentido. Hadewijch con su vehemente afirmación del amor actuando en sí misma y obrando la justicia de Dios, esa justicia que es incomprensible para el pensamiento humano, pero que depende de la misma misericordia, la de Dios. Mechthild experimenta la pasión de Cristo en su alma. En su obra, su matrimonio con Cristo se produce en los límites de la vida en la pasión, en la agonía, sufriendo golpes y experimentando la cruz. Ambas describen la *kénosis*, desde la cual el amor se extiende a la renuncia a sí mismo, y el vaciamiento total de sí mismo se vuelve fecundo para la reconciliación del absurdo y la gracia. La experiencia del martirio contiene la libertad aceptada pasivamente en el vacío del alma que recibe la acción del amor y no se deja engañar por ninguna experiencia que comprometa este cruce de valor noético, propio de quien lo sufre y lo soporta sin elección, siendo afectado por todas las sanas razones del amor. Hadewijch parece conocer estas razones, cuando en su obra poética confiesa el efecto devastador de la muerte y, por qué no, la muerte de los hombres que rezan u ofrecen la Eucaristía en el momento de su ejecución; ella conoce ese absurdo y esa indignación, pero no abandona ese amor que experimentó, aunque ese era su propósito. En su poema de estrofa - PS, 30, 13-18 - dice:

Desde que me entregué al amor
si pierdo o gano
estoy resuelta:
siempre daré gracias.
Si pierdo o gano
permaneceré en su fuerza
(HADEWIJCH, 1980, pp. 212-213).

Y permaneciendo en esta perspectiva entre el amor de Dios y la experiencia del martirio, finalizamos este recorrido por el camino de un homenaje a un santo y a un mártir quien vive la *kénosis* como exigencia de su experiencia de ser afectado, en el que, siendo afectado, se entrega a la propia muerte; ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo a su comunidad, sin saber, en ese mismo momento, que ofrece su propio cuerpo, su propia vida. Y así, encontramos el espíritu de santidad santificada en la dialéctica de la experiencia mística como perteneciente al orden de la experiencia y expresión del *pathos* de Dios, un concepto adquirido aquí de Abraham Joshua Heschel en el sentido en que lo concibió este pensador religioso judío: la profecía en su sentido



revelado, con la perspectiva de dinamizar la experiencia humana y la presencia de Dios en marcha en el mismo soporte de la paradoja entre la misericordia y la justicia, entre el dolor y la alegría, entre el desierto y el abismo y entre el finito y el infinito. El martirio de san Óscar Romero concretiza esa experiencia, entre su vida y su muerte, superando el límite del tormento de la paradójica experiencia interior para dejarla clara y ejecutarla en el mundo; busca una solución a la paradoja sin temer el rechazo o el riesgo de muerte; su experiencia de la paradoja tiende a una solución concreta frente al daño del mundo, el mal humano, la injusticia humana; aclama y entrega su clamor a Dios, suplicando la interrupción del mal, con el sensor y receptor de un profeta. Para Heschel, el profeta, afectado por Dios, no se preocupa por la definición de justicia, sino por el hecho de que quienes fueron llamados a aplicarla, la desafiaron (HESCHEL, 2001, p. 204); el imperativo profético incluye más que hacer, pide amor; además de justicia, el profeta se refiere al bien y al mal; hacer justicia es también bondad y amor; los profetas despiertan el fervor y hacen de la misericordia un objeto de amor (HESCHEL, 2001, p. 207). Además, la preocupación del profeta por la justicia tiene sus raíces en una poderosa conciencia de la injusticia, a diferencia de los moralistas de diferentes épocas que han sido elocuentes en elogiar las virtudes, la distinción de los profetas estaba en la implacable revelación de la injusticia y la opresión y en la comprensión de los males políticos, sociales y religiosos (HESCHEL, 2001, p. 204). Y aclara:

“Para nosotros, un simple acto de injusticia -hacer trampa en los negocios, explotar a los pobres- es insignificante y sin importancia; para los profetas es un desastre. Para nosotros, la injusticia es un daño al bienestar de las personas; para los profetas es un golpe mortal a la existencia; para nosotros un episodio; para ellos, una catástrofe, una amenaza para el mundo” (HESCHEL, 2001, p. 4).

La noción de *pathos* denuncia lo evidente que no se dice ni se ve ni se habla y penetra en el abismo, el mismo del que habla Hadewijch, en el sentido de identificarlo como la naturaleza del amor y lo que lo sustenta. Es en este abismo, lugar de muerte y plenitud, donde el amor se abandona y vuelve a sí mismo para designar sus vicisitudes alineadas con la justicia y la misericordia en el movimiento vertical de la acción del desprendimiento horizontal en su relación con la *kénosis*. Este abismo es trascendido por la unión mística en la que Edson Fernando de Almeida concentra una concepción dinámica entre el *pathos* de Dios Hescheliano y la unión mística:



“La unión con lo divino es el elemento teleológico por excelencia del movimiento ascendente del alma hacia Dios. La idea hescheliana del *pathos* divino por sí misma ya nos lleva al horizonte místico, dado que el elemento histórico, vivencial, afectivo / cognitivo aparece como constituyente de su noción [de Heschel] de *pathos*. Tal noción, más que un atributo o concepto, es del orden de una afectación, de un ser atravesado por la intencionalidad y por los designios divinos. Todavía, es posible que pensemos que de él pueden surgir otras interpretaciones de la palabra mística. Desde esta perspectiva, la mística no solo sería el camino de ascensión hacia arriba, convirtiéndose en uno con Dios, sino el movimiento horizontal de respuesta solidaria al dolor divino en el dolor del mundo. Se trata de volverse uno para Dios” (ALMEIDA, 2015, p. 145).

Y fue en la perspectiva de un homenaje, al martirio, a la profecía y a la santidad de Óscar Romero que recurrimos a la experiencia de Dios, presidida por el amor como única vía posible para constelar la santidad y mantener un esfuerzo por revelar los dolores de Dios en los dolores del mundo, a la luz de la experiencia del martirio. Con la historia de la vida y muerte de Romero, agregamos el vaciamiento del alma y la recepción de la intencionalidad y de los designios divinos. Con el mismo silencio inicial con el que nos quedamos callados, reverentes, al referirnos a un don como posibilidad de reconciliar el absurdo y la gracia en la trágica experiencia de la muerte, terminamos este homenaje dando la bienvenida al misterio y la aceptación del haber sido confrontado por él. Así, configuramos la razón de vivir la mística, la profecía y la santidad, como expresión de amor en acción en la contingencia humana, irrazonable, de llegar al conocimiento más justo y misericordioso similar al de Jesucristo, en el Huerto de los Olivos:

“En el Huerto de los Olivos, Cristo ya no era maestro de nada. La angustia humana nunca había llegado tan alto y nunca alcanzará ese nivel. Ella lo había envuelto por completo, excepto aquella cumbre extrema del alma donde se consumía la aceptación divina” (BERNANOS, 2013, p. 111).



Referências

- ALMEIDA Edson Fernando, “A Noção de Pathos Divino em Abraham J. Heschel”, in *Interações. Cultura e Comunidade*, v. 10, n. 17, Belo Horizonte, 2015, pp. 128-142. <http://periodicos.pucminas.br/index.php/interacoes/article/view/P.1983-2478.2015v10n17p128>
- BERNANOS Georges, *Diálogos das Carmelitas: segundo a novela de Gertrud von Le Fort e o roteiro de R. P. Bruckberger e Philippe Agostini / Georges Bernanos*; tradução de Roberto Mallet, É Realizações, São Paulo, 2013.
- BINGEMER Maria Clara Lucchetti, *Mística e Testemunho em Koinonia: A inspiração que vem do martírio de duas comunidades do século XX*. Paulus, São Paulo, 2018.
- HADEWIJCH, *The Complete Works. The Classics Of Western Spirituality/A Library of the Great Spiritual Masters: Translation and Introduction by Mother Columba Hart, O.S.B., Paulist Press, Mahwah, N.J., 1980.*
- HADEWIJCH DE AMBERES, *Deus, amor e amante*. Tradução Roque Frangiotti. (Série Espiritualidade). Cartas traduzidas do antigo médio-neerlandês e apresentadas por Pablo Maria Bernardo sob o título: *Dios, amor y amante*, Ed. Paulinas, São Paulo, 1989.
- HESCHEL Abraham J., *The Prophets*, Harper & Row, Publishers, Harper Colophon Books, New York, Hagerstown, San Francisco, London, 2001.
- MCGINN Bernard, *The Flowering of Mysticism: Men and Women in the New Mysticism (1200-1350). The presence of God: A history of Western Christian Mysticism*, Crossroad, New York, 1998.
- MECHTHILD OF MAGDEBURG, “*The FlowingLight of the Godhead*”, transl. and introduced by Frank Tobin. Preface by Margot Schmidt, published in *The Classics of Western Spirituality*, Mahwah: Paulist Press, New York, 1998.



La herencia de Óscar Romero: una Iglesia encarnada y comprometida con los más vulnerables⁵⁶

Pamela Santos⁵⁷

Introducción

San Óscar Romero es sin duda un modelo e inspiración para toda la Iglesia. Su vida y su ministerio reflejan una santidad que transcurrió arraigada en la tierra de la vida y atenta a los signos de los tiempos. Recordar su vida es eternizar la herencia que dejó más allá de la Iglesia de El Salvador, es entender que la verdad del Evangelio no se da de manera inalcanzable, sino cerca del pueblo.

Más allá de las diferencias de tiempo y lugar, podemos identificar importantes similitudes entre nuestro contexto histórico y el suyo, especialmente en lo que respecta a la realidad de los más vulnerables.

56 Traducido al español por Diego Pereira Ríos.

57 Master en Teología de la PUC-SP. Graduada en Teología en el Colegio Dehoniana de Taubaté, SP. Actualmente cursa la Especialización en Juventud en el Mundo Contemporáneo, en la Facultad Jesuita de Filosofía y Teología. Miembro del Grupo de Investigación de Religión y Política en el Brasil Contemporáneo (CNPq), vinculado a la Facultad de Teología de Nuestra Señora de la Asunción, perteneciente a la PUC-SP. Autora de artículos y consejera en Teología Pastoral y Juventud.



Todas las acciones de Romero se revelan como una concreción histórica de lo que es permanente en el Evangelio.

El encuentro con Dios en el encuentro con los pobres expresa el núcleo de su experiencia espiritual y pastoral. De esta manera reconocemos la relevancia de la dimensión liberadora para el presente, sin ubicarla en un pasado supuestamente ya superado. De la experiencia de Romero se destaca la dimensión de cercanía a los pobres (SILVA, 2012, p. 8), posibilitando una teología marginal que, sin renunciar al rigor reflexivo, busca acompañar cada vez más de cerca la realidad de quienes viven en la periferia del mundo.

En el curso de las siguientes páginas pretendemos analizar, aunque sea brevemente, pero sin dejar de ser fieles, el ministerio de Romero y toda su herencia. El profeta que es un ejemplo de una fe encarnada y al servicio de los más pobres, llevando en sí mismo una esperanza que es verbo y movimiento, que se actualiza en el encuentro con el otro. De sus homilías podemos percibir su fidelidad al Evangelio rescatando entonces la verdadera identidad del catolicismo y de toda la Iglesia, actualizando a Puebla: una Iglesia comunión y participación al servicio de los más pobres y marginados de la historia.

Hagamos también este viaje, del amor de Cristo que se realiza en el prójimo.

El profeta Romero: la fe encarnada por los más pobres

Una vida entregada a los más pobres, un hombre que, más allá de las homilías, proclamó el Evangelio liberador de Cristo con palabras arraigadas en el contexto en el que se insertó, respetando la identidad de su pueblo y comprometiéndose con él. Llevaba dentro de sí la conciencia del llamado de Dios (autoconciencia profética), y buscaba responderle con fidelidad, leyendo siempre la realidad en la que estaba inserto (SILVA, 2012, p. 79).

En Romero la fe en Dios dialogó con los más pobres en el terreno concreto de El Salvador, sobre la década de 1970 a 1980 Romero se entregó al Dios de los pobres y a los pobres de Dios (SILVA, 2012, p. 79). Incluso después de su muerte martirial se convirtió en una



personalidad reconocida internacionalmente, rompiendo los límites de la Iglesia Católica Romana y del cristianismo.

Durante sus años como arzobispo, su voz se escuchó en todo el país, incluso por aquellos que lo tenían como enemigo, de forma declarada o no. Los fieles dialogaban con su pastor en la catedral donde respondían a sus homilías con aprobación y entusiasmo (SILVA, 2012, p. 82). En Romero, el pueblo salvadoreño percibía un discípulo que les ayudaba ante las injusticias que sufrían diariamente, reconocían en su ministerio el mensaje liberador del Evangelio de Cristo.

Es importante señalar que ante las repercusiones que rodean a la figura del obispo de El Salvador, se reivindica una verdadera imagen dejada por el obispo asesinado. Cabe destacar la tendencia de algunos sectores a espiritualizar a Romero, desencarnando y deshistorizando sus acciones. Tal concepción es considerar lo espiritual y lo religioso en disonancia con los compromisos históricos concretos que divergen, no sólo de la teología latinoamericana, sino de la lógica misma de la encarnación.

Muchos, como Romero, desde una experiencia de fe y el deseo de servir al Reino, han tratado de responder al llamado de construir el plan de Dios en la historia. Conscientes de que se trataba de una mediación del Reino definitivo, aceptaron relacionarse con el complejo mundo de la política, discerniendo los caminos que estaban más en armonía con la voluntad divina. En El Salvador esta no era sólo la idea de los teólogos de la liberación (SILVA, 2012, p. 84).

Lo que está en juego es lo específico de Romero:

“que lo diferencia, más allá de lo que tiene en común con otros personajes eclesiales. Queda, pues, por investigar desde dónde Romero vive su espiritualidad, su unión con Dios, su vida de oración, su comunión eclesial, teniendo en cuenta el antes y el después de febrero de 1977⁵⁸. Esta especificidad de Romero, que se manifiesta en 1977-1980, es inseparable de la tradición de la Iglesia latinoamericana. Por ello, para entender lo que vivió Romero es fundamental partir de su inserción en el pueblo de Dios de nuestro continente y su relación con la teología aquí elaborada” (SILVA, 2012, p. 85).

El verdadero Romero sólo se resuelve yendo a él. Es decir, recorriendo el camino que nos lleva a contemplarlo en su actuación histórica,

58 Fecha en que fue nombrado arzobispo de El Salvador, la capital salvadoreña.



siguiendo sus pasos que dejaron un legado marcado por el vigor y el amor. Vivió una intimidad personal con Dios y el seguimiento de Jesucristo, convirtiéndose así en un pastor santo y ejemplar. Lo siguió en un tiempo histórico y tomó este camino muy en serio.

Denunció pecados concretos señalando estructuras inicuas y llamando a los nombres de los responsables, tratando de discernir posibles salidas históricas para su sufrido pueblo. Se identificó con los pobres hasta el final y siempre buscó servirles, para que tuvieran más vida. Y es en esta práctica donde encontraremos la coherencia de su vida.

Es el propio Romero quien da la clave de lectura de su existencia insistiendo tantas veces, en sus homilias en particular, en el servicio a los pobres y en la superación de las injusticias que sufren, y adoptando esta opción como el éxito de su ministerio como pastor. Desde su fe en el Dios de la vida, arraigada en la Palabra viva del Evangelio, teniendo como criterio fundamental la vida y el bien de los pobres, Romero buscó colaborar para que la salvación divina se encarnara en la experiencia singular de su país (SILVA, 2012, p. 86).

Fe, esperanza y amor

Ante la elección de vida y ministerio que hizo, Romero siempre fue muy consciente de los riesgos que corría, sabiendo de dónde venía el peligro principal: "Y denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable, y ay del que toque ese hilo de alta tensión porque se quema" (*Homilias*, 1979, p. 208).

Romero, día a día, está pintando su propio retrato. Cuanto más llama a la conversión, más ve el endurecimiento de la élite. Pero no se rinde. Al igual que Jesús, durante tres años acompaña a su pueblo sufriente por los caminos de la Galilea salvadora, y cuando se da cuenta de que no puede evitar la muerte de sus pobres, toma la firme decisión de ir a su Jerusalén (Lc 9,51), a su huerto, a su calvario (SILVA, 2012, p. 190).

Caminando al lado de su pueblo, Romero los anima en la esperanza: "Esta hora de prueba pasará y permanecerá reluciente el ideal por el que murieron tantos cristianos. Detrás de esta noche oscura que atraviesa el país, ya está amaneciendo. La Iglesia ya no necesita temer, porque el Hijo de Dios camina con ella" (*Homilias*, 1979, p. 346).



“El Salvador es hoy Egipto, tierra de esclavitud. Pero ‘la libertad de un pueblo oprimido’ ya está a la vista. Por eso ‘en los momentos de represión de El Salvador, de nuestra tierra, no nos desesperemos; mucho más difícil fue la situación de Israel en Egipto’. Las fuerzas de la muerte se precipitarán en las aguas, como lo hará el ejército del Mar Rojo, y el pueblo podrá cantar su himno de victoria, porque en el Cristo Resucitado la transformación del mundo ya ha sido decretada y nadie podrá detenerla” (*Homilias*, 1977, pp. 243-244).

En su sólida convicción de fe, el pastor sigue el frente de su pueblo esperando contra toda esperanza. Sin sucumbir a la tentación de pagar el mal con el mal, señala la única violencia que el Evangelio admite: “dejarse matar por amor al pueblo”. En total abandono, Romero confía en el Dios de la vida, en el Dios de Jesucristo, el Resucitado (SILVA, 2012, p. 192).

En la oscuridad, sin ver una alternativa tangible para su país, la fe le trae la certeza de la plenitud final, donde también sigue siendo una levadura para su pueblo que también se encuentra en la pasión, que peregrina y busca hacer realidad los signos del Reino en la historia. En Óscar Romero, el pueblo cristiano tiene a alguien que actualiza la experiencia de Cristo, que toma su cruz y sigue al Salvador “habiendo amado a los suyos, hasta el fin los amó” (Jn 13,1).

El propio Romero afirma que, aunque muchos se rinden, también hay quienes van hasta el final porque han comprendido que “un Mesías no puede terminar su vida en un lecho de rosas” sino “en una cruz, pobre, despreciado, desconocido”. La semilla ha sido puesta en la tierra y ya está germinando y dando frutos. Romero es un regalo divino para renovar en su pueblo la determinación de emprender su viaje.

Rescatar el verdadero catolicismo como una forma de predicar el Evangelio

La dinámica de la relación entre la religiosidad católica y el compromiso político social estableció nuevos paradigmas para vivir la fe, una forma de dar expresión intelectual a esta forma de vivir la fe cristiana que buscaba otra forma de vivir su práctica. La santidad asume en la



tradición judeocristiana un significado ambivalente que implica una separación radical de la condición humana (VALÉRIO, 2020, p. 173).

Más allá de la capacidad de realizar milagros, la conducta, la personificación de la fe, la entronización de sus valores, son subyacentes al santo. Óscar Romero ya era san Romero de América, incluso antes del proceso científico de investigación de los milagros. Aunque esperaba la confirmación de los milagros, su santidad popularmente reconocida y generadora de devoción debía mucho más al ejemplo de su actuación profética (VALÉRIO, 2020, p. 176).

Rescatar el catolicismo que humaniza, encarnar es una forma de predicar la verdad del Evangelio. Anunciar las palabras de la Escritura va más allá de las meras homilías; es insertar la realidad histórica en palabras y acciones; toda práctica religiosa debe encarnarse en la historia y en la realidad, en el terreno de la vida de la comunidad humana. El amor al prójimo entendido desde una perspectiva de lucha y transformación social.

“La caridad es hoy en día una ‘caridad política’, según la expresión de Pío XII. De hecho, dar de comer o beber es en nuestros días un acto político: significa la transformación de una sociedad estructurada en beneficio de unos pocos que se apropian del valor añadido del trabajo de otros. Transformación que debe, por lo tanto, llegar hasta el cambio radical de la base de esta sociedad: la propiedad privada de los medios de producción” (GUTIÉRREZ, 1985, p. 171).

El cristianismo tiene el amor en su esencia. El amor al prójimo se ha trasladado a la idea del amor de toda la humanidad. Amar al prójimo en última instancia significa prestar atención a los pobres, a los marginados, a los excluidos, para los crucificados en la historia. Según Gutiérrez:

“Como se ha observado insistentemente en los últimos años, el prójimo no sólo es el hombre tomado individualmente, sino que es mucho más hombre en el tejido de sus coordenadas económicas, sociales, culturales y raciales. Es también la clase social explotada, el pueblo dominado, la raza marginada” (GUTIÉRREZ, 1985, p. 171).

De esta manera, amar al prójimo se convirtió en sinónimo de amar a la humanidad y luchar contra lo que llaman el pecado estructural: el capitalismo dependiente que genera desigualdad, pobreza, exclusión, violencia institucional (las dictaduras) y perpetúa la miseria humana. Las virtudes son esenciales para el cristiano, deben despertar al



compromiso social y político para transformar la sociedad y sus estructuras desiguales y opresivas.

El martirio se entiende entonces como consecuencia de este compromiso, de esta fe encarnada en la vida comprometida a nivel social y político. Tal es la interpretación desde la teología de la liberación de la pasión de Cristo. Jesús murió no sólo por la cuestión religiosa, sino también a manos del poder político.

“Jesús muere a manos del poder político, el opresor del pueblo judío. En la parte superior de la cruz el título -según la costumbre romana- indicaba el motivo de la condena; en el caso de Jesús el título indica la culpabilidad de un orden político: rey de los judíos. [...] El gran Sanedrín tiene razones de orden religioso para condenar a un hombre que dice ser hijo de Dios. Pero también tiene razones de orden político: las enseñanzas de Jesús y su creciente poder sobre el pueblo cuestionan la situación de privilegio y poder en la que se encontraban los grandes del pueblo judío” (GUTIÉRREZ, 1985, p. 195).

El martirio es aquel que muere por valores cristianos defendidos éticamente, como el amor al prójimo en su forma más sublime: la caridad política. Así como los primeros mártires cristianos fueron vistos y celebrados como imitadores de la pasión y muerte de Cristo, el mártir es alguien que muere por la fe, pero a manos de un tirano que se opone a ella (VALÉRIO, 2020, p. 179).

Estamos, por lo tanto, frente a un modelo basado en la tríada santidad-profetismo-martirio que, en la percepción del catolicismo, representa su ideal de religiosidad. Podemos citar aquí algunos de los cristianos, laicos o clérigos, que en América Latina llegan a un lugar en este suelo de sufrimiento y resistencia: padre Camilo Torres, monseñor Enrique Angelelli, padre Rutilio Grande, padre Jósimo, padre João Bosco, fray Tito Alencar, Hna. Doroty Stahang, D. Óscar Romero, Ignacio Ellacuría, etc. La lista es larga y constituye un gran martirio latinoamericano (VALÉRIO, 2020, p. 180).

Las homilías

En un ciclo de homilías marcadamente proféticas, el obispo Óscar Romero articula la denuncia con la llamada a la conversión y el anuncio del castigo y la esperanza. En su sermón del 16 de diciembre de 1979



indica que es necesario un “cambio estructural”. El obispo de El Salvador pregunta: “¿Por qué sólo hay entrada para el campesino pobre en la temporada del café, del algodón y de la caña de azúcar? ¿Por qué esta sociedad necesita campesinos sin trabajo, trabajadores mal pagados, gente sin un salario justo?” (SOBRINO, 2007, p. 141).

Romero cuestiona la importancia de la conversión individual, pero también reafirma a la conversión social y estructural, una transformación en la base de la organización social, para que no seamos cómplices de este sistema que cada día está quitando la dignidad a las personas, especialmente a los más pobres. Romero en sus homilías sigue el llamado a un cambio de mentalidad y orientación hacia el Reino de Dios (SOUZA, 2016, p. 302).

La conversión significa, por lo tanto, la verdadera transformación del corazón, y esto resulta en la aplicación de esta transformación a las estructuras, para que den vida a las mayorías pobres. Al negar la invitación a la conversión, se implican castigos, no como dijeron los profetas de Israel, ni como una acción explícita de Dios, como consecuencia misma de acciones pecaminosas (SOBRINO, 2007, p. 141).

Si en algunos momentos de sus homilías Mons. Romero presenta una fe en Dios, pero también una fe en el ser humano en la transformación de la realidad salvadoreña, cabe señalar que el obispo reconoce los límites de las prácticas humanas de transformación social y de construcción del Reino de Dios. Tanto en Romero como en otras reflexiones, hay una tensión histórico-trascendente en el Reino de Dios.

“No sin razón, en su homilía del 28 de octubre de 1979, el obispo critica la práctica de las organizaciones populares elevadas al ‘valor supremo’: ‘Corren el peligro, queridos hermanos de las organizaciones políticas populares, de caer en esta absolutización que denuncié en mi carta pastoral’. Al asumir que el reino de Dios es el ‘dominio de Dios’, esta realidad histórico-trascendente debe entenderse entre la concreción humana y la intimidad de Dios, mostrándose como histórico-trascendente, y no puede equipararse sólo con una realidad contingente y transitoria” (SOUZA, 2016, p. 303).

Al tratar de señalar los límites de los proyectos humanos y los “cambios estructurales”, Mons. Romero no abandona la esperanza, sino que sólo la coloca más allá de las idolatrías de los propios proyectos y pensamientos, evitando una “falsa adoración” de las construcciones humanas absolutizadas. Una esperanza que no transforma la crítica



radical en una imposibilidad de caminar; ni la promesa de construir una sociedad más justa, un horizonte que niega la propia vida y los cambios que el contexto salvadoreño podría hacer posibles. Una esperanza que proviene de las experiencias ya vividas entre las personas y también como un compromiso basado en “el misterio del amor de Dios, que es más grande que el misterio de la iniquidad” (SOBRINO, 2007, p. 148).

La comunión de la Iglesia y la participación al servicio de los más pobres

Un tema desarrollado en el documento de Puebla ayuda a comprender la concepción de la Iglesia de Romero y la práctica eclesial de la arquidiócesis de San Salvador: comunión y participación. Romero es consciente del peso de su liderazgo y de la relevancia de sus palabras para el país en momentos tan dolorosos y exigentes. Y en ningún momento deja de asumir su propio papel como obispo.

Romero no deja de tomar decisiones y soportar las consecuencias de las mismas, pero al mismo tiempo se desvincula del poder, no lo centraliza, sino que promueve instancias más colegiadas de organización de la arquidiócesis. Por encima de todo, valora las iniciativas y experiencias del pueblo cristiano. Al llegar de una de sus visitas al trabajo en Roma, comenta: “Siempre creo que lo mejor de un viaje es volver a casa” (*Homilias*, 1979, p. 433).

El regreso de Puebla coincide con la nominación de Romero para el Premio Nobel de la Paz. Su comentario es muy significativo. No trabaja para el Premio Nobel, sino para el Evangelio, y el premio que ha recibido es el más importante: “Esto es lo que veo en mi catedral, ustedes son mi mejor decoración, ustedes son mi alegría” (*Homilias*, 1979, p. 200).

Pocas veces en la vida de la Iglesia se puede encontrar una experiencia de complicidad entre un pastor y su pueblo como la que se da entre Romero y la Iglesia de San Salvador. La cercanía, la escucha, el diálogo, los proyectos compartidos, así como la persecución, han creado tal armonía que Romero puede decir sin duda: “entre ustedes y yo damos esta homilía que lleva la vida de nuestra Iglesia y la vida



de nuestro país” (*Homilias*, 1979, p. 331). Romero es la voz por la que todo el cuerpo se pronuncia, pero sólo puede serlo porque está profundamente unido a su pueblo (SILVA, 2012, p. 162).

Con un corazón agradecido, Romero se da cuenta de que su pueblo acoge la unción del Espíritu Santo y asume su misión profética. Y reconoce lo mucho que un obispo debe estar abierto a acoger los carismas de los diferentes sectores del pueblo de Dios. Cada cristiano, miembro de la comunidad más humilde, es un micrófono de Dios, anunciador del mensaje del Reino en el entorno eclesial y social en el que vive y trabaja.

La imagen del cristiano como un micrófono divino aparece en varias otras homilias. Por lo tanto, Romero promueve la participación y el diálogo, y acoge con especial afecto la experiencia de las comunidades cristianas populares. No por ello, el pastor no deja de asumir su papel de dar ejemplo, de escuchar, de dialogar, de consultar, pero también de liderar, ofreciendo criterios, asesorando, ayudando en el proceso de discernimiento en la toma de decisiones.

“Romero predica el perdón, y también perdona y sabe pedir perdón (como lo hace a la comunidad que no supo comprender, a la Iglesia en general por la división entre los obispos, a la esposa de un secuestrado que se había quejado de que Romero, en una homilía, se había referido a ella como viuda, cuando aún no se había confirmado que su marido había sido realmente asesinado). También sabe pedir ayuda para discernir la noticia del Espíritu y descubrir los valores presentes en la Iglesia, en la sociedad, en la juventud de hoy” (SILVA, 2012, p. 164).

La Iglesia, asistida por el Espíritu que comparte sus dones e inspira a todos los miembros del pueblo de Dios, está convergiendo hacia la unidad. Toda la Iglesia está llamada a convertirse a los pobres. La característica más peculiar de una Iglesia que quiere ser fiel a Cristo debe ser la opción por los pobres. En la propia persona de Dios se encuentra el fundamento de esta actitud. Para Romero, de hecho, fue así. Reiteró firmemente una y otra vez que la Iglesia no abandonaría a los pobres. Lo afirmó y lo cumplió.



Conclusión - La actualidad de la vida y el ministerio del obispo Óscar Romero

Óscar Romero vive en un lugar y un tiempo: El Salvador a finales de la década de 1970. La realidad del país en ese momento tenía muchos contornos propios. La opresión socioeconómica y la representación política marcaron fuertemente la experiencia salvadoreña. La Iglesia, Romero, estaba a la vanguardia; buscaba hacer frente a esta realidad y estaba a la altura de la tarea de su tiempo.

Situado en otra nación y en otros tiempos, ¿qué queda del legado de Romero, que sigue iluminando a la sociedad, la Iglesia y la teología de hoy? Una primera forma de responder a esta pregunta es notar y decir que Romero es tan actual como el Evangelio de Jesucristo puede serlo hoy para nosotros.

Sabemos que el contexto en el que estamos es diferente, que el mundo ha pasado por grandes transformaciones que exigen nuevas encarnaciones de la misma proclamación del Reino de Dios. Sin embargo, no es menos cierto que, por desgracia, en muchas partes del planeta la realidad de la miseria y la opresión permanecen. Y esta observación permite incluso una analogía más cercana entre el contexto de Romero y el de muchos pueblos de nuestros días.

Romero es un hombre de fe, que lee la historia y parte de la fe cristiana. Comprende la trascendencia en íntima conexión con la historia humana, en la que el Reino debe encarnarse. Si la realidad ha cambiado, no ha cambiado el principio, permanece de pie la perspectiva desde la que Romero, enraizado en su experiencia de fe, mira la realidad, la opción básica de la que surge el criterio para juzgar toda realidad histórica: el bien de los pobres.

“Si me matan, resucitaré en mi pueblo salvadoreño”.

“San Óscar Romero de América, ¡ruega por nosotros!”



Referencias

- GUTIÉRREZ Gustavo, *Teologia da Libertação*, Vozes, Rio de Janeiro, 1985.
- ROMERO Monseñor Óscar A., *Homilías*, tomo IV (ciclo B, 03/12/1978 a 17/06/1979), UCA Editores, San Salvador, 2007 (edição crítica a cargo de Miguel Cavada Díez).
- ROMERO Monseñor Óscar A., *Homilías*, tomo V (ciclo B, 21/06/1979 a 25/11/1979), UCA Editores, San Salvador, 2008 (edição crítica a cargo de Miguel Cavada Díez).
- SILVA Rogério Mosimann da, *Sempre o bem dos pobres: o pastor Óscar Romero, o teólogo Jon Sobrino e o povo salvadoreño – um tríptico eclesial e sua atualidade para o século XXI*, Tese de doutorado em Teologia, Escola Superior de Teologia Instituto Ecumênico de Pós-Graduação, São Leopoldo, 2012.
- SOBRINO Jon, *Monseñor Romero*, UCA Editores, San Salvador, 2007.
- SOUZA DANIEL, “Religião e/é política: as homilias de Dom Óscar Romero no cenário de resistência e libertação salvadorenha”, in *Estudos Teológicos - Programa de Pós-Graduação em Teologia*, São Leopoldo, Est, vol. 56, n. 2, p. 291-305, jul./dez. 2016.
- VALÉRIO Mairon Escorsi, “Por uma santidade da libertação: a canonização de D. Óscar Romero e a institucionalização do modelo profético-martirial”, in *Revista de História das Religiões*, ANPUH, n.38, p.165-186, setembro/dezembro, 2020.

Mística y enraizamiento

El profetismo en Romero como inspiración para la espiritualidad liberadora de hoy

*Rosemary Fernandes da Costa*⁵⁹

Introducción⁶⁰

Mons. Romero, tantos elogios te han ofrecido ya... ellos reflejan tu trayectoria, tu identidad y tus elecciones a lo largo de tu vida; marcan la sacramentalidad de tu estar en el mundo: profeta, místico, mártir, obispo, sacerdote, hermano, discípulo, aprendiz, viajero, revolucionario, militante, compañero, escritor, mediador, santo, y todo lo que tu figura emblemática suscite. Es la multiplicidad propia de los que se acercan al sol porque sus múltiples rayos están configurando facetas, dimensiones, formas de ser y de estar en cada contexto, en cada rincón.

Al conocer un poco de su trayectoria, descubrimos que no hay una magia de conversión repentina, de la noche a la mañana, sino que se trata

59 Realizó su doctorado en el tema Mistagogia por la PUC-Rio. Es profesora de Cultura Religiosa en PUC-Rio, asesora de la CRB y CNBB, de comunidades educativas y pastorales. Es asesora del MEL (Movimiento de Espiritualidades Liberadoras). Miembro de la Comunidad Bautismo del Señor en Vila São Luiz, Duque de Caxias, RJ. Conjuntamente con Felipe Rocha organizó el libro- subsidio *La mística del bien vivir* (2019) editado por Senso, BH. Es autora de los libros *Mistagogia hoy* (2019) y *Mistagogia en Cirilio de Jerusalén* (2015) por San Pablo, SP.

60 Dedico un agradecimiento especial a mi amigo y teólogo Diego Pereira Ríos, uruguayo, profesor de Filosofía y Religión en Enseñanza Media. Maestrando en Teología Latinoamericana en la UCA de El Salvador. Miembro de Amerindia Uruguay y de la Comunidad Bremen. Autor de los libros *La fuerza transformadora de la esperanza* (Nueva Visión, 2016) y *En un camino liberador desde el Sur* (Rumbo, 2020).



de un hombre atento a los signos de los tiempos, que dialoga, poco a poco, con la historia marcada por las ideas e ideologías, por prácticas eclesiales, pastorales y sociales. Cada día, cada evento, cada momento de su historia, se convierte también en una compañía en su discernimiento personal. En él podemos ver dimensiones que trabajan juntas: lo personal y lo social; la mística y la práctica; la fidelidad al Evangelio y el diálogo con cada tiempo; su vocación bautismal y su práctica pastoral; el obispo y el hermano. Romero está siendo conducido por el Espíritu a través del desierto y, al mismo tiempo, reúne en esta orientación existencial su propio ser a la escucha atenta de la Palabra que resuena en todas partes, la atención amorosa a la gente de su tierra, la profunda fidelidad a la llamada que desborda en su corazón.

En esta pequeña reflexión, nos dejaremos guiar por el propio Mons. Óscar Arnulfo Romero. Entremos en sintonía con su tiempo y el contexto en el que este momento histórico y sacramental tiene lugar, tanto en el sentido espiritual como en el ético, político y social. A través de los testimonios que nos han llegado, de sus propios escritos y homilías, imaginemos a Romero llevándonos de la mano, no para llamar a los seguidores de su persona, sino para mediar la experiencia del místico liberador, en todo tiempo y lugar.

El enraizamiento como una experiencia mística

Romero es un profeta de su tiempo y, como todo profeta, integra el pasado, el presente y el futuro. Mirar hacia él, es percibir a alguien que está echando raíces poco a poco. Este arraigo se convierte en el lugar teológico de su ser y su actuar, se convierte en terreno fértil para la experiencia del Misterio de Dios y, por lo tanto, de la intensa búsqueda de acogida y respuesta a la cercanía salvadora en la historia de los hombres y mujeres latinoamericanos, más precisamente en El Salvador. Una realidad marcada por historias de opresión, dominación, injusticia, empobrecimiento, guerra de guerrillas y conflictos sangrientos, no podía ser dejada de lado por alguien que se dejaba desafiar por la Palabra viva de la historia (cf. SILVA, 2016, p. 116).

Sin embargo, el comienzo de su vida sacerdotal es bastante diferente. Romero fue reconocido por su conservadurismo y carisma para la pastoral parroquial, por lo que fue nombrado obispo. Se identificó



con un enfoque eclesial preconiliar en el que la fe y la vida no están necesariamente integradas. Por lo tanto, actuó pastoralmente dentro de las iglesias con celebraciones y sacramentos a nivel parroquial. En 1973, Romero incluso escribió un artículo contra los cambios del Vaticano II y Medellín. Poco después, en agosto de 1976, dio una homilía atacando públicamente la teología de la liberación.

En medio de ello, una importante amistad con el jesuita Rutilio Grande, cambia la vida de Romero, ya que Rutilio era sensible y comprometido con la pobreza y la injusticia del pueblo salvadoreño. Precisamente por este compromiso ético fue asesinado el 12 de marzo de 1977. A partir de ese momento se observa un cambio radical en Romero que ya iniciaba un nuevo enraizamiento por la propia convivencia con Rutilio y que luego continúa. El P. Comblin identifica el martirio de su amigo como un hito en su conversión (SILVA, 2010, p. 231).

Desde este hito sacramental, Romero asume su profecía ante las injusticias y la defensa de los derechos humanos del pueblo de El Salvador. Sus homilias proclaman el Evangelio y denuncian todo lo que va en contra de la propuesta de Jesús. También comienza un nuevo camino como sacerdote, ahora, entre la gente, dentro de las comunidades, arraigando y encarnando cada vez más su vida entre las muchas vidas de ese contexto.

Podríamos decir que el lugar teológico de Romero se convierte, a partir de ese momento, el lugar de los empobrecidos. Es la fidelidad al Evangelio, a la fuente y el alimento de su primera vocación, lo que se profundiza. Romero se arraiga ahora en el suelo de la humanidad doliente, su vida se encarna y su mística no es más que una respuesta al dinamismo revolucionario que brota del suelo de esa historia, situado en El Salvador, pero un signo de los empobrecidos de toda la tierra.

En sus homilias, un nuevo tema gana lugar y vida personal y comunitaria: la encarnación del Verbo como proclamación y denuncia hacia la ciudadanía y la dignidad para todos, como deseo de Dios y compromiso de cada persona. Él mismo nos dice: "Algunos quieren mantener el Evangelio tan desencarnado que no se involucre de ninguna manera en el mundo que debe salvar. Cristo está ahora en la historia. Está en el vientre del pueblo. Cristo está trayendo ahora el nuevo cielo y la nueva tierra" (NOWEN, 2001, p. 174).

Seguir los pasos de Jesús en los pasos de cada hombre y mujer concretos en la historia es lo que da sentido a su existencia. Como tantos



místicos y místicas, esta es la experiencia fundamental y, por esta misma razón, siembra nueva vida en la historia. Es la *kénosis* crística que se concreta una vez más. Es la presencia salvadora, sumergiéndose en el terreno de la historia a través de la respuesta vivida por Romero. Por eso Romero puede proclamar: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño".

En este breve artículo, ante la plenitud de vida de este profeta de nuestro tiempo, nos atrevemos a dejar que Romero nos guíe para inspirarnos en algunos pasos hacia una espiritualidad liberadora.

El dinamismo entre fidelidad y creatividad histórica

La primera inspiración es este dinamismo entre la fidelidad y la creatividad, propia de quienes están atentos a los signos de los tiempos y a la presencia de Dios en la historia humana. No es un proceso aleatorio, es un proceso marcado por la historicidad. El encuentro entre Dios y la humanidad tiene lugar en la historia, por lo tanto, es un acontecimiento experimentado e interpretado y que actúa en el presente, pero también apunta al futuro. Comprometerse con el plan de Dios, con la Palabra revelada, es comprometerse con la historia de cada persona. El mismo Romero nos exhorta: "Lo que marca la genuina Iglesia es cuando la palabra, ardiente como la palabra de los profetas, proclama y denuncia" (NOWEN, 2001, p. 174).

En Romero reconocemos el movimiento de encuentro con un Dios presente y apasionado que ama y sufre con cada hombre y mujer. Es reconocer que la revelación es siempre movimiento, es darse cuenta de que no hay otro lugar para la presencia divina que al lado de cada una de sus criaturas.

La experiencia de arraigarse es un encuentro con la propia identidad cristiana, pero también con la identidad crística de la comunidad. La fidelidad se mantiene porque se trata de un proceso abierto a la experiencia y no de algo formal o de una mera repetición de una tradición interpretativa. La fidelidad está mediada por los signos presentes en la comunidad en ese momento. Ella es fidelidad e interpretación. Ella es fidelidad y diálogo fecundo.



Romero nos lleva a una fidelidad atenta, creativa, dialógica, fecunda en la escucha, en la comunidad, en el contexto social, político y económico y en la presencia de Dios en esta compleja red de relaciones. No descarta la tradición, el magisterio. Retoma estas orientaciones a la luz del Evangelio y del diálogo con el contexto salvadoreño. De esta manera, avanza en la tarea de mediar en la interpretación, de mediar en el encuentro entre la fe y la política, de mediar en la integración profunda entre la encarnación, la redención y la salvación.

El seguimiento de Jesús como orientación fundamental

En este punto pasamos a una segunda inspiración a la que nos lleva Romero. Su orientación fundamental es el seguimiento de Jesús.

El seguimiento de Jesús no tiene lugar en un encuentro intimista, subjetivo. Seguir a Jesús es la consecuencia práctica de escuchar y acoger la llamada de Dios en la propia vida. Por lo tanto, este seguimiento es también una conversión existencial. Es lo que Clodovis Boff llamó la dimensión práctica de la fe, es decir, la revelación que lleva a su término el compromiso personal y comunitario, el plan de Dios para todos. "La práctica es el momento activo de la fe, que se particulariza en prácticas: ética, interpersonal, ético-política, social, pastoral y las demás" (Boff Cl., 1998, p. 157).

El proceso de conversión y el continuo enraizamiento de Romero nos muestran que esta dimensión de la fe no es una dimensión extra, sino la razón misma de su identidad crística. Para inspirarnos y guiarnos en la espiritualidad de nuestros días, Romero confirma que en el seguimiento de Jesús no se puede dejar de lado la integración entre la fe y la vida. Y más: esta integración se expresa en gestos, en un cambio de vida, en actitudes éticas, en la responsabilidad y el compromiso con las transformaciones estructurales necesarias para una vida digna para todos, en la denuncia de las estructuras deshumanizadoras y violentas de la tierra. Son las respuestas efectivas al seguimiento consciente y libre de Jesús.



Escuchemos las palabras de Romero:

“Hermanos, quisiera grabar en el corazón de cada uno esta idea: ¡El cristianismo no es un conjunto de verdades en las que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones! Así es como se vuelve muy repugnante. El cristianismo es una persona que nos ha amado tanto, que pide nuestro amor. El cristianismo es Jesucristo y el evangelio” (06.11.77 - cf. MOREIRA, 2013).

Miremos a Romero que contempla la inmensa libertad e integralidad que están presentes en su vida, en sus palabras, en sus gestos. Una libertad e integralidad teónomas, y no apenas autónomas. La teonomía consiste en dejarse guiar por la ley divina, en dejarse guiar por la alteridad radical, que se revela procesualmente y dialoga con la historia de la humanidad desde siempre.

En Jesús podemos entender bien la teonomía. Él se encarna en la realidad, mira atentamente a cada persona, se mira a sí mismo, su identidad profunda, y todo esto dialoga con la alteridad trinitaria, con el amor del Padre y la guía del Espíritu. Los momentos de silencio y oración se articulan con diálogos con los más cercanos y con los más lejanos, la revisión de la ley de Moisés, todo ello guiado por el proyecto de un amor mayor, que no sólo propone, sino que realiza en sí mismo. Seguir a Jesús es también dejarse invadir por esta nueva forma de vivir las leyes internas y externas. No se trata de negar una ética normativa, sino de estar siempre en diálogo para que el ser humano y toda la tierra, no se pongan como servidores de una ley desintegradora.

Esta descripción anterior de Jesús se puede imaginar en los pasos de Romero: el discernimiento, la oración y el compromiso. Estos pasos son claves inspiradoras que llaman nuestra atención sobre un seguimiento práctico de Jesús, no como un mandato externo o un deber, sino como una referencia que está presente en la propia identidad, que motiva una vida digna y de calidad para todos los seres y para toda la tierra. Es la identidad de quienes se perciben a sí mismos en relación y, por lo tanto, vivir es convivir, interactuar, coexistir.

El teólogo holandés Nowen nos ayuda en esta reflexión diciendo que Romero mantuvo sus ojos fijos en Jesús, y por eso pudo caminar con seguridad entre el dolor y el sufrimiento de su pueblo: “cuanto más llenos de preocupaciones y problemas estemos, más sorprendentes serán los caminos de la vida, más debemos mirar al cielo y escuchar la buena noticia: un salvador ha nacido para ti” (NOWEN, 2001, p. 172).



El lugar de encuentro es el lugar de la espiritualidad liberadora

Seguimos, guiados por Romero, a una tercera inspiración que surge de su ser y su acción: el lugar de encuentro es el lugar de la oración y la conversión, el lugar de la espiritualidad liberadora.

Romero se descubre a sí mismo como un puente, como una mediación entre Dios y su pueblo, y para ello, la cercanía, el encuentro, la escucha atenta y la convivencia son fundamentales. En este caminar, Romero se sumerge en esta experiencia mística de tal manera que toda su vida y su práctica pastoral son revisadas y renovadas. Y aquí nos gustaría señalar que ser un mediador no es una estrategia, un elemento más de su acción pastoral, sino que se convierte en la razón misma de su acción. La presencia salvadora de Dios en la Palabra, en la oración y en la realidad sufriente del pueblo salvadoreño llevan a esta actitud, que podríamos identificar como mistagógica, y no sólo como mediación metodológica, pastoral o pedagógica.

Ser un mediador es el eje referencial de su actuar. Está enraizado en la identidad crística, es profundamente consciente de la vocación de cada persona a la dignidad y a la realización, asume su propia vocación y proceso de conversión en compañía del pueblo. La comunidad también se convierte en mediadora de Romero y con él da frutos de lo que es nuevo en la historia.

En este dinamismo todo es fructífero: el mediador y la comunidad, la comunidad y la sociedad, la sociedad y la historia. Esta dinámica requiere una profunda sensibilidad y una cierta paternidad espiritual. Romero “no se encarnó simplemente en la realidad salvadoreña, sino en la más débil, en su dolor, pobreza, sufrimiento, opresión y represión de los pobres” (SOBRINO, 2000, p. 28).

Como mediador, es importante señalar que Romero no renuncia a fundamentar sus orientaciones en la Palabra de Dios, así como a guiar las celebraciones, oraciones y experiencias de la comunidad. De esta manera, cada persona, cada comunidad, también se convierte en oyente de la Palabra y acoge esta resonancia en su vida. Cada persona y cada comunidad entran en su propio camino de aceptación, discernimiento, interpretación y respuesta a la Palabra. El mediador es



el que hace el puente, por lo tanto, es la Palabra que ilumina, inspira, convoca, afirma y potencia la acción comunitaria.

Este camino se hace más claro después del martirio de Romero, cuando la historia puede ver la resurrección del profeta en el propio pueblo de El Salvador. Romero ha realizado un legítimo proceso de evangelización con el pueblo de El Salvador, y el signo es precisamente el paso de una experiencia de fe recibida, a una fe decidida, asumida en la madurez personal y comunitaria.

La comunidad como signo sacramental

Para finalizar esta reflexión, una última inspiración nos llega a través de Romero, que consiste en la comunidad como signo sacramental.

El proceso de acoger y responder a la Palabra por parte de cada ser humano es siempre, no sólo revelador, sino también revolucionario. Y decimos revolución no sólo con respecto a las estructuras injustas y deshumanizadoras que necesitan revisión y nuevos procesos, sino también al poder de las raíces históricas y la reverberación de una comunidad local, en niveles más complejos y que también afectan al futuro y a la dimensión escatológica de la vida.

Romero nos exhorta, aún hoy, desde sus palabras a la comunidad de El Salvador:

“Incluso cuando nos llaman locos, incluso cuando nos llaman subversivos, comunistas y todos los adjetivos que se nos dirigen, sabemos que no hacemos más que anunciar el testimonio subversivo de las bienaventuranzas, que proclaman bienaventurados a los pobres, a los sedientos de justicia, a los que sufren” (11.05.1978 - cf. MOREIRA, 2013).

Podemos afirmar que es la comunidad local la que tiene un dinamismo revolucionario y renovador, en dirección a la nueva humanidad. Finalmente, las realidades que parecen distantes se complementan, se integran, dialogan entre sí, inaugurando resignificaciones ante las nuevas realidades. ¿Y quién o qué provoca este dinamismo revolucionario? Es la Palabra misma, es la *Ruah* Divina que sopla su viento transformador.

Si la comunidad, como pueblo de Dios, está constituida por la Palabra, esta misma Palabra aceptada y asumida en la vida se convierte en



testimonio, se convierte en un hecho. Más que una doctrina que se enseña, el pueblo de Dios que acepta y vive la Palabra se hace misionero por su propio testimonio. Su testimonio se basa en el kerigma que no sólo se proclama con sus bocas, sino que se profesa con sus vidas. Es la revelación que ocurre en la historia a través del pueblo que responde a su vocación de evangelización.

En esta referencia, no sólo se trata del eco entre las comunidades cristianas, sino para muchas comunidades de otras tradiciones religiosas y también de los no creyentes. Porque la Palabra que es acogida y se convierte en testigo, lo hace en la historia concreta de los hombres y mujeres de su tiempo. La experiencia local renueva la dimensión global y universal de la vida y no sólo de la Iglesia. Es la comunidad como un signo sacramental en el mundo. Una comunidad viva es parte de la trayectoria del Pueblo de Dios, está formada por la Palabra; es heredera, oyente, intérprete, testigo y misionera.

La comunidad es un signo sacramental porque también se convierte en mistagoga en el mundo, lleva a hombres y mujeres a la misma dinámica, que escucha, acoge y responde, personal y socialmente, a la Palabra. De esta manera no se impone, sino que propone y participa en un proceso dinámico de revisión y actualización de la experiencia de la fe en cada tiempo y lugar.

Como signo sacramental, su invitación supone una acogida libre y contextualizada y también compromiso, entrega e implicación, como dice el maestro Libanio (LIBANIO, 1992, p. 165). Y en este sentido, resuena a través de las montañas latinoamericanas y llega hoy hasta nosotros no sólo la profecía de Romero, sino su plena resurrección en las voces, las vidas, los gestos proféticos, las luchas por la liberación y la vida digna del pueblo salvadoreño, de los pueblos latinoamericanos y de quien tenga oídos para este llamado al Reino.

Escuchemos a Romero hablar a cada uno de nosotros y a nuestras comunidades hoy:

“El Reino ya está misteriosamente presente en nuestra tierra. Cuando el Señor venga, su perfección será consumada. Esta es la esperanza que nos anima a los cristianos. Sabemos que todo esfuerzo por mejorar la sociedad, especialmente cuando está tan envuelta en la injusticia y el pecado, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere, que Dios exige de nosotros” (24.03.80 - cf. MOREIRA, 2013).



La experiencia mística vivida por Romero es vivida en la comunidad y despierta un movimiento propio de la fecundidad que viene de la *Ruah* Divina. Cada persona, cada comunidad, puede mirar al mundo y al plan de Dios y acoger la invitación a actitudes concretas de misión y testimonio transformador de las estructuras deshumanizadoras e injustas que se encuentran allí.

Conclusión

Tantas veces, ante el sufrimiento del pueblo de Dios y de las estructuras de injusticia tan fuertemente erigidas nos desmayamos, nos angustiamos y, desde la solidaridad, nos sentimos impotentes y podemos incluso preguntarnos dónde está el Amor Divino. La vida de Mons. Óscar Arnulfo Romero, su forma de ver, su sensibilidad que mueve todo su ser y los cambios revolucionarios, nos dicen que hay un lugar donde la angustia es una semilla pascual, porque no se convierte en apatía o impotencia, sino porque fertiliza lo nuevo en un suelo aparentemente estéril.

Reconocer los rostros del Amor Divino en los rostros de los hombres y mujeres, en la faz de la tierra, es obra de la *Ruah* Divina que nos habita y hace que todo sea dinámico. Nuestros ojos ya situados pueden volverse miopes para tantos rostros, por eso caminar de la mano de Romero nos ayuda a resignar esos rostros y también a vivir este movimiento de respirar en el Espíritu liberador: inspirar, respirar, transpirar.

Los invitamos, al final de esta simple reflexión, a entrar en este movimiento de forma libre, amorosa y consciente. Así es, inspírense en Romero, inspírense en las y los profetas de nuestro tiempo, inspírense en los signos de la presencia del Amor Divino en su vida, en la vida de las comunidades, en la Madre Tierra que nos acoge y nos alimenta. Déjense inspirar, y luego respiren en su propio ser, en su propio suelo y transpiren, para que la *Ruah* que los atraviesa reverbere en la historia.

Concluyo con un bello párrafo de la teóloga Maria Clara Bingemer, que nos invita a percibir la íntima relación entre el misticismo y la militancia. Hagan de esta lectura una oración, y dejen que resuene en tu corazón, en su vida.

“¿Qué nos dicen, entonces, que son místicos y no sólo activistas políticos, gente buena y honesta comprometida con las luchas más im-



portantes de la humanidad? Aunque los objetivos son a menudo los mismos, ya que las mismas luchas pueden ser libradas por los creyentes de cualquier tradición, y también por los no creyentes, el signo de la experiencia mística es el amor, la relación amorosa e íntima que estos hombres y mujeres tienen con Dios. Y también sus consecuencias y frutos. La conciencia de este amor que mueve y transforma vidas es la razón por la que ellos y ellas están ahí y en ningún otro lugar, a pesar de su propia fragilidad, debilidad, indignidad” (BINGEMER, 2013, p. 304).

Referencias

- BINGEMER M. C., *O mistério e o mundo. Paixão por Deus em tempos de descrença*, Rocco, Rio de Janeiro, 2013.
- BOFF CL., *Teoria do método teológico*, Vozes, Petrópolis, 1998.
- BOFF Lina, *Espírito e Missão na obra de Lucas-Atos. Para uma teologia do Espírito*, Paulinas, São Paul, 1996.
- LIBANIO J. B., *Eu creio, nós cremos*, Loyola, São Paulo, 2000.
- LIBANIO J. B., *Teologia da Revelação a partir da modernidade*, Loyola, São Paulo, 1992.
- MOREIRA G., *Dom Óscar Romero: 33 anos de martírio e de legado libertador*, disponível em: <https://www.cptnacional.org.br/>, acesso em 16 dez 2020.
- NOWEN H., *Estrada para a paz. Escritos sobre paz e justiça*, Loyola, São Paulo, 2001.
- QUEIRUGA A. T., *A Revelação de Deus na realização do homem*, Paulus, São Paulo, 1995.
- SILVA L. V., *Jesus-servo de Deus, ponto de intersecção entre as cristologias descendente e ascendente. Um paradigma alternativo de comunhão para o seguimento de Jesus na Cristologia da Libertação Latinoamericana na perspectiva de Jon Sobrino*, Tese de Doutorado, PUC-Rio, junho de 2010.
- SILVA L. V., “Pensar e imaginar Jesus - A Cristologia da Libertação Latinoamericana de Jon Sobrino”, in *Revista ESFERAS*, UCB, Ano 5, no. 8, 2016.
- SOBRINO J., “Monseñor Romero: cristiano y salvadoreño”, *Revista Latinoamericana de Teología*, v. 17, n. 49, 2000.



SÃO ROMERO DA AMÉRICA
ROGAI
POR
NÓS

ANEXOS

D. PEDRO CASALDÁLIGA
FREI BETTO

San Romero de América, pastor y mártir nuestro⁶¹

D. Pedro Casaldáliga

El ángel del Señor anunció en la víspera...
El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.
Tú ofrecías el Pan,
el Cuerpo Vivo
-el triturado Cuerpo de tu Pueblo,
su derramada sangre victoriosa
-la derramada sangre "campesina" de tu pueblo en masacre,
¡que ha de teñir en vinos de alegría la Aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera
y el Verbo se hace muerte, otra vez, en tú muerte.
Como se hace muerte, cada día,
en la carne desnuda de tú pueblo.
Y se hizo Vida Nueva
en nuestra ¡vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
san Romero de América, ¡pastor y mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible,
en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la esperanza

61 CASALDÁLIGA Pedro, in *Agenda Latinoamericana Mundial*, <http://serviciokoinonia.org/Casaldaliga/poesia/index.html> , acceso en 06.10.19.



incólume de todo el continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.

Pobre pastor glorioso,
asesinado a sueldo,
a dólar, a divisa
como Jesús, por orden del Imperio.
Pobre pastor glorioso,
abandonado por tus propios hermanos
de báculo y de mesa.

(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).
Tu "pobrería" sí te acompañaba, en desespero fiel,
pasto y rebaño, a un tiempo de tu misión profética.

El pueblo te hizo santo.
La hora de tu Pueblo te consagró en el '*kairós*'.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.
Como un hermano herido
por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, a solas en el huerto.

Sabías tener miedo, como un hombre en combate,
pero, sabías dar a tu palabra, libre,
¡su timbre de campana!
Y supiste beber
el doble cáliz
del Altar y del Pueblo
con una sola mano consagrada al servicio.

América Latina ya te ha puesto
en su gloria de Bernini
-en la espuma- aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de sus Andes,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
en el calvario nuevo de todas las prisiones,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón despierto de sus hijos!

San Romero de América, pastor y mártir nuestro:
nadie hará callar
¡tu última homilía!

Óscar Romero proclamado santo

*Frei Betto*⁶²

El papa Francisco elevó a los altares de la Iglesia Católica a Mons. Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, asesinado a tiros por la dictadura de su país el 24 de marzo de 1980.

Conocí a Mons. Romero en enero de 1979, en México en la ciudad de Puebla, durante la Conferencia eEpiscopal Latinoamericana, inaugurada por el papa Juan Pablo II. Le hice obsequio de mi libro *Cartas de Prisión* (Fontanar). Perseguido por los militares que gobernaban El Salvador, él me agradeció y dijo sonriendo: “Es posible que yo tenga que aprender a escribir cartas así”.

No tuvo tiempo. Fue asesinado, en plena celebración eucarística, por quien creía que la fuerza de las armas tiene el poder de callar la fuerza de la verdad.

Mons. Romero era un obispo conservador, vinculado a la élite de su país, con preconcepciones en relación a la teología de la liberación. Desconfiado de las clases de biblia de un sacerdote progresista, se colocó detrás de la cortina del auditorio para confirmar por sí mismo, las herejías exegéticas del conferencista. El efecto resultó contrario. El arzobispo se convenció de que la lectura de la biblia desde la óptica de los oprimidos aproxima la fe de la revelación divina. Y se tornó voz

62 Frei Betto es escritor, autor de *Por una educación crítica e participativa* (Anfiteatro), entre otros libros.



de aquellos que en El Salvador fueron privados de derechos, libertad y vida.

Canonizar un cristiano, proclamar su dignidad de santo, no significa exaltarlo a la perfección. Somos todos limitados y marcados por el pecado. La Iglesia considera santidad el hecho de que esos cristianos hayan sido testimonio de los valores evangélicos. Siguió con osadía el camino indicado por Jesús. Asumieron virtudes heroicas, como la de enfrentar, sin temor, toda suerte de acusaciones y persecuciones.

Son elevados a los altares no para ser adorados, y sí servir de ejemplo a todos los que, como Jesús, dan sus vidas “para que todos tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10).



SAN
ROMERO
DE AMÉRICA

